JONATHAN COE

Las pruebas de mi inocencia

Traducción de Javier Lacruz



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Prólogo. Del 2 al 5 de septiembre de 2022
Primera parte. Lo ve
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
Segunda parte. Nos lo cuenta
I. LA SITUACIÓN
II. EL LUGAR
III. LA FIESTA
IV. LOS AMIGOS
V. LA ÉPOCA
VI. LA SECTA
VII. EL NIDO DE VÍBORAS
VIII. EL ESCRITOR QUE CANTABA EN SUEÑOS
IX. EL ESCRITOR QUE CANTABA EN SUEÑOS (continuación)
X. EL ESCRITOR QUE CANTABA EN SUEÑOS (continuación)
XI. LA CÁMARA
XII. LA SOMBRA
XIII. FIN
Tercera parte. Y asunto solucionado
P.
P./R.
R.
P.
R.
P.
R.

P.
R.
P.
R.
P.
R.
P.
R.
P.
R.
P.
P./R.
P.
R.
P.
Epílogo. 27 de febrero de 2024
Notas
Créditos

La detective enseguida distinguió a su sospechoso en medio de la multitud de la estación de Paddington, a pesar de que era una ajetreada mañana de martes y el vestíbulo estaba abarrotado de pasajeros. Observó cómo aquella figura furtiva y escurridiza se abría camino hacia el andén número 5 y cogía un tren a Worcester.

Subiéndose también al tren, buscó un asiento cerca del sospechoso, pero no demasiado. En el vagón siguiente. Allí tampoco la descubriría, aunque ella seguiría teniendo una buena visión de su presa si se inclinaba hacia delante y echaba un ojo a través de las puertas acristaladas que separaban los dos vagones.

El tren se puso suavemente en marcha justo a su hora. Mientras iba cogiendo velocidad y atravesando los barrios de las afueras del oeste de Londres, se oyó un anuncio por el sistema de megafonía:

Si ve algo que no le parece bien, hable con el personal o envíe un mensaje de texto a la Policía Británica de Transportes al 61016.

Lo solucionaremos.

Lo ve. Nos lo cuenta. Y asunto solucionado.

Había algo definitivamente molesto en aquel anuncio, aunque la detective no podría haber dicho con exactitud de qué se trataba. Sabía que el sospechoso se bajaría en la estación de Moreton-in-Marsh (un trayecto de una hora y media, más o menos) y esperaba emplear aquel tiempo en organizar sus notas sobre el caso. Pero cada pocos minutos sus pensamientos se veían interrumpidos por aquel mensaje exasperante.

Si ve algo que no le parece bien, hable con el personal o envíe un mensaje de

texto a la Policía Británica de Transportes al 61016.
Lo solucionaremos.
Lo ve. Nos lo cuenta. Y asunto solucionado.

Llegó a la conclusión de que era la expresión «y asunto solucionado» lo que la crispaba tanto. Su falso tono popular. ¿Había alguien que todavía usara aquella expresión en esos términos? En su intento por aportar un matiz que no fuera excluyente ni elitista, ¿la persona que había redactado aquel mensaje tenía que hacerlo sonar como algo sacado de una película donde se pretendiera imitar, sin conseguirlo, la jerga de los mafiosos?

Trató de olvidarse y centrarse por el contrario en el caso y apuntar al único elemento (fuera el que fuese) que todavía no encajaba en su sitio. Estaba convencida, en un noventa y nueve por ciento, de que la persona a la que seguía era culpable. Pero no se sentiría realmente a gusto hasta que no hubiera despejado el uno por ciento restante de duda.

Si ve algo que no le parece bien, hable con el personal o envíe un mensaje de texto a la Policía Británica de Transportes al 61016.
Lo solucionaremos.
Lo ve. Nos lo cuenta. Y asunto solucionado.

Las estaciones iban pasando a toda velocidad. Reading. Oxford. Hanborough. Charlbury. Kingham. Y fue en ese momento, cuando solo quedaban cinco minutos para que llegasen a su destino, en el que se le aclararon de golpe las ideas, y la detective se dio cuenta de que había encontrado por fin la cosa que andaba buscando. Cogió el móvil y, tras unos segundos de cliquear y desplazarse por la pantalla, accedió a una página que confirmó sus sospechas. Las confirmó con toda precisión. Había desaparecido el uno por ciento de duda, y llegado el momento de dejarse de miramientos y entrar decididamente en acción.

La detective de pelo blanco, vestida de negro de los pies a la cabeza, se levantó de su asiento y se pasó al otro vagón. Su cuerpo

se balanceaba un poco con el movimiento del tren. Pronto se encontró de pie junto al sospechoso, que estaba encorvado sobre la pantalla de un teléfono móvil. En el móvil se veía una retransmisión en directo desde los escalones del número 10 de Downing Street. Cuando la sombra de la detective cayó sobre la pantalla, dos ojos recelosos e inquisitivos se alzaron despacio para toparse con los suyos, y vio que una lucecita de reconocimiento se encendía en ellos. Dijo el nombre completo del sospechoso y añadió «Queda usted detenido por el asesinato de...», antes de que una vez más la interrumpieran.

Si ve algo que no le parece bien, hable con el personal o envíe un mensaje de texto a la Policía Británica de Transportes al 61016.

Lo solucionaremos.

Lo ve. Nos lo cuenta. Y asunto solucionado.

Prólogo

Del 2 al 5 de septiembre de 2022

Phyl se inclinó hacia delante en el banco del jardín y sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Eran las ocho menos veinte, ya se estaba poniendo el sol y empezaba a hacer más frío por la noche. El alto seto de aligustre, perfectamente podado, arrojaba su larga sombra sobre el césped que su padre había cortado en franjas muy pulcras unos días antes. Desde el fondo del estanque de nenúfares, Gregory, la vieja y dorada carpa dorada (valga la redundancia), salía de vez en cuando a la superficie y le lanzaba besos indiferentes con sus labios bulbosos. Pájaros que no habría podido identificar emitían sus cantos crepusculares desde las ramas de árboles que no sabía cómo se llamaban. Las nubes salpicaban el cielo cada vez más rojo, y entre ellas, a lo lejos, distinguió el destello plateado de un avión que descendía lentamente hacia Heathrow. Era una escena de encantadora tranquilidad, que la dejaba completamente fría. Había resuelto la Palabra Oculta de ese día en tres intentos y, al mirar sus estadísticas, descubierto que llevaba una racha de sesenta y ocho. Eso significaba que aquel viernes de septiembre hacía sesenta y ocho días que había vuelto de la universidad. Sesenta y ocho desde que su padre se había acercado a Newcastle en el nuevo Toyota del que tan orgulloso estaba, había metido como había podido todas sus pertenencias en la parte trasera y se la había llevado para siempre de la asquerosa casa infestada de ratas, que se iba desmoronando poco a poco, donde había pasado los años más felices de su vida. Y todo para devolverla a la comodidad, la quietud y la embrutecedora opulencia de la vida cotidiana de unos padres que ya se iban haciendo mayores. Se estremeció de nuevo.

Faltaban diecisiete minutos para las ocho. Parecía que el tiempo pasaba tan despacio cuando no estaba trabajando... Durante las últimas tres semanas, Phyl había trabajado en turnos de nueve

horas en una filial de una cadena de mucho éxito, especializada en comida japonesa. La filial se encontraba en la terminal 5 de Heathrow, a veintitantos kilómetros de la casa de sus padres. El rasgo distintivo de la cadena era la novedad de tener bandejas en miniatura de rollitos de sushi serpenteando entre las mesas de los clientes, en pequeñas cintas transportadoras. La mayoría de los platos se elaboraban en el propio local, así que Phyl se pasaba el día cortando verduras y cubriendo diminutas briquetas de arroz con finas capas de salmón ahumado. Empezaba a aprender la diferencia entre los distintos cuchillos japoneses de cocina: el *usuba* de hoja ancha, que se usaba para las verduras; el *yanagiba*, el mejor para cortar pescado crudo en tiras de sashimi; el cuchillo *deba*, más pesado y más grueso, utilizado para partir las espinas. Era un trabajo bastante duro, y después de nueve horas (con un descanso de veinte minutos para comer) acababa con los ojos vidriosos y la espalda y las piernas doloridas, y un permanente olor a pescado en los dedos. De todas formas, el tedio sin preocupaciones de su trabajo la ayudaba a olvidarse un rato del otro tedio sin preocupaciones de su vida casera, y en el trayecto de regreso en autobús, largo y complicado, desde el aeropuerto a la ciudad donde vivían sus padres le daba tiempo a pensar en sus planes de futuro, o más bien en su carencia de ellos, porque no tenía ni idea de qué tipo de empleo buscar después, ni tampoco de lo que quería hacer con el resto de su vida. Aparte, eso sí, de una cosa que se le había ocurrido hacía poco, pero que era tan personal y tan audaz, que no se había atrevido a contársela a nadie, y menos a su madre o a su padre.

Estaba pensando en escribir un libro.

Pero ¿qué clase de libro? ¿Una novela? ¿Unas memorias? ¿Algo en la frontera de ambas cosas? No sabía. Phyl nunca había escrito nada, a pesar de que era una lectora insaciable. Lo único que sabía era que, desde que había vuelto de la universidad (no, desde antes: se había dado cuenta en aquellas pocas semanas indolentes tras los exámenes finales), tenía un impulso creciente, una *necesidad* (y no estaba exagerando nada) de crear, de escribir palabras en una pantalla, de intentar darle forma a algo lleno de sentido a partir del

aburrido bloque de mármol que constituía su inane y amorfa experiencia.

No sabía lo que podría ser. Aunque ese día había decidido que había un episodio que, sin lugar a dudas, iba a formar parte de aquello. Era algo que le había sucedido unas horas antes. Un incidente sin importancia, pero del que sabía que se iba a acordar mucho.

Cuando había terminado su turno a las tres, Phyl se había acercado a los ascensores y esperado a que llegase alguno. La terminal 5 estaba tranquila. El ascensor tenía que subir desde cuatro pisos más abajo, y luego debías aguardar a que se abrieran las puertas. Había un botón para llamarlo y otro para abrirlas, pero a esas alturas Phyl se había percatado de que eran solo de adorno y que todo funcionaba de forma automática. Literalmente, no servía de nada apretarlos. Poco antes de que llegase el ascensor a su piso, un hombre de su misma edad, más o menos, se aproximó y se puso a su lado. Llevaba una bolsa de deporte y unos pantalones cortos que dejaban ver sus piernas morenas, musculosas y velludas. (Desde que trabajaba en Heathrow, Phyl estaba sorprendida con la cantidad de hombres que se ponían pantalones cortos para viajar en avión.) Se quedó allí meneando una pierna, impaciente, mientras no aparecía el ascensor. Phyl se encontraba más cerca de los botones, pero no los apretó. Sabía que las puertas se abrirían automáticamente después de diez segundos. Lo había comprobado todos los días. Tras nueve segundos, sin embargo, la impaciencia del hombre pudo con él. No iba a retrasar su viaje por aquella mujer pasiva e inútil. Se inclinó por delante de ella y apretó el botón, y, por supuesto, en un segundo las puertas se abrieron y entraron los dos.

Cuando empezó el descenso hasta la planta baja, Phyl sabía exactamente lo que estaba pensando aquel hombre. Había salvado la situación. Sin su intervención rápida y decidida, aún estarían plantados en la cuarta planta esperando a que se abrieran las puertas. La sensación de satisfacción que emanaba era tan fuerte que casi parecía que quería que lo felicitaran. En cambio, cuando llegaron a la planta baja, ella estaba tan molesta que no pudo evitar decir:

–Por cierto, se iban a abrir de todas maneras.

Él levantó la vista de su móvil un momento.

–¿Qué?

–Las puertas. Se habrían abierto igual.

La miró sin comprender.

–No hacía falta apretar el botón.

–Pero lo he apretado –contestó.

–Pues no hacía falta.

–Lo he apretado –dijo– y se han abierto. Qué casualidad, ¿no?

–Se habrían abierto de todos modos.

–Ya, pero las puertas de los ascensores no se abren solas quedándote ahí parado.

–Pues es lo que estoy diciendo –insistió Phyl–. Con estas puertas, eso es exactamente lo que hay que hacer.

Él se encogió de hombros y volvió a mirar su teléfono.

–Uso estos ascensores todos los días –continuó ella.

–Me alegro por ti –respondió él, sin levantar la vista. Y tras una pausa–: Eso son muchos vuelos. Piensa en la huella de carbono.

–Qué gracioso –dijo Phyl–. Es que trabajo aquí.

–Mira –dijo el hombre, levantando de mala gana la vista de su teléfono e intentando claramente rematar la conversación con aquella mujer trastornada–. Si no fuera por mí, aún estaríamos los dos esperando ahí arriba. Reconócelo.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

–¿Y ahora qué? –dijo Phyl–. Se han abierto sin que ninguno de los dos apretara ningún botón.

–Espabila y haz algo, tía –dijo él, saliendo furioso en dirección a la parada de taxis–. Puta fracasada...

Se quedó quieta, viendo cómo se alejaba de espaldas a ella. Estaba atónita (atónita y paralizada), y durante las horas siguientes no fue capaz de quitarse de la cabeza las dos últimas palabras de aquel hombre. Les había dado vueltas en el autobús de regreso a casa, y todavía seguía pensando en ellas en ese momento. De hecho, si no hacía algo importante, corría el peligro de continuar así toda la noche hasta que se acostara, a la hora que fuese. (El insomnio era uno de los muchos problemas que tenía esa

temporada.) Así que hizo lo que solía hacer en situaciones de estrés. Rodeando el garaje donde su padre andaba buscando cajas de cartón, y el estudio en el que estaba trabajando su madre, subió rápidamente las escaleras hasta su dormitorio y se echó, completamente estirada, sobre la cama. Con los auriculares puestos y sosteniendo el móvil en alto, Phyl entró en Netflix y se desplazó con el dedo hacia abajo, buscando algún episodio de *Friends*. Era su forma habitual de consolarse con la televisión, una de las maneras más fiables de desconectar un rato del mundo. Ya había visto cada episodio más de diez veces, conque a esas alturas solo había que dejarse llevar por el azar. Ese día fue a parar al episodio 21 de la primera temporada: *El de la Mónica falsa*, en el que una ladrona de tarjetas de crédito usurpaba la identidad a uno de los personajes. Un buen episodio, en opinión de Phyl, entre otras cosas porque la timadora en cuestión resultaba muy interesante. Al final acababa en la cárcel, y a Phyl siempre le daba pena que nunca reapareciese en los siguientes. Le habría gustado saber más cosas sobre ella. ¿Tan mal le iba en la vida que quería usurparle la identidad a alguien y reinventarse a sí misma? Era una idea tan tentadora por tantas razones... Desaparecer, evaporarse en el aire, dejando atrás una vida llena de errores y humillaciones, y luego reaparecer con un aspecto totalmente distinto. Renacer...

Por supuesto, había más tramas con las que entretenerse: la búsqueda de Ross de una nueva casa para su mono, los intentos de Joey de encontrar un nuevo nombre artístico. Para Phyl, todo el atractivo del universo de *Friends* radicaba en lo encantadoramente predecible que era su línea argumental a lo largo de sus 236 episodios. Cuando aquel se terminó (como le pasaba siempre), estaba mucho más tranquila. El regusto amargo de su encuentro en los ascensores se iba desvaneciendo, dejando tan solo una estela de rabia ante la arrogancia del hombre en cuestión. Estaba más segura que nunca, eso sí, de que escribir sobre aquella experiencia le resultaría liberador y catártico. Pero no sabía por dónde empezar. A lo mejor solo tenía que zambullirse en ello y contar la historia, comenzar a ponerla en palabras y luego ver dónde la llevaba aquel proceso. ¿Era así como lo hacían los escritores?

Decidió echar un vistazo a la biblioteca de su padre, buscando inspiración.

La vicaría de Rookthorne era un edificio victoriano tardío, igual que la iglesia, y como ella, provocativamente fea, pero lo que le faltaba de encanto le sobraba de espacio. Ya solo la planta baja comprendía una cocina abovedada enorme, un comedor, dos salas de visitas, el estudio donde trabajaba la madre de Phyl en lo que su hija denominaba «cosas de la vicaría», y otra sala de estar que había sucumbido a la disparatada colección de libros de su padre. «La biblioteca», la llamaban sus padres, y constituía una prueba fehaciente de una bibliomanía que se había descontrolado hacía mucho tiempo, con sus cuatro paredes repletas de estantes y llena desde el suelo hasta el techo de miles de libros: la mayoría ejemplares de los siglos XVIII y XIX encuadernados en piel, y el resto, unos pocos miles más encajados entre ellos, relativamente nuevos: libros de historia, biografías y una pequeña muestra de primeras ediciones contemporáneas. También había tres sillones muy cómodos, con el respaldo vuelto hacia la luz que dejaban pasar las ventanas de guillotina, y en uno de esos sillones estaba sentado Andrew, el padre de Phyl, forzando la vista para leer la letra diminuta de alguna novela victoriana olvidada. Se encontraba rodeado de cajas de cartón, y también de pilas de libros, amontonados en una serie de torres precarias, que parecía escoger siguiendo algún criterio personal. Levantando la vista cuando entró su hija, dijo:

–¿Todo bien, cariño?

–Sí, estoy bien –respondió ella, y poco a poco tomó conciencia de aquel organizado desorden que reflejaba la situación de su padre–. ¿Qué estás haciendo?

–Limpieza. Ya no caben. –Miró a su alrededor y suspiró, aparentemente amedrentado por todo el trabajo que le quedaba–. Me es muy difícil, la verdad. Tengo que elegir como cuatro o cinco metros de libros y empaquetarlos.

Phyl cogió un libro de bolsillo de uno de los montones y le echó un vistazo mecánicamente, sin auténtico interés.

–¿Y luego qué vas a hacer con ellos? –preguntó.

–Llevárselos a Victor, supongo, y venderlos, muy a mi pesar.

Al principio no sabía a qué Victor se refería; después recordó que era uno de los amigos de Londres de su padre, el dueño de una librería de viejo con el que a veces hacía negocios.

Andrew torció la cabeza para ver la cubierta del libro que ella había cogido.

–¿Cuál es?

Phyl lo miró con atención por primera vez. Se trataba de un volumen pesado, de quinientas o seiscientas páginas. Se titulaba *Lilliput Rising*, y su autor era un tal Piers Capon. Tanto la cubierta como el diseño de la letra parecían de otra época. Consultó la página de créditos y vio que se había publicado en 1993.

–No se puede decir que me acuerde de haberlo comprado –dijo su padre.

Phyl estaba leyendo la nota publicitaria del editor.

–Jo, escucha esto. «*Lilliput Rising* es una sátira épica sobre la locura de la vida moderna, que abarca diferentes continentes y generaciones: la obra de uno de nuestros novelistas jóvenes más brillantes en plenitud de facultades, destinada sin duda a convertirse en un futuro clásico.»

Su padre soltó una carcajada.

–Pues no le funcionó muy bien, ¿no? Si ni siquiera alguien como yo se acuerda de quién era ese tipo... Piers Capon. Ponlo en el montón de la tienda benéfica, haz el favor.

Phyl puso el libro donde le señalaba, lo colocó sobre la pila, y luego se quedó mirándolo un momento, perdida en sus pensamientos. Le entró una tristeza extraña e inexplicable al darse cuenta de que una vez, hacía casi treinta años, a un autor su editor y sus críticos le habían asegurado que había escrito un clásico que admirarían las generaciones siguientes; y, sin embargo, ahora estaba totalmente olvidado y ya no lo leía nadie. Podría no haberse molestado en escribirlo perfectamente.

En lo alto del siguiente montón había un libro que reconoció, aunque nunca lo había leído: *Dinero*, de Martin Amis. A pesar de que su padre no paraba de decirle que se trataba de una obra maestra, nunca le había tentado demasiado la idea. Lo abrió por la portada

interior y se fijó en que llevaba el subtítulo «Carta de un suicida». Eso era intrigante, en cierta forma. También le llamó la atención la sencilla cubierta azul celeste de aquel ejemplar de bolsillo, que no llevaba más ilustraciones que el nombre del autor y las palabras «Pruebas sin corregir. Prohibida su venta o reproducción».

–¿Qué quiere decir esto –preguntó– de «Pruebas sin corregir»?

–Es una cosa del mundo editorial –le contestó su padre–. Cuando llegan las primeras pruebas, el editor a veces las encuaderna y las manda a las revistas y a los críticos y ese tipo de gente. La idea es que es más probable que los redactores las lean si parecen un libro de verdad.

–¿Pero no tienen erratas?

–A veces sí –dijo Andrew–. Por eso a veces son muy valiosas para los coleccionistas. Se las llevaré a Victor la semana que viene. Ya me dirá si valen algo.

Phyl dejó el libro donde estaba y cogió en cambio una bonita primera edición en tapa dura de *Titus Groan* de Mervyn Peake. Ese le trajo bonitos recuerdos. Recordaba haberlo leído cuando tenía dieciséis o diecisiete años y haberse perdido alegremente en su laberinto de tramas góticas, además de identificarse tremendamente con el personaje de la terca y solitaria Fuchsia. Con la esperanza de sentir una agradable ráfaga de nostalgia al abrir la primera página, se sentó en uno de los sillones y empezó a leerlo, pero resultó que ni siquiera allí era capaz de concentrarse. No podía quitarse de encima aquella sensación de descontento y falta de objetivos. Dejó también aquel libro a un lado, y se quedó mirando, taciturna, al infinito.

Al poco rato, ya se estaba planteando la misma pregunta de antes de forma aún más insistente, pero parecía que la respuesta se le escapaba cada vez más. Suspiró profundamente.

¿Qué iba a hacer con el resto de su vida?

–¿Te acuerdas de cómo te sentías cuando acabaste la universidad? –le preguntó a su padre.

–Sí que me acuerdo –respondió él, sin dejar de escoger libros y apilarlos–. Me sentía muy mal. Completamente decepcionado. Se me

habían pasado los tres años pitando, y luego vuelta a vivir con mis padres... Me encontraba fatal, igual que tú ahora.

–No me encuentro fatal –le replicó Phyl–. Solo un poco... inquieta. No sé qué hacer.

–Bueno, tienes un montón de tiempo para pensarlo –dijo su padre–. Date un respiro. Solo tienes veintitrés años.

–Cierto –dijo Phyl–. Pero ¿qué pasa con...? Quiero decir, cuando tenías mi edad, ¿tenías planes? ¿Sabías que querías ser...? –Se le quedó la mente en blanco de golpe–. ¿En qué trabajaste en realidad?

–Fui perito colegiado –le contestó su padre–. Durante más de treinta años.

–Es verdad –dijo Phyl–. Perdona. No sé por qué siempre me olvido.

–Y no –siguió diciendo Andrew–, nunca fue mi plan. Y menos, mi sueño de niño. Más bien acabé ahí de casualidad. Tampoco pasa nada. Mucha gente acaba donde menos se imagina. –Le echó una mirada al ejemplar descartado de *Titus Groan* que Phyl tenía al lado–. Te encantaba –añadió–. ¿Qué pasa? ¿No estás de humor?

–Ahora mismo no. Me apetece algo más actual. Algo que me sirva para explicarme este mundo. No sé, algo político quizá.

–¿Desde cuándo te interesa la política?

–No tienes ni idea de las cosas que me interesan –dijo Phyl, cada vez más indignada–. Dentro de tres días vamos a tener un primer ministro nuevo. Es interesante, ¿no?

Andrew se encogió de hombros y se quedó mirando un rato la cubierta de *Rasselas* de Samuel Johnson. No parecía muy decidido sobre su destino, y al final lo único que dijo fue:

–Los primeros ministros vienen y van.

El fatalismo fácil de aquella afirmación enfureció a Phyl un momento.

–¿Cómo voy a tener una conversación contigo cuando dices cosas como esa? ¿Me quieres decir a qué viene?

–Si te apetece hablar de política –dijo Andrew–, Christopher, el amigo de tu madre, viene mañana a pasar unos días, y seguro que

le encanta. Mientras, siempre puedes leer su blog. Me han dicho que es muy político.

Al percibir aquel tono cortante de su voz tan poco habitual (y no era fácil provocar a su padre), Phyl se batió en retirada de la biblioteca. Se había olvidado de que el amigo de Joanna vendría a hacerles una visita. Su padre no parecía muy contento con el tema, pensó.

Tras pasar por la cocina y ver que no había nadie, se preguntó si debería ofrecerse a hacer la cena, porque de momento no había muchas señales de que nadie fuera a encargarse de eso. Pero la inercia pudo con ella, y tras coger tres aceitunas negras de un cuenco que había en la nevera y metérselas en la boca, fue a ver si encontraba a alguien más con quien hablar.

Su madre, Joanna, estaba en el estudio, tecleando en el ordenador. Tenía sintonizada Radio 3 de fondo. Phyl miró por encima de su hombro para ver lo que escribía. Parecía una enmienda a una resolución del comité de la parroquia, donde se especificaba el tamaño exacto y el tipo de fuente que había que utilizar en un aviso sanitario que había que poner en la iglesia, para recordar las propiedades alérgenas de los arreglos florales. Phyl se sentó en el pequeño sofá que había tras el escritorio de su madre, deprimida al pensar lo forzada que se había visto a comprender el significado exacto de la palabra «parroquial» los dos últimos meses.

La música que sonaba en la radio era rara. Rara, pero bastante bonita. Una voz aguda de hombre (¿un contratenor?, ¿era así como se llamaba aquel tipo de voz?) cantaba una melodía melancólica, acompañada de una guitarra sobria, discreta, apenas audible. La grabación tenía un montón de eco.

–Es bonita –dijo Phyl–. ¿Qué es?

Su madre no levantó la vista de la pantalla.

–No estaba escuchando, la verdad.

–¿Y para qué la tienes puesta si ni siquiera la escuchas?

Los dedos de su madre siguieron tecleando. Dándose cuenta de que allí tampoco iba a entablar ninguna conversación, Phyl estaba a punto de levantarse y salir cuando la canción hizo que se detuviera. Tenía una melodía misteriosa: nostálgica y evocadora, pero con

cierto tono ligeramente siniestro. En cuanto a la letra, al principio no estuvo muy segura de haberla oído bien.

Ay, te han envenenado, ay, Randall, hijo mío,
te han envenenado, mi apuesto muchachito.
La verdad habéis hablado, Madre,
la verdad habéis hablado.
Mas preparadme ya el lecho, porque hasta el alma traigo herida
y de buen grado me tendería.

–Es una canción sobre alguien a quien envenenan, ¿no?

–Espera un momento, cariño. Estoy terminando.

Phyl cerró los ojos y trató de concentrarse en las palabras. La distraía el cliqueo del teclado.

Ay, ¿y qué le dejarás en prenda a tu amada, hijo mío?
¿Qué le dejarás en prenda, mi apuesto muchachito?
Una soga del infierno para colgarla,
una soga del infierno.
Ay, preparadme ya el lecho, porque hasta el alma traigo herida
y de buen grado me tendería.

–Y ahora va a colgar a su amada, ¿no? Después de haber muerto envenenado.

Joanna apretó la tecla de borrar muchas veces seguidas.

–¿Por qué sigue *haciendo* eso? –preguntó–. No para de intentar cambiar el documento entero.

La canción se terminó, desvaneciéndose con una triste cadencia final. Hubo una breve pausa antes de que una voz femenina anunciara que se trataba de una antigua canción folclórica inglesa (o quizás escocesa, o a lo mejor de la zona fronteriza entre los dos países) titulada «Lord Randall». Phyl tomó nota del título mentalmente.

Luego observó, con una frustración cada vez mayor, cómo su madre se liaba con las veleidades de Microsoft Word.

–¿Te puedo ayudar en algo? –le preguntó.

–No, me las apañaré –le soltó Joanna–. Tú déjame seguir con esto un rato, ¿vale?

Phyl se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero se volvió antes de salir.

–¿Cómo se llama tu amigo? –preguntó.

–¿Qué?

–Tu amigo, el que viene a pasar unos días mañana.

–Ah. Christopher.

–¿Christopher qué?

–Swann. Con dos enes.

–Vale, gracias. ¿Quieres que haga la cena?

–Ya la hará tu padre, supongo.

Así que Phyl subió de nuevo a su dormitorio, volvió a echarse en la cama completamente estirada (esta vez con los pies sobre la almohada) y levantó la tapa de su portátil. Escribió «Christopher Swann blog» en Google y lo encontró enseguida. La página estaba encabezada por una fotografía de juventud de una cara que le resultaba vagamente familiar de unos cuantos años atrás, cuando el amigo de su madre les había hecho una visita por última vez: pelo castaño oscuro entreverado de gris; una frente alta de intelectual; gafas con montura metálica muy fina; y un brillo inquisitivo y acerado en los ojos. Sí, ahora lo recordaba. Le había parecido un poco pedante. Bastante frío y displicente. Y propenso a la condescendencia machista.

La fotografía estaba torpemente colocada sobre un titular que decía EMPLEANDO EL PODER DE LA VERDAD PARA DECIRLE LA VERDAD AL PODER, sumamente pobre, pensó Phyl. Sin embargo, el contenido de la entrada (escrita tres años antes) resultaba bastante interesante.

> Un hotel de lujo en las afueras de un idílico pueblo de los Cotswolds [*leyó*] jugará un papel menor en la historia de la política inglesa la semana que viene, cuando los delegados se reúnan por primera vez para lo que promete ser un

acontecimiento anual, el congreso de la TrueCon británica, sobre el futuro del conservadurismo.

Los lectores habituales de este blog ya estarán familiarizados con las características de la TrueCon. Aun siendo una fundación de origen estadounidense, actualmente ha desarrollado una rama inglesa y tiene fuertes lazos tanto con los extremos más trumpistas del Partido Republicano como con la facción más delirante de nuestro querido Partido Conservador. De hecho, acudirán varios ministros del gabinete conservador al jolgorio de tres días, aparte de un buen número de nombres bastante predecibles de la escoria habitual de columnistas de derechas, representantes del mundo académico y activistas culturales de internet. Entre los sugerentes temas que se van a debatir figuran: «La guerra *woke* contra el sentimiento patriótico» y «Familia, bandera y la necesidad de recuperar nuestra vida en común».

Dos nombres que desde luego no debería sorprendernos ver entre los ponentes anunciados son Emeric Coutts y Roger Wagstaf. (Consultar este blog, passim.) El casi anciano Coutts ha sido considerado, evidentemente, uno de los pensadores conservadores fundamentales del país desde la creación de sus famosos Seminarios de Cambridge a finales de los setenta. Fue allí donde, aún como estudiante, Wagstaff sucumbió a su influjo, a pesar de que desde entonces ha llevado las enseñanzas de Coutts en una dirección que ni siquiera su mentor respaldaría jamás. A Wagstaff, no obstante, no le ha ido mal estos últimos años. Su laboratorio de ideas, el Grupo Processus, se fundó oficialmente a mediados de los noventa (aunque existía en forma de embrión desde sus días de Cambridge), y fue concebido como vehículo para mantener en alto la llama del Thatcherismo tras su derrocamiento por los traidores de su propio gabinete. Languideció en el desierto político durante más de veinte años, pero desde 2016, cuando la votación a favor del Brexit desembocó en un decisivo giro a la derecha en el Partido Conservador, tanto él como sus colegas se han visto muy solicitados; y no solo apareciendo en todos los canales de televisión y emisoras de radio, y siendo invitados a divulgar sus descabellados puntos de vista con la excusa de una supuesta «imparcialidad», sino contratados como consejeros extraoficiales, y a veces incluso a sueldo, de varios de los miembros del gabinete más desquiciados. A principios de la semana que viene, si (como todas las encuestas parecen indicar) Liz Truss se convierte en nuestra nueva primera ministra, su influencia, sin duda, aumentará aún más. Processus es una organización siniestra, con una agenda oculta pero muy concreta que llevo algún tiempo prometiendo desvelar. Les puedo asegurar que ahora tengo pruebas definitivas sobre sus verdaderas intenciones, y seguiré informando sobre ellas con más detalle en este blog en cuestión de semanas o tal vez días...

A Phyl le picó mucho la curiosidad aquella última insinuación.

Cuando por fin se sentaron a cenar a las diez en punto (su padre se había portado bien y había improvisado un plato de pasta al pesto) se lo comentó a sus padres, pero recibió una respuesta descorazonadora.

–Ay, querida –dijo su madre–, no habrás estado leyendo el blog de Christopher, ¿verdad? Me gustaría que lo dejara de una vez.

Al ver la sorpresa de su hija ante aquella observación, Andrew se limitó a decir:

–Lo que debes tener en cuenta de él es que *puede* ser... –se interrumpió un momento, buscando la palabra exacta–, bastante fantasioso.

Dándole vueltas en la cama por la noche, Phyl pensó que debía de hacer al menos cinco años desde que había visto a Christopher Swann por última vez. Ni siquiera ahora conseguía acordarse de a qué se dedicaba o de ninguna otra cosa en relación con él, salvo que le parecía que se había casado con una estadounidense y vivido en la Costa Este una temporada antes de divorciarse y regresar a Inglaterra. Se le había olvidado preguntar cuánto tiempo se quedaría. Esperaba que un par de días como mucho.

No estaba cuando él llegó el sábado por la mañana. Se había levantado temprano y su madre la había llevado en coche al aeropuerto, cruzando la campiña de Berkshire casi a oscuras, justo a tiempo para su turno de las seis de la madrugada. Así que la primera vez que vio al visitante fue, en realidad, cuando volvió a casa. Un día más observando cómo los cuencos de sushi recorrían su camino entre las mesas ocupadas por viajeros nerviosos la había dejado atontada y confusa, y estaba demasiado cansada como para emprender el regreso en transporte público: un trayecto de un cuarto de hora solamente, que sin embargo podía llevarle hasta tres horas, debido a la retirada del servicio de muchos autobuses urbanos en los últimos años. Así que decidió coger un taxi, gastándose la mitad de lo que había ganado en esas nueve horas de trabajo, y llegó a casa a las cuatro menos cuarto. Christopher y su madre estaban en la biblioteca, mirando un álbum de fotografías antiguas y riéndose con ellas en una intimidad compartida que no invitaba mucho a unirse a ellos. Su padre se encontraba en el cuarto

de estar, viendo una vieja comedia inglesa ambientada en un internado, titulada ¡*Aquellos días felices*! Solo con ver unos minutos Phyl se dio cuenta de que no le interesaba nada, pero sabía que a su padre le gustaba aquella clase de películas. Había algo curiosamente reconfortante en el mundo que retrataban: la Inglaterra en blanco y negro de los años cincuenta, con su habitual reparto de actores de carácter y la serie de situaciones inofensivamente absurdas en las que se veían envueltos. Se imaginaba que para él era como para ella volver a ver los episodios antiguos de *Friends*: nostalgia de una época en la que era demasiado niño como para recordarla ahora. A Phyl le gustó contemplar aquella cara sonriente, de tranquila satisfacción, y luego lo dejó con su peli y subió a darse una ducha y echarse una siesta de un par de horas.

Más tarde esa noche, después de cenar, tuvo oportunidad de estudiar la relación entre su padre, su madre y el amigo de su madre.

Era consciente de que Joanna había conocido a Christopher antes que a su marido. Habían estudiado juntos en Cambridge, unos años antes de que Andrew y ella se conocieran. A resultas de eso, entre los dos amigos de la universidad había una intimidad especial, de hacía mucho tiempo, de la que su padre debía de haberse sentido excluido. Durante la conversación, Joanna y Christopher no dejaban de volver sobre su época de Cambridge, mientras que Andrew, que había ido a una universidad más modesta, no tenía nada que aportar. Igual que Phyl, solo podía quedarse allí sentado escuchando y pedir de vez en cuando que le aclararan algo en concreto.

–Pues leí las memorias de Brian hace unas semanas –estaba diciendo Joanna–. Y de repente se me vino todo a la cabeza. Un montón de cosas de las que me había olvidado.

Su padre se quedó desconcertado.

–¿Quién era Brian?

–Brian Collier. Nos has oído hablar de él cientos de veces. Nos hicimos íntimos los tres desde que nos conocimos la primera semana.

–Ah, sí, el tipo que se murió el año pasado.

–Exactamente. Bueno, por lo menos disfrutó un año de

excedencia antes de que se lo llevara el cáncer, y en ese tiempo escribió sus memorias.

–Me encantaría verlas –dijo Christopher–. ¿Tienes algún ejemplar? ¿Las puedo leer mientras estoy aquí?

–Sí, claro. Jackie me mandó una copia del manuscrito. La tengo en el estudio por alguna parte. De hecho, ya llevo buscándola unas semanas, pero no he podido encontrarla. Aunque seguro que está ahí.

–Joanna, *tienes* que ser más ordenada... –dijo Andrew.

Ella ignoró el reproche y continuó:

–Me había olvidado de que le había llevado a tantas veladas de Emeric. Evidentemente, le impresionaron mucho.

–Un momento... ¿Quién era Emeric?

–Venga, cariño... Te he hablado mil veces de él.

–¿Era el catedrático de Historia al que todos le teníais un poco de miedo?

–El de Filosofía –le corrigió Joanna, dándole unas palmaditas en el brazo.

–El que tenía una hija muy sofisticada que tocaba el clavecín... Virginia se llamaba, ¿no?

–Lavinia –dijo Joanna–. Y era el clavicordio. Y no lo tocaba: cantaba mientras lo tocaba otra persona.

–Vale... El caso es que Emeric era famoso por sus veladas literarias, eso creo que me lo contaste.

–No eran lo que se dice literarias –objetó Christopher–. A veces invitaba a escritores, pero la política era el tema principal.

–Te he hablado de todo esto muchísimas veces –dijo Joanna.

–De hecho, voy a ver a Emeric la semana que viene –prosiguió Christopher apresuradamente, antes de que pudiese estallar una discusión matrimonial–. No creo que haya tenido mucho que ver con organizar este congreso, pero va a estar allí, y es una especie de... figura presidencial.

–Cielo santo... ¿Cuántos años tendrá ahora?

–Ochenta y muchos, yo creo. En realidad todo va a ser una especie de reunión de gente que estuvo en Cambridge. Wagstaff también va a ir, claro.

Por un momento, pareció que Andrew no iba a molestarse en preguntar quién era Wagstaff. Por lo visto había renunciado a tratar de seguir aquella corriente de recuerdos. Pero al final el sentido del deber se apoderó de él y dijo:

–¿Otro de tus amigos?

–Yo no lo llamaría amigo –dijo Joanna–. Un hombre horrible. Más bien lo odiaba.

–Pues no lo encuentro muy cristiano de tu parte –comentó su marido en un tono mordaz.

–A nadie le caía bien Roger Wagstaff.

–Aparte de a Rebecca –señaló Christopher.

–¡Rebecca! Dios mío, me había olvidado de ella. Era un caso perdido, la pobre...

Ante la mención de otro personaje desconocido del pasado, la paciencia de Andrew se agotó por fin.

–*¿Quién demonios era Rebecca?* –dijo–. ¿Por qué era un caso perdido?

–No hace falta que te enfades, cariño –dijo Joanna, mirándolo entre sorprendida y dolida–. Era una chica que vivía en la misma ala que yo, nada más. Era..., pues no sé... ¿Cómo la describirías?

–Un poco como la fea del baile –sugirió Christopher.

–Sí, no está mal. No es que fuera mala persona ni nada de eso (te inspiraba cierta ternura incluso), pero no tenía el menor atractivo, así que los hombres ni se molestaban en echarle una mirada, a pesar de que tampoco es que hubiera muchas mujeres circulando por Cambridge en aquella época. De todas formas, no habrían hecho más que perder el tiempo con ella, porque Rebecca solo tenía ojos para Roger.

–¿Sabes una cosa? Siempre me choca –dijo Christopherque hayas encontrado tu vocación en ser una especie de pastora de almas, cuando das la sensación de no comprender para nada la naturaleza humana. O eso, o te empeñas aposta en ver el mejor lado de la gente. Por mucha imaginación que le eches, nunca se podría decir que Rebecca Wood «inspiraba cierta ternura». Tenía un corazón de piedra esa mujer, y la razón de que se enamorase de Roger es que eran almas gemelas. Era un mal bicho.

–No tengo ni idea de por qué dices eso.

–¿Sabes que sigue trabajando como asistente suya cuarenta años después? ¿Qué clase de persona tienes que ser para hacer de *eso* tu misión en la vida? No hay nada que esa mujer no haría por Roger Wagstaff.

–Por el amor de Dios –dijo Joanna, bastante molesta–. No vas a sacar a relucir a ese pobre chaval otra vez, ¿no? El que se cayó por las escaleras *sin querer*.

–Rebecca estaba en ese momento en el mismo edificio. Y nadie ha podido explicar nunca por qué.

Andrew, que se había distraído un poco, volvió a centrarse en la conversación otra vez.

–*Eso* suena más interesante. ¿También pasó en Cambridge?

–No –dijo Christopher–. Fue años después.

–*Nunca* se demostró nada –le recordó Joanna.

–Ya sé que nunca se demostró nada. Pero, desde luego, a Roger no le vino nada mal quitarse a aquel chico de en medio, cargarse a quien podría haber sido un obstáculo importante en su carrera. Que sigue siendo imparable, por cierto. Va a entrar en la Cámara de los Lores en unos meses, si me puedo fiar de mis fuentes.

Joanna chasqueó la lengua.

–Pues qué vergüenza. Aunque supongo que no es ninguna sorpresa, en realidad.

–Ya. Tenía que pasar tarde o temprano –dijo Christopher–. Ascendido por sus servicios para hacer a los ricos aún más ricos, a los pobres más pobres, y en general joder al país lo mejor que sabe.

Joanna torció el gesto al oírle aquella palabrota, y dijo:

–Me pregunto qué pensará Emeric del éxito de su protegido.

–Supongo que tendrá sentimientos encontrados. Seguramente se sentirá utilizado por él, sobre todo. Al fin y al cabo, era *Emeric* al que la señora Tatcher hacía caso en los ochenta. Estoy seguro de que la aconsejaba sobre política. Y a John Major también, creo. Pero me da la sensación de que en los últimos diez años lo han excluido. Ahora es Wagstaff quien tiene a medio gabinete en la agenda. De ahí que lo hayan invitado a entrar en la Cámara de los Lores. Y cuando los

conservadores continúen con su giro a la derecha y elijan un nuevo líder el lunes, está claro que va a tener más influencia que nunca.

Phyl se quedó pensándolo mientras le daba un sorbo a su copa de vino, luego se enderezó y dijo:

–Lo siento, pero me parece de locos que vivamos en un país moderno y desarrollado, en 2022, y la gente siga usando esos títulos de lord y barón y doña o lo que sea, y que consigan todos esos títulos tan rimbombantes por los servicios prestados, sin siquiera esconderlo. Quiero decir, ¿estas cosas también pasan en otras partes del mundo, o somos especialmente corruptos y raritos?

Christopher sonrió con cierta tristeza.

–Inglaterra es un país especial en muchos sentidos...

–Que seguramente es lo que la convierte –dijo Joanna– en un país tan pintoresco.

Sin duda su intención era hacer un comentario banal, pero a Phyl le molestó profundamente. La pasividad, el humor sin aristas, la aquiescencia apática: esas eran las armas con las que su madre parecía lidiar con cualquier tipo de situación últimamente. Empezaban a crisparle los nervios.

Por lo visto, Andrew también estaba harto de aquella conversación.

–¿Qué tal si vemos una peli? –dijo.

Tras discutir un poco, se decidieron por una. Joanna pidió algo «un poco más moderno de lo habitual», que resultó ser cualquier película en color que, preferiblemente, no tuviera más de sesenta años. Phyl se negó a ver *Amenaza en la sombra* (un thriller sobre una pareja afligida que se topa con una figura asesina de rojo durante su estancia en Venecia), basándose en que ya se la habían hecho ver demasiadas veces. Al final optaron por la adaptación de Ken Russell de *Mujeres enamoradas*. Para su sorpresa. Phyl se dio cuenta de que le gustaba bastante (sobre todo la escena de lucha homoerótica de los dos protagonistas desnudos), pero también estaba muy cansada después de su largo turno en el trabajo, y se quedó dormida en el sofá mucho antes de que terminara.

A la mañana siguiente se despertó tarde, con la agradable sensación de que tenía el día libre. Bajó las escaleras sobre las once y se encontró a Christopher solo en la cocina, tomándose un té y leyendo los periódicos del domingo. Al principio él no se percató de su presencia, porque estaba escuchando música con un par de auriculares con cancelación de ruido. Cuando por fin se dio por enterado y se los quitó, Phyl se sorprendió al ver que, curiosamente, parecía que había estado escuchando jazz-funk de los setenta.

Su madre había salido para el oficio matinal, y su padre estaba obligado a acompañarla a la iglesia, como apoyo moral, a pesar de su ateísmo. Se hizo un poco de café y se tomó un cuenco de cereales. Y después Christopher le propuso dar un paseo juntos.

Atravesaron el inhóspito trozo de parque que separaba la vicaría del centro de la ciudad, y enseguida se encontraron deambulando por la calle principal de Rookthorne. Sin haber sido nunca muy tentadora, todavía había cambiado a peor en el tiempo que Phyl había pasado en la universidad. Los dos pubs más importantes, La Campana y El Caballo Blanco, habían cerrado y tenían tablas tapando los ventanales. Abelman, la carnicería (una tienda de primera necesidad para su familia durante casi dos décadas) había cerrado también a principios de año, igual que la oficina de correos, el único banco de la calle y lo que en su día había sido una boyante librería independiente. Solo había abierto un negocio nuevo en los últimos meses: una empresa de pizzas a domicilio que ahora tenía una sucursal en la antigua oficina de correos, con los ventanales aún cubiertos por dentro de papel de periódico y un letrero provisional clavado en la fachada. Como dos kilómetros y medio más lejos, sin embargo, en las afueras del pueblo, habían construido un nuevo polígono industrial, que contaba con dos supermercados, un almacén de mobiliario para el hogar, una tienda de artículos de ocasión y una cafetería, todos ellos parte de cadenas nacionales más amplias. Y hasta allí acudían en masa los habitantes de Rookthorne todos los días, para dejar los coches en su enorme aparcamiento y rastrear las tiendas en busca de artículos asequibles, sin considerar, no obstante, que cinco libras fuese un precio excesivo por un café cuando tenías acceso a wifi gratis y un refugio cómodo todo el rato

que quisieras. Mientras tanto, la calle principal permanecía abandonada y desierta.

–Mira cómo ha cambiado –dijo Christopher–. No era así, para nada, la última vez que estuve aquí. –Se detuvo y frunció el ceño en un gesto de concentración, tratando de recordar algo. Luego declamó–: «Grata aldea sonriente, lo más hermoso del prado, de ti el recreo ha huido, tus encantos han volado». –Miró a Phyl, esperando aparentemente que reconociese la cita–. Venga –le soltó–, estudiaste Filología Inglesa, ¿no? Tienes que saber de dónde es eso.

Ella negó con la cabeza.

–«Enferma yace la tierra, víctima de tantas prisas, donde crece la riqueza, y sus habitantes menguan.» ¿No? ¿No te suena nada?

–Me temo que no.

Él suspiró.

–Eso demuestra lo viejo que me estoy haciendo, supongo. Daba más o menos por hecho que poemas como «La aldea abandonada» seguirían estando en el temario. ¿Ni siquiera has oído hablar de Oliver Goldsmith? ¿*El vicario de Wakefield* ?

Phyl no sabía nada.

–Estás haciendo que me sienta muy ignorante –dijo.

–Ya. –Se sonrió–. Las cosas han cambiado desde que yo era estudiante, está claro. Ahora leéis un montón de cosas interesantes a las que ni les habríamos echado un ojo en Cambridge en los años ochenta. Seguro que tu padre tiene algún ejemplar de Goldsmith por ahí en alguna parte. Trata de cómo el capitalismo divide a la población, en resumidas cuentas.

–Nunca me ha hablado de él –dijo Phyl–. Pero tampoco es que papá hable mucho de sus libros. De política. O de..., bueno, de nada.

Mientras pasaban por delante de una peluquería masculina, un bar con manicura y un salón de belleza, Christopher dijo:

–Supongo que será duro para ti estar aquí con tus padres, después de tres años en la «uni», ¿no?

Phyl se encogió de hombros.

–Al principio estaba bien. Ahora empieza a hartarme un poco.

–De todas formas, tienes un trabajo...

–Sí, tengo un trabajo sin contrato fijo y con el salario mínimo. Hago lo que puedo por que la maquinaria capitalista siga en funcionamiento...

Christopher se quedó pensando y rememoró la conversación de la cena de la noche anterior.

–Suena bastante cínico –dijo.

–En realidad no. Solo que mi generación no se hace ilusiones con la situación en la que nos han dejado.

–Lo sé. –Se habían parado ante el antiguo banco, y Christopher estaba contemplando el agujero en la pared donde había estado el cajero automático–. Es una auténtica vergüenza. Lo he comentado en mi blog varias veces, por cierto.

–Ah, sí –dijo Phyl, mientras seguían andando–. Creo que leí un par de *posts* de esos.

–¡Anda! –dijo Christopher, sin molestarse en ocultar su sorpresa ni su satisfacción–. ¿Has entrado en mi blog?

Enfadada consigo misma por haberlo admitido, Phyl respondió:

–Un par de veces.

Y ya no siguió hablando. Seguramente, no habría sido muy educado de su parte decirle que, evidentemente, había escrito todo aquello con la mejor intención, pero que, aun así, seguía habiendo algo paternalista en el hecho de que un hombre de sesenta y pocos años mostrase su simpatía por el drama de los jóvenes que empezaban a abrirse camino en la vida. Así que desvió el tema discretamente haciendo referencia a sus *posts* más recientes.

–Leí lo que escribiste sobre el congreso de la semana que viene.

–Ah, sí. De la TrueCon... Va a ser una reunión la mar de extraña.

–¿Tú también vas a ir?

–Sí. Les hará tanta gracia que vaya como una gonorrea, claro, pero es un congreso abierto al público. Me he inscrito y he pagado como todos los demás. Así que no pueden evitar que me presente allí.

–¿Y quién es esa gente? –quería saber Phyl.

–Pues hay un poco de todo. Algunos son raritos relativamente inofensivos. Otros son racistas y sádicos declarados. Aunque los que

menos me gustan son Roger Wagstaff y sus seguidores. Ya nos oíste hablar de ellos anoche; tu madre y yo estuvimos en el mismo curso que él en Cambridge. Es un discípulo de Emeric Coutts. Llevo mucho tiempo siguiendo su trayectoria. –A pesar de que tenían la calle principal más o menos para ellos solos, Christopher bajó la voz–: Son realmente peligrosos. Y no solo quiero decir que son auténticos fanáticos en sus posturas políticas, que se han hecho muy populares estos últimos años. Eso ya sería bastante preocupante. Quiero decir que son... –Bajó aún más la voz–: Peligrosos literalmente.

Phyl no sabía muy bien adónde quería llegar. Por alguna extraña razón sintió una necesidad repentina de soltar una risita, que hizo todo lo posible por evitar.

–¿Quieres decir que...?

Él asintió.

–Sí. Me han amenazado unas cuantas veces. Y hace un par de meses casi me atropellan en la calle. Con una moto.

–Qué horror –dijo Phyl. Pero no pudo evitar añadir–: Aunque a lo mejor fue solo un accidente, ¿no?

Christopher negó con la cabeza.

–No creo. Lo que pretenden hacer con la Sanidad Pública llevan planeándolo durante años. Y un montón de empresas estadounidenses muy importantes están esperando que saquen ese plan adelante. Hay mucho dinero en juego. Un montón de dinero.

–Pero un asesinato... –dijo Phyl, aún incrédula–. ¿No es un poco... rebuscado?

Christopher no dijo nada al principio. Se paró delante de una tienda. Se quedó de pie, de espaldas al escaparate, guiñó los ojos contra la luz del sol y pareció escudriñar el horizonte, como buscando posibles asesinos. Phyl recordó de nuevo cómo lo había descrito su padre: «Bastante fantasioso».

Pero lo que dijo al poco rato fue:

–Un asesinato... –hizo una pausa para darle énfasis– es algo profundamente enraizado en la cultura inglesa.

Y con esas palabras, se volvió para señalar el contenido del escaparate. Se encontraban ante una tienda solidaria, otro de los pocos sitios a los que por lo visto les seguía yendo bien en la calle

principal de Rookthorne. Entre los juegos de mesa, los DVDs, la joyería cursi y el menaje de cocina rayado, alguien había dispuesto una serie de libros. Había como unos once o doce, todos de bolsillo, todos con las puntas de la cubierta un poco levantadas y señales de uso, y todos también, curiosamente, sobre el mismo tema. Incitada por las últimas palabras de Christopher, Phyl se fijó en los títulos: *Los envenenamientos de la rectoría*, *Los asesinatos del parque del pueblo*, *Muerte en el octavo hoyo*, *Asesinato en la bolera*, *El asesino de la nata cuajada* (este último, decía la portada, era «El séptimo libro en la serie del detective de Devonshire» y «Un agradable relato criminal para las largas tardes de invierno»).

–Ya veo lo que quieres decir –comentó, fascinada ante aquel despliegue.

–Extraño, ¿no? –dijo Christopher–. El fenómeno del «agradable relato criminal». No creo que haya otro país en el mundo que coja el tema del homicidio violento y ahora lo convierta en «agradable». Es algo muy inglés, de un modo que no sabría definir.

–¿Pero la gente lee estas cosas? –preguntó Phyl, mirando los títulos con más detenimiento.

–Supongo. Parece que el mercado editorial está bastante saturado.

Se le pasó una idea por la cabeza. ¿Podría escribir un libro de ese tipo? Si no estaba preparada del todo (y esa sensación tenía) para desnudar su alma en la página impresa (para escribir algo serio, algo que realmente reflejase su visión de la vida), ¿qué le impedía pergeñar rápidamente una cosa así y ganar un dinero fácil? Tenía que ser mejor que preparar sushi todo el santo día, y no debía de costar mucho. Había que coger un idílico paraje rural «típicamente inglés», significara lo que significara aquello, meterle una serie de personajes como clérigos, dueños de pubs y árbitros de críquet, e idear una somera trama de asesinato. Tendría que haber un detective, se imaginaba, alguien extravagante y fuera de lo corriente (poniéndole tal vez una pata de palo o una afición rara, como coleccionar mariposas o montar en monociclo). Sería como redactar un ensayo estudiantil: lo único que tenías que hacer era asegurarte de estructurarlo como es debido y seguir una fórmula convencional,

para obtener un resultado mínimamente decente. Seguro que merecía la pena intentarlo.

–Bueno –dijo, mientras retomaban su paseo–, a juzgar por esos libros deberías salir bien parado, siempre que te alejes de las vicarías, los viveros y los clásicos salones de té ingleses.

–Eso dices tú –dijo Christopher–, pero me sospecho que el escenario de este congreso va a ser exactamente la clase de sitio donde podría ocurrir uno de esos asesinatos.

Ya avanzada la tarde, Phyl encontró a su madre de rodillas en el lavadero: no rezando, en esa ocasión, sino pasando la ropa de la lavadora a la secadora.

–¿Dónde está todo el mundo? –preguntó.

–Tu padre ha ido al súper. Y Chris a Heathrow, para recoger a su hija.

–¿Para recoger a quién?

Joanna se puso de pie, con un calcetín suelto en la mano.

–¿No te lo hemos dicho? Se llama Rashida. Viene a pasar un par de noches. –Y luego, viendo que su hija parecía un poco alterada por la noticia–: Pensé que te gustaría.

–¿Y por qué iba a gustarme?

–No sé, tiene tu edad, pensamos que os llevaríais bien.

–Mamá –dijo Phyl–, cuando tenía siete años hubiera sido lógico presentarme a otra niña de la misma edad en una fiesta y decirme: «Os vais a entender de maravilla, las dos tenéis siete». Pero la cosa no funciona igual cuando ya tienes veintipocos. La gente necesita tener más cosas en común que esa.

–No es su hija de verdad, es adoptada –dijo Joanna, como si eso supusiera alguna diferencia–. Elspeth y él no podían tener hijos. –Y luego, igual de absurdamente, añadió–: Es de Etiopía –como si fuera el gancho comercial definitivo.

Phyl captó perfectamente el mensaje subrepticio: su madre creía que aquello zanjaría el asunto para alguien de una generación con

una profunda devoción por el multiculturalismo. Pero, en vez de morder el anzuelo, ella se limitó a decir:

–Pues podrías haberme avisado, ¿no?

Indignada, su madre contestó:

–La verdad es que no te entiendo. Siempre andas quejándote de lo sola que te sientes aquí plantada, con tu padre y conmigo.

–Sí, pero me gusta estar sola. Las relaciones sociales me estresan. ¿No te habías dado cuenta todavía?

Se fue al cuarto de estar, de mal humor, y se pasó un rato jugando en el móvil a un juego de naipes llamado Pyramid hasta que la interrumpió el ruido del coche de Christopher al frenar en el camino de acceso, con un crujido de gravilla. Phyl se acercó hasta el saliente de uno de los ventanales y vio cómo una mujer alta y elegante de su misma edad (pero con una actitud completamente diferente, mucho más serena y segura de sí misma) se bajaba del asiento del copiloto y sacaba su bolsa de viaje malva del maletero. Oyó que se quejaba de algo en voz alta a su padre mientras entraban en la casa por la puerta principal, que no estaba cerrada con llave, y entonces se dio cuenta, un poco asustada, de que las voces aún se aproximaban más. Unos segundos después, padre e hija entraron a la sala de estar, y Rashida seguía hablando:

–El caso es que no *hacía falta* apretar el botón porque los ascensores son automáticos. Hasta había un letrero donde *decía* que son automáticos.

A Phyl le chocó su marcado acento americano. Tenía una voz grave y musical.

–Vale, vale –decía Christopher. No parecía que la escuchara de verdad. Estaba mirando algo en su teléfono–. Pero el tipo este no se dio por enterado, ¿no es eso?

–No se dio por enterado *para nada* –dijo ella, y entonces se percató de que Phyl se encontraba junto a la ventana.

–Hola. –Y entreabrió los labios en una media sonrisa confiada–. No te había visto ahí escondida.

–Ah... Hola. Soy Phyl –dijo Phyl, dando un paso adelante y saludando con la mano torpemente.

–Ya sé quién eres –dijo Rashida, devolviéndole el saludo–. Y yo

soy...

–Yo también sé quién eres... –dijo Phyl, que entonces ya fue capaz de devolverle la media sonrisa. Y luego añadió–: ¿Veníais hablando de lo que yo creo que veníais hablando?

–No lo sé. ¿De qué crees que hablábamos?

–De los ascensores de la terminal 5.

Rashida abrió los ojos de par en par mientras sonreía asintiendo entusiasmada.

–*Sí* –dijo con mucho énfasis–. *Sí. Exactamente*.

–Son automáticas –le dijo Phyl a Christopher, que había terminado de consultar su teléfono y las estaba mirando ahora a las dos, intentando comprender su queja compartida–. Tienen botones, pero da igual si los aprietas o no. Aunque siempre hay algún tío... –le echó una mirada a Rashida–, porque era un tío, ¿no?

–Claro.

–Siempre hay algún tío que aparece en el último momento.

–Que aparece en el último momento y aprieta el botón y entonces las puertas se abren y él se queda *tan satisfecho consigo mismo*... –Se volvió hacia Phyl–. Así que te ha pasado, ¿verdad?

–El otro día.

–Pues a mí me acaba de pasar. No sería el mismo tipo, ¿no?

–El mío era alto, rubio y con pantalones cortos.

–Ah. El mío bajo, moreno y con unos vaqueros ajustados.

–Distinto hombre, misma actitud.

–Tú lo has dicho. Quiero decir, ya sé que no deberíamos obsesionarnos con eso, en el fondo es una tontería, pero me pone de los nervios, llevo media hora dándole vueltas. Esa *arrogancia*, esa *prepotencia*...

–¿Está tu madre por ahí? –le preguntó Christopher a Phyl, metiendo baza–. Estaba pensando qué habitación le iba a dejar a Rash.

–No te preocupes –dijo Phyl, cogiendo la bolsa de viaje malva–. Sé dónde te va a meter. Ven conmigo.

Y subieron juntas las escaleras.

Phyl no estaba segura de por qué tenía habilitadas las notificaciones de las noticias de la BBC en el móvil. Le salían los

titulares demasiado a menudo, y la molesta musiquilla de las noticias de la televisión te volvía loca al cabo de un rato. De todas formas, así fue como se enteró de que los miembros del Partido Conservador habían elegido a Liz Truss como líder, y por consiguiente como primera ministra del Reino Unido. La noticia le llegó sobre el mediodía del lunes 5 de septiembre, durante su pausa de veinte minutos en su maratón de nueve horas de picar verduras y cortar tiras de pescado. La compartió con un par de compañeros, pero ninguno parecía muy interesado en el tema. En cuanto a Phyl, era parte del goteo de malas noticias que se colaba en su teléfono todos los días: asuntos sin demasiada importancia como aquel pugnaban por un lugar en su cerebro con historias sobre la opresión de Palestina, la guerra de Ucrania, las recientes inundaciones en Paquistán, el cambio climático en general... Todas contribuían a la firme construcción, ladrillo a ladrillo, de un muro de desesperación que parecía eclipsar cualquier vislumbre de un futuro viable.

¿Seguro que, con todo aquello en la cabeza, la promesa de una primera ministra inglesa un poco más escorada a la derecha no tenía tanta importancia? Tal vez. Pero era un ladrillo más en el muro, y seguía incomodándola al final de su largo y complicado trayecto de vuelta a casa. Christopher y su hija estaban charlando con su madre en el cuarto de estar, pero Phyl pasó rápidamente de largo sin saludar, sintiéndose extrañamente resentida por la presencia de aquellos huéspedes en su casa. Ya en el piso de arriba, se sentó en la cama con la espalda apoyada en la pared, clicó en el icono de Netflix de su teléfono (que estaba siempre abierto) y se puso a ver un episodio de *Friends* al azar. Era el episodio 3 de la tercera temporada, en concreto. Lo había pillado en el punto en que Ross le explicaba a Chandler cómo soltarse del abrazo de su novia a la hora de dormir, cuando se dio cuenta de que Rashida estaba de pie en el umbral. Phyl se sobresaltó un poco, sintiéndose culpable, y dejó el móvil, como si la hubieran interrumpido viendo porno. Pero lo único que dijo Rashida en un tono amigable fue:

—*El de la mermelada*, ¿no?

Phyl asintió. Era increíble cuánta gente (a veces las personas que

menos te imaginabas) parecía saberse aquellos episodios de memoria.

–Exacto.

–No me acuerdo mucho de él, la verdad.

–No es de los mejores. Pero Joey está especialmente sexy.

–Ah –Rashida se sentó junto a ella en la cama–. Pues no sabría qué decirte...

–¿No es tu tipo?

Ella se sonrió.

–Es que no tengo ningún *tipo*, la verdad.

Tras hacer aquel comentario un tanto enigmático, Rashida se echó en la cama y se apoyó en un codo. A Phyl le chocó su seguridad al adoptar aquella postura tan lánguida en el dormitorio de una desconocida, y de repente tomó conciencia de su cercanía física.

–¿La ves muy a menudo? –continuó Rashida–. ¿Estás muy pillada?

–Un par de episodios al día –dijo Phyl–. A veces tres o cuatro quizá, si no me encuentro bien.

–No te preocupes, no soy una persona que juzgue a las demás. Y está bien que de vez en cuando nos den algo agradable, ¿no?, además de todas las cosas horribles que nos meten.

–¿Qué quieres decir?

Rashida levantó su teléfono.

–Esto. La gran bendición de nuestra generación. Y la peor de las maldiciones.

Phyl no contestó. En realidad no sabía qué decir.

Rashida se quedó mirando su teléfono y dijo tranquilamente:

–¿A veces no te entran ganas de deshacerte de él? Quiero decir, de irte hasta un lago o un canal o algo y tirarlo al agua. A lo mejor deberíamos hacerlo. A lo mejor deberíamos hacer un pacto. Quiero decir que a veces me da miedo lo que me voy a encontrar en él.

Phyl sintió como si le quitaran de encima una extraña carga al escuchar aquello. Había pensado eso mismo muchísimas veces, pero nunca se había atrevido a decirlo.

–¿Cuándo empezaste a tener esa sensación? –le preguntó.

–No sé... Hace años, creo. –Rashida se quedó mirando al infinito, pensativa–. Hubo un momento en que lo pasé muy mal. Empecé a

recibir unos correos diciéndome que tenía un mensaje de voz, y cuando los escuchaba..., la verdad es que daban mucho miedo. Nunca averigüé quién era. Algún tío de la facultad, supongo.

–¿No los denunciaste o algo?

–Seguramente debería haberlo hecho. Pero me limité a dejar de abrirlos. Llevo como un año sin recibir ninguno, de todas formas. Aunque en esa época, ya te imaginas..., se me encogía el estómago cada vez que veía que había llegado uno nuevo.

Las dos se quedaron calladas un rato. Luego Phyl dijo:

–Ellos no tienen, claro.

–¿Quiénes?

–Los personajes de *Friends*. Leí un artículo de alguien que opinaba que esa era la razón de que le gustara la serie a la gente de nuestra edad. Nostalgia de una época en la que no habíamos nacido.

–¿No tienen teléfonos móviles?

–*Smartphones* no. Solo esos chismes que parecen ladrillos con una antena que sobresale. No creo que ninguno de ellos mande un solo mensaje en las diez temporadas.

–¿Seguro? Bueno, Chris lo sabrá. Le puedo preguntar.

–¿A tu padre?

–Nunca me refiero a él como si fuera mi padre –dijo Rashida, volviendo a sentarse–. Solo Chris. Pero sí, a él. Se lo sabe todo sobre la serie. ¿A que no te lo esperabas?

–La verdad es que no, para nada. ¿Y eso?

Rashida se lo pensó un momento antes de contestar.

–Para empezar, tiene una memoria increíble. Buenísima. Se acuerda de todo lo que aprende, en realidad. Pero, en cuanto a lo de *Friends*..., supongo que se remonta a cuando yo tenía once o doce años. Mis padres se habían separado y Chris se había vuelto a vivir a Inglaterra. Me mandaron aquí para pasar un verano con él, y fue una cosa muy rara. Me imagino que desde la última vez que me había visto yo había dejado de ser una niña para convertirme en una adolescente, y ya no sabíamos muy bien cómo relacionarnos el uno con el otro. Así que nos pasamos la mayor parte del tiempo viendo *Friends* juntos. E incluso ahora, cuando vamos en el coche o así, y nos quedamos sin tema de conversación (cosa que nos pasa

mucho), jugamos a ver cuál de los dos sabe más sobre los personajes secundarios y los títulos de los episodios y esas cosas.

Parecía que Rashida estaba muy habladora, así que Phyl decidió sacarle partido a la ocasión y averiguar más cosas de ella.

–¿Y ahora mismo qué haces aquí? –le preguntó.

–Estoy a mitad de un máster –respondió Rashida–. A punto de empezar el segundo curso.

–¿En Londres?

–Sí. Chris pensó que ampliaría horizontes viviendo aquí una temporada. Y también es una buena excusa para alejarme de Elspeth. Me he pasado el verano con ella y... fatal. Hace años que ya no nos llevamos bien. En parte es una pena, porque vive en un sitio precioso, para qué te voy a engañar... Al norte de Nueva York.

–¿Ahí fue donde viviste de niña?

–Sí. He vivido allí la mayor parte de mi vida. Bueno, nací en un sitio llamado Mekele, en el norte de Etiopía, pero no me acuerdo de nada. A mis padres los mataron cuando los eritreos la bombardearon durante la guerra. Me metieron en un orfanato y luego Chris y Elspeth me adoptaron cuando yo tenía dos años. Era la típica cosa que hacían los estadounidenses liberales en ese momento.

Phyl asintió pero no investigó más sobre el tema, temiendo que sus preguntas pareciesen tontas, o simplemente una prueba de su inocencia, su falta de mundo. Así que decidió adentrarse en terrenos menos pantanosos.

–¿Y ahora dónde vives en Londres?

–Comparto una casa en Wanstead. –Inquieta de pronto, Rashida se levantó y empezó a pasearse por el dormitorio. A Phyl volvió a llamarle la atención su estatura y su elegancia natural–. No me queda muy cerca de la facultad, y tampoco es que sea muy bonita ni que me lleve demasiado bien con la otra gente; aun así, por alguna extraña razón..., o simplemente por algún motivo, me gusta mucho.

Phyl pensó de nuevo en su piso de estudiantes en Newcastle, que difícilmente podría haber sido más insalubre y menos apropiado en muchos sentidos, y una vez más sintió que la inundaba una fuerte ola de nostalgia del tiempo que había vivido allí. Le daba envidia que a Rashida todavía le quedara un año de universidad, y también

comenzaba a sentir cierta envidia de la gente que tenía como compañera de piso a aquella mujer tan atractiva y carismática.

–¿Qué estás estudiando? –le preguntó.

–Administración y dirección de empresas.

Era una respuesta decepcionante. No se imaginaba a Rashida vestida de ejecutiva ni inclinada sobre un ordenador, tecleando cifras en una hoja de cálculo.

–Me gustaría montar mi propio negocio algún día –siguió ella–. Nada demasiado grande, quizás un restaurante o dos, algo así. Lo importante es que sea tuyo. Si no, lo único que haces es ganar dinero para otra persona, ¿no crees? ¿Y quién quiere eso?

Se había acercado hasta la mesa de trabajo de Phyl, y estaba escrutando con una curiosidad descarada las fotos pinchadas alrededor en la pared.

–Pero, bueno, ese fue mi razonamiento. A lo mejor hubiera sido más divertido hacer otra cosa... No sé, Filología Inglesa, por ejemplo. Pero un grado como ese al final no te sirve de mucho, ¿no te parece? –Se volvió–. ¿Y tú qué? ¿Qué hiciste?

–Filología Inglesa –contestó Phyl.

–Ah –Se rio–. Perdona.

–No pasa nada. En realidad, tienes razón. Aquí estoy, metida en casa otra vez, sin la menor idea de lo que quiero hacer con mi vida. –Se fijó, con un súbito ataque de pánico, en que Rashida estaba echándole un vistazo a una página de su cuaderno abierto–. Ah, bueno, eso ni merece la pena mirarlo, son solo... La verdad es que no sé ni lo que son.

–¿*Muerte en una casa con tejado de paja*? –Rashida leyó en voz alta–. ¿*Los asesinatos de la cabaña de la playa*? ¿*Los envenenamientos de las galletas de avena*? Parecen... ¿títulos de un libro?

–Sí, debo de estar un poco loca porque he pensado... –Bueno, tampoco pasaba nada porque se lo contara a alguien– que podría intentar escribir un libro.

Rashida no pudo evitar soltar una risita.

–Perdona... Me parece muy buena idea. Quiero decir... ¿por qué no? Pero... ¿así es cómo lo vas a titular?

Sin extenderse mucho, y con cierta dificultad, Phyl le contó lo que había visto con Christopher en aquel escaparate el día anterior, y cómo él le había descubierto en qué consistía aquello del «agradable relato criminal». No era una frase hecha que Rashida hubiera oído antes, y le costó un poco explicárselo.

–Sé que suena un poco cínico coger un género como ese y escribir ateniéndose a una fórmula, pero..., no sé, nunca he escrito nada. Me pareció una buena forma de empezar a aprender los conceptos básicos.

Rashida asintió con la cabeza.

–Tiene su lógica, supongo... ¿Y qué tal empezar por el tipo de libro que te gusta a ti? Quiero decir, ¿qué te gusta leer?

Sin pensárselo mucho, Phyl contestó:

–Cosas del ámbito académico más oscuro.

–¿Y eso qué quiere decir exactamente?

–Bueno, ya sabes... novelas sobre estudiantes universitarios que vienen de fuera y forman grupos de amigos que se ven envueltos en sociedades secretas y asesinatos y esas cosas.

–¿Y eso es un género?

–Claro. ¿No has leído *El secreto*?

Rashida negó con la cabeza.

–He oído hablar de él.

–Han salido un montón más de ese estilo después, claro. –Sintiendo que le brotaba el germen de una idea, Phyl alargó el brazo para acercar el cuaderno, pasó una hoja y escribió los dos primeros puntos de una lista. Una vez hecho esto, levantó los ojos y vio que Rashida la estaba mirando (por primera vez, al parecer) con cierto interés. Se sintió ridículamente halagada.

–Me encanta la gente creativa –dijo Rashida–. La pena es que yo no tengo ninguna vena artística. ¿De dónde te viene la creatividad? ¿Por qué te apetece escribir?

–Oye, que no he escrito nada todavía...

–Ya, pero... ¿de dónde te viene el impulso? ¿Es porque quieres dejar algo detrás? ¿Una especie de... afán de trascendencia?

Phyl se sonrió ante la idea.

–Creo que hoy en día, si quieres que te recuerden, escribir un libro

no es lo ideal. –A modo de explicación añadió–: El otro día estuve mirando la biblioteca de mi padre, y había una novela *gordísima* que había escrito no sé quién en los noventa, y las cosas que decía de ella la gente en la cubierta eran increíbles (una obra maestra, un clásico del futuro, ese tipo de cosas), ¿y qué pasó? Que ya nadie se acuerda de ese tío. Ni siquiera mi padre se acordaba del nombre. Nada. Completamente olvidado.

Rashida le buscó el lado lógico a aquella historia.

–Pues entonces seguramente es lo que se merecía, que lo olvidaran. ¡Dios! Cuando pienso en algunos escritores que nos hicieron leer en el instituto... Nadie *los* habría vuelto a leer si nuestros profes no nos hubieran obligado.

–A lo mejor tienes razón –dijo Phyl, riéndose. Y luego, más pensativa–: De todos modos, no creo que ser creativo tenga nada de especial. No hay una fórmula mágica ni nada. Todo el mundo puede escribir. ¿Lo has intentado? Quizá deberías probar.

Rashida negó con la cabeza.

–Nunca he sido capaz de inventarme historias. Ni siquiera cuando era muy pequeña. Siempre que en el cole nos mandaban hacer una redacción en casa, no acababa de ponerme. Siempre me daba la sensación como de estar haciendo algo... falso. Falso y bastante incómodo.

–Y entonces ¿qué hacías? ¿Entregarles una hoja en blanco?

–No, podía *escribir*. Podía escribir *algo*, claro. Pero siempre terminaba escribiendo... cosas reales. Cosas que me habían pasado. Contaba la verdad sobre mí.

–Bueno, hoy la gente lo llama autoficción. Está muy de moda, de hecho.

–¿En serio? ¿También es un género?

–Claro. También se le conoce como autobiografía novelada o memorias literarias... En realidad escribes sobre tu vida pero no en plan «pasó esto y luego pasó lo otro». Más bien coges parte de tu experiencia y escribes sobre ella como si estuvieras escribiendo una novela.

–Mmmm. A lo mejor tú sí que deberías intentar algo así. Parece mucho más sincero que inventarse una historia de asesinatos.

Phyl mordisqueó su lápiz y se quedó pensándolo. No sabía muy bien si Rashida hablaba completamente en serio. Pero en cualquier caso añadió un tercer punto a su lista en el cuaderno, de modo que sus opciones como escritora novel quedaban como sigue:

1. AGRADABLE RELATO CRIMINAL
2. DEL ÁMBITO ACADÉMICO MÁS OSCURO
3. AUTOFICCIÓN

Y en ese momento oyeron que Andrew las llamaba para que bajaran a cenar.

Se lo encontraron esperándolas con impaciencia en la cocina, que por lo demás estaba vacía. Había preparado una elaborada cena griega con una musaka como plato principal, puesto la mesa para cinco personas y hasta servido cinco copas de vino, pero de momento allí no había nadie para tomarse todo aquello. Rashida se sentó en el sitio indicado y desdobló cuidadosamente su servilleta. Phyl salió a buscar a su madre y a Christopher.

Se hallaban en el estudio, hablando en murmullos. Estuvo a punto de interrumpirlos, pero algo en su tono hizo que se detuviera en el umbral, diera un paso atrás y se quedara escuchando lo que decían.

Hablaban de Brian.

Brian, como Phyl había sabido la noche anterior, había sido amigo íntimo de los dos en Cambridge hacía cuarenta años. Durante un tiempo los tres fueron inseparables. Un trío de adolescentes provincianos, educados en la pública, que se habían plantado en uno de los *colleges* más ricos y elitistas de Cambridge y se habían encontrado inmediatamente para apoyarse unos a otros. A pesar de algunos altibajos, su amistad había durado sus tres años en Cambridge y las décadas que siguieron.

Hombre de los más variados intereses, Brian había estudiado Medicina en la universidad pero pasó la mayor parte de su vida dando conferencias sobre otros temas. Su posterior carrera como

psiquiatra había sido espectacular, pero se había visto truncada recientemente: a los sesenta y un años le diagnosticaron un cáncer hepático, con un pronóstico de solo seis meses de vida; e incluso así resultó muy optimista. Había muerto hacía diez meses, en noviembre de 2021.

Ahora Joanna y Christopher estaban hablando de él. Ella le estaba enseñando una carpeta azul de anillas llena de papeles, diciéndole:

–¡Mira, he encontrado las memorias! Estaban enterradas debajo de cuatro años de boletines informativos.

–¡Genial! ¿Te parece bien que me las lleve al congreso?

Joanna se quedó dudando.

–Creo que sería mejor que las guardase aquí y le pidiera a alguien del despacho que me hiciese una copia. ¿Te importa?

–No, claro que no. Está bien.

–Te la mandaré en cuanto pueda. Habla mucho de ti.

–¿En serio? –Christopher hojeó las páginas–. ¿Y qué hay de Roger Wagstaff? ¿Lo consideraba digno de mención?

–Pues sí. Y hay una parte muy interesante sobre las veladas literarias. Sobre cuando venía un escritor de visita y esas cosas.

–En ese caso –dijo Christopher, devolviéndoselas solemnemente–, será mejor que las guardes a buen recaudo. ¿Tienes una caja fuerte o algo así?

–Claro que no. ¿Por qué?

–Porque es un documento histórico.

Ella lo miró con una sonrisa de escepticismo en los ojos.

–¿Qué quieres decir?

–Fuimos testigos de algo mientras estábamos allí. Presenciamos el principio de algo.

–¿Ah, sí?

–De algo relacionado con Emeric. Y con Roger Wagstaff. Estábamos allí cuando se puso en marcha.

–Por Dios, Chris, creo que exageras su importancia. Siempre lo has hecho.

–Te digo que es peligroso. El congreso lo va a demostrar de una vez por todas.

Había un trasfondo de nerviosismo y de angustia en su voz que

sorprendió a Joanna y a su hija, que seguía escuchando atentamente.

–¿Qué quieres decir?

Christopher parecía incómodo, pero tuvo que admitir su incertidumbre.

–No lo sé, pero tengo la sensación... Bueno, si he de ser sincero, creo que me puede pasar cualquier cosa estos próximos días.

Que en ese momento su madre soltara un suspiro que dejaba entrever su desesperación y su cariño le pareció a Phyl una buena oportunidad para hacer su aparición. Tanto Christopher como Joanna se volvieron hacia ella con aire culpable. Era como si hubiera interrumpido una conversación entre dos amantes.

–La cena está lista –dijo, después de la conveniente pausa.

Su madre cogió el original de Brian y lo guardó con llave en uno de los cajones de su escritorio.

Para Phyl aquella última cena con Christopher y su hija tenía algo especial: como una sensación de ocasión memorable.

Había estado leyendo muchas más cosas en el blog de Christopher los dos últimos días, y lo encontraba interesantísimo. Creía que ahora entendía mejor el proyecto al que se había consagrado tanto tiempo: rastrear la evolución de los políticos conservadores durante los últimos cuarenta años, desde los tiempos de Thatcher en el Reino Unido y Reagan en los Estados Unidos. Phyl nunca se había parado a pensar lo más mínimo en ese tema, pero empezaba a comprender por qué Christopher estaba tan preocupado por la designación de Liz Truss como primera ministra, qué punto tan significativo debía de parecerle en la senda política descendente por la que Inglaterra se precipitaba.

Cierto era que seguía sin cogerle cariño como persona. Seguía pareciéndole ampuloso, demasiado seguro de sí mismo, condescendiente, a veces. Pero por otro lado había llegado a la conclusión de que era mucho más interesante de lo que se había

imaginado; había decidido que, en términos generales, prefería volver a tener invitados en casa, tras dos meses de vivir aislada con sus padres, y lo que es más, tenía la sensación de que aquella cena marcaba el final de una época en su vida y el comienzo de otra. En parte, eso era porque había resuelto empezar sus intentos de escritura al día siguiente, tras terminar su turno de primera hora en Heathrow. Pero también tenía que ver con otros factores más intangibles que percibía en torno a aquella mesa esa noche, factores que le proporcionaban una sensación indefinible de plenitud y oportunidad: cómo caía la luz de la lámpara de arriba sobre aquella escena, proporcionándole a la estancia una atmósfera casi espectral, una especie de resplandor espiritual; el evidente placer que suponía para su madre volver a ver a Christopher, la sensación de una antigua amistad reavivada; y tal vez, más que nada, la marcada y animada presencia de Rashida, que parecía llenar la habitación con su energía y aquella belleza serena y despreocupada.

Desde luego, estaba impresionante esa noche. Inevitablemente, la conversación giró más de una vez en torno a la nueva primera ministra. Aunque solo fuera por provocar a Phyl y a Rashida, Christopher insistió en recitar (de memoria) un tuit que Liz Truss había puesto hacía cuatro años, en el que cantaba las alabanzas de su generación como «los luchadores por la libertad que usaban Uber, Airbnb, y pedían comida a Deliveroo» (añadiendo las etiquetas #PaísLibre #VivirLibres #Elegir y #Destino, por si fuera poco). Ninguna de las dos había escuchado antes aquella declaración, y las dos reaccionaron metiéndose dos dedos en la boca y haciendo ruidos como de vomitar, pero fue Rashida la que dijo luego:

–¿En serio? ¿Esa mujer se cree que poder llamar a un taxi y pedir comida por internet compensa que nos dejen con un sistema político jodido y un planeta hecho mierda?

–Por lo visto, sí –dijo Christopher–. Eso es lo que piensa exactamente.

–¿Se cree que nos sentimos *libres* porque tardaremos quince años en poder comprarnos un apartamentito asqueroso?

–Eso parece.

–¿Y que tenemos mucho donde elegir porque una vez cada cinco

años tenemos que decidir entre dos partidos políticos, uno un poco menos de derechas que el otro?

–Eh –dijo Christopher, levantando las manos en un gesto fingido de rendición–, a mí no me eches la culpa.

–Pues tú eres el que está aquí, Chris. Alguien tiene que asumir esa responsabilidad. Creo que ya es hora de que los *boomers* os deis cuenta exactamente de lo que piensa la generación Z de vosotros.

–¿Y tú qué crees que piensa? –preguntó Joanna con su habitual intensidad.

–Vale... Evidentemente no estoy hablando de vosotros en concreto –respondió Rashida–. Pero vamos a ver... En esencia la cosa es que no os *entendemos*. No entendemos por qué vuestra generación nos odia tanto. ¿Qué hemos hecho que tanto os fastidia? La gente que ha votado a esa mujer tiene toda de sesenta o setenta años para arriba, ¿no? Conservadores mayores con dos o tres casas, sin hipoteca, y unas buenas pensiones para vivir. Así que ¿por qué lo han hecho? ¿Solo para castigar a la gente joven? ¿No bastó con hacerles tragar el Brexit y quitarles la posibilidad de vivir en Europa? Sí, venga, vamos a joderles también ese sueño. O lo de los Estados Unidos, hacerles tragar con Trump cuatro años... Eso les hará saber de verdad dónde están, con esas vidas llenas de oportunidades y con lo guapos que son y lo sanos que están y la fantástica vida sexual que tienen. –Se dio cuenta de la cara de sorpresa que ponían todos–. Sí, claro, por *eso* nos envidian todos. Por *eso* están tan cabreados. Han vivido sus vidas tristes y asquerosas, y todo el dinero que han ganado no les puede quitar esa sensación de... desilusión. De anticlímax.

Un largo silencio siguió a aquel monólogo tan apasionado. Phyl se sintió anonadada por la elocuencia de su nueva amiga, por su intrepidez a la hora de dirigirle aquellos comentarios al mismísimo público al que condenaba en ellos. Joanna parecía avergonzada y miraba fijamente al plato. Andrew, más divertido que otra cosa, aunque no se arriesgó a dar su opinión. En cambio, se volvió hacia Chris y dijo:

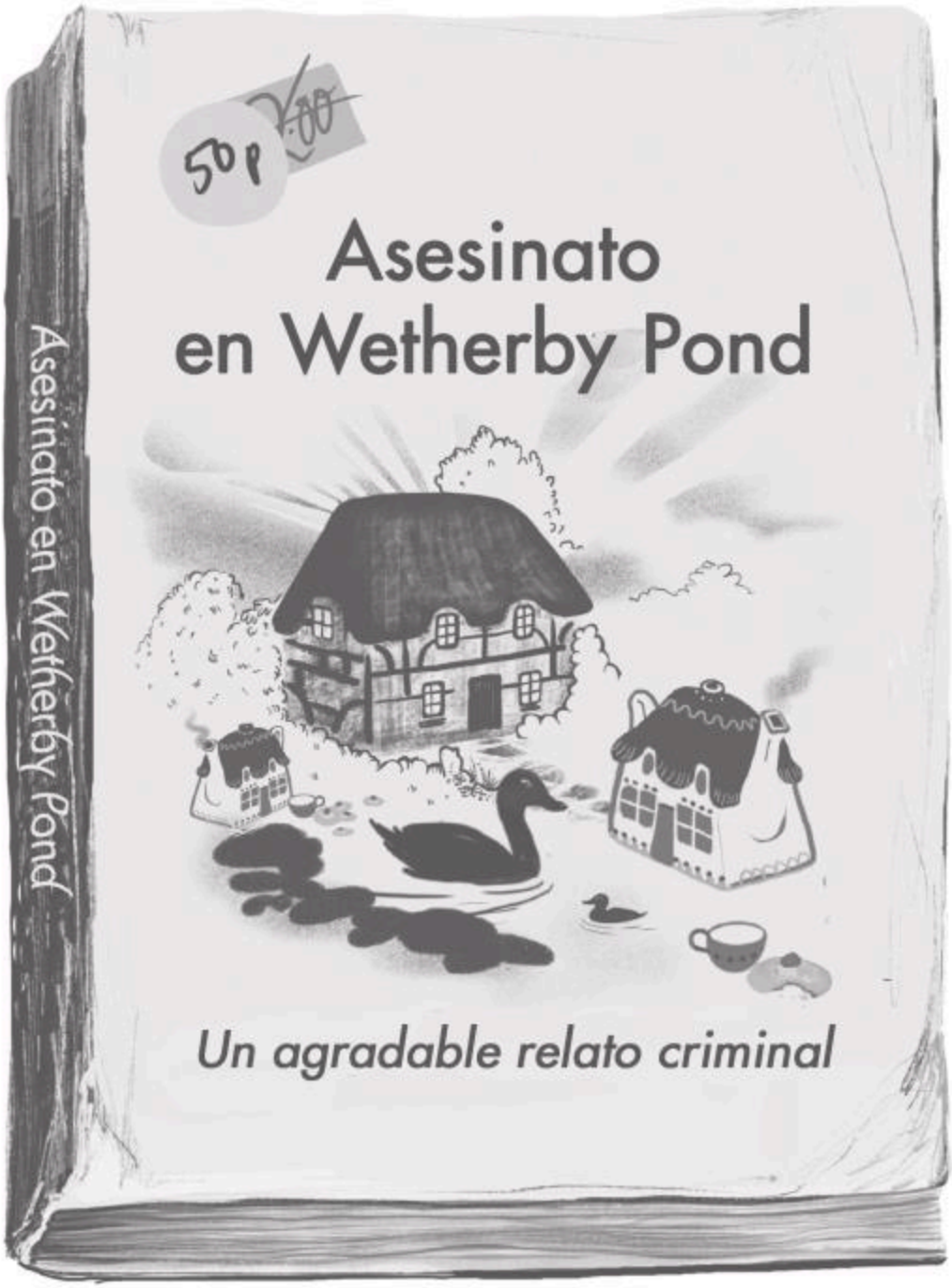
–Bueno, ¿y tú qué opinas? A lo mejor tiene razón, ¿no?

Su invitado respondió con su característica sonrisa ensayada. Por

lo visto nada lo alteraba nunca profundamente.

–Como siempre –dijo–, mi hija tiene una opinión muy clara, y la expone con ese estilo suyo inimitable. Si es así como se siente su generación, ¿qué podemos hacer? Es un poco pronto para decir si Liz Truss es en realidad un instrumento de tortura que los viejos han decidido usar contra los jóvenes. Pero una cosa es cierta. Mañana será primera ministra, lo que significa que mañana... –y esa sería la frase que Phyl recordaría, y la que la atormentaría, las semanas siguientes–, mañana marcará la ruptura definitiva de Inglaterra con la realidad. Mañana es cuando se acaba la vida real y empieza la fantasía.

Primera parte
Lo ve


50p
Asesinato en Wetherby Pond
Asesinato en Wetherby Pond
Un agradable relato criminal

1

Christopher Swann enfiló su coche con cuidado entre los pretiles amarillentos de piedra seca del pintoresco puente viejo que sostenía la calzada sobre el riachuelo. Solo había sitio para que pasase un coche entre los muretes, pero en una tranquila mañana de martes como aquella había pocas posibilidades de encontrarse con otro automóvil. Unos pocos cientos de metros después de cruzar el puente, entró en el pueblo de Wetherby Pond propiamente dicho. Con el ruido del motor (a pesar de que conducía un silencioso modelo híbrido) los patos de la extensión de agua que daba nombre al lugar alzaron el vuelo con una salva de graznidos de queja. Christopher continuó por la carretera que rodeaba el borde de la charca, mientras sus ojos asimilaban cada detalle inverosímil de la antigua oficina de correos, la cabina telefónica roja que había frente a la tienda del pueblo, la hilera de casas con el tejado de paja primorosamente cuidado, y hasta un paisano mayor leyendo un ejemplar de *The Times*, sentado en un desgastado banco de roble. Aunque Wetherby Pond tenía fama de bonito y bien conservado, apenas daba crédito a lo que veía: era como si se hubiese internado en un rincón olvidado de Inglaterra más cercano a un decorado de una película de los años cincuenta que a la realidad actual. Siguió conduciendo su coche por la calle de la aldea y se detuvo suavemente en una de las plazas de aparcamiento que quedaban delante de la hostería del siglo XVII, prácticamente intacta, que aún conservaba su nombre original: La Lechuga Fresca.

Se quedó dentro del coche un rato, intentando tranquilizarse, porque en el viaje de esa mañana había tenido un serio

contratiempo. De hecho, de camino a Wetherby Pond casi se había visto implicado en un terrible accidente. Había ocurrido en una pendiente muy acusada, conocida como Fish Hill, justo a las afueras de Broadway en el Valle de Evesham. Christopher había ido salvando dos o tres de las curvas en forma de U que llevaban a la cumbre cuando le adelantó otro coche tan pegado al suyo (para luego meterse delante tan bruscamente) que por poco se había salido de la vía en el punto exacto en que se abría un precipicio de varios cientos de metros a mano izquierda. Christopher se alteró mucho, y después paró en el arcén, donde el conductor de una furgoneta blanca (que había venido siguiéndolo de cerca y sido testigo de todo el incidente) le hizo compañía unos diez minutos mientras recobraba la compostura. La gente podía ser muy amable; pero la gente también podía ser torpe de una forma temeraria. Tampoco era que se hubiera dado cuenta en ese momento de ninguna de las dos cosas, aunque le habían afectado con una intensidad fuera de lo común esa mañana, y volvió a reflexionar sobre ello mientras notaba cómo se calmaba poco a poco gracias al ambiente puro y relajante de aquella encantadora aldea inglesa. Enseguida se sintió predispuesto a probar fortuna en el pub.

–¿Ese televisor funciona? –preguntó Christopher, mientras el dueño le servía metódicamente una pinta de la cerveza amarga, oscura y cobriza, de aquella zona, la Truxton's Old Undrinkable. El propietario señaló con la cabeza el televisor sujeto a la pared, encima de la mesa de juego de tejo inglés.

–Sí –respondió–, pero no solemos tenerlo encendido a esta hora del día.

–¿Pero le importa que vea las noticias? –dijo Christopher. Al parecer, el dueño se quedó muy desconcertado ante aquella petición, así que añadió–: Al fin y al cabo, es como un día especial, ¿no?

–¿Ah, sí? –dijo el propietario, cogiendo el mando a distancia de un estante que había detrás de la barra. Estaba claro que no tenía ni idea de lo que le hablaba Christopher–. ¿Y qué tiene de especial?

Encendió el televisor, y unos segundos después una imagen de la entrada del número 10 de Downing Street apareció en pantalla.

–Pues que tenemos una nueva primera ministra, claro –le explicó Christopher.

–No me diga. ¿Y quién es?

–¿De verdad no lo sabe?

–Ni lo sé –contestó el dueño mientras cogía un trapo y limpiaba la barra– ni me importa, la verdad.

–Pero, de todas maneras –dijo Christopher–, queramos o no, a todos nos afecta quién presida el gobierno, ¿no cree?

–Ni siquiera sabría decirle quién *está* ahora en él –respondió el propietario–. ¿Y sabe por qué? Porque... –y poniendo la mano cerca de la cara de Christopher, aún con el trapo agarrado, hizo un gesto tajante con ella, salpicándole la cara de gotitas que salieron volando–, porque YO… ME AUTOGOBIERNO.

Y tras esas palabras, se volvió y desapareció por una puerta trasera, dejando que Christopher sopesase a solas aquella declaración de intenciones.

No estuvo solo mucho tiempo, porque un par de minutos más tarde la propia Liz Truss apareció en el umbral del número 10, se adelantó hasta el atril y se puso a dirigirse a la nación con su habitual estilo sin mucho refinamiento.

–*Acabo de aceptar* –dijo– *la amable invitación de Su Majestad la Reina para formar un nuevo gobierno. Déjenme que le rinda los honores a mi predecesor. Boris Johnson sacó adelante el Brexit, la vacuna del covid, y se enfrentó a la agresión rusa. La historia lo verá como un primer ministro totalmente consecuente*.

–Eso es verdad –dijo una voz detrás de Christopher.

Se dio la vuelta para ver que dos hombres más habían entrado en el pub. Uno le estaba echando un vistazo al menú de la barra, mientras que el otro se había sentado en el taburete de al lado de su amigo y miraba la televisión con una expresión de cierto interés.

–*Es un honor para mí asumir esta responsabilidad en un momento vital para nuestro país* –estaba diciendo la primera ministra.

–¿Qué opinas, Tom? –dijo el hombre que ojeaba el menú–. ¿Entrantes y el plato principal?

–*Lo que hace grande al Reino Unido* –prosiguió la primera ministra– *es nuestra creencia fundamental en la libertad, en la*

iniciativa y el juego limpio. Nuestro pueblo ha demostrado agallas, coraje y determinación una y otra vez. Actualmente nos enfrentamos a fuertes vientos en contra provocados por la espantosa guerra de Rusia en Ucrania y las secuelas del covid. Es hora de atajar los problemas que detienen a Inglaterra. Necesitamos construir carreteras, casas y banda ancha más rápido. Necesitamos más inversión y excelentes resultados en todos y cada uno de los pueblos y ciudades de nuestro país. Necesitamos reducir las cargas familiares y ayudar a la gente a salir adelante. Sé que tenemos lo que hace falta para afrontar esos retos.

»Evidentemente no será fácil. Pero podemos hacerlo.

–Parece que tiene bastantes energías –estaba diciendo Tom–. Me gustan las mujeres con una actitud positiva.

–Entonces es que la votaste, ¿no?

–Sí, es verdad. Dentro de lo malo...

–Para empezar, nunca deberían haberse deshecho de Boris. No hacía falta.

–Para nada.

–Convertiremos al Reino Unido en una nación con aspiraciones..., con empleos bien pagados, calles seguras y donde todo el mundo en todas partes tenga la oportunidad que se merece.

–Has estado en Wetherby Hall esta mañana, supongo –le dijo el hombre del menú entonces a Tom.

–Cierto. Haciendo una especie de reconocimiento para el Señor. Quiere renovar toda la instalación.

Aquello despertó de repente la curiosidad de Christopher. Hizo lo que pudo para dividir su atención entre el discurso en pantalla y la conversación del bar.

–Me pondré manos a la obra hoy y siempre para que eso suceda.

–Dicen por ahí que tiene problemas económicos.

–Pues se quedan bastante cortos...

–Unidos con nuestros aliados, defenderemos la libertad y la democracia por todo el mundo, conscientes de que no podemos tener seguridad en nuestro país si no la tenemos en el extranjero.

–¿Qué planea hacer con el hotel entonces?

–Yo creo que lo cerrará antes de final de año.

Esa era una información especialmente interesante, pensó Christopher.

–*Como primera ministra, perseguiré tres objetivos*.

»En primer lugar, pondré a Inglaterra en funcionamiento otra vez. Tengo un plan audaz para hacer crecer la economía con reformas y recortes de impuestos. Recortaré impuestos para recompensar el trabajo duro, e impulsaré el crecimiento y la inversión liderados por las empresas. Acometeré reformas con la finalidad de poner al Reino Unido a funcionar, construir y crecer.

–¿Que lo cerrará?

–Ya no tiene clientes.

–¿Y qué pasa con ese congreso tan importante de esta semana?

–Eso no va a arreglar nada.

–*Pondremos los cimientos para asegurarnos de que la gente no tiene que hacer frente a facturas de la luz inasumibles, y también nos aseguraremos de construir hospitales, colegios, carreteras y banda ancha*.

–Entonces, ¿cuál es el plan?

–Cerrar el hotel. Remodelarlo completamente y reabrirlo como una mansión señorial. Centro de jardinería, salones de té. Estanque de remo, atracciones para niños. Cualquier cosa que sirva para atraer dinero.

–*En segundo lugar, afrontaré la crisis energética provocada por la guerra de Putin. Esta semana tomaré medidas para lidiar con la factura energética y asegurarnos nuestro futuro suministro de energía*.

–¿Y cómo va a pagar todo eso, entonces, si se ha quedado sin dinero?

–*Y en tercer lugar, me aseguraré de que la gente pueda tener las citas médicas y los servicios del Sistema Nacional de Salud que necesiten. Sentaremos las bases para una sanidad pública sólida. Cumpliendo con la economía, la energía y el Sistema Nacional de Salud, pondremos a nuestra nación en la senda del éxito a largo plazo*.

–Supongo que recurrirá a las subvenciones. English Heritage, National Trust... Cualquier cosa que se le ocurra.

–No deberían intimidarnos los retos que encaramos. Por fuerte que sea la tormenta, sé que el pueblo inglés es aún más fuerte. Nuestro país se construyó con gente que consigue lo que se propone. Tenemos enormes reservas de talento, energía y voluntad.

–Me parece un poco arriesgado.

–A mí también. ¿Pero qué otra cosa va a hacer? Si eso no le sale bien, tendrá que vender. Lo perderá todo.

–¿Perderá Wetherby Hall? Pero si es de su familia desde hace siglos...

–Confío en que juntos podamos capear el temporal, reconstruir nuestra economía y convertirnos en la brillante Gran Bretaña moderna que sé que podemos ser.

Mientras asimilaba aquellas palabras tan inspiradoras y, al mismo tiempo, la conversación que acababa de escuchar por casualidad, Christopher se terminó su pinta y dejó la jarra sobre la barra. Les hizo un gesto de despedida a los dos hombres con la cabeza (aunque ninguno le respondió) y se dispuso a abandonar La Lechuga Fresca justo cuando Liz Truss estaba rematando su discurso.

–Nuestra misión vital es garantizar las oportunidades y la prosperidad de todo el mundo y de las futuras generaciones. Estoy decidida a llevarla a cabo. Muchas gracias.

Los dos hombres de la barra asintieron con la cabeza en señal de aprobación y brindaron en silencio por ella. Christopher dejó el pub y condujo hasta Wetherby Hall.

2

Christopher se alejó en coche del pueblo por una tranquila carretera secundaria llena de curvas, hasta que aproximadamente a un kilómetro y pico llegó a la altura de las enormes puertas de hierro forjado de Wetherby Hall que quedaban a la izquierda. No había ningún letrero que indicara que el congreso de la TrueCon fuese a tener lugar allí durante los tres días siguientes, pero tampoco es que esperase que lo hubiera. No es que fuera un secreto, pero ni a los organizadores ni a los delegados les gustaba mucho la publicidad.

Al hotel se llegaba por una larga avenida flanqueada por tilos. Al final había una explanada semicircular en la que ya estaban aparcados una serie de todoterrenos, Teslas y otros vehículos caros. Christopher siguió la dirección de la señal de «Estacionamiento adicional» que había a la derecha del imponente edificio principal del Hall. Tras sacar la maleta, el portátil y el esmoquin del maletero, y cerrar el coche mientras se alejaba de él, se dirigió hacia la entrada delantera, y por primera vez disfrutó de toda la grandiosidad de Wetherby Hall a la luz del atardecer.

Se trataba de una mezcla de estilo paladiano y vernáculo, construida en magnífica piedra antigua de Cotswold en los primeros años del siglo XVIII. La fachada era de una simetría perfecta, y la yedra y la glicinia trepaban hacia las doce ventanas ajimezadas de la primera planta. Seis escalones muy amplios llevaban hasta la entrada arqueada con su marco rústico. En el centro del arco, la piedra angular tenía una sencilla inscripción, para dejar constancia del día en que se había rematado la construcción del edificio: 8 de febrero de 1724. El tejado de pizarra estaba salpicado de gabletes

puntiagudos en ladrillo color miel con altos juegos de chimeneas, en torno a las que revoloteaban los grajos con sus graznidos roncos, mientras buscaban sus nidos. Cuando Christopher se detuvo a la entrada, no pudo evitar fijarse en que las columnas corintias a los dos lados del umbral principal se encontraban en un estado de conservación lamentable, con la piedra completamente agrietada, picada y llena de manchas, del daño infligido por la lluvia durante tres siglos. En el momento en que iba a girar el tirador de la pesada puerta de roble, se desprendió un trozo de mampostería de la fachada en algún sitio por encima de él y aterrizó en las losas, haciéndose pedazos.

Se unió a una cola de cuatro personas en la recepción, y se puso a apreciar los detalles del vestíbulo mientras esperaba para registrarse. Le dio la sensación de que Wetherby Hall atravesaba una crisis de identidad. Aquel vestíbulo estaba atiborrado de antiguallas de todo tipo y condición, y de todas las épocas históricas. Puede que la estructura del edificio datara de principios del Dieciocho, pero las cuatro armaduras colocadas junto a las paredes eran mucho más antiguas, mientras que el ajedrez de gran tamaño y el pesado reloj de pared (parado en las siete y diez) parecían victorianos. La decoración en general clamaba al cielo. La humedad se había asentado en el borde de los zócalos y las cornisas. Se habían desprendido trozos de enlucido, dejando huecos que habían sido rápidamente rellenados y pintados por encima. Sin embargo, el lugar seguía conservando cierto aire majestuoso. A Christopher siempre le impresionaban, muy a su pesar, aquellos monumentos descarados a la riqueza, el poder y el prestigio. Y lo desilusionó mucho que la recepcionista le dijese, tras diez minutos en la cola, que a fin de cuentas la habitación que le habían adjudicado no se encontraba en el edificio principal, sino en el moderno anexo que quedaba al fondo del recinto.

Ese edificio lo habían construido en los años ochenta, aunque su piedra alimonada de Cotswold hacía un bonito juego con la mansión principal. Era allí, en sus ochenta habitaciones bastante pequeñas y sencillas (más propias de una residencia de estudiantes que de un hotel de lujo) donde se alojarían muchos de los participantes en el

congreso de la TrueCon. Los demás se hospedarían en otros hoteles, repartidos por los contornos.

Christopher llegó por casualidad hasta la puerta de su habitación exactamente al mismo tiempo que otro de los invitados: un hombre bajito y calvo con unas gruesas gafas negras que enmarcaban un par de inquietos ojos verdes y, en cierta forma, desconcertantes. Por lo visto se alojaba en la habitación de enfrente. Al principio, tanto a él como a Christopher, no les funcionaban sus tarjetas magnéticas.

–Estos chismes nunca funcionan a la primera, ¿verdad? –dijo el hombre, pasando una y otra vez la tarjeta por el sensor.

–Seguro que tiene truco –dijo Christopher–. Pero no sé cuál es.

–¡Ah! Ahora –dijo el hombre en un tono de tranquila satisfacción, cuando su cerradura se abrió por fin con un clic. Antes de meter la maleta, alargó la mano–. Soy Howard, por cierto.

–Christopher. Encantado de conocerle.

El apretón de manos fue breve. Christopher no se imaginaba entablando amistad con aquella persona.

Al entrar en su habitación, se dio cuenta de que tenía una bonita vista a un prado donde el ganado pastaba contento entre matojos de cardo y diente de león. También se podía vislumbrar el pequeño lago artificial de Wetherby Hall, al borde del que un pescador solitario estaba sentado en una sillita de lona, contemplando el agua en una actitud de absoluta quietud. Christopher dejó su equipaje en el suelo, extendió el esmoquin sobre la cama y luego se sentó a leer el programa de conferencias que le esperaba en la mesilla de noche. Era una cosa satinada, de treinta y dos páginas, que daba toda clase de detalles sobre los conferenciantes que iban a participar en los tres días siguientes. Evidentemente, la mayoría de los nombres le sonaban. Columnistas de *Daily Mail*, *The Spectator* y *UnHerd*. Personas que habían empezado su carrera como periodistas en la revista *Living Marxism* en los ochenta, y que luego habían abrazado el liberalismo y la economía de libre mercado. Miembros de laboratorios de ideas fundados veladamente como la Alianza de Contribuyentes o el Instituto de Asuntos Económicos, así como el propio Grupo Processus. También había unos cuantos diputados conservadores, uno de ellos el muy honorable Kwasi Kwarteng: un

ponente, pensó Christopher, que ya no podría cumplir con su compromiso del jueves por la tarde, ahora que Liz Truss acababa de nombrarlo ministro de Economía y Hacienda.

Enseguida volvió a sentirse incómodo, y decidió que era hora de explorar el edificio principal más a fondo.

Volviendo a entrar en el hotel por la puerta principal, sorteó el mostrador de recepción, que estaba más concurrido que nunca, y tomó una dirección que parecía alejarlo de la multitud. Pronto le quedó claro que la planta baja de Wetherby Hall estaba formada por un laberinto de pasillos, de los que arrancaban escaleras que aparentemente llevaban en diferentes direcciones y a distintas plantas del edificio, doblando y torciendo en ángulos inesperados, de modo que resultaba imposible imaginar dónde te conducirían. Sombríos retratos familiares y mórbidos paisajes forraban las paredes de los corredores. Cuando menos te lo esperabas te encontrabas con alguna hornacina, que solía contener una armadura o una vitrina de cristal con reliquias deslucidas; incluyendo, en un caso, una colección de dagas orientales con un aspecto bastante peligroso. Otro de aquellos nichos albergaba un oso disecado enorme, puesto en pie sobre sus patas traseras con una expresión de susto en la cara. Parecía que no había dormitorios en aquella planta. Echando un vistazo por alguna de las puertas abiertas, Christopher vio salones de recepción amueblados con sofás de cretona y mesitas de café, un comedor revestido de madera de roble, al que no le faltaba de nada, con tres mesas de caballete, una galería de trovadores y dos barras (una al parecer también servía como zona de desayuno), y finalmente la biblioteca. Era una estancia que daba a la parte posterior, con una sola ventana que proporcionaba una vista, por encima del jardín, de la cocina, el anexo y los establos. La ventana dejaba pasar muy poca luz, así que la biblioteca daba una primera impresión crepuscular, reforzada por los lúgubres lomos oscuros de los libros que llenaban sus estantes: victorianos en su mayoría, y consistentes sobre todo en colecciones encuadernadas de publicaciones olvidadas del siglo XIX, además de las inevitables obras completas de Dickens y Scott. Los únicos claros de luz provenían de las lámparas antiguas que había sobre los tres

escritorios colocados a cierta distancia unos de otros, por toda la habitación. Y sentado a uno de esos escritorios, alguien tecleaba en un portátil, junto al que había montones de papeles apilados en un impresionante desorden. Al principio, desde atrás, costaba saber si aquella persona era un hombre o una mujer. Pero fue sin duda una mujer de mediana edad la que, al oír los pasos de Christopher a su espalda, se volvió y le echó una breve mirada inquisitiva antes de retomar su trabajo. Pareció que no lo reconocía, pero aquel vislumbre de su rostro (combinado con su característico peinado masculino, corto en la nuca y las sienes) bastó para que Christopher se quedara convencido de que, de hecho, se conocían, a pesar de que habían pasado casi cuarenta años desde la última vez que se habían visto. Rodeó el escritorio hasta ponerse delante y la abordó directamente.

–Perdona. Eres Rebecca, ¿verdad? Rebecca Wood.

La mujer levantó la vista y se quitó las gafas de lectura, con un destello de curiosidad en sus ojos grises.

–Christopher Swann –dijo Christopher–. Del St Stephen. ¿No te acuerdas?

A la señorita Wood le llevó un momento reaccionar a aquella presentación. Luego se echó hacia atrás, se cruzó de brazos, y le brotó en la cara una sonrisa guerrera.

–Christopher Swann –repitió–. Pues la verdad... En mi vida habría pensado que tú precisamente fueras a tener el valor, el *atrevimiento*, de aparecer por aquí esta semana.

–¿A qué demonios te refieres? –dijo Christopher. Tomó asiento en uno de los sillones con respaldo de cuero y lo acercó un poco más al escritorio–. Este es un congreso abierto. He pagado mi inscripción como todo el mundo. Y estoy aquí, nada más y nada menos, que como un observador imparcial. –Se quedó mirando los montones de documentos del escritorio, y vio que la mayoría estaban impresos en papel de carta con el logo del Grupo Processus a modo de membrete–. Sigues luchando por la causa en nombre de Roger, por lo que veo.

Rebecca no contestó.

–Cuatro décadas de servicio leal –continuó–. Espero que te

regalen algo más que un reloj de oro el día que te jubiles.

De nuevo, no hubo respuesta. Rebecca les dio la vuelta a unas cuantas hojas y tecleó algunas palabras más en el portátil.

–El trabajo mismo es la recompensa –dijo por fin–. Hay pocas cosas que satisfagan más que entregarte a una causa en la que crees. Pero supongo que un cínico como tú no va a entenderlo nunca.

–¿Un cínico?

–Exactamente. Así era como te veía la gente en Cambridge, y parece que no ha cambiado nada desde entonces, si hay que guiarse por las... cosas que subes a internet.

En vez de responder a eso, Christopher hizo una reflexión.

–Supongo que no será fácil trabajar para un hombre con una..., bueno, con una vida tan complicada. Ya va por su tercera mujer, ¿no? ¿O es la cuarta?

Rebecca le lanzó otra mirada de desprecio y siguió tecleando.

–Espero que te trate bien, nada más –añadió–. Espero que no dé por hecho que siempre vas a estar ahí.

–No tengo ni idea de qué me hablas –dijo.

–Solo pensaba –se atrevió a decir Christopher– que si vas a venderle el alma a alguien...

Rebecca cerró el portátil de golpe.

–No sabes nada de mi *alma*. Nada de nada. –Tras ponerse de pie e inclinarse sobre el escritorio, continuó–: El que tú y yo estudiáramos juntos en Cambridge hace ya mucho tiempo no significa que tengamos que dirigirnos la palabra cuarenta años después. Ya no me caías bien entonces, y ahora todavía me caes peor. Roger es un buen hombre, cuyos actos y motivaciones tergiversas constantemente para tus lectores, así, tal cual. Si tratas de obstaculizar su trabajo de cualquier manera, con tus estúpidos intentos en ese periodismo tuyo que te autoeditas, la indiferencia que siento por ti se convertirá en algo muy distinto. Se convertirá en odio. Resulta que Roger es el centro de mi vida. No tengo ningún reparo en reconocerlo, e interprétalo como quieras. No me puede importar menos lo que pienses de mí. Lo que sí sé es que no tengo

que avergonzarme de nada que haya hecho, ni por él ni por el Grupo Processus.

Christopher escuchó impasible aquellas palabras, asimilándolas, tomando plena conciencia de ellas, antes de decir:

–¿En serio? –Y después–: Qué pena que Paul Daintry no esté vivo para conocer su opinión sobre ese tema.

Rebecca, furiosa, lo fulminó con la mirada, incapaz de creer lo que acababa de oír.

–Sal de aquí –fue lo único que dijo.

Christopher le sostuvo la mirada un momento, luego se levantó y salió de la biblioteca. Ella clavó la vista en él mientras se marchaba. La expresión de sus ojos solo podía describirse como asesina.

3

Christopher se pasó las dos horas siguientes tomando notas en su habitación, luego se cambió de ropa y regresó al edificio principal para cenar, dando un paseo.

Parecía que el hall de entrada volvía a estar abarrotado. Casi de inmediato reconoció la silueta del dueño del hotel, Randolph Wetherby, de pie, en el centro de un grupo de seis o siete personas: un hombre bajo y engreído, cuyo mechón de pelo rizo moreno tenía el sospechoso aspecto de un tupé. Randolph (Christopher nunca acababa de verlo como lord Wetherby) se dirigía a aquel círculo de invitados, señalándoles algunos de los rasgos distintivos del vestíbulo mientras trataba de apartar su atención de las manchas de humedad y el enlucido desconchado. Por lo visto, había empezado un pequeño *tour* extraoficial. Christopher suponía que solo se podía participar si te habían invitado personalmente. De todos modos, merodeando por los contornos del grupo consiguió pegarse a él, y cuando todos enfilaron el pasillo que daba al este, con Randolph a la cabeza, fue caminando junto a ellos y al parecer nadie se percató de que contaban con un *recluta* más.

Randolph demostró ser un guía entusiasta. Se detenía delante de cada retrato familiar y aportaba extensas biografías de sus ancestros para información de los huéspedes. Allí, por ejemplo, estaba Tarquin, el séptimo conde de Wetherby, rodeado de sus hijos; todos ellos, se comprobó posteriormente, engendrados por James, el mozo de cuadras, durante las muchas ausencias del conde en la India para supervisar la marcha de su plantación de té. Ahí había una fotografía de Jolyon, el noveno conde de Wetherby, posando con dos leones

africanos que acababa de abatir; la foto había sido tomada un momento antes de que un tercer león, oculto en la maleza que quedaba detrás, saliera de un salto de entre los arbustos y le arrancara la cabeza. Y allí estaba Julietta, la sexta condesa de Wetherby, posando junto a su loro, al que, tras un testamento muy disputado, su marido loco había legado la hacienda entera. Y aquí, en una vitrina de cristal, se hallaba la colección de cuchillos de cocina japoneses, afanada a sus legítimos propietarios por Florian, el octavo conde de Wetherby, durante su estancia de dos semanas en aquel país: un bonito pero también letal conjunto de instrumentos afiladísimos, diseñados para cortar en rodajas, pelar o filetear; uno de los cuales había resultado muy útil cuando, en 1893, decidió seguir el ritual del *harakiri* tras una humillante derrota en el campo de críquet. En resumidas cuentas, se fue haciendo cada vez más evidente, a medida que se iba desarrollando la visita, que la historia de la familia Wetherby era poco más que una serie de episodios deplorables, caracterizados sobre todo por la violencia, la enfermedad mental, y un compromiso inquebrantable con la explotación de cualquiera menos poderoso que ellos.

Resultó, sin embargo, que el conde actual no era del todo indiferente a la sensibilidad moderna. Al pasar por delante de una pequeña vitrina en un punto donde el pasillo doblaba bruscamente, dijo:

–Esta vitrina solía albergar un artefacto australiano que el noveno conde se trajo consigo de New South Wales. Un pequeño bumerán. Pero decidimos que nos parecía totalmente inaceptable conservar la propiedad de un objeto que pertenecía por derecho al pueblo aborigen. Así que, a principios de este año, lo devolvimos.

No mencionó cuán grande había sido la alegría en Wetherby Hall cuando una señora de la limpieza había descubierto este pequeño objeto, de escaso valor económico, en un armario de poco uso. En un momento en que los propietarios de mansiones como aquella estaban siendo víctimas de un escrutinio cada vez más detallado por su dudoso papel en la historia colonial británica, había supuesto la oportunidad perfecta para hacer un gesto de reparación pública, de cara a los medios. Randolph Wetherby en persona había enviado el

bumerán de vuelta por correo, en un determinado momento cuidadosamente escenificado y fotografiado, a los ancianos del pueblo Wiradjuri.

De todas formas, si el conde creía que podía sentirse relativamente tranquilo en cuanto al historial de su familia, su autocomplacencia no sobrevivió a un intercambio bastante tenso con Christopher hacia el final de la visita.

El grupo se encontraba reunido frente a un gran cuadro en el que se veía un galeón atracado en el muelle de un puerto muy ajetreado. La pintura estaba escondida en un rincón sombrío al pie de una de las numerosas escaleras prohibidas de la mansión. Debía de haber sido impresionante en su época, pero el paso de los siglos no la había tratado bien: los colores se habían apagado, el cielo y el mar se habían reducido los dos a casi el mismo tono de gris, y era imposible distinguir la mayoría de los cuidados detalles originales. Sin embargo, Randolph tenía muy claros algunos de ellos.

–El hombre que está ahí en la toldilla –dijo– es Septimus Wetherby, así llamado porque fue el quinto conde. –Por lo visto, ni el latín ni las matemáticas eran el punto fuerte de la familia–. No hay ninguna duda al respecto, porque aún podemos distinguir el escudo de armas de los Wetherby bordado en su chaleco. El puerto ha sido identificado como Bristol, y la época es probablemente finales del siglo XVII o principios del XVIII. Parece que el barco pronto emprenderá su última singladura. Al conde se le muestra mirando con su catalejo en dirección suroeste, y se ha puesto toda la carga a buen recaudo, lista para la travesía. Desgraciadamente, el nombre del barco, que en su día era visible en la proa, ahora es difícil de leer. Pero podemos estar prácticamente seguros, por la parte legible que queda, que se trataba de un navío llamado *Horatia*.

En ese momento Christopher, animado por la curiosidad, se adelantó y dijo:

–¿Le importa si lo miro más de cerca?

–En absoluto –respondió Randolph.

Christopher escudriñó atentamente el nombre pintado en la proa del barco, luego sacó su teléfono y enfocó la linterna en la misma

zona. Tras unos segundos de cuidadosa inspección, se echó hacia atrás y dijo:

–Bueno, puede que me equivoque, pero a mí no me parece que ponga *Horatia*.

–¿De veras?

–Yo juraría que pone *Henrietta*.

Volvió a enfocar la linterna en la pintura, para que el propio Randolph pudiese mirarlo también de cerca.

–Sí –reconoció el undécimo conde–. Sí, podría ser *Henrietta*. Tampoco es que haya mucha diferencia...

–Sí que la hay –dijo Christopher–. De hecho, hay muchísima diferencia. ¿Puedo? –Y sin pedir más permiso, se puso a sacar una serie de fotografías del cuadro, centrándose sobre todo en la proa del barco.

–¿Y por qué hay tanta diferencia? –preguntó Randolph.

–Porque el *Henrietta* –contestó Christopher, sin parar de hacer fotos– era uno de los barcos esclavistas más importantes de finales del diecisiete. –Sacó tres fotografías más y luego se enderezó, dirigiéndose hacia Randolph sin percatarse de que se había quedado pálido–. Se hundió frente a las costas de Jamaica en 1705, pero antes había hecho más de una decena de viajes para capturar esclavos. Hasta ahora no se sabía quién estaba detrás de la compañía que lo explotaba. Bueno..., creo que ese misterio ya puede considerarse resuelto.

Sin saber qué decir al principio, Randolph recuperó por fin el habla, aunque no su capacidad de hilvanar una oración.

–Yo... Pero, pero... Pero... estoy seguro de que se ha... Quiero decir, que tiene que haberse equivocado... Mi familia..., los Wetherby, nunca... Creo que su vista le ha... –Volvió a examinar la zona de la pintura en cuestión, a la vez que le temblaba todo el cuerpo. Mientras, otro de los invitados se adelantó y dijo:

–Oye, Randy, ¿pero quién es este tipo? Solo éramos seis cuando nos hemos encontrado en el vestíbulo. ¿De dónde ha salido este tío?

–Sí –asintió uno de sus amigos–. Se nos ha pegado. No estaba, y de repente ha surgido de la nada...

–Cierto –dijo Randolph, enderezándose y girando sobre sus

talones–. ¿Quién demonios es usted?

–Me llamo Christopher. Christopher Swann. Estoy aquí por el congreso..., como todos los demás, supongo.

Volviéndose hacia el pequeño círculo de espectadores, Randolph dijo:

–¿Me permitís un momento a solas con este caballero? –Y cuando los demás ya se habían marchado, se encaró con Christopher diciendo–: Mire, sinceramente creo que está usted completamente equivocado. Pero completamente...

Christopher esbozó su sonrisa más diplomática.

–Yo creo que no. De hecho, si mira esta foto –sostuvo en alto su móvil para que Randolph la viera bien–, todavía se lee el nombre con más claridad. Ya veo que no es un tema agradable para usted. A nadie le gusta que le recuerden que la fortuna de su familia se amasó de semejante forma. Si le sirve de consuelo, no es el único ni mucho menos. Creo que hay un montón de gente que empieza a tomar conciencia de que la mayoría de nuestras casas señoriales se construyeron a costa de la esclavitud.

–¡Exactamente! –exclamó Randolph, intentando poner un tono amistoso de hombre de mundo, aunque sin conseguirlo del todo–. Así que, mire..., pórtese bien y borre esas fotos del móvil, ¿vale?

Christopher se lo pensó un momento.

–¿Y por qué iba a hacer eso?

–Pues porque... Que quede entre usted y yo, pero estoy en vías de solicitar unas ayudas para arreglar esto un poco, y... Bueno, ya sabe cómo anda la cosa. Todo el mundo se ha vuelto tan progre últimamente... Con que les huela mínimamente a este tipo de cosa (todo lo que tenga que ver con el comercio de esclavos), ya les da el ataque.

–Mmm. –Christopher sonrió de nuevo–. Si yo le comprendo. Pero, bueno, no puedo dejar de pensar en lo mucho que les interesarán esas fotos a mis lectores.

Randolph se puso aún más pálido, si eso era posible.

–¿Lectores? ¿Es usted periodista entonces?

Christopher asintió.

–Digital, últimamente, sobre todo. Pero con unos doscientos mil

lectores al mes, algo debo de estar haciendo bien. –Se metió el teléfono en el bolsillo de la chaqueta–. Gracias por la visita guiada, de todas formas. Muy instructiva. Aunque no querrá que esos cuchillos japoneses acaben en las manos equivocadas, ¿no?

Fue en la cena de esa noche cuando Christopher vislumbró por primera vez a Emeric Coutts y Roger Wagstaff. Estaban sentados en la mesa principal, con lord Wetherby entre ellos, y hubo un momento, mientras daban cuenta del segundo plato, en que Christopher estuvo seguro, por su aire de conspiración familiar y por las miradas que echaban de vez en cuando en su dirección, de que lo habían reconocido y hablaban de él. Era evidente que para todos suponía un problema, para cada uno a su manera.

Después de desayunar a la mañana siguiente, se llevó una sorpresa. Pasaba por delante del mostrador de recepción, de camino a la sesión de apertura del congreso (que iba a tener lugar en el auditorio de los establos) cuando una voz lo llamó:

–¡Eh, señor Swann!

Se volvió y vio cómo la recepcionista le hacía señas.

–¿Sí?

–Solo era para decirle que su nueva habitación ya está lista.

Le tendió una llave, unida a un macizo peso de latón con borlas.

Christopher dio un paso hacia ella y cogió la llave, dudoso.

–¿Mi... nueva habitación?

–Sí. La número nueve. Está en la primera planta. Ya puede instalarse allí si quiere.

–Pero..., ¿cuál era el problema con la otra?

–No. Es solo que lord Wetherby ha dicho...

En ese momento apareció el propio conde, saliendo discretamente del despacho que había en alguna parte, detrás del mostrador.

–Buenos días, señor Swann. Simplemente he pensado que preferiría quedarse en el edificio principal. Donde está la acción, por decirlo así. La número nueve es una antigua habitación muy bonita.

Se encontrará muy a gusto en ella. Y como hemos tenido una cancelación inesperada...

–Bueno... –Christopher se quedó perplejo–, es muy amable de su parte, pero ya me he acomodado en el anexo.

–Ya le hemos trasladado sus cosas –dijo el conde.

–¿En serio?

–Sí. Me he tomado la libertad de pedir que se encargaran de ello mientras usted desayunaba.

Christopher no dijo nada, sin saber muy bien qué pensar de todo aquello.

–No hace falta que devuelva la tarjeta del anexo –dijo lord Wetherby–. Ya la hemos anulado.

Su tono era perfectamente educado, incluso servil. Pero, mientras se volvía hacia el despacho y se despedía de Christopher con un gesto de cabeza, sus ojos expresaban algo muy distinto. Había en ellos cierto hermetismo frío, que no sugería cortesía, sino algo totalmente diferente. Algo muchísimo más peligroso. Algo letal.

4

A las diez en punto de esa mañana comenzó el congreso de la única manera que podía empezar: con un discurso de apertura de sir Emeric Coutts. Aunque ahora ya era un poco mayor, y se había jubilado hacía tiempo de su cargo académico en St Stephen, la habilidad retórica del viejo filósofo no había menguado. La mayor parte de su discurso estaba extraído de uno de sus libros más famosos, *Cómo me hice conservador*. Christopher lo conocía bien, pero sospechaba que gran parte del público del salón (que era más joven que él en su mayoría) jamás habría leído aquel texto fundamental de uno de los representantes más importantes del movimiento. Escuchaban arrobados en silencio, de todas formas, mientras el profesor Coutts desplegaba su habitual narrativa. El desastre de las elecciones de 1945 y la llegada al poder del gobierno laborista, decidido a establecer un poderoso y extenso estado de bienestar, cuya piedra angular sería el Sistema Nacional de Salud: el principio, en otras palabras, de la «cultura de la dependencia» en Inglaterra. El catastrófico momento de Suez en 1956, con su golpe fatal a la autoestima británica. La desastrosa decisión de unirse a la Comunidad Económica Europea en 1973. El inexorable ascenso del poder de los sindicatos, que a finales de los años setenta dominaban absolutamente el país. Emeric había sido testigo presencial de muchas de aquellas cosas. Había leído a Adam Smith y Edmund Burke muy joven, y llegado pronto a la conclusión de que en una sociedad ideal el deber de un político era simplemente permanecer al margen e interferir lo menos posible en el funcionamiento justo y armonioso del libre mercado. En 1979, sin embargo, Gran Bretaña

estaba lejos de ser una sociedad ideal. Habiendo cedido su soberanía, primero a los sindicatos y luego a los burócratas europeos, el país se encontraba en una situación frágil y desesperada. Una crisis tan grande requería una gran figura política: y claro está que dio un paso al frente.

–Yo no era un admirador incondicional de la señora Tatcher –le explicó el profesor Coutts a su público (parte del cual abucheó medio en broma aquella declaración)–. Aunque durante los diez años siguientes nos hicimos muy amigos. Ella solía citarme en el Número Diez para que la asesorara en temas políticos, y tuve oportunidad de ver de cerca cómo funcionaba su mente. Carecía de imaginación, puede que incluso de empatía. Determinados ámbitos de la vida (por ejemplo, el mundo de la cultura, los libros, la música y el arte) no tenían interés para ella. (Por cierto, esa es la auténtica razón por la que muchos artistas, y escritores en concreto, la detestaban.) Pero en muchos aspectos era inquebrantable: inquebrantable en su devoción por su país, inquebrantable en su determinación de servir al pueblo inglés; y por encima de todo, inquebrantable en su amor por la libertad. Nunca olviden lo que sus denodados esfuerzos consiguieron para los pueblos de Europa del Este y la Unión Soviética.

»La libertad –continuó el profesor Coutts– está en el corazón mismo de lo que significa ser un conservador. Hablo de la libertad dentro de la ley, por supuesto. Pero si la gente hace leyes injustas, impropias del modo de vida inglés, también debemos tener la libertad de expulsarlos del poder. Por eso es por lo que nuestra decisión de abandonar la Unión Europea en 2016 fue el golpe más decisivo para la libertad británica desde la Carta Magna. –Aplausos–. La historia del siglo xx nos ha enseñado lecciones terribles de lo que puede suceder cuando se nos quita esa libertad en nombre del idealismo socialista. Aunque no todo el mundo ha aprendido esas lecciones. La izquierda moderna está buscando continuamente nuevas maneras aún más insidiosas de limitar la libertad del individuo soberano. Hoy en día, parece que su objetivo es ejercer un control total sobre lo que decimos y hasta sobre lo que pensamos. Cultura de la cancelación. Corrección política. El insidioso avance del

«progresismo». Si tienes una opinión equivocada, debes ser silenciado y castigado. Pero esa *no es la manera de hacer británica*. El pueblo inglés cree en la libertad de pensamiento y la libertad de palabra. El pueblo inglés dice lo que piensa, y no tiene nada que ver con nadie que intente detenerlo.

Esas opiniones, y otras por el estilo, fueron recibidas por el público con aprobación, más que con auténtico entusiasmo. Estaba claro que Emeric Coutts era una figura respetada entre aquellos delegados, a pesar de que no todos supieran exactamente de quién se trataba. Pero todos reconocieron mucho mejor, y con más emoción, al siguiente orador: el discípulo de Coutts, el fundador y líder del Grupo Processus, Roger Wagstaff, que subió al estrado entre una larga salva de vítores y aplausos.

Solo hizo unas pocas observaciones iniciales, referentes a los acontecimientos políticos de los dos últimos días.

–Damas y caballeros –dijo–, no lo habíamos planeado así, pero resulta que este congreso está teniendo lugar en un momento increíble de la reciente historia de Inglaterra. Por primera vez en años, tenemos a una *auténtica* conservadora como primera ministra. –Aplausos–. Una primera ministra que no tiene miedo a comprometerse a bajar los impuestos, a un mínimo de gobierno, y a doblegar la intromisión del estado en nuestras vidas y nuestros negocios. ¡Una primera ministra que va a *devolver a Gran Bretaña al buen camino*!

Tras esas palabras, que fueron recibidas de nuevo con aplausos y gritos desaforados de «¡Vamos, Liz!», Wagstaff procedió a presentar la primera mesa redonda de la conferencia, un debate a cuatro bandas sobre el tema: «El Sistema Nacional de Salud, ¿tiene algún futuro?».

La mesa estaba formada por un diputado conservador, un periodista del *Telegraph*, un médico rebelde que había desarrollado una lucrativa actividad secundaria con sus apariciones en los medios, y el propio Roger. Christopher escuchó el debate atentamente, y tomó nota detallada de él, pero cuando finalizó la hora no le pareció que hubiera aprendido nada nuevo. Le había producido curiosidad ver si, en aquel escenario, Roger se sentiría lo bastante

envalentonado como para sincerarse abiertamente sobre la auténtica escala de su visión de la Salud Pública inglesa. A lo que la respuesta parecía ser: de momento, no. El debate de ese día había consistido en la denigración habitual del Sistema Nacional de Salud visto como una «vaca sagrada» convertida en un auténtico «fetiche» por la izquierda británica. Se había hablado de las listas de espera increíblemente largas, de su burocracia ineficaz, de la escasez crónica de personal médico. La mayoría de esos problemas, sospechaba Christopher, eran el resultado deliberado de decisiones políticas pensadas para ir abocando al Servicio Nacional de Salud a su destino fatal: la privatización a gran escala. Ese objetivo no se explicitó durante el debate, pero Christopher sabía que Processus presionaba con fuerza entre bambalinas para que así fuera. Había visto las propuestas, estudiado las hojas de cálculo secretas, identificado a las empresas farmacéuticas que estaban dispuestas a intervenir en cuanto les diesen luz verde. Pero también sabía que de momento Processus se estaba conteniendo; que tenían un ojo puesto en la opinión pública, y que eran plenamente conscientes de que el pueblo inglés aún no estaba preparado del todo para un paso tan radical e irreversible. Y eso, según Christopher, era lo que a él le colocaba en una posición tan poderosa: porque tenía la prueba de sus intenciones y podía causar un daño incalculable a su proyecto descubriéndolo antes de tiempo.

En vez de escuchar el segundo debate de la mañana (una sesión plenaria titulada «¿Qué representa el conservadurismo pos-Brexit?»), Christopher decidió regresar andando al edificio principal. A esas alturas sentía curiosidad por ver cómo era la nueva habitación que le habían asignado con tanto misterio. Dio un rodeo para volver a la casa, siguiendo el sendero que corría junto al lago artificial y fijándose una vez más en la figura de aquel pescador solitario, sentado en un silencio contemplativo mientras miraba al agua que, como el propio hombre, parecía estar infinitamente tranquila y serena. Christopher se preguntó si iría a pescar allí todos los días.

Tras cruzar rápidamente la zona de recepción del hotel, subió la impresionante escalera de roble, situada en el centro del edificio, que llevaba a la primera planta. Allí se encontró un pasillo amplio,

sombrío e imponente, con puertas a los dos lados. Su habitación, la número 9, se hallaba al fondo, en la parte trasera de la casa. Las dos puertas anteriores, se dio cuenta, estaban numeradas como la 8/1 y la 8/2. Estarían comunicadas, claro. La llave de su nueva habitación era increíblemente pesada, y no encajaba muy bien en la cerradura. Pero, después de pelearse con ella casi un minuto, consiguió entrar.

Lo primero que le llamó la atención fue el tamaño. Era una estancia enorme, como cuatro o cinco veces más grande que las del anexo. También la envolvía la oscuridad, incluso a aquella hora del día. Las ventanas, que permitían ver en parte el jardín de la cocina, eran pequeñas y emplomadas, de modo que dejaban pasar muy poca luz. Una gran cama con dosel dominaba el espacio. A un lado había un baño largo y estrecho; pero también había una tercera dependencia, o eso le pareció a Christopher al principio, porque era lo bastante grande como para que cupiera una cama pequeña o como mínimo un sofá. Sin embargo, la ausencia de ventanas y la presencia de perchas le hizo percatarse de que en realidad se trataba de un gigantesco armario ropero. Su esmoquin ya estaba colgado allí. Y todas sus pertenencias, observó, habían sido meticulosamente dispuestas por la habitación, y sus artículos de tocador colocados perfectamente en fila sobre el estante que había encima del espacioso lavabo del baño. Todos los muebles de la habitación principal eran antiguos y pesados, sobre todo el enorme sillón de orejas que estaba delante del vacío hogar de la chimenea de piedra. Se dejó caer en él y se quedó pensando un rato. Era una habitación lujosa y cómoda, desde luego, aunque no muy alegre... Pero, en conjunto, preferible a la que le habían adjudicado el día anterior. Aun así, por muchas vueltas que le diese, no acababa de entender por qué le habían hecho cambiar de edificio tan precipitadamente.

Era bastante raro. ¿Qué estaba pasando?

Wetherby Hall tenía dos bares. En uno, el Dunciad Room, había mucha animación y mucho ruido. En el otro, el Addison Lounge, se estaba mucho más tranquilo, pero, por el motivo que fuera, la mayor parte de los invitados pasaban olímpicamente de él. Cuando Christopher entró después de cenar esa noche, sobre las diez, vio que, aparte de un presentador de GB News y una articulista de *Spiked* que se besuqueaban apasionadamente en un rincón apartado, el único otro cliente era sir Emeric Coutts, que estaba sentado a una mesa, a solas, entornando los ojos para ver mejor su móvil. Christopher se acercó hasta ella y tosió discretamente.

–¿Sir Emeric? –dijo, cuando el filósofo alzó la vista–. ¿Me permite que le invite a otra copa?

Antes de responderle, Emeric dijo:

–¿Pero nos conocemos?

–Pues sí, en cierto modo sí –dijo Christopher–. Se lo explico en un momento. ¿Le pido lo mismo?

Emeric miró su vaso, como si se hubiera olvidado de lo que contenía, y contestó:

–Vale, muy bien. Brandy con soda.

Christopher pidió otro para él, y cuando volvió al reservado de Emeric puso las dos bebidas sobre la mesa y se sentó a su lado, diciendo:

–Supongo que no le importará que me siente con usted... –Aunque ya era un hecho consumado.

–No, no, nada –dijo Emeric sin mucho entusiasmo. Alzó su vaso hacia Christopher con un gesto receloso y vacilante–. Bueno, salud. Y muchas gracias.

–Espero que no piense –dijo Christopher– que se le está arrimando un perfecto desconocido. De hecho, nos hemos visto varias veces. Pero fue hace muchísimos años. Yo estudiaba en el St Stephen a principios de los ochenta.

–¿A principios de los ochenta? Cielo santo, eso es como remontarse a la prehistoria.

–Iba a sus veladas de vez en cuando.

Emeric no respondió, así que Christopher añadió a modo de recordatorio:

–Solía organizar veladas en sus aposentos de Kite's Court.

Como Emeric seguía sin contestar, Christopher se preguntó si al anciano le fallaría la memoria. Pero por fin obtuvo respuesta:

–«Veladas» es una manera bastante grandilocuente de llamarlas, me temo.

–Es que *eran* grandiosas –insistió Christopher–. Increíblemente grandiosas para un chaval de veinte años recién salido del instituto de Somerset. –Tendiéndole una pequeña trampa, dijo–: Pero si hasta tenía un clavecín, por el amor de Dios...

–Era un clavicordio –le corrigió Emeric. (Así que el viejo zoquete seguía teniendo buena memoria, después de todo.)Los estudiantes de música solían tocar algo. Y a veces mi hija cantaba. Tenía bastante buena voz.

–¿Cómo está Lavinia, por cierto? –preguntó Christopher–. Le seguirá yendo bien, espero.

–Que yo sepa, sí... –dijo Emeric en un tono bastante seco–. No nos vemos muy a menudo. Ha tomado su propio camino.

–Se fue a América, creo.

–Exactamente. Veo que está usted bien informado.

Christopher le tendió la mano.

–Me llamo Christopher, por cierto. Christopher Swann. Por si no acaba de darse cuenta de quién soy.

–Christopher Swann... –Emeric se recostó en su silla y, con algún esfuerzo, consiguió recordar algo–. ¿Es usted el tipo del blog?

–Supongo que es una manera de decirlo –respondió Christopher.

–Mmm. Le he echado un par de vistazos. Dadas sus ideas políticas, doy por sentado que ha venido aquí para espiar a la oposición y escribir algo sarcástico sobre lo que hagamos, ¿no?

–Soy un mero historiador del movimiento conservador –dijo Christopher–, y sean las que sean mis...

–¡Ah, Emeric! –En ese momento se les unió a la mesa Roger Wagstaff, que había entrado apresuradamente en el bar un tanto nervioso–. Siento llegar tarde. Hay demasiada gente por aquí que quiere hablar conmigo.

Se sentó, y de repente se percató de a quién tenía al lado.

–Válgame Dios, eres tú, Swann. Me ha parecido verte antes en

medio de toda la gente. ¿Para qué demonios te has plantado aquí?

–Para dar problemas, creo –dijo Emeric.

–Bueno, espero que no te los esté dando a ti.

–No, en absoluto. Estábamos teniendo una conversación perfectamente civilizada.

–¿Te puedo pedir una copa, Roger? –preguntó Christopher.

–No, gracias. Emeric y yo tenemos que discutir algunos asuntos privados.

–Está bien, me acabaré la mía y os dejaré en paz.

Le dio un sorbito a su propio brandy con soda, del que quedaban como unas tres cuartas partes en el vaso, y luego se recostó en su silla sonriendo tranquilamente.

Roger se quedó mirándolo fríamente, pero estaba claro que Christopher no pensaba moverse.

–Estupendo –dijo–. De todas formas, tampoco es que sea un secreto de estado. Kwasi no ha tenido más remedio que retirarse.

–Ya me lo imaginaba –dijo Christopher–. Nuestra nueva primera ministra le ha endilgado una tarea bastante abrumadora: encontrar una manera de recortar impuestos en medio de una crisis económica. Lo suficiente como para tener a un ministro de Hacienda ocupado durante los próximos días. ¿Y con quién piensan sustituirlo?

Roger se volvió hacia Emeric.

–¿Qué tal te ha ido con tu amigo veneciano?

–Muy bien. Estaba encantado de aceptar. Va a coger un vuelo a primera hora, así que debería estar aquí a la de comer.

–Estupendo. ¿Lo puedes anunciar mañana antes del primer encuentro?

–Por supuesto.

–¿Os vais a traer a un ponente de Venecia? –preguntó Christopher.

–Algo que a ustedes los de izquierdas les cuesta entender –contestó Emeric– es que darle la espalda a la Unión Europea no es lo mismo que darle la espalda a Europa.

–Exacto –dijo Roger–. De hecho, a mí me encanta Europa.

–Pues claro –dijo Christopher–. La extrema derecha está en pleno auge allí también. En Francia, en Italia, en España...

–Por el amor de Dios, Swann, ahórranos tus ideas políticas

estudiantiles. Ya no estamos en el St Stephen. Por lo menos la mayoría de nosotros.

–En cualquier caso –explicó Emeric–, el ponente con el que hemos contactado no es un político. Una de las reservas que tenía con este congreso era que no habían invitado a nadie para hablar de algún tema cultural.

–Ya te puedes imaginar lo que nos ha costado –añadió Roger–. Todos los escritores, actores y músicos de este país son de izquierdas.

–Es cierto que las voces conservadoras no tienen buenos representantes entre las artes –dijo Emeric–. Por eso es tan importante darles espacio a los que lo son. O lo eran...

–Entonces ¿quién viene desde Venecia? ¿Jeffrey Archer? ¿Andrew Lloyd Webber?

–Dígame –respondió Emeric, haciendo caso omiso de aquella provocación–, ¿ha oído hablar de un escritor llamado Peter Cockerill?

Christopher se quedó dudando. El nombre le sonaba un poco, pero muy poco en realidad. No recordaba dónde lo había oído antes.

–Me temo que no –dijo–. Va a tener que iluminarme.

–Era pura curiosidad –dijo el profesor Coutts–. Era un novelista bastante interesante, que publicó en los años ochenta. Antes me hablaba de las «veladas», y como fue uno de los conferenciantes invitados, me preguntaba si se encontraría usted entre el público.

–Ah, no. Esa vez no estaba. –Christopher frunció el ceño–. Aunque es probable que un amigo mío sí. Ahora que lo pienso, recuerdo que alguna vez me habló de él en esa época.

Emeric soltó un suspiro de pesar.

–Yo tampoco estuve presente, por cierto. Desgraciadamente, estaba... muy indispuesto esa noche. Cosa que siempre he sentido mucho. Entonces, ¿no ha leído nada suyo?

Christopher negó con la cabeza.

–Pues se lo recomiendo. Mucha gente considera *Una soga del infierno* su mejor obra. Pero su última novela también es de destacar. Un cambio de dirección, y un importante experimento artístico. Aunque no es una lectura agradable, bajo ningún concepto.

–Bueno, esperaré a oírle hablar –dijo Christopher–. Supongo que

ya debe de estar un poco mayor.

–Me temo que no vendrá en persona. Peter Cockerill murió hace mucho tiempo, justo unos años después de su visita al St Stephen. Se suicidó.

–Comprendo. Qué trágico. –Christopher no sabía cómo reaccionar ante aquella vieja noticia, de hacía décadas–. Entonces, no entiendo, ¿quién nos dará la conferencia mañana por la tarde?

–El profesor Richard Wilkes. La principal autoridad mundial en Cockerill. Da clases en la Universidad de Ca' Foscari. Nos ofrecerá una charla titulada... –Consultó la pantalla de su teléfono y clicó en ella varias veces–, «El maestro de la reinvención: los temas de la renovación en las novelas de Peter Cockerill, y su importancia en el movimiento conservador».

–Bueno, por lo menos eso elevará el nivel –dijo Christopher, preguntándose a sí mismo cómo encajaría aquella conferencia el público de apasionados liberales económicos que parecía dominar el congreso. (Hablando de pasión, el presentador de GB News y la columnista de *Spiked* habían abandonado a esas alturas el bar y se habían marchado a otro lado a continuar con sus asuntos.)– ¿Y, por casualidad, no saben el motivo por el que se suicidó?

Emeric sonrió ante la ingenuidad de la pregunta.

–Como usted comprenderá, es un fenómeno muy complejo, que raramente admite solo una interpretación. En este caso, existen varias teorías. Sabemos que estaba muy amargado por la falta de reconocimiento de su obra. Me alegra decir que ha habido un notable renacimiento del interés por él estos últimos años; sobre todo, gracias a los esfuerzos del profesor Wilkes. Pero a mediados de los años ochenta, había un grupo completamente diferente de jóvenes escritores (Rushdie, Ishiguro, McEwan y demás), que eran los que captaban toda la atención. Cockerill pensaba que él se merecía la misma, y que se le castigaba por sus ideas políticas. Se negaba a seguir la línea antithatcherista que estaba de moda, ¿entiende? Que es precisamente por lo que debería leerlo. Si no le ha convencido nada de lo que yo he escrito, a lo mejor sus novelas lo consiguen. La visión del mundo que yo he tratado de articular en mis ensayos, él también la expresó de forma narrativa. La

importancia de la familia, de Dios; el sentimiento de pertenencia y cohesión nacional. Era un bicho muy raro: un verdadero escritor y un auténtico conservador. En muchos aspectos, nos considero almas gemelas.

–¿Y tú qué dices? –preguntó Christopher, volviéndose hacia Roger Wagstaff–. ¿Tú también eres fan suyo?

–Si te soy sincero, no lo he leído.

–¿Por qué no me sorprenderá?

Eso lo dijo sin énfasis, *sotto voce*, como para sí mismo. De todos modos, Roger lo oyó y (para sorpresa de Christopher) mordió el anzuelo.

–No sé, Christopher. ¿Por qué *no* te sorprende?

–Pues porque no parece mucho tu estilo, ¿no?

–¿Mi estilo?

–No es que tenga mucho que ver con tu propia filosofía política.

–¿Mi filosofía política? No tienes la menor idea de lo que estás hablando. Solo soy un conservador, como Emeric. El conservadurismo es una ideología que da cabida a mucha gente.

–Lo que estáis tramando últimamente no tiene nada que ver con el conservadurismo.

–¿Nosotros?

–Processus. Que es, más o menos, dirigir las políticas del gobierno en este momento.

–Oh, eres un fantasioso, Swann. Siempre lo has sido.

–Me cuesta encontrar una conexión entre lo que Emeric le ha dicho a su público esta mañana con el tema del que os habéis pasado hablando el resto del día.

–Si puedo hacer una pequeña contribución a esta guerra dialéctica –intervino Emeric–, he de decir que estoy plenamente contento con la manera en que Roger y sus colegas están llevando mi legado.

–¿En serio? –dijo Christopher, volviéndose hacia él–. ¿*En serio*? ¿Suspendiendo el parlamento? ¿Mintiendo a la Reina? ¿Cargándose los acuerdos del Viernes Santo? ¿Rompiendo los acuerdos internacionales a diestra y siniestra? ¿Mandando refugiados a Ruanda? ¿Creando puertos francos? Hasta su querida señora Thatcher se opondría a la mayoría de esas medidas.

–¿Puedo recordarte –dijo Roger– que el gobierno tiene un mandato democrático del pueblo inglés para esas cosas?

–Eso son gilipolleces. El pueblo inglés se echaría a la calle si supiera lo que se está tratando aquí. Privatizar la Sanidad Pública, por el amor de Dios...

–Otra más de tus fantasías. Nadie ha dicho una palabra sobre privatizar nada esta mañana.

–Pues claro que no. Incluso ahora os da miedo dar la cara y decirlo abiertamente. Aún hay que echar abajo lo que queda del Sistema Nacional de Salud antes de eso.

–¿Nunca has pensado en escribir una novela? Parece que la ficción se te da muy bien.

Christopher hizo una pausa, como si fuera consciente de que iba a dar un paso definitivo. Luego dijo:

–Lo he leído, ¿sabes?

–¿Que has leído el qué?

–El «Informe del 2 de agosto».

El efecto de esas palabras en Roger fue como una descarga eléctrica. Se le tensó todo el cuerpo. Se quedó mirando a Christopher, horrorizado. Estaba estupefacto. Durante unos momentos terribles permaneció completamente inmóvil y totalmente callado.

–Así es como lo llamáis, ¿no? –prosiguió Christopher–. Creo que porque ese fue el día que se terminó y se puso en circulación.

En cuanto recuperó el habla, Roger dijo:

–No tengo ni la menor idea de qué me estás hablando.

–¿En serio? Bueno, entonces a lo mejor debería preguntarle a Rebecca. Supongo que sería la que lo digitalizó todo y la que introdujo todos los datos.

–Haz el favor de no meterla en esto. Esa mujer me ha servido lealmente durante casi cuarenta años.

–¿En el terreno profesional o en el personal? Me he fijado en que los dos tenéis habitaciones comunicadas ahí arriba. La ocho/uno y la ocho/dos, ¿no es cierto?

Roger tenía la cara roja de ira. En un tono de calma casi sobrenatural, dijo:

–Vale, Christopher, ¿y ahora nos dejarás a Emeric y a mí a solas? Tenemos que discutir algunos asuntos, y esta conversación se ha terminado.

–¡Ah, ya ha salido... tu latiguillo!

–¿Mi latiguillo?

–Incluso en Cambridge, era lo que solías decirle a la gente cuando perdías una discusión. Que era la mayoría de las veces. No has cambiado nada.

–Ni tú tampoco. Eres un auténtico fracasado, como siempre supe que lo serías. Y sigues tan imaginativo como de costumbre, porque te puedo jurar que no existe *eso que tú llamas el «Informe del 2 de agosto»*.

Christopher sacó un lápiz de memoria del bolsillo de su chaqueta y lo puso sobre la mesa delante de ellos.

–Pues qué raro –dijo–. Porque tengo una copia aquí mismo.

Durante un buen rato los dos hombres, Roger y Christopher, se quedaron mirando el pequeño dispositivo portátil de almacenamiento sobre la mesa. ¿Christopher se estaba tirando un farol? ¿De verdad podía haber pasado por sus manos una información tan delicada? No había forma de saberlo.

No volvieron a intercambiar una sola palabra entre ellos esa noche. Christopher se despidió de Emeric y se retiró a su habitación. Roger vio cómo salía del bar. Tenía los labios muy apretados y no lo insultó ni lo amenazó a sus espaldas, pero sus ojos echaban fuego. Sir Emeric Coutts se dio cuenta y, cuando le dirigió la palabra a su amigo y protegido, fue con un tono entre preocupado y pícaro.

–La verdad, Roger, creo que nunca te he visto echarle una mirada así a nadie.

Intentando, sin conseguirlo, hacer una demostración de chulería e indiferencia, Roger le preguntó:

–¿De qué mirada me hablas?

Emeric se lo pensó un momento, y al final encontró la palabra exacta.

–Bueno, si he de ser sincero, yo diría que de esa mirada... *asesina* –dijo.

5

El día siguiente estuvo marcado por tres acontecimientos importantes: el profesor Richard Wilkes llegó a Wetherby Pond desde Venecia; Su Majestad la Reina Isabel II murió a los noventa y seis años; y Christopher descubrió que había perdido su lápiz de memoria.

Su discusión con Roger le había alterado, de hecho, más de lo que quería demostrar. Había salido temblando del bar, y seguía muy agitado cuando llegó a la habitación número 9. Cuando entró, se desplomó en el sillón de orejas delante de la chimenea y se tomó el whisky de una de las botellitas del minibar. Antes de quitarse la chaqueta y colgarla en el armario, habría jurado que había palpado el bolsillo interior para comprobar que la memoria USB seguía allí y, para su tranquilidad, había sentido su contorno rígido. Pero por la mañana, cuando se percató de que la había perdido, ya no estaba tan seguro. Volviendo la vista atrás, la última vez que recordaba haberla visto de verdad era sobre la mesa del bar entre él y Roger, en plena discusión. Se lavó y se vistió y volvió corriendo al Addison Lounge, pero evidentemente el dispositivo ya no estaba allí. El bar estaba cerrado y no había nadie a quien preguntar si alguien lo había devuelto o si el barman se lo había encontrado.

Era todo bastante preocupante. No es que aquel lápiz contuviera la única copia de aquel archivo tan delicado. Christopher nunca subía nada a la Nube porque no se fiaba de ella, pero en el caso concreto de aquel archivo tenía copias en el portátil y en el ordenador de casa. Aun así, no le gustaba nada que hubiera desaparecido sin

ninguna explicación (pero nada de nada) y decidió proseguir con sus pesquisas a la hora del almuerzo.

Al primer encuentro de la mañana del jueves asistió prácticamente todo el mundo, porque la conferenciante era bastante famosa y todo un símbolo en aquellos círculos. Tenía una importante columna de opinión en un periódico nacional, y se llamaba Josephine Winshaw (la hija de la legendaria periodista y magnate de los medios Hilary Winshaw). Cualquiera que hubiera seguido sus artículos desde hacía un año, más o menos, habría podido adivinar el tema que iba a tratar ese día: «La verdadera pandemia de Inglaterra: el virus de la mentalidad progre».

A Josephine la presentó sir Emeric, que aprovechó para hacer el siguiente anuncio:

–Como ya sabrán ustedes, señoras y caballeros (o, de hecho, como ya se esperarán si aún no lo saben) a uno de nuestros invitados de esta tarde le ha sido imposible acudir al congreso. El ponente que ha accedido, con muy poca antelación, a ocupar su lugar no podría ser más distinto. Aunque lo que tiene que decirnos, en mi opinión, es tan importante como cualquier cosa que nos hubiera contado el nuevo ministro de Hacienda. Se trata del profesor Richard Wilkes, y en este mismo momento viene hacia aquí en avión desde Venecia, donde enseña Literatura Inglesa en la Universidad de Ca' Foscari.

»Espero que no les agüe la fiesta que el tema de la charla del profesor Wilkes no sea estrictamente político. Nos hablará sobre la vida y la obra del novelista Peter Cockerill. Si el nombre no les resulta familiar, le aconsejaría a cualquier delegado que disponga de unos minutos libres que eche un vistazo a los libros de visitas de este hotel, que se encuentran expuestos en la biblioteca. Se remontan a principios de los años veinte y constituyen una lista de nombres históricos del siglo xx. Winston Churchill pasó por aquí, igual que Eduardo VIII y Wallis Simpson. Evelyn Waugh también fue huésped del hotel, lo mismo que Benjamin Britten y Peter Pears. –Estos tres últimos nombres, pensó Christopher, no parecían sonarle mucho a parte del público–. Y durante dos noches, el trece y el catorce de mayo de 1985, también se alojó aquí otro escritor

distinguido, Peter Cockerill. «Qué privilegio», anotó en el libro, «poder alojarme como huésped en la que fue una de las grandes casas solariegas de Inglaterra. Lord Wetherby», el padre del actual conde, «ha tenido la generosidad de recibirme personalmente y acompañarme en una larga y detallada visita guiada por la mansión, incluyendo algunos de sus recovecos más secretos.» Quizá para algunas personas el propio Peter Cockerill forme parte de esos «recovecos» de la literatura inglesa moderna. Sin embargo, para otros muchos, sobre todo para los que hemos seguido la gran tradición del conservadurismo británico, su obra es bastante más importante. Así que, por favor, les insto a que acudan a escuchar lo que tiene que decirles el profesor Wilkes. Promete ser una charla sumamente estimulante y fuera de lo corriente.

Sir Emeric remató aquel anuncio con unas cuantas frases sobre Josephine Winshaw, pero no hacía falta extenderse mucho, porque el público (incluidos los que estaban de pie en los pasillos o viendo el encuentro en los monitores de la sala adicional) ya estaba totalmente preparado para su aparición.

Josephine, que ahora tenía treinta y dos años, subió al estrado con un vestido azul cobalto, adornado con un collar de perlas y un broche de cristal entrelazado (de Gucci, para aquellos que entendían de esas cosas). Una vez menguaron los aplausos anticipados, se lanzó directamente a la polémica. La primera mitad del título de su intervención ya era bastante provocativa, pero le dedicó tan solo unos minutos: su tesis consistía en que se habían exagerado los peligros de la pandemia del covid de 2020, que el confinamiento había supuesto un golpe inaceptable para la economía inglesa, y que todo aquel asunto se podría haber evitado si la gente hubiese sido un poco menos quisquillosa con respecto a la muerte de miles de pensionistas que habrían muerto de igual manera unos meses después.

Pero luego fue al meollo de la cuestión. El problema de la sociedad británica, lo que la estaba paralizando y retrasando de verdad, era el progresismo. No dijo en qué consistía tal progresismo. Tampoco hizo falta, porque el público lo entendía perfectamente. En cambio, hizo una interpretación de aquel concepto de la que el Humpty Dumpty

de Lewis Carroll habría estado orgulloso; las palabras estaban a su servicio, y podía emplearlas para que significaran lo que ella quisiera que significaran. Así que todo era progre. O al menos, todo lo que decía y hacía la élite inglesa era progre; a pesar de que esa élite tampoco podía definirse realmente. De todas formas, no tenía intención de que la frenaran sutilezas terminológicas. La BBC era progre. No cabía la menor duda. La Iglesia de Inglaterra era progre. Eso estaba clarísimo. La judicatura era progre. No había ni que decirlo. Prácticamente toda la prensa era progre, casi todos los medios digitales también, y obviamente (de hecho, resultaba demasiado evidente para que hiciera falta comentarlo) todo el mundo académico era profunda, terrible, irremediablemente progre. Pagar el canon televisivo era progre. Vacunarse era progre. Querer volver a unirse a la Unión Europea era progre. Poner tu basura en contenedores de diferentes colores era progre. Salvar el planeta era progre. Dar dinero a los sintecho, acoger a los inmigrantes y querer pagar a los sanitarios un sueldo decente era todo progre. Arrodillarse para protestar era progre, coger el tren era progre (sobre todo cuando la alternativa consistía en viajar en avión), comer verdura era progre, comprar aguacates era progre, y leer novelas era progre.

A esas alturas la mente de Christopher empezó a divagar, así que sacó el móvil y se puso a escribirle rápidamente un correo a Joanna:

> Supongo [escribió] que en el manuscrito de Brian no habrá ninguna referencia a un escritor llamado Peter Cockerill, ¿verdad? Creo que fue el conferenciante invitado de una de las veladas de Emeric en nuestra época del St Stephen. Si la hay, ¿podrías mandarme urgentemente algunas fotos en formato jpeg de las páginas donde se le mencione?

En el estrado Josephine no cejaba. Dejarse aconsejar por expertos era progre. Creer en la ciencia era progre. Oxford y Cambridge eran progres. El norte de Londres era progre. El té chai con leche era progre. Las lentejas eran progres. No tener coche era progre. Ir en bici al trabajo era progre. Trabajar desde casa era increíblemente progre, tal vez lo más progre que podías hacer.

La respuesta de Joanna le llegó en un momento.

> Sí que hay alguna referencia, de hecho. Y, por supuesto, te mandaré las páginas esta misma mañana. ¿Sabes que hoy en día al correo electrónico se le considera un método antiguo de comunicación? (O eso me dice Phyl.) De todos modos, el sitio web de la parroquia estará cerrado por mantenimiento a partir de las doce de la noche, así que esta dirección de correo no volverá a funcionar hasta la semana que viene.

El National Trust era progre. Las asociaciones de senderismo eran progres. La Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad hacia los Animales, la Real Sociedad para la Protección de las Aves y la Sociedad Nacional para la Prevención de la Crueldad hacia los Niños, todas eran progres. Channel 4 era progre. Radio 4 era progre. Radio 3 era progre. Cualquier gloria nacional que se te pudiera ocurrir, desde Richard Attenborough a Judi Dench, o desde Maggie Smith a Stephen Frears, eran progres y requeteprogres. Hasta el príncipe Carlos era progre. Por no hablar del príncipe Harry o de Meghan Markle, que ya se salían del mapa. Biden era progre. Los demócratas eran progres. Hollywood era progre. Bollywood era progre...

Llegados a este punto, Christopher había captado la idea y sentía la necesidad de salir a respirar un poco de aire puro. Tras levantarse y pasar por delante de los otros delegados de su fila, que estaban escuchando embelesados y asintiendo como locos, dejó el auditorio de los establos por la puerta de atrás, y una vez más decidió hacer algo de ejercicio paseando por el contorno del lago artificial. Era un sitio muy tranquilo, perfecto para reflexionar en paz, y en esa ocasión tampoco había nadie que interrumpiera sus pensamientos aparte del pescador solitario sentado en su sillita de lona. Christopher lo saludó con la cabeza cuando pasó a su lado, pero entonces, en un impulso, volvió sobre sus pasos para charlar un poco con él.

–¿Ha habido suerte esta mañana? –le preguntó.

El hombre negó con la cabeza.

–No, hoy nada.

–Lo siento. ¿Qué intenta pescar? ¿Lucio, perca, trucha?

–No sabría decirle.

–Bueno, ¿cuánto puede pescar en un día normal?

–Nada.

–¿Nada de nada?

–Nada. Nunca he visto ningún pez, ni tampoco he pescado ninguno.

–Ah. –Christopher se quedó bastante chafado con aquella confesión–. Y dígame... ¿Cuánto tiempo lleva viniendo aquí?

–Casi cinco años, creo.

–¿Y nunca ha picado ninguno?

–Ni uno.

–Vaya por Dios. Entonces es una cosa... bastante inútil, ¿no?

El hombre se lo pensó un momento y luego se encogió de hombros.

–La vida entera es inútil, en realidad, cuando te paras a pensarlo, ¿no cree?

Christopher fue sopesando aquella muestra irrebatible de filosofía personal mientras completaba su paseo, de regreso al edificio principal. Después, cuando se detuvo frente al mostrador de recepción para ver si había algún mensaje para él, la recepcionista le dijo:

–¿Ha conseguido sacarle algo comprensible?

–¿A quién? –preguntó Christopher.

–Al viejo Bob Hopkins. Le vi por la ventana hablando con él.

–Ah. Pues sí..., sí que se le entendía, supongo. De hecho, me ha dado que pensar.

–El pobre es un simplón –dijo la recepcionista–. Ese es el problema.

–¿Un simplón?

–Sí, y le diré por qué es tan gracioso: en ese lago no hay peces. Ni uno. Nunca los ha habido. Nunca se introdujeron, ¿comprende? Y aun así él viene un día sí y otro también, haga el tiempo que haga. A lord Wetherby no le importa. Un gesto muy amable de Su Excelencia. Como ve que el viejo Bob no hace nada malo, ¿por qué no iba a dejarle pasar todo el día ahí sentado, en el lago?

–Claro, ¿por qué no? –dijo Christopher. Y repitió con aire más pensativo–: ¿Por qué no? –La conversación parecía haber concluido, así que subió las escaleras hasta la primera planta.

A las dos de la tarde, Christopher decidió darse un baño. Su memoria USB seguía perdida, pero, a modo de distracción de aquel misterio, le había llegado un correo electrónico de Joanna con imágenes adjuntas en alta definición de las páginas del manuscrito de Brian que hacían referencia a Peter Cockerill. Le sorprendió que fueran tantas. Christopher colocó el portátil en equilibrio precario sobre la antigua rejilla chapada de latón con que estaba convenientemente equipada su bañera, y se acomodó en el agua caliente y espumosa, secando de vez en cuando la pantalla del ordenador con su toalla de mano.

En una primera lectura, le impresionó cuánto terreno abarcaban las memorias de Brian. No había pensado que su amigo fallecido recordaría con tanto detalle ni con tanta claridad su época de estudiantes. Tan pronto Christopher empezó a leer, se vio transportado a los aposentos de Emeric Coutts en St Stephen's College a principios de los ochenta, y al extraño ambiente febril de aquellas veladas a las que a veces (aunque no en esa ocasión en concreto) había asistido personalmente.

> Peter Cockerill [*leyó*] era un hombre alto, delgado y anguloso, con facciones delicadas y una expresión melancólica en el rostro, en el mejor de los casos. En ese momento estaba sentado a solas en uno de los sofás de cuatro plazas de Emeric, con un ejemplar de su novela recién publicada abierto sobre el regazo. De vez en cuando le daba un sorbo de vino blanco a la copa que tenía al lado, pero la mayor parte del tiempo se le veía concentrado en su libro, haciendo algunas anotaciones a lápiz en los márgenes.

Seguía una breve digresión sobre Cockerill en general: cómo había revivido su reputación en el siglo XXI (fundamentalmente gracias a

los esfuerzos del profesor Richard Wilkes), así como el lugar ocupado por la novela *Una soga del infierno* dentro de su obra considerada en conjunto. El relato concluía con una descripción de Cockerill recitando una antigua canción folclórica, titulada «Lord Randall», que le había servido como epígrafe del libro.

> Dejó el libro a un lado, porque ya no lo necesitaba por ahora. Era evidente que se sabía la canción de memoria, y cuando se puso a recitarla el ambiente de la estancia –que hasta entonces se había limitado a un silencio de aburrimiento e incomprensión– alcanzó un estado más alerta, más cargado de electricidad. Cockerill cerró los ojos para concentrarse mejor, y su voz era tranquila, mesurada. Se ciñó al ritmo del poema con un énfasis de experto en el tema, y declamó despacio, con expresivas pausas entre los versos.

En ese momento a Christopher le distrajo un ruido procedente del dormitorio; por lo menos, le pareció que provenía de allí. Era el sonido de una puerta abriéndose suavemente y luego, como medio minuto después, cerrándose con delicadeza. Se incorporó de golpe en la bañera tibia, aguzando el oído. No se produjeron más ruidos. Sin embargo, aquella situación se merecía una investigación más detallada. Salió de la bañera, se enfundó el esponjoso albornoz blanco y entró en el dormitorio con pasos sigilosos.

–¿Hola? –gritó.

Allí no había nadie.

La única explicación que se le ocurrió fue que una doncella o un botones debía de haber entrado en la habitación, quizá con toallas limpias o un par de aquellas chocolatinas ridículas que a los gerentes de hotel les gusta poner sobre las almohadas. Pero luego recordó que había echado la cadena de la puerta antes de prepararse el baño, y vio que seguía en su sitio. De modo que nadie podía haber entrado por allí. Debía de haberse imaginado el ruido. Las paredes medianeras de la mansión eran bastante gruesas, pero no sería de extrañar que procediera de una puerta que se había abierto y cerrado en otra habitación cercana. Ahora que lo pensaba, desde luego había sido un sonido amortiguado.

Se olvidó del episodio, a pesar de sentirse un poco inquieto, y tomó asiento en el sillón para proseguir con su lectura de las páginas de Brian. Las leyó todas, con creciente fascinación. La escena final era especialmente llamativa: dejaba entrever, de hecho, una peculiaridad del comportamiento de Cockerill que a Christopher le pareció muy fuera de lo corriente. Tal vez incluso única.

A las cuatro y media fue de nuevo hasta el auditorio de los establos. Tenía curiosidad por escuchar la ponencia del profesor Richard Wilkes, y se llevó una desilusión (aunque no le sorprendió) al ver que era, con mucha diferencia, la menos concurrida de todo el congreso hasta el momento. El auditorio estaba medio vacío.

El propio Roger Wagstaff presentó al conferenciante, y comenzó por disculparse por el cambio de programación.

–En la sesión de cierre de hoy esperábamos escuchar al honorable diputado Kwasi Kwarteng. Sin embargo, como todos sabrán, el martes, Kwasi fue nombrado ministro de Hacienda por nuestra nueva primera ministra. –Roger hizo una pausa para darle énfasis–. Tomemos conciencia de lo que esto significa, damas y caballeros. Cuando Liz y Kwasi contribuyeron a la autoría del libro *Britannia Unchained* en 2013 (su manifiesto por una economía de pocos impuestos y escasa regulación) se les despreció como si fueran disidentes y pensadores marginales. ¡Y mírenlos ahora! Los dos grandes cargos del estado ocupados *por fin* por personas que saben de qué va la cosa, que realmente entienden qué significa ser conservador en la Inglaterra de 2022. ¡Lo hemos conseguido, damas y caballeros! ¡La ciudadela ha sido asaltada, y al fin estamos dentro!

Una salva de aplausos siguió a esas palabras, y continuó hasta que Roger levantó las manos para aplacarla.

–Bueno, esta noche todos podemos tomarnos unas cuantas copas de champán para celebrar este momento. Yo desde luego lo haré. Mientras tanto, sabemos que Kwasi pretende presentar un nuevo mini-presupuesto en un par de semanas, así que ya se pueden

imaginar que actualmente su tiempo es oro. De todos modos, les envía sus más sentidas y sinceras disculpas por no haber podido venir.

»¡Pero no teman, damas y caballeros! Porque tenemos a un valiente que ha accedido a cubrir esa vacante a última hora. Y qué... punto de vista tan diferente y tan desafiante se propone ofrecernos, respecto al significado del conservadurismo moderno. «El maestro de la reinvención: los temas de la renovación en las novelas de Peter Cockerill, y su importancia en el movimiento conservador.» ¿Quién de nosotros no ha deseado en algún momento escuchar una conferencia sobre ese tema precisamente? Bueno, damas y caballeros, pues ya no tenemos que esperar más. Tengo el placer de cederle el estrado al profesor Richard Wilkes, recién aterrizado desde Italia, quien nos hablará sobre este tema tan fascinante y, por razones que, seguro, todos comprenderemos al final, de tanta importancia.

Hubo un apunte de aplausos de cortesía cuando el profesor subió al escenario con cierto aire de timidez, sujetando lo que parecía un fajo de papeles de un grosor bastante intimidatorio. Su aspecto era prácticamente el que Christopher habría esperado de un profesor de humanidades que ya había superado hacía tiempo la edad de jubilación. (Según la Wikipedia tenía sesenta y nueve años, pero parecía cinco años mayor.) Traje viejo de franela gris, corbata azul marino, pelo canoso demasiado largo, barba escrupulosamente recortada y señales incipientes de joroba tras tantos años encorvado sobre libros y pantallas de ordenador. El único rasgo un tanto incongruente (con el que tal vez aspiraba a dar una nota desenfadada) era un jersey con cuello de pico, de un color rojo muy chillón. Tan deslumbrante, de hecho, que a Christopher le distrajo bastante al principio.

El profesor se puso tras su atril e hizo un barrido con la mirada de las filas de rostros vueltos hacia él, a la espera de sus primeras palabras. Por lo visto no tenía prisa por comenzar. Sin duda, varias décadas de dirigirse a un público de estudiantes obligados a atenderle lo habían acostumbrado a esperar que lo escucharan. Y entonces:

–*El pasado* –declamó inesperadamente en voz alta– *es la única cosa muerta que huele bien*.

A esa declaración la siguió un largo silencio muy elocuente. Hasta que el profesor continuó:

–Reconocerán estas palabras, estoy seguro, como una cita del gran poeta inglés Edward Thomas. Como conservadores, miramos al pasado, aprendemos del pasado, nos inspiramos en el pasado. Para nosotros, desde luego «huele bien». ¿Pero una «cosa muerta» debería ser realmente nuestro principal foco de atención? De hecho, ¿el propio Edward Thomas tenía razón al decir eso? ¿El pasado *está* muerto de verdad? A veces, una cosa *aparentemente* muerta puede estar más viva, más rebosante de vida y posibilidades de lo que hubiéramos sospechado. A veces la *ilusión* de la muerte puede ser una manifestación de otra cosa completamente distinta. Un presagio de renovación, de renacimiento. Hoy quiero explicarles cómo esta idea paradójica se manifiesta, y de hecho toma cuerpo, en la obra y la breve vida (demasiado breve) del novelista Peter Cockerill.

»Permítanme que comience –prosiguió el profesor, tras haber dejado mudo al público con aquel preámbulo– con algunos detalles biográficos. Peter Cockerill nació en 1948 en Bradbourne, un pueblo del condado de Gloucester. Era hijo único de una pareja de clase trabajadora, cuyo matrimonio se había roto siendo él muy pequeño, cuando su padre, George, un mecánico del departamento técnico de la Bristol Aeroplane Company, a unos cuantos kilómetros de su hogar, abandonó a su esposa, Betty, por otra mujer y se trasladó con ella a Londres. Como George había sido el encargado laico de su iglesia y un pilar de la comunidad, el escándalo sacudió al pueblo y tuvo un efecto duradero en el propio Cockerill. Al ser hijo único, a partir de entonces la relación con su madre fue extraordinariamente estrecha. Peter fue un niño precoz, con intereses poco habituales para alguien de su edad y de su clase. Consiguió una plaza en el instituto y, cuando era adolescente, descubrió su afición por la literatura modernista y se sumergió de lleno en las novelas de James Joyce y Samuel Beckett. Al mismo tiempo, desarrolló una pasión por la historia local, por la arquitectura eclesiástica, por la recuperación y conservación del folclore y las tradiciones rurales. Le concedieron

una beca para el Balliol College de Oxford, donde empezó a escribir en serio. Su primera novela, *O tempora*!, se publicó cuando aún era un veinteañero. La siguió la experimental *Motete en cuatro partes*, y tres años después llegó *Una soga del infierno*, el libro que, en opinión general, representa su innovación estética. Considerado por algunos como una tragedia romántica magistral, citado por otros como prueba de la veta cruel y misógina de su obra, concluye con lo que el autor describe como una «omnipotente aposiopesis», en la que parece renunciar totalmente a la ficción y asegura que en el futuro solo va a contar «la verdad pero en forma de novela». De modo que a Cockerill se le puede considerar el pionero del género literario que hoy en día se conoce popularmente como autoficción, y su primera incursión en esa modalidad fue la novela autobiográfica *Mi inocencia*, publicada en 1987. Sin embargo, ese iba a ser su último libro, y hoy es famoso por una razón que tiene poco que ver con sus méritos literarios. En la página final, el narrador anuncia su intención de cometer suicidio, y de hecho, pocos meses después de que se editase, Cockerill ya había dado ese terrible paso.

»No obstante, ¿por qué hablar de este escritor en un congreso político? Porque sus novelas, tomadas en conjunto, suponen un ejemplo muy poco corriente de la visión conservadora en forma de ficción. A Cockerill no se le tuvo en cuenta durante su vida. Se le despreció como a un «joven carca», porque se negó a seguir la línea anti-Thatcher que en los ochenta parecía ser un requisito fundamental para ser tomado en serio como artista. Y aun así...

Pero el profesor Wilkes, que había venido en avión desde Venecia para dar aquella conferencia, llevaba hablando menos de cuatro minutos cuando se vio interrumpido de la forma más dramática posible. Alguien entró corriendo en el auditorio y le pasó una nota a Roger Wagstaff. Segundos después, Roger subió al escenario y, tras disculparse con el conferenciante por haberle cortado en plena ponencia, se dirigió al público y dijo:

–Damas y caballeros, creo que vamos a tener que dar por finalizados los actos previstos para hoy. Con gran pesar, con mi más profundo pesar, debo darles la más terrible y sobrecogedora de las

noticias: a las dos y media de esta tarde, ha fallecido Su Majestad, la reina Isabel II.

A eso le siguió uno de los silencios más profundos que Christopher había escuchado nunca. Hasta él, un acérrimo antimonárquico, comprendía la gravedad del momento. La Reina llevaba en el trono exactamente setenta años. Durante siete décadas de cambios políticos (ninguna más turbulenta que la última) había aportado una especie de continuidad. Un símbolo de continuidad, en cualquier caso. Mal gobernada y desgarrada por las discrepancias políticas, Inglaterra atravesaba una época difícil. Aquello solo podía hacerla más difícil a corto plazo.

A partir de ese momento, un aire de solemnidad se apoderó de Wetherby Hall, palpable sobre todo cuando todo el mundo se reunió en el gran comedor para la última cena del congreso. Recayó en el propio lord Wetherby la tarea de proponer dos brindis, el primero por la memoria de la reina Isabel, el segundo por la larga vida y la buena salud de Su Majestad el rey Carlos III: un título que costó que saliera de los labios de muchos de los comensales, que en esos dos días habían estado poniendo a caer de un burro al nuevo monarca por ser demasiado progre. El conde añadió luego estas palabras finales:

–Permítanme proponer un brindis más, damas y caballeros, porque antes del anuncio del trágico acontecimiento de hoy, tenía previsto compartir con ustedes algunas noticias más personales y positivas.

»Como ya se imaginarán, celebramos gran cantidad de congresos aquí en Wetherby Hall, pero ha supuesto un placer especial acoger este en concreto. Al ofrecerle una sede a la TrueCon de 2022, siento que realmente estoy poniendo mi pequeño grano de arena para contribuir a una causa que merece la pena. Quiero darle personalmente las gracias a Roger Wagstaff en primer lugar, no solo por organizar el congreso, sino por ser una inspiración para todos nosotros, y por supuesto también al gran sir Emeric, que a lo largo de su vida ha defendido todo lo que hay de bueno y verdadero en la vida política.

»Es esta sensación de encontrarme entre espíritus afines la que

me lleva a sentirme capaz de anunciarles una cosa. Algunos se habrán percatado, cuando se plantaron ante la puerta principal de esta casa, de que en la piedra angular del arco sobre la puerta está grabada una fecha: el ocho de febrero de 1724. Ese fue el día en que se puso la última piedra de la construcción de Wetherby Hall, y en que mis antepasados fijaron aquí su residencia. Me enorgullece decir que este magnífico edificio ha sobrevivido más o menos intacto casi tres siglos. Durante uno de esos siglos, ha permanecido en uso como hotel. Pero ahora esa época está tocando a su fin. De hecho, ustedes serán los últimos huéspedes que se hayan alojado en Wetherby Hall. Este fin de semana, el hotel cerrará sus puertas, y comenzará año y medio de reconstrucción. No será fácil. No saldrá barato. Dependeremos de los fondos aportados por entidades como el English Heritage y el National Trust, y en el clima actual no siempre se puede confiar en que hagan lo correcto o lo sensato. El «virus de la mentalidad progre», como bellamente lo expresó la señorita Josephine Winshaw, ha infectado cada institución de este país, y para asegurarse su apoyo uno debe pasar toda clase de tests de falsa pureza ideológica. Sin embargo, a no ser que las cosas se tuerzan muy mucho –¿y fue la imaginación de Christopher o lord Wetherby lo miró fijamente mientras decía eso?–, confío en que nuestra causa triunfará. Wetherby Hall reabrirá al público, que podrá disfrutarlo como la gran mansión familiar que fue en su día. Tan seguros estamos de nuestro éxito, de hecho, que ya hemos fijado una fecha para esa gran reapertura. Y ese día será el trescientos aniversario de la colocación de la última piedra. El ocho de febrero de 2024.

Los comensales se pusieron en pie espontáneamente para aplaudir.

–Gracias, muchas gracias –dijo el conde, levantando las manos para refrenar su entusiasmo–. Lo único que les pido ahora, amigos y compañeros de viaje, es brindar una vez más. ¡Por el ocho de febrero!

–¡*Por el ocho de febrero!* –lo imitó todo el mundo, apurando su copa.

Y entonces entraron los camareros, portando el primer plato del

menú de cinco de aquella noche: un mosaico de *foie gras* salteado con manzana, apionabo y *beignets* de trufa.

Tras la cena, Christopher recaló una vez más en el Addison Lounge, dado que había visto al profesor Wilkes dirigirse hacia allí unos minutos antes. Parecía que el desamparado profesor no había hecho muchas amistades entre los delegados, y estaba sentado a solas en la misma mesa del rincón en el que Christopher había discutido con Roger Wagstaff la noche anterior. Ocupando otra mesa, también solo, se encontraba el diminuto Howard, el hombre que había sido el vecino de Christopher en el anexo por un corto espacio de tiempo. Pero, por algún motivo, Christopher le había cogido manía a aquel hombrecito de aspecto furtivo, y en respuesta a su sonrisa y a su saludo alentador con la mano, se limitó a ofrecerle una cortés inclinación de cabeza, antes de dirigirse hacia el profesor Wilkes y presentarse a sí mismo.

El profesor estaba bebiendo un whisky doble y aceptó de buen grado que Christopher le invitase a otro.

–Siento muchísimo que no haya podido rematar su conferencia esta tarde –dijo Christopher, después de que hubieran entrechocado sus vasos–. La esperaba con mucho interés. Debo admitir, profesor, que cuanto más sé de Cockerill más me intriga.

–Llámeme Richard. Y es usted muy amable. Tengo el texto de la charla aquí, si quiere echarle un vistazo.

Sacó las hojas de papel dobladas del bolsillo de la chaqueta y se las pasó a Christopher. Pero estaba claro que tenía ganas de hablar, y en vez de dejarle leerlas, prosiguió:

–Es un poco desmoralizador haber venido desde tan lejos para nada. Aunque, evidentemente, este es un día señalado. Era una decisión que había que tomar, por respeto a Su Majestad.

–¿También lo habría visto así el propio Cockerill?

–Por supuesto. Entendía lo importante que era la monarquía para el tejido constitucional.

–Anoche encontré algunos de sus primeros artículos de periódico en un archivo online –dijo Christopher–. De *The Guardian* a principios de los ochenta. No parecía usted tan monárquico por aquel entonces.

Richard le echó una mirada penetrante; luego sonrió.

–¿De verdad? ¿Esas cosas todavía andan por ahí? No creo que soportara releerlas. Todas esas insensateces que uno dice a esa edad.

–Pues algunos eran bastante buenos, creo. Un perfil detallado de Rushdie. Una crítica muy aguda del Amis júnior.

Richard se rio.

–Pues juraría que no he vuelto a leer ni una palabra de esos dos en los últimos treinta años. El caso es que todos estábamos buscando algo equivocado en el lugar equivocado.

–¿Y cuál habría sido el lugar indicado?

–Cockerill, claro. –Se tomó lo que a Christopher le pareció un buen lingotazo de whisky–. Ni siquiera me había molestado en leerlo antes; lo despreciaba, como todo el mundo, como a un pobre imbécil conservador pasado de moda. Luego, un año, como a mediados de los ochenta, escribí el típico artículo que les gusta escribir a los críticos jóvenes y arrogantes: la novela inglesa está muerta, ninguno de nuestros escritores tiene ni idea, deberíamos mirar hacia América, deberíamos mirar hacia Europa, bla, bla, bla. Y en respuesta a eso, Cockerill me escribió personalmente y me mandó un ejemplar de *Una soga del infierno*, diciendo: «Mire, da la casualidad de que creo que estamos completamente de acuerdo». Así que leí el libro, y... bueno, resultó que tenía razón. Fue como una revelación. Después leí todas sus novelas y me di cuenta de que lo que él escribía hacía que los libros que todos los demás estaban sacando como rosquillas parecieran superficiales e irrelevantes.

–Así que ¿un libro puede cambiarte la vida realmente? ¿También cambió sus opiniones políticas?

–Me hizo ver que hasta entonces yo no *tenía* lo que se dice opiniones políticas. Solo un anti-Thatcherismo visceral, como todos mis coetáneos.

–Bueno, desde luego le ha hecho un favor a su reputación

póstuma. Ya ha escrito un par de libros sobre él, si mal no recuerdo.

–Tres. Aunque el logro del que estoy más orgulloso es haber conseguido que una de sus novelas se reeditara en Penguin Modern Classics.

–*Una soga del infierno*, ¿no?

–Exacto.

–¿Lo conoció usted en persona?

–No, nunca coincidimos.

–Qué pena. Pues un amigo mío sí, precisamente.

Esa información tuvo un efecto sorprendente en Richard. De repente le entró la curiosidad. Volvió a darle otro generoso lingotazo a su whisky y dijo:

–¿En serio? ¿Y cuándo?

–Fue cuando éramos estudiantes en Cambridge. Cockerill vino a dar una conferencia a una de las veladas de Emeric.

–Ah, sí. Sir Emeric me lo ha contado. Tenía muchas ganas de invitarlo, al ser uno de sus pocos admiradores públicos de aquella época. –Richard ya se había terminado su vaso y había empezado, al parecer por equivocación, a beber del de Christopher–. Le dio mucha pena no encontrarse bien en esa ocasión y no poder asistir. Creo que tuvo una apendicitis.

–Sí. Pues, por lo visto, a mi amigo le impresionó mucho. Pasaron un par de horas con él, de hecho, y entre otras cosas mencionó un detalle poco corriente, que fue que...

Pero justo en ese momento los interrumpió la llegada de Roger Wagstaff, con su fiel Rebecca a remolque, cargando con su habitual montón de archivos y documentos. A ninguno de los dos le hizo muy feliz que Christopher se encontrara allí, pero tomaron asiento de igual forma. Parecía que pretendían aprovechar el estado de sobriedad de Richard (aunque se estaba disipando rápidamente) para hacerle completar alguna documentación.

–Siento tener que darle la lata con esto, profesor Wilkes –dijo Rebecca, poniendo ante él un largo y complicado formulario–. Processus... –le echó una mirada intencionada a Christopher– se toma muy en serio que todos los pagos estén en regla. Tiene que rellenar tres copias de esto, me temo, dándome todos los datos de

su cuenta y esas cosas. ¿Le importaría hacerlo ahora? Mejor quitárselo de en medio cuanto antes, creo yo.

–Sí, sí –masculló Richard. Frunció el ceño y se puso a la tarea.

Mientras Richard forzaba la vista para poder leer la letra pequeña del formulario, Rebecca se acercó a la barra para pedir otra ronda: whisky para el profesor Wilkes, gintónics para ella y Roger, y nada para Christopher, que tomó nota del desaire y se dedicó a echarle un vistazo al principio de la ponencia. Esperaba leer con más calma los comentarios de entrada sobre la muerte y la renovación, pero parecía que al profesor se le habían ocurrido luego: no había rastro de ellos en el texto impreso aparte de un recordatorio escrito a mano.

El maestro de la reinvención: los temas de la renovación en las novelas de Peter Cockerill, y su importancia en el movimiento conservador

Insertar cita de Edward Thomas, etc.

Peter Cockerill nació en 1948, en Bradbourne, un pueblo del condado de Gloucester. Era hijo único de una pareja de clase trabajadora, cuyo matrimonio se había roto siendo él muy pequeño, cuando su padre, George, un mecánico del departamento técnico de la Bristol Aeroplane Company, a unos cuantos kilómetros de su hogar, abandonó a su esposa, Betty, por otra mujer y se

Así que Christopher centró su atención en el grueso de la conferencia, y empezó a asimilar la información contenida en los primeros y escasos párrafos biográficos. Había llegado hasta el comienzo de la tercera página cuando el barman se acercó a hablar con él.

–Por cierto, señor, siento mucho decirle que no hay rastro de su lápiz de memoria. ¿Está seguro de que lo dejó aquí anoche?

–No, no estoy nada seguro –contestó Christopher–. Pero no se me ocurre cómo puedo haberlo perdido de otra forma.

–Es verdad –dijo Roger–. Algo de eso he oído. Una pena.

–Justo cuando acabábamos de hablar de él... –dijo Christopher en tono sarcástico.

–¿En qué bolsillo lo tenías? –preguntó Roger–. Solo por curiosidad.

–En este –respondió Christopher–. En el interior de la pechera. –Se llevó la mano contra el exterior del bolsillo (la primera vez que lo hacía en varias horas) y notó, para su sorpresa, una forma dura y familiar. Metiendo la mano en el bolsillo, sus dedos atraparon el objeto. Lo sacó despacio, y se quedó mirándolo asombrado. Allí estaba su memoria USB por fin, sana y salva, donde siempre la llevaba–. Santo Dios –exclamó. No podía apartar los ojos de ella–. Pero esto no tiene ningún sentido...

Roger se rio despiadadamente e intercambió una sonrisa burlona con Rebecca.

–Misterio resuelto –dijo–. Si yo fuera tú, dejaría el whisky esta noche, amigo mío. Menos mal que Rebecca no te ha pedido ninguno, la verdad.

Christopher no tenía respuesta para eso. Rebuscó en su memoria frenéticamente, preguntándose cómo podía haber pasado aquello. ¿Se la habían quitado con la habilidad de un carterista, y luego habían devuelto el objeto robado con la misma habilidad? Parecía la única explicación posible. La única otra cosa que se le ocurrió..., bueno, era aquel ruido de la puerta abriéndose y cerrándose por la tarde, mientras estaba bañándose... ¿Tendría que ver con eso?

En cuanto Richard (con cierta dificultad, y tras varios intentos fallidos) rellenó las tres copias de su formulario de pago, Roger y su asistente dejaron el Addison Lounge sin molestarse en despedirse.

Ante la insistencia de Richard, y decididamente en contra de su opinión, Christopher pidió dos whiskys dobles más. Retomaron la conversación, que se volvió cada vez más ruidosa, luego más enrevesada, y al final más incoherente. Con la mano sobre el hombro de Christopher, como si fueran amigos de toda la vida, Richard se quejó de lo difícil que era ser un pensador conservador en el actual clima académico.

–Scruton tenía razón, ¿sabe? –dijo arrastrando las palabras–. Slodger Cruton. Quiero decir Roger Scruton. Decía que los académicos conservadores... éramos como los homosexuales en Proust. No nos atrevemos a dar la cara, así que tenemos que reconocernos por ciertas señales. Señales secretas. ¿Lo ha leído, por casualidad? No a Proust. A Scrodger Luton. Quiero decir a Lodger Scrotum. Un hombre brillante. Muy brillante. ¿Qué me dice de otro par de whiskys dobles, por cierto? Seguro que ahora me toca a mí pagar la ronda...

Christopher no podía jurar cuánto tiempo siguieron juntos en el bar. Se dio cuenta de que la dicción de Richard se hacía cada vez más y más errática. Y cuando sus esfuerzos por pronunciar el nombre de Kwasi Kwarteng fracasaron tras siete intentos seguidos, Christopher decidió que era momento de parar. Ayudó al erudito, a esas alturas casi inválido, a ponerse en pie y le devolvió el texto de su conferencia, que Richard se metió en el bolsillo de la chaqueta.

–Muy amable de su parte –fue la respuesta entre dientes–. Pero que muy amable. Creo que me he pasado un poco.

Con Richard agarrado a él para poder sostenerse, Christopher salió a trompicones del bar y torció a la derecha por el pasillo. Era más de la una de la mañana, y la planta baja del hotel parecía desierta. Se dirigían a la zona de recepción y a la escalera principal, pero antes de llegar Richard le tiró del brazo y lo metió en uno de los pequeños nichos que se abrían al pasillo de cada lado. Se trataba del mismo que había albergado el cuadro de *Henrietta*, el barco esclavista. Christopher se percató de que lo habían quitado, dejando un trozo rectangular de pared más limpio y blanco que su contorno. Junto al espacio donde había estado colgada la pintura había una pequeña puerta de roble. Richard abrió la puerta. Daba a una

estrecha escalera empinada que comenzó a subir inmediatamente, aunque se tropezó en el tercer peldaño y se cayó.

–¿Está bien? –le preguntó Christopher, ayudándole a ponerse en pie.

–Sí, sí, perfectamente –dijo Richard.

–¿Sabe a dónde va?

–Estoy cogiendo un atajo –respondió Richard–. Esta casa está llena de pequeñas sorpresas.

E, increíblemente, resultó que tenía razón: tras unos cuantos vericuetos, la escalera les llevó hasta la primera planta, entre las habitaciones de Richard (la número 7) y la de Roger Wagstaff (la 8/1). Cuando Richard sacó la llave y trató de abrir la puerta de su habitación, Christopher se dio cuenta de lo borracho que estaba. Ni siquiera podía meterla en la cerradura, por no hablar de girarla, y se le cayó tres veces al suelo en el intento. Al final, Christopher se la quitó de la mano y abrió él mismo la puerta. Cuando ya estaba abierta, Richard se quedó en el umbral unos segundos, balanceándose de lado a lado, por lo visto sin saber si entrar o no. Christopher colocó una mano en el hueco de su espalda y le pegó un ligero empujón. Richard dio tres pasos tambaleándose y luego se detuvo otra vez. Christopher suspiró. Iba a ser una situación bastante incómoda.

Richard se acostó por fin. No había conseguido lavarse la cara ni los dientes. El olor a whisky de su aliento era apabullante. Con la ayuda de Christopher, se había quitado parte de la ropa: los pantalones y la chaqueta por lo menos. Ya estaba en una especie de duermevela. Murmuraba cosas entrecortadamente para sí mismo (o tal vez para Christopher), aunque la mayoría de las palabras no podían distinguirse.

–¿Por qué no se sienta? Siéntese junto a la chimenea.

Sin saber muy bien por qué le decía que hiciera eso, Christopher se acomodó con cuidado en el sillón junto al hogar.

–No se vaya aún... Sea bueno y hágame un poco de compañía... No me encuentro demasiado... Estoy un poco... Seguramente me he pasado bebiendo... Pero no se vaya todavía.

Así que Christopher se quedó en la habitación otros cinco minutos

más o menos. En ese tiempo, ocurrió algo raro. Los murmullos de borracho de Richard se fueron apagando. Y en cambio Christopher oyó otro ruido proveniente de la zona de la cama. Al principio no estaba seguro de lo que era ni de lo que significaba. Cuando se dio cuenta (o más bien, cuando la sospecha de que comprendía lo que estaba sucediendo empezó a apoderarse de él), se quedó paralizado al principio por el asombro y la indecisión. Pero eso no duró mucho. Enseguida supo exactamente lo que tenía que hacer. Sacó el móvil, abrió la app de las notas de voz y le dio a grabar.

La última persona en ver a Christopher con vida fue Rebecca Wood. Desde su estratégica posición en la biblioteca, y sobre las diez menos cuarto de la mañana del viernes, lo vio salir a grandes pasos hacia el jardín de la cocina donde Richard Wilkes estaba agachado, examinando las lechugas iceberg. El jardín quedaba a cierta distancia, pero Rebecca reconoció al profesor Wilkes por su característico jersey rojo chillón. Los dos hombres, comentó, tuvieron una conversación «muy animada» que duró un par de minutos, y luego vio cómo Christopher regresaba solo al hotel. Poco después, el profesor entró en la biblioteca. A Rebecca le pidieron que describiera su actitud en aquel momento, y tras pensárselo un poco respondió que se le venía a la cabeza una frase hecha.

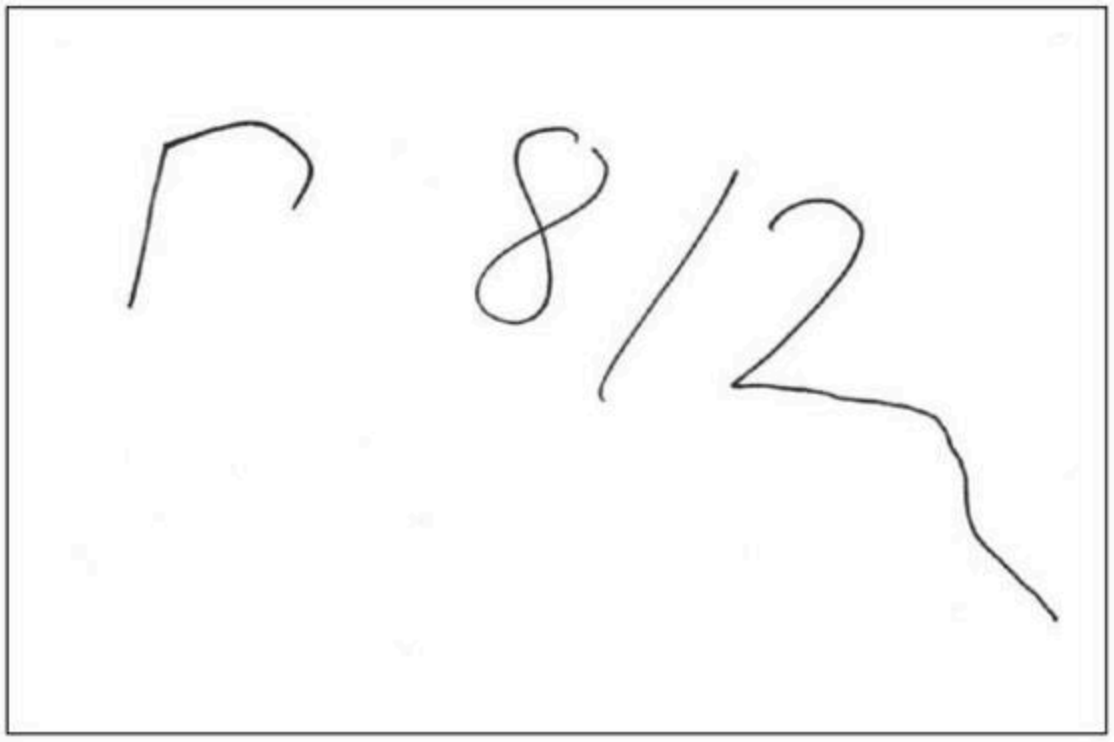
–¿Y cuál sería esa frase hecha? –le preguntaron.

A lo que Rebecca contestó:

–Pues sería: «Si las miradas mataran...».

6

El cuerpo de Christopher Swann fue descubierto en la habitación número 9, en la primera planta de Wetherby Hall, a las once y diecisiete de la mañana del viernes, por una doncella que vio un poco de sangre saliendo por debajo de la puerta. En un ataque furibundo, lo habían apuñalado once veces con un cuchillo *yanagiba*, instrumento de hoja larga y fina que habían cogido de la colección de utensilios japoneses de cocina de la planta baja. La puerta de su habitación estaba cerrada con llave por dentro, y todas las ventanas estaban también cerradas con pestillo desde el interior. En principio, resultaba inexplicable cómo había entrado o salido el asesino. A pesar de la violencia del ataque, sin embargo, existían ciertos indicios de que Christopher había permanecido con vida unos minutos, porque se las había arreglado de alguna forma para arrastrarse hasta el escritorio, coger su pluma, y garabatear el siguiente mensaje en papel de carta:



Y así, por segunda vez durante aquella semana funesta, se suspendieron los actos del congreso de la TrueCon. Un apasionante debate titulado «¿Por qué el Libre Mercado y la Soberanía van de la mano?» tuvo que ser interrumpido, se invitó a los asistentes a regresar a sus habitaciones, se cerró el auditorio de los establos, y se le dijo a todo el mundo que no podría abandonar Wetherby Hall hasta que hubiera llegado la policía y dado instrucciones.

La inspectora Prudence Freeborne, que tenía sesenta y cuatro años y trescientos sesenta y tres días la mañana en que Christopher fue asesinado, iba camino de su propia fiesta de jubilación cuando llegaron noticias del crimen. Sus amigos y colegas, que ya estaban esperándola en la sala de recepción del cuartel general de la policía del condado de Oxford, armados de canapés y rebosantes copas de champán, se vieron obligados a celebrar el acontecimiento sin la presencia de su huésped de honor. Porque, en vez de reunirse con

ellos, la inspectora detective Freeborne salió corriendo hacia el aparcamiento. Era una mujer sorprendentemente ágil para su edad y su constitución: a pesar de su figura baja y corpulenta, debida a toda una vida disfrutando de la buena comida y los mejores vinos, se movía con una gracia y una alegría que impresionaba a todo el mundo que la conocía. Esas cualidades, combinadas con su tendencia a vestirse de negro y su mata de pelo blanco espeso y brillante, le daban como un aura de abogado excéntrico de una novela de Dickens. Esperándola en el aparcamiento, se encontraba su leal asistente, el sargento detective Jakes. Juntos se metieron a toda prisa en el viejo Lamborghini negro de ella, que condujo a una considerable velocidad en dirección a Wetherby Pond, mientras el sargento Jakes le aportaba los detalles del caso que había podido recoger hasta el momento.

–Ha habido bastante controversia sobre el congreso –le explicó–. Unos cuantos artículos en la prensa. Estamos hablando del ala más cercana a la extrema derecha del Partido Conservador, en este caso. Y de un montón de gente que aún es más extremista que ellos.

–Todos muy inofensivos, seguro –dijo la inspectora Freeborne y aspiró fuerte por la nariz–. Pero tampoco vamos a llamarlos fascistas solo porque discrepen de nosotros sobre ciertas cosas...

–La víctima del asesinato –continuó el sargento Jakes, ignorando el reproche– ya había posteado en su blog algunos comentarios críticos sobre el congreso.

–Entiendo. Así que tendría muchos enemigos allí dentro. Enemigos políticos

–Exacto.

–¿Y cuánta gente ha asistido a ese congreso?

–Pues... –el sargento Jakes consultó sus notas– se han inscrito doscientas diecisiete personas.

La inspectora Freeborne soltó una risita irónica mientras cogía una curva cerrada de la carretera comarcal.

–Qué guay –dijo–. Una víctima y doscientos diecisiete sospechosos.

En realidad, el caso resultó (por lo menos, a primera vista) bastante menos complicado que eso.

La doctora Schumacher, la patóloga forense, ya se había presentado allí y estaba desempeñando eficazmente su trabajo. Fijó la hora de la muerte entre las diez y las diez y media. Mientras tanto, un agente de policía llamó la atención de la inspectora Freeborne sobre la nota del escritorio que Christopher había garabateado segundos antes de morir. La examinó rápidamente y luego, volviéndose hacia el sargento Jakes, dijo:

–Averigua quién estaba en la habitación ocho/dos, por favor. Es la de al lado. Y sea quien sea, no le dejes ir a ninguna parte. Y encuentra también al propietario de este sitio, lord Wetherby, y mándale venir aquí.

Mientras su colega se iba a hacer ese recado, la inspectora Freeborne llevó a cabo una breve inspección de la estancia. Se fijó en la posición del cuerpo y en la colocación de los muebles, y comprobó los pestillos de las ventanas y las puertas, que estaban todos echados; ninguno de ellos, era evidente, había sido manipulado o forzado hacía poco. En menos de cinco minutos, el responsable sargento Jakes había regresado con información importante sobre el ocupante de la habitación 8/2. Le tendió a su superior una nota con un nombre escrito en ella. Ella le echó un vistazo, asintió con la cabeza, y guardó la nota doblada en su agenda de bolsillo.

–Su Excelencia estará aquí en un momento –le aseguró el sargento Jakes.

–Bien.

Hizo un aparte con el sargento y le informó en voz baja.

–Nos encontramos ante lo que los teóricos de la literatura criminal llaman el «misterio de la habitación cerrada», Bernard. No hay vías de entrada ni de salida a simple vista; aun así se ha cometido un asesinato, y el asesino tiene que haber entrado y salido de alguna manera.

Lord Wetherby entró en la habitación. Vio inmediatamente el espantoso cadáver que yacía despatarrado y retorcido sobre la alfombra manchada de sangre, y se quedó blanco como la cera. La inspectora Freeborne lo saludó con la cabeza antes de retomar su conversación en susurros con el sargento.

–Un escritor mediocre de esa clase de relatos –dijo– se sacaría de la manga algún artificio poco probable como un pasadizo secreto. Evidentemente, nosotros debemos plantearnos el problema sin recurrir a fantasías de ese tipo.

–Claro.

La inspectora Freeborne se volvió hacia el conde, a quien el agente de policía le había dado un vaso de agua, y ahora tenía mejor aspecto.

–Excelencia –dijo–, como propietario del hotel debe de estar familiarizado con su diseño. Parece que nuestro asesino no entró en esta habitación ni por la puerta ni por las ventanas. ¿Se le ocurre alguna explicación?

Lord Wetherby hinchó los carrillos.

–Bueno, supongo –respondió– que deben de haber usado el pasaje secreto.

La inspectora Freeborne y el sargento Jakes se miraron mutuamente.

–Entiendo –dijo la primera–. ¿Nos lo podría explicar mejor?

Lord Wetherby los condujo hasta el ropero de la esquina de la habitación.

–Solía ser un pasaje para que lo usaran los criados cuando subían comida desde las cocinas –explicó–. Arranca en mi despacho del piso de abajo (que en tiempos era la despensa del mayordomo) y viene a salir aquí. –Alargando la mano hasta el fondo del armario (un espacio en el que cabían los tres perfectamente), encontró una ranura en el panel de madera, empujó, y entonces se abrió una puerta liviana que giró suavemente sobre sus goznes hacia el oscuro corredor. Dándole a un interruptor, lord Wetherby encendió una bombilla solitaria que alumbraba lo suficiente como para dejar entrever el pasadizo entero. A la izquierda remataba en una estrecha escalera que llevaba hasta abajo; a la derecha, había dos puertas más, una a cada lado.

–¿Adónde dan esas puertas? –preguntó la inspectora Freeborne, picada por la curiosidad.

–Esa da al cuarto de estar que comparten las habitaciones

ocho/uno y ocho/dos. Y la otra a la habitación número siete, por el hogar de la chimenea.

La inspectora Freeborne estaba examinando las losas en busca de huellas de pisadas, pero aparentemente no había ninguna.

–Supongo que esto hace su trabajo mucho más fácil –dijo el conde.

–¿Por qué? –preguntó ella, preocupada todavía.

–Bueno, eso lo reduce todo a tres sospechosos. Solo tres personas tenían acceso a este pasaje desde sus habitaciones.

La inspectora Freeborne se incorporó y le echó una mirada penetrante.

–¿Tres, lord Wetherby? Creía que me había dicho que el pasadizo arrancaba desde su despacho de la planta baja, que antiguamente era la despensa del mayordomo.

–Emmm... –De repente el conde pareció confuso y se puso a resoplar como loco–. Bueno, sí, tiene usted razón...

–De hecho –dijo la inspectora–, creo que sería buena idea que nos llevase ahora mismo hasta allí.

Los tres bajaron en fila por la estrecha escalera, al pie de la cual había una puerta a la izquierda. Tras abrirla, lord Wetherby estaba a punto de hacer pasar a la inspectora Freeborne a su despacho, pero ella lo detuvo.

–Este no parece el final del pasadizo –dijo. De hecho, continuaba un poco y luego doblaba y desaparecía de la vista.

–No –dijo lord Wetherby–. Tiene como cien metros más. Al final hay una puertecita por la que se sale justo al lado del lago.

–Algo que habrá que investigar más a fondo –dijo la inspectora Freeborne, medio para sí misma, y siguió al conde a su despacho, con el sargento Jakes detrás. Tomó nota de todos los detalles del cuarto, que estaba escasamente amueblado, con el escritorio prácticamente vacío, de no ser por un portátil, los estantes llenos de ficheros de cartón, y tres archivadores grises alineados contra la pared–. Creo que este va a ser un buen sitio para lo que pretendo hacer esta tarde. Tendré que hablar con todos los principales sospechosos, incluido usted. Y para empezar, me gustaría tener unas palabras con su chef.

–¿Mi chef? –repitió lord Wetherby como un eco–. Pues creo que va a perder el tiempo. Lleva toda la mañana ocupado, y no le habría dado tiempo a meterse en la habitación número nueve.

–Puede ser –dijo la inspectora Freeborne–. Pero debo hablar con él de la comida. Al entrar me he fijado en que había faisán en el menú, y el sargento Jakes le contará que soy muy escrupulosa con cómo hay que cocinarlo.

La inspectora Freeborne y el sargento Jakes comieron en un reservado situado junto al Addison Lounge. El faisán estaba bueno, y llegó acompañado de una botella de un borgoña excelente que la inspectora se bebió entera.

–No sé por qué me preocupa beber –dijo– mientras estoy trabajando el día que me jubilo. De todas maneras –hablaba mientras se llenaba una y otra vez la boca del pan que estaba usando para limpiar la salsa del plato–. No creo que vaya a ser un caso muy complicado. Todo apunta a una persona en concreto. Por ejemplo, la nota que la víctima consiguió escribir poco antes de morir. ¿Qué sacas en conclusión?

–No estoy seguro –dijo el sargento Jakes–. ¿Qué será el primer símbolo? ¿El inicio de una letra? Una P o una I, me imagino... O quizás una D o una R.

–Yo creo que una R.

–¿Pero por qué no terminó de escribirla?

–Bueno –dijo Prudence Freeborne, toqueteándose los labios con la servilleta–. Pongamos que hay cuatro sospechosos, las personas que tenían acceso al pasadizo que llevaba hasta la habitación de la víctima. Es decir, los ocupantes de la habitación siete, de las habitaciones ocho/uno y ocho/dos. Aparte del propio lord Wetherby, claro. Y ahora imagínate, si puedes, que te ha apuñalado una de esas personas, que ha dejado la habitación, y a ti aún te quedan unos segundos de vida. Los justos para arrastrarte hasta el

escritorio, coger un bolígrafo, y garabatear algo. No tienes tiempo ni fuerzas para escribir el nombre del asesino, conque ¿qué escribes?

–Sus iniciales, tal vez.

–¡Exactamente! Y aquí nos topamos con una de las peculiaridades de este caso. ¿Qué tienen en común nuestros cuatro sospechosos? Las habitaciones ocho/uno y ocho/dos, y la salita de estar entre ellas, la comparten Roger Wagstaff y Rebecca Wood. Un apaño bastante íntimo, debo decir, para dos colegas de profesión. La habitación siete la ocupa un tal Richard Wilkes, un viejo académico que se vino ayer en avión desde Venecia hasta aquí, para dar una conferencia que se interrumpió a los cuatro minutos debido a la muerte de la Reina. Y en la planta de abajo, en su despacho, tenemos al dueño del hotel, Randolph Wetherby. Cuatro sospechosos. Y todos, desgraciadamente para la víctima, con las mismas iniciales.

–¡Ah! Es verdad. Así que consigue escribir apenas la R, se da cuenta de que no va a servirle a nadie para identificar al asesino, y tiene que pensar rápidamente en otra pista.

–Exacto. Una pista que apunta (con bastante claridad, a mi entender) a una sospechosa en concreto. Rebecca Wood.

El sargento Jakes se quedó pensándolo.

–¿Pero lo suficiente para que la declare culpable un jurado?

–Bueno, hay otra cosa en su contra. La científica ha sido muy eficiente esta mañana. El tirador de la puerta del pasadizo que da a la habitación de la víctima ya ha sido tratado especialmente para buscar huellas dactilares. También se han tomado las de los principales sospechosos. Y hay una coincidencia clara.

–¿Rebecca?

La inspectora Freeborne asintió con la cabeza.

–Mmm. Eso es una prueba condenatoria –dijo el sargento Jakes. Aunque, tras pensárselo un momento, añadió–: O al menos debería serlo, si hubiera huellas en el mango del cuchillo. Pero, por lo que yo sé, no las había. ¿Por qué ibas a tener cuidado de no dejar huellas en el arma del crimen, para luego dejarlas en la manija de la puerta?

–Uno no tiene por qué pensarse las cosas tan bien cuando está cometiendo un asesinato...

–Cierto.

Durante el postre (tarta de plátano y tofe con salsa de chocolate al caramelo salado), el sargento Jakes esbozó los otros detalles importantes que había descubierto hasta el momento. Se daba el hecho curioso, por ejemplo, de que a Christopher Swann lo habían trasladado, sin consultarlo, de su habitación en el anexo a otra más grande y más cara en el edificio principal. Además, parecía que su móvil había desaparecido de la escena del crimen. También estaba la interesante historia (que le había contado el personal del Addison Lounge) del pendrive perdido, y su repentina e inexplicable reaparición. Y el sargento Jakes había hablado asimismo con el viejo Bob Hopkins, el pescador que venía a sentarse todos los días, hiciera el tiempo que hiciese, junto al lago artificial, y se lo había encontrado en un estado de gran excitación: porque ese día, por primera vez en «cerca de cinco años», tampoco había conseguido *pescar* nada, pero *oyó* cómo un pez saltaba en el agua a unos cuantos metros. Algo que muy bien podría ser irrelevante, pero que desde luego no era nada habitual, dado que era ampliamente sabido que no había un solo pez en el lago. ¿Lo único que pasaba era que el viejo estaba perdiendo la cabeza?

–Sospecho que hay una buena explicación para eso –dijo Prudence–. Vamos a comprobarlo.

Se terminó despacio su copa de coñac, ya rematada la comida, y el sargento y ella regresaron al despacho de lord Wetherby, que el conde les había cedido un poco a regañadientes para que realizaran allí los interrogatorios. Empezaron por abrir la puerta del pasadizo secreto, y luego, en vez de torcer a la derecha, lo que los habría llevado hasta el piso de arriba, lo hicieron a la izquierda. Eso los condujo a un pasillo que aún se volvió más estrecho y más oscuro, sobre todo en cuanto doblaron una acusada esquina a la derecha. Casi completamente encorvados, y a la luz de las linternas de sus móviles, fueron tropezando unos doscientos metros o más, mientras las telarañas les rozaban el pelo y las arañas salían corriendo a sus pies. Los ladrillos negros de las paredes a los dos lados comenzaban a relucir de humedad. Al final, una pequeña puerta de madera, formada por cuatro tablones muy antiguos que casi se habían

podrido, era lo único que se interponía entre ellos y el mundo exterior. Se vislumbraba la luz del día por los bordes carcomidos. Prudence la empujó hacia fuera y vio que se abría con bastante facilidad, casi como si alguien hubiese hecho lo mismo hacía poco. El pasadizo les había llevado hasta la mismísima orilla del lago artificial, y los dos o tres metros de hierba alta que quedaban entre el umbral y el agua estaban visiblemente pisoteados. Se volvió hacia el sargento Jakes y dijo:

–Bueno, no creo que ningún pez haya estado pegando saltos por aquí esta mañana, ¿no? Pero me parece que, si un buzo se pusiese a buscar en el fondo del lago, seguramente se encontraría con el teléfono móvil de la víctima. O por lo menos tengo ese presentimiento. Y ahora creo que es el momento de tener una conversación como es debido con nuestra primera sospechosa.

7

INTERROGATORIO NÚMERO UNO: REBECCA WOOD

Para llevar a cabo su primer interrogatorio formal esa tarde, la inspectora Freeborne y el sargento Jakes siguieron el procedimiento habitual. Ella se sentó tras el escritorio (el de lord Wetherby en este caso), y la persona a la que debía interrogar, enfrente de ella. Mientras tanto, en el extremo más lejano de la mesa, se colocó el sargento Jakes con su portátil abierto, para escuchar atentamente, intervenir de vez en cuando, y hacer a veces búsquedas silenciosas online, inducidas por la dirección que iba tomando el interrogatorio.

Prudence empezó con una pregunta rutinaria.

–Señorita Wood, me podría decir, por favor, si conocía a Christopher Swann antes de que viniera aquí para asistir al congreso esta semana.

–Lo conocía un poco, sí –respondió ella.

–¿Por algún motivo en concreto?

–Estudiamos juntos en Cambridge, a principios de los años ochenta.

–¿Y en esa época se trataban mucho?

–No.

–¿Y luego siguieron en contacto?

–No.

–Entonces ¿esta era la primera vez que lo veía desde que estuvieron juntos en Cambridge?

–Sí.

–¿Se caían bien por aquel entonces?

–No tengo ni la menor idea de si yo le caía bien o no. A nivel personal, a mí él me resultaba completamente indiferente.

–¿A nivel personal?

–Sí.

–¿Porque había otro nivel?

–A la vuelta de los años, Christopher se convirtió en un crítico acérrimo de nuestro movimiento. Si quiere que le diga la verdad, sus ideas políticas me parecían espantosas.

Prudence sonrió con los labios apretados y dijo:

–Bueno, ya que lo ha sacado a colación, hablemos un poco de su «movimiento», como usted lo llama. ¿Hace cuánto tiempo que trabaja para el Grupo Processus?

–Veintiséis años y tres meses –respondió Rebecca sin dudarlo.

–O sea desde su fundación –intervino el sargento Jakes.

Rebecca le echó una mirada, como si no se hubiera dado cuenta de su presencia hasta ese momento.

–Sí.

–¿Y desde cuándo conoce a Roger Wagstaff? –preguntó Prudence.

–Hará unos cuarenta años.

–También se conocieron en Cambridge, si no me equivoco.

–No se equivoca nada.

–Y durante ese tiempo, ¿su relación ha sido meramente profesional o también personal?

Rebecca se puso colorada como un tomate.

–No tengo ni idea de lo que quiere decir, ni de la relevancia que pueda tener eso.

–La relevancia está clara. Parece que por su cercanía con el señor Wagstaff la pusieron en una de las pocas habitaciones con acceso al pasadizo que llevaba hasta la habitación de la víctima.

–No sé de qué me habla –dijo Rebecca Wood, muy tensa–. Aunque es verdad que Roger y yo somos amigos, y también compañeros de trabajo.

–¿Se hicieron amigos en Cambridge?

–Yo diría que sí.

–¿Y él?

–Estoy segura de que se lo preguntará usted misma a su debido tiempo.

–¿Nunca fueron amantes?

–Jamás –dijo Rebecca, y si en esa afirmación había algún trasfondo de tristeza lo disimuló muy bien.

–¿Quién les reservó las habitaciones en este hotel?

–Las reservé yo.

–¿Y por qué reservó esas precisamente? Dos habitaciones contiguas con una salita en común.

–Me pareció la mejor solución, dado que pensábamos trabajar mucho juntos.

–¿Y Roger no le puso ninguna pega?

–No.

–¿Y su mujer sabía lo de las habitaciones pegadas?

–No tengo ni idea. Roger y yo nunca hablamos de sus cuestiones familiares.

–Ya. Otra cosa, señorita Wood, estoy segura de que recuerda que, colgado en la salita que conecta la habitación ocho/uno con la ocho/dos, hay un retrato de cuerpo entero y a tamaño natural de Percival, el sexto conde de Wetherby. ¿Sabe usted lo que hay detrás de ese retrato?

–¿Detrás?

–Sí. Se abre hacia adelante, sobre unos goznes.

–Me sorprende usted. No suelo quitar los cuadros de las paredes de las habitaciones de hotel.

–Tiene razón, sería una afición bastante rara. De todas formas, si se le ocurriese hacerlo, descubriría una puerta que da al pasadizo.

–Entiendo. Un pasillo para el servicio, supongo. Nada particular en casas de esta antigüedad.

–Así es. Sin embargo, aquí lo interesante es que gracias a este pasadizo el asesino pudo entrar fácilmente en la habitación de la víctima.

–Qué bien le vino al asesino entonces...

–O a la asesina.

Rebecca suspiró impaciente.

–Ya veo dónde nos está llevando esta línea de investigación, pero

le puedo asegurar que, hasta que lo ha mencionado usted ahora, yo no tenía constancia de la existencia de ese pasadizo.

Prudence chasqueó la lengua, y fulminó a Rebecca con una mirada inquisitiva.

–Debo advertirle que sería muy mala idea, en la situación en la que usted se encuentra actualmente, no decir la verdad.

–No hace falta que me lo aclare, es evidente.

–No estoy tan segura. –Y tras hacer una pausa lo suficientemente grave, Prudence le explicó–: Nuestra policía científica ha encontrado una serie de huellas dactilares en la puerta que daba a la habitación del señor Swann desde el pasadizo. Y eran suyas.

Siguió un largo silencio. A Rebecca la habían alterado claramente aquellas palabras. Se puso colorada, se mordió el labio, y durante un rato pareció debatir consigo misma cómo proceder a partir de ese momento. Al final, visiblemente irritada, se encogió de hombros y dijo:

–Está bien. Lo admito. Usé el pasadizo, y también la puerta. Dos veces. Pero no esta mañana. Y desde luego sin ninguna intención violenta.

–Me tranquiliza usted... –dijo Prudence–. Por favor, explíquese.

Rebecca cogió aire.

–El señor Swann había obtenido, por lo visto, cierta... información sensible relacionada con el Grupo Processus.

–¿Sensible?

–Muchas de las cosas que hacen (muchas de las cosas que *hacemos*, diría yo) tienen que ser formuladas con mucho cuidado antes de exponerlas en público.

–¿Cómo privatizar la Sanidad Pública, por ejemplo? –sugirió el sargento Jakes.

Rebecca se volvió hacia él y dijo:

–El Grupo Processus es una asociación de interés público, y Roger Wagstaff es un filántropo y un patriota. Pero el pueblo inglés, desgraciadamente, está ligado a ciertas instituciones con un fuerte vínculo sentimental, y no siempre entiende lo que le beneficiaría.

–Está claro que no –dijo el sargento–. Y por cierto, ¿no es una auténtica suerte que esas mismas cosas que ustedes creen que le

beneficiarían suelan acabar siendo, además, enormemente rentables para alguien?

–Gracias, Bernard –dijo Prudence, levantando la mano–. No estamos aquí para discutir de política, sino para averiguar por qué utilizó la señorita Wood el pasadizo secreto. Por favor –añadió, volviéndose hacia su interrogada–, limítese a eso, si puede.

–De un modo u otro..., a través de su... *infame* red de contactos, Christopher había conseguido un informe elaborado por nosotros. O eso decía él.

–¿Tenía algún título ese documento?

–Dentro de nuestra organización sí, se le conocía como el «Informe del 2 de agosto», conforme al día en que se completó. Y una noche de esta semana (el miércoles por la noche, creo que fue) Christopher les impuso su presencia (no hay otra forma de decirlo) a Roger y a sir Emeric en el bar, y alardeó abiertamente ante ellos de que había conseguido una copia del informe y lo iba a publicar en ese ridículo blog suyo. Dadas las circunstancias, a Roger le pareció legítimo (y debo decir que a mí también) dar los pasos necesarios para saber si decía la verdad o no.

–¿Y esos pasos consistían en...?

–Bueno, en ese momento no tenía ni idea de que había un pasadizo que conectaba la habitación de Christopher con la nuestra (quiero decir con la mía), con la salita que compartía con el señor Wagstaff. Sin embargo, por lo visto él sí.

–¿Él?

–Roger. Supongo que lord Wetherby le había enseñado todo el edificio por dentro en algún momento. Así que me pidió, o más bien me sugirió... Lo que quiero decir es que *estuve de acuerdo* en... acceder a la habitación de Christopher esa noche, quitarle el pendrive que sabía que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y examinar su contenido.

–Así que en la madrugada del jueves le robó la memoria USB al señor Swann, ¿no?

–No, no se la robé. La volví a meter en su bolsillo esa misma tarde.

–¿Usando el pasadizo las dos veces?

–Sí.

–¿Y el señor Swann no la vio ninguna de las dos?

–La primera vez estaba dormido. La segunda, en el baño. Así que me imagino...

–¿Qué se imagina?

–Solo tuve que entrar en su ropero. No llegué a entrar en la habitación. –Se quedó mirando tanto a Prudence como al sargento, pero no encontró mucha comprensión por su parte–. Sé que puede parecer que cometí un error... –añadió.

El sargento Jakes pegó un bufido que dio a entender que estaba completamente de acuerdo.

–Se me ocurre –dijo– que su lealtad al Grupo Processus en general, y a Roger Wagstaff en particular, es realmente notable. Pocas personas cometerían un acto tan... *infame* por contentar a su jefe.

Rebecca no contestó.

–Supongo que le sonará bastante el nombre de... –miró la pantalla de su portátil– Paul Daintry.

Ella reaccionó al principio con un sobresalto ante aquella pregunta, y luego con impaciencia, un poco harta ya.

–¿En serio, sargento? ¿No tiene nada mejor que hacer que sacar a relucir ese trozo de historia antigua?

–Pues, de todas formas, no es un nombre que yo *haya* oído nunca. Ilumíneme, Bernard.

–Cómo no... Y estoy seguro de que la señorita Wood me corregirá si en algo me equivoco.

Rebecca no dijo nada.

–Pues parece que hace algún tiempo, a principios de los noventa, antes de dedicarse de lleno a la política, el señor Wagstaff trabajaba en la City de Londres. De hecho, tenía su propio fondo de inversión. Wagstaff y Henley, se llamaba. La señorita Wood era su secretaria, ¿no es cierto?

–En absoluto. Era la administradora del despacho.

–Ah. Discúlpeme. En 1994 contrataron a un joven becario que respondía al nombre de Paul Daintry. Un tipo brillante en todos los sentidos, recién salido de Oxford. Ya sabía un montón de aquel

negocio y no le gustó mucho lo que vio cuando empezó a trabajar allí. De hecho, denunció al señor Wagstaff al Defensor Financiero por empleo de información privilegiada. Una acusación muy grave, excuso decir.

–Y totalmente inventada –dijo Rebecca.

–El caso –continuó el sargento Jakes, ignorando la interrupción– habría llegado a los tribunales, pero dependía del testimonio del señor Daintry; y, por desgracia, tuvo un accidente. Ya había encontrado empleo en otra compañía, y una noche que salía de sus oficinas, en la cuarta planta de un bloque de Gresham Street, se cayó por las escaleras. Murió en el acto, el pobre. Se partió el cuello.

–¿Y qué importancia tiene todo esto, Bernard?

Rebecca se removió en su asiento.

–Ahora lo sabrá –dijo, con tono de resignación.

–Probablemente no tenga una relación directa –respondió él–. Pero en nuestros archivos se conserva la declaración de un testigo en la que afirmaba que vio abandonar la escena del accidente a una persona que se corresponde con la descripción de la señorita Wood.

–¿Y? –dijo Rebecca–. No lo deje ahí. Cuéntele a su superior qué pasó después.

El sargento Jakes tragó saliva.

–Pues se realizó una rueda de reconocimiento en la que...

–Venga, siga... –insistió Rebecca.

–En la que el testigo no consiguió identificar a la señorita Wood.

–Exactamente –dijo Rebecca con una nota de triunfo–. De hecho, la persona a la que escogió de la rueda ni siquiera era una mujer. No sabía ni de qué hablaba. Y eso sucedió hace veintiocho años, por el amor de Dios... *Veintiocho años*. Y no se encontró la más mínima prueba que nos vinculase a mí o a Roger con el accidente de aquel pobre chaval. Así que sacarlo ahora a colación no solo es irrelevante, sino sumamente irrespetuoso. Inspectora, ¿tiene alguna pregunta más útil que hacerme? Me gustaría irme si no.

–Solo un par de cosas más, señorita Wood –dijo Prudence–. ¿Dónde se encontraba usted entre las diez y las diez y media de esta mañana?

–Estaba en la biblioteca, trabajando.

–¿Algún testigo?

–Sí. Una chica fue a llevarme una taza de café. Y también estaba allí el profesor Wilkes.

–¡Ah! ¿Y usted también vio al profesor Wilkes durante esa media hora?

–Sí. Para empezar lo vi fuera, con Christopher Swann. Estaban en el jardín de la cocina. Eso debió de ser sobre las diez menos cuarto.

–¿Estaba hablando con el señor Swann?

–Sí, tenían... una conversación muy animada, diría yo.

–Pero espere un momento –dijo la inspectora Freeborne–. El jardín de la cocina se encuentra a más de cien metros de la ventana de la biblioteca. ¿Está usted segura de que era Wilkes el que hablaba con Swann?

–Totalmente –contestó Rebecca.

–¿Por qué?

–Por su jersey rojo chillón –dijo Rebecca–. Nadie llevaba nada de ese color, ni parecido siquiera.

–De acuerdo –dijo la inspectora Freeborne–. Continúe. ¿Y qué pasó luego?

–Que se separaron –dijo Rebecca–. Christopher regresó hacia el hotel, y supongo que entraría por la puerta trasera. Wilkes se quedó todavía un rato en el jardín de la cocina. Luego también volvió corriendo al hotel por el mismo camino. Estaba buscando a Christopher.

–¿Cómo lo sabe?

–Porque poco después entró en la biblioteca y me preguntó si sabía dónde andaba Christopher.

–¿Y cómo describiría su actitud en ese momento?

Rebecca frunció los labios.

–Se me ocurre una frase hecha –respondió.

La inspectora Freeborne esperó un poco y luego le preguntó:

–¿Qué frase?

–Pues sería la frase: «Si las miradas mataran...».

La inspectora Freeborne y el sargento Jakes intercambiaron una mirada rápida. Parecía que Rebecca había elegido la frase con cierto cuidado, por no decir cálculo.

–Está bien –dijo Prudence–. Una cosa más. Momentos antes de morir, Christopher Swann dejó una nota. Por lo visto intentaba dar una pista sobre la identidad de su asesino. ¿Sabe lo que escribió?

–Dígamelo usted.

–Escribió los números ocho/dos. –Como Rebecca no se dignó responder, Prudence añadió, para dejarlo todavía más claro–: Ese es el número de su habitación en este hotel.

–Lo sé perfectamente.

–En otras palabras: la pista parece apuntar en su dirección.

Se produjo una larga pausa. Aparentemente a Rebecca no le afectaba aquel giro de los acontecimientos.

–¿Qué conclusión sacaría usted? –le preguntó Prudence.

–Solo puedo contestarle –dijo Rebecca– basándome en lo que sé de la personalidad de Christopher Swann. Y mi conclusión es que su maldad ha sobrevivido incluso a la tumba.

FIN DEL INTERROGATORIO

8

INTERROGATORIO NÚMERO DOS:
RANDOLPH, 11.º CONDE DE WETHERBY

–No lo retendremos mucho tiempo, Excelencia –dijo la inspectora Freeborne.

–Me alegro de oírlo.

–Y también queremos agradecerle que nos haya dejado usar su despacho.

–No hay de qué. Siempre es un placer, aparte de un deber, ayudar a las fuerzas del orden.

–¿Puedo preguntarle, antes que nada, dónde se encontraba usted entre las diez y las diez y media de esta mañana?

–La mayor parte del tiempo aquí. A veces, en recepción. No le van a faltar personas que puedan corroborar mis movimientos.

–¿Estuvo usted completamente solo en este despacho?

–Sí, pero nunca más de unos cinco minutos seguidos.

–Un minuto para subir hasta la habitación número nueve –dijo el sargento Jakes, como pensando en voz alta–. Otro para cometer el crimen. Dos minutos para llegar al lago. Y uno más para volver aquí. Sí, podría hacerse.

–Dejando a un lado su insultante deducción –dijo lord Wetherby–, ¿qué es eso del asesino yendo hasta el lago?

–Pensamos que ha podido ir allí –respondió Prudence–. Dígame, ¿se usa mucho la puerta del pasadizo que da al mundo exterior?

–Lleva años sin usarse.

–Pues la han usado esta mañana. Además, el viejo Bob Hopkins

ha dicho que hoy ha oído saltar a un pez en el lago.

–No hay peces en ese lago.

–Eso creía. Entonces ¿qué puede haber oído?

–Suena a que alguien ha tirado algo al agua.

–Lo mismo pienso yo. Pero, antes de que lleguemos a eso, una de sus recepcionistas me ha contado hoy una cosa curiosa. Me ha dicho que Christopher Swann se había alojado al principio en el anexo del hotel, pero que usted lo trasladó al edificio principal el miércoles por la mañana, sin consultarle. ¿Qué hay de verdad en eso?

El undécimo conde se encogió de hombros.

–Evidentemente, debió de haber un malentendido. A mi entender fue él quien pidió que lo trasladaran.

–Sea cual sea la explicación, desde luego le facilitó bastante las cosas al asesino, que de esa forma pudo tener acceso a la habitación de la víctima por una vía oculta.

–Si alguien tiene intención de cometer un asesinato, inspectora, seguro que encuentra los medios para hacerlo de un modo u otro, ya pueda usar un pasadizo o no.

La inspectora Freeborne intentó una aproximación distinta.

–¿Conocía usted a Roger Wagstaffdesde antes de esta semana?

–Nos habíamos escrito unas cuantas veces, y tropezado en alguna fiesta, ese tipo de cosas.

–¿Eran amigos?

–En realidad no.

–¿Tenían las mismas ideas políticas?

–Me gusta lo que defiende y cómo lucha por ello.

–¿Y qué es lo que defiende según usted?

–Difícil resumirlo en pocas palabras. La libertad individual, quizá. La soberanía personal.

–¿Cree que la libertad es algo por lo que hay que luchar? ¿En el Reino Unido, en 2022?

–Hay un ambientillo muy desagradable en este momento. Censor, puritano. Nos están diciendo constantemente lo que tenemos que hacer. No cojas el coche. No cojas un avión. No te quejes cuando cada locutor nuevo de televisión es negro, o lesbiana, o las dos cosas. No seas racista, no seas sexista. A mí todas esas cosas no me

preocupan demasiado, y al pueblo inglés tampoco. No nos gusta que nos mangoneen.

–¿Que les mangoneen? Qué queja más curiosa viniendo de alguien con un título hereditario y miembro de la Cámara de los Lores. ¿Quiénes son los que mangonean, sino la gente como usted?

Lord Wetherby se rio.

–En serio, inspectora, si cree que la gente como yo es la que corta el bacalao hoy en día, es que no ha estado muy atenta. Los conservadores somos la minoría más acosada en este país en este momento.

–Pero si el partido que usted apoya ya lleva en el poder más de diez años...

–No tiene nada que ver con el partido. El auténtico poder reside en otra parte totalmente diferente. En los medios, en el sistema judicial, en el mundo académico, en las grandes instituciones.

–¿Y quién está a cargo de todo eso, según usted?

–La élite liberal, evidentemente.

–¿De la que Christopher Swann era el típico miembro tal vez?

–He de confesar –dijo lord Wetherby con displicenciaque nunca había oído hablar de ese tipo hasta esta semana. Y sigo sin saber mucho de él. Por lo visto tenía una especie de página en internet, que empleaba para divulgar sus ideas. Por lo que dicen, se movía un poco en el terreno de la fantasía. Parece que la había tomado con Roger hace tiempo. Vino aquí a dar problemas. Cosa que ha conseguido, por cierto, aunque no de la manera que pretendía.

–¿Habló usted con él personalmente en algún momento de esta semana?

–Que yo recuerde, no.

–Es curioso –intervino el sargento Jakes–. Porque ya he hablado con un testigo que me ha contado que Christopher se unió a un *tour* informal por el hotel que organizó usted el martes a primera hora de la noche. ¿Es cierto?

–Es posible.

–Y también me han contado que usted *habló* personalmente con él. Tuvieron una conversación sobre un cuadro que estaba colgado en un pasillo. ¿No le suena?

–Ahora que lo dice... Sí, creo que pasó algo parecido.

–¿Recuerda la pintura en cuestión? –preguntó la inspectora Freeborne.

–Sí, la recuerdo, ahora que la menciona. –Lord Wetherby estaba empezando a parecer incómodo–. Es un cuadro de un barco que perteneció a uno de mis predecesores.

–El quinto conde, creo –dijo el sargento Jakes, consultando una nota garabateada que tenía sobre el escritorio.

–Exacto.

–Era el *Henrietta*, ¿verdad? Un famoso barco negrero.

–Eso era lo que sostenía el señor Swann, sí. En mi opinión, no eran más que conjeturas por su parte.

–Mi testigo dice que parecía muy seguro de haber identificado el barco. Y también que dio a entender que le gustaría publicar algo sobre el tema.

A esas alturas, a lord Wetherby no le quedaba más remedio que sincerarse.

–Bueno, sí, insinuó algo de ese tipo, y debo decir que su actitud me pareció totalmente inaceptable. Mi familia se toma muy en serio las acusaciones de... incorreción histórica, ¿sabe? ¿Está usted al tanto, por ejemplo, de que este año encontramos un utensilio aborigen en nuestra propiedad y estuvimos intentando por todos los medios devolvérselo a sus verdaderos propietarios lo antes posible?

–Claro –dijo la inspectora Freeborne–. Salió en todos los periódicos de la zona.

–Pues ahí lo tiene.

–Se refiere al bumerán –añadió–. Y como no pagó lo suficiente por los portes, vino de vuelta directamente dos semanas después.

A lord Wetherby le habían estado tomando mucho el pelo sobre el tema durante los últimos meses, aunque había dado la callada por respuesta sin inmutarse.

–Volviendo al tema del cuadro sobre el que discutieron –dijo el sargento Jakes–, teníamos la esperanza de echarle un vistazo, pero nos han dicho que lo han retirado y ya no se puede contemplar.

–Le hacía falta una limpieza –dijo lord Wetherby.

–Mmm. Bueno, parece ser que el señor Swann le hizo varias fotos

con el móvil, pero, curiosamente, su teléfono ha desaparecido.

–¿De veras?

–Sí, por lo visto fue lo único que el asesino se llevó de la escena del crimen.

Al parecer, a lord Wetherby le había cambiado bastante el humor durante esta última parte de la conversación, pero aún se las arregló para decir, como sin darle importancia:

–Todavía tienen muchos cabos sueltos que atar, ¿no?

La inspectora Freeborne se puso de pie y le tendió la mano.

–Gracias por su amable colaboración, Excelencia.

Lord Wetherby también se levantó, y se la estrechó sin ningún entusiasmo.

–No hay de qué.

–Buena suerte con las reformas. ¿Ya ha recabado todos los fondos necesarios?

–No todos. Aún estoy esperando la respuesta de un par de sitios.

–Bueno, estoy segura de que todo estará a punto. ¡Quiero decir para el feliz día!

–¿El feliz día?

–El día de la gran reapertura. El ocho de febrero de 2024, ¿no es cierto?

–Es verdad, el ocho de febrero.

–Ocho-barra-dos –dijo Jakes, mientras tecleaba algo metódicamente en su portátil. Levantó la vista y se fijó en que lord Wetherby lo estaba mirando con gesto de sorpresa. A modo de explicación, añadió–: Ocho-barra-dos, supongo que sería la forma más corta de escribir esa fecha, ¿no?

–Sí –dijo lord Wetherby, saliendo de su propio despacho y mirando esta vez, con cara de preocupación, a la inspectora, luego al sargento, y de nuevo a ella–. Sí, supongo que sí.

FIN DEL INTERROGATORIO

9

Antes de empezar el siguiente interrogatorio, Prudence se permitió un momento de tranquilidad.

Deambuló por los terrenos de Wetherby Hall, le echó un vistazo rápido al jardín de la cocina (del que no sacó casi nada en conclusión) y luego fue dando un paseo hasta el lago artificial, donde permaneció un rato junto al agua opaca y gris verdosa, perdida en sus pensamientos.

En general, no era una mujer dada a la introspección, pero aquella tarde no le quedaba otro remedio. Le parecía que había algo intrínsecamente relajante en sitios como Wetherby Hall: aquellas mansiones y aquellos jardines enormes, en cierta forma reconfortantes. La mayoría de los participantes en el congreso ya se habían ido (no había habido motivo para impedírselo) y el entorno ajardinado estaba cargado de una atmósfera de tranquilidad embriagadora, típica de los atardeceres del final del verano. Costaba creer que un acto de violencia tan impactante hubiera tenido lugar en aquel decorado solo unas horas antes. Evidentemente, Prudence había visto muchos actos parecidos en sus cuarenta años de carrera, pero nunca había acabado de acostumbrarse a ellos, y ahora se daba cuenta, por primera vez, de las ganas que siempre había tenido de jubilarse y con cuánto alivio había contemplado un futuro en el que nunca más tuviera que enfrentarse a una víctima de asesinato. Para poder disfrutar otra vez de un paisaje, de escuchar el canto de los pájaros, de percibir la fragancia esquiva de un prado de flores silvestres, sin experimentar siempre esas cosas como mero telón de fondo de violencia, sangre y maldad. Era una pena, como

mínimo, que un último caso hubiera ido a parar a su escritorio el mismo día que se suponía que iba a apartarse de todo aquello. Un caso, además, que de algún modo resultaba distinto a todos los que había llevado antes, aunque no sabía decir exactamente por qué. Quizá tuviera que ver con la sensación de extrañeza que parecía haberse apoderado de todo el país aquella semana. Qué raro, por ejemplo, que tras setenta años en el trono la reina Isabel hubiera muerto solo un par de días después (¡*un par de días*!) de reunirse con una nueva primera ministra desconocida, sin experiencia previa. ¿Cómo habría sido aquel encuentro? ¿Liz Truss no solo no había conseguido ver que Su Majestad se hallaba a las puertas de la muerte, sino que aquellas puertas estaban abiertas de par en par y que, prácticamente, ya las había cruzado? ¿Qué sucedía en definitiva en las altas esferas de la política británica? Parecía que todo se había desconectado de la realidad. Resultaba todo muy desconcertante. Inquietante quizá fuese una palabra mejor. (Prudence, una lectora empedernida, era muy aficionada a las palabras, y le gustaba darles vueltas dentro de su cabeza, recomponerlas, observarlas desde diferentes ángulos; de una forma muy similar a los hechos de una investigación criminal.) Para acrecentar aquella sensación de inquietud nacional, todo el mundo tenía angustias personales con las que lidiar. En el caso de Prudence, eso se traducía en la preocupación por la salud de su marido. ¿Habría conseguido hablar por fin con algún médico ese día? Comunicarse por teléfono con cualquier médico de cabecera de la Sanidad Pública empezaba a resultar poco menos que imposible. Le echó un vistazo al móvil, a ver si Mark le había escrito algo. En efecto, pero lo único que decía el mensaje era: *Creo que deberíamos rendirle homenaje de alguna manera*, cosa que ni siquiera entendió.

Prudence se metió el teléfono en el bolsillo, suspiró y se alejó despacio del lago. Había algo atemporal y tranquilizador en la placidez de aquellas aguas que no le apetecía dejar atrás. Pero también debía resolver un asesinato. Tal vez, al resolverlo, restauraría en cierto modo el orden de las cosas. Tal vez entonces no la perseguiría aquella sensación de angustia insistente e indefinida

que en ese momento parecía impregnar tanto la vida nacional como la personal, haciendo que las dos resultaran igual de inestables.

Enfiló el camino de regreso a Wetherby Hall.

INTERROGATORIO NÚMERO TRES:
PROFESOR RICHARD WILKES

–Profesor Wilkes, gracias por su paciencia, y por concedernos su tiempo. Le puedo asegurar que será un interrogatorio muy breve.

El profesor Wilkes estaba nervioso y contrariado. Ya había perdido el vuelo de regreso a Venecia. Y tampoco había podido reservar otro, porque nadie parecía capaz de explicarle qué estaba sucediendo. No acababa de entender por qué era necesario que lo interrogara la inspectora Freeborne. ¿Se le consideraba sospechoso en aquel horrendo caso de asesinato?

–Queríamos hablar con usted por dos razones en concreto. La primera es que, aunque estoy segura de que no ha caído en la cuenta, da la casualidad de que es una de las pocas personas alojadas en este hotel que tuvieron la oportunidad de cometer el crimen.

–¿La oportunidad? ¿Qué oportunidad? ¿De qué me habla?

–¿Le sorprendería saber que en esta casa existe un pasadizo que conecta su habitación (la habitación número siete) con la número nueve?

–Sí –dijo el profesor Wilkes, tras tomarse unos segundos para asimilar la información–. Me sorprendería mucho, de hecho.

–Pero dudo que le haya pasado inadvertido que su habitación dispone de una chimenea espectacular.

–Así es.

–Por si se lo pregunta, tiene una altura de un metro setenta. Lo suficiente para que pueda pasar un hombre, si quiere.

–¿Pero por qué iba a querer hacer eso?

–Porque, si entrara y torciese a la derecha, se encontraría con un

hueco estrecho que lleva a una puerta.

–¿Se refiere al pasadizo secreto?

–Sí. ¿No lo había averiguado ya por sí mismo?

–La verdad es que nunca se me habría ocurrido meterme en la chimenea.

–Pues claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo?

Como su superior parecía haberse quedado en silencio tras esta última pregunta, el sargento Jakes se tomó la libertad de abrir la siguiente línea de investigación.

–La otra cosa sobre la que queríamos preguntarle, señor..., mmm, profesor Wilkes, era la información que nos ha aportado una testigo de que le vio hablando con el señor Swann poco antes de que se cometiera el asesinato. Se encontraban los dos en el jardín de la cocina, por lo visto, y ella ha dicho que aparentemente estaban teniendo una discusión.

–Una «conversación muy animada» fue la frase que usó –le corrigió Prudence–. Aparte de otra que parece que tuvieron anoche en el bar, bastante más larga y más íntima, por lo que me han contado.

–Bueno, no estoy muy seguro de si yo la describiría como «íntima» –objetó el profesor Wilkes–. Hablamos sobre todo de literatura y de política. Me temo que me pasé con mi whisky puro de malta favorito (es muy difícil conseguirlo en Venecia, ¿sabe?), y que yo recuerde el señor Swann tuvo la amabilidad de ayudarme a subir a mi habitación. Parecía una persona realmente amable. Qué tragedia... ¿Quién querría hacer semejante cosa?

–Aun así, discutió con él esta mañana –apuntó el sargento Jakes.

–Bueno... ¿y qué les puedo decir de eso? Para empezar deberían saber que tenía una resaca tremenda (pero tremenda de verdad) y seguramente estaba un poco... irascible ya solo por eso. Él salió a decirme, creo, de una manera perfectamente educada, si había visto su teléfono móvil. Por lo visto lo había perdido, y pensaba que quizá lo había dejado en mi habitación de madrugada, cuando los dos estábamos un poco perjudicados. El caso es que lo he malinterpretado, y he pensado que me acusaba de habérselo

robado. Eso es por lo que nuestra conversación, vista desde lejos, podría haber parecido un poco..., bueno, ¿tensa, podríamos decir?

–Nuestra testigo afirma –dijo Prudence– que luego usted ha entrado en la biblioteca preguntando por él.

–Ya me había tranquilizado, y quería disculparme.

–Pues esa no fue su impresión. Más bien la contraria.

El profesor Wilkes se encogió de hombros.

–Pues entonces ha tenido una impresión equivocada –dijo.

La inspectora Freeborne asintió y comentó en tono amistoso:

–Bueno, estas cosas se pueden malinterpretar fácilmente. Supongo que ayer solo podría dar una pequeña muestra de su conferencia...

–Desgraciadamente. Fue... vamos a decir relegada en vista de los acontecimientos nacionales.

–Entiendo. De todas formas, me gustaría verla. ¿Tiene usted el texto?

–Arriba en mi habitación.

–¿La copia en papel, la que estaba leyendo?

–Sí.

–¿Sería usted tan amable de dejármela antes de marcharse?

El profesor Wilkes accedió a su petición. Después la inspectora Freeborne anotó los detalles de su dirección en Venecia y, tras recibir su promesa de que no abandonaría esa ciudad en un futuro inmediato, le dijo que ya podía irse.

FIN DEL INTERROGATORIO

10

INTERROGATORIO NÚMERO CUATRO: ROGER WAGSTAFF

Era el último interrogatorio de la tarde. La energía del sargento Jakes (que reconocía que le tenía muchas ganas a este en concreto) no daba muestras de flaquear. La inspectora Freeborne, en cambio, estaba cansada y extrañamente a disgusto con todo el caso. Se acordó de que su marido, Mark, debía de andar preparando una cena especial de jubilación para esa noche (filete a la Wellington con setas silvestres y salsa madeira) y sintió un repentino deseo de encontrarse de vuelta con él en su casa de campo de Stow-on-the-Wold, tomándose su jerez de antes de cenar con los pies en alto, ante algún relajante concurso de televisión, de preguntas y respuestas. Esperaba que aquel interrogatorio no se alargase demasiado, pero estaba decidida, como siempre, a aprovecharlo al máximo.

–Señor Wagstaff–empezó– creemos que este asesinato tuvo lugar entre las diez y las diez y media de esta mañana. ¿Me puede explicar sus movimientos durante ese periodo de tiempo?

–Pues claro. A las diez en punto comenzaba la primera intervención de la jornada en el auditorio de los establos. Presenté a los conferenciantes, y luego me he quedado escuchando el debate.

–¿Se refiere a la mesa redonda sobre «Por qué el Mercado Libre y la Soberanía van de la mano»? –preguntó el sargento Jakes.

–Exactamente.

Roger se recostó en su sillón con las manos cómodamente

cruzadas sobre el regazo. Difícilmente podría haber parecido más complacido al aportar aquella coartada tan irrefutable.

–Me temo –dijo Prudence, de todos modos– que ahí hay una incongruencia, y que tal vez su memoria le esté traicionando un poco. Varios testigos afirman que usted *abandonó* el auditorio de los establos inmediatamente después de hacer las presentaciones, y que no ha regresado hasta pasados unos veinticinco minutos.

Un tanto alterado ante aquellas palabras, Roger se rascó la cabeza, nervioso, y al final reconoció:

–Sí, sí, tiene razón. Me había olvidado. Sir Emeric Coutts se marchaba esta mañana, así que volví al hotel para despedirme de él y darle las gracias.

–Cierto –Prudence le echó un vistazo a sus notas–. Coutts firmó su salida a las diez y cuatro minutos, y se lo ha llevado un taxi a las diez y trece.

–Pues sí, así que me pasé hablando con él la mayor parte del tiempo. Él se lo confirmará.

–¿La mayor parte?

–Sí. Desde luego no me ha dado tiempo a matar a nadie.

–Dos testigos señalan su regreso al auditorio sobre las diez y veinticinco.

–Es posible.

–Entonces ¿qué ha hecho en los doce minutos restantes, entre que se fue sir Emeric y usted regresó al auditorio?

–No lo sé, creo que... fui al baño, seguramente. –Al encontrarse con la mirada impasible de los dos detectives, añadió–: Miren, no es exactamente el tipo de cosa que te apetece que sepa la gente, pero..., como parece que es importante, he tenido que ausentarme bastante rato. Creo que fue el fuagrás de anoche. Tal como entró salió...

–Y no hay testigos, claro –dijo Prudence, mientras anotaba unas cuantas palabras en su agenda de bolsillo–. Así que podemos afirmar que por lo menos usted tuvo la oportunidad de hacerlo. Pero sigamos. Conocía al señor Swann desde hace más de cuarenta años, ¿verdad?

–Bueno, nos conocimos en Cambridge hace cuarenta años, pero

casi no tuvimos contacto desde entonces.

–Supongo que no se caían muy bien...

–No es que no me *cayera bien* exactamente.

–¿Le resultaba molesto?

–Bueno, no se le coge mucho cariño a alguien que se pasa la mitad del tiempo atacándote a ti y atacando tu trabajo. Por suerte, en realidad nadie leía nada de lo que escribía Christopher, así que nunca pasó de ser una... pequeña molestia.

–¿Tan pequeña era? Le molestó lo suficiente como para que estuviera dispuesto a robarle algo.

Roger alzó las cejas.

–Le robó su pendrive, tengo entendido.

–Yo no le robé nada.

–Lo sé. La señorita Wood sí. Siguiendo instrucciones suyas.

–También se lo devolvió según mis instrucciones.

–Una misión arriesgada y encubierta, se mire como se mire. ¿Nos podría explicar sus motivos?

Roger Wagstaff titubeó, y cuando empezó a hablar no fue para dar una respuesta concreta.

–El propósito del Grupo Processus –comenzó– es pensar de una forma innovadora, fuera de lo establecido. Y el objetivo es siempre el mismo: trabajar en beneficio de la gente inglesa corriente. La pregunta que algunos de nosotros llevamos haciéndonos ya varios años es si el modelo universal de sanidad pública que fue ideado hace más de setenta, cuando la esperanza de vida era menor, la población se enfrentaba a retos sanitarios muy diferentes y la gama de medicamentos y tratamientos de que disponíamos era mucho más pequeña de lo que es hoy en día... Si ese modelo sigue siendo..., bueno, adecuado a su propósito. No me parece una pregunta nada descabellada. Llevamos haciéndonosla algún tiempo, y realizando una serie de informes sobre el tema. En el que Christopher decía haber puesto sus manos había alguna..., bueno, digamos información confidencial. Era imprescindible que averiguáramos si se estaba tirando un farol o no.

–¿Y se lo estaba tirando?

A Roger no le quedó más remedio que admitir:

–No.

–¿Borró usted el archivo de su memoria USB, o la manipuló de alguna forma?

–No.

–Claro que no. No tenía sentido. Sabía que habría guardado una copia en alguna parte.

–En efecto –dijo el sargento Jakes–. Ese documento que consiguió el señor Swann se llamaba «Informe del 2 de agosto», ¿no es cierto?

–Sí –contestó Roger, al parecer no demasiado contento de que el sargento ya conociese el título.

–¿Y en qué consistía esa «información confidencial» que contenía?

Roger se salió de nuevo por la tangente, dándole muchas vueltas.

–No es ninguna novedad buscar la participación de empresas privadas para prestar los servicios de la Sanidad Pública. Ha estado sucediendo bajo distintos gobiernos, tanto laboristas como conservadores. Y nosotros creemos que hay que acelerar ese proceso, pero también somos conscientes de que la gente se pone nerviosa al ver que se hacen cambios radicales en una institución con tanto valor sentimental que se ha convertido en una especie de vaca sagrada. Ese informe propugnaba reformas a mucha mayor escala que las realizadas antes. Que los equipos, la medicación, las instalaciones (la propia asistencia, ya puestos), pasaran a estar en manos de empresas competitivas del sector privado que pudieran proveer todos esos servicios mucho más ágil y eficazmente que un pesado monolito centralizado. Es algo perfectamente lógico tanto desde un punto de vista práctico como económico.

–¿Económico, dice? –el sargento Jakes saltó como un resorte al oír esa palabra.

–Sí, claro. Al final todo se reduce a dinero. Habría que ser muy ingenuo para negarlo.

–O idealista –dijo Prudence.

–Bueno, no vamos a buscarle tres pies al gato, ¿no?

–¿Y el informe citaba a alguna de las empresas que participarían en esa..., mmm, búsqueda de eficiencia?

–Sí.

–¿Alguna de ellas era estadounidense?

–Algunas sí.

–¿Y alguna se encontraba entre las fundadoras del Grupo Processus?

–Eso no estoy dispuesto a revelarlo.

–¿De dónde *proceden* sus fondos exactamente?

–Proceden de muchos sitios diferentes. Tenemos simpatizantes en todas partes del mundo.

–¿Sería acertado describir este informe –dijo el sargento Jakes– como una propuesta de privatización a gran escala de la Sanidad Pública?

Ignorando la pregunta, Roger se volvió hacia Prudence, que parecía la más simpática de los dos detectives, y dijo:

–¿Y todo esto tiene alguna importancia para su investigación? Creía que intentaban resolver un caso de asesinato.

–Creo que el sargento Jakes está tratando de establecer un móvil –respondió ella–. Me da la sensación de que el señor Swann había obtenido información que, como mínimo, podía darle problemas a su organización y, seguramente, tener además cierto impacto en su financiación. –Le concedió unos segundos para asimilarlo antes de pasar a la siguiente pregunta–: lord Wetherby es amigo suyo, ¿verdad?

–Yo diría más bien un conocido.

–Debe de haberse reunido muchas veces con él para preparar este congreso.

–Unas cuantas, sí.

–¿Y esas reuniones fueron amistosas?

–Sí que lo fueron.

–¿Y de quién fue la idea de trasladar al señor Swann a la habitación número nueve el miércoles por la noche? Hasta ese momento se había alojado en el anexo.

–No sé qué decirle.

–¿Fue usted quien lo propuso? Es evidente que sería mucho más fácil vigilarlo teniéndolo tan cerca.

–En absoluto. Qué insinuación más desafortunada.

–Y gracias al pasadizo, usted podía acceder de hecho a su

habitación.

–¿Y qué? Ya le he dicho que no tengo nada que ver con eso. –Roger se estaba sonrojando por momentos.

–Pero sabía lo del pasadizo –insistió Prudence–. Porque le dio instrucciones a la señorita Wood para que lo usara, cuando robó el pendrive.

A esas alturas Roger tenía la cara tan colorada como el jersey de Richard Wilkes y, al ser cogido en falta, se puso más furioso que nunca.

–Está bien, lo sabía. Aun así, me duele *profundamente* su...

–¿Y cómo lo sabía?

–Porque lord Wetherby me lo enseñó. La primera vez que vine al hotel.

–¿Y eso cuándo fue?

–Hará un año –gritó; la impaciencia y la vergüenza habían agotado sus reservas de cortesía. Se puso de pie–. Miren, ya basta con esta historia, ¿no? Esta conversación se ha terminado.

–Bueno –dijo Prudence–, no es usted quien debe tomar esa decisión, pero no se preocupe. –Ella también se levantó–. Está bien, señor Wagstaff, puede retirarse. Así que, gracias a Dios –le tendió la mano, que él estrechó de mala gana–, nosotros también.

FIN DEL INTERROGATORIO

Antes de separarse, Prudence y su asistente tenían que discutir algunos puntos y comparar algunas notas. En vez de quedarse en Wetherby Hall, cuyo ambiente, según ellos, se había vuelto bastante agobiante, se acercaron en coche (con el sargento Jakes al volante) hasta el mismo pueblo de Wetherby Pond, y aparcaron cerca del viejo puente de arenisca amarilla que tan airosamente salvaba el arroyo a las afueras. Cruzaron el puente y fueron paseando por el camino que se apartaba del pueblo. Eran casi las siete, y el sol del atardecer bañaba los campos y los setos con una luz cálida y

apacible. Prudence vio que se distraía con la belleza serena de aquel paisaje, y sus pensamientos empezaron a alejarse del cruel asesinato de la mañana, de las respuestas evasivas y escurridizas de sus cuatro sospechosos, del olor a humedad del pasadizo y del espeluznante espectáculo que ofrecía la habitación número nueve. El sargento Jakes, en cambio, no podía hablar de otra cosa, y parecía que ya había llegado a una conclusión sobre quién era el culpable, porque despotricaba con especial animosidad contra Roger Wagstaff, la maligna influencia del Grupo Processus, la opacidad de sus fondos, la siniestra omnipresencia de sus portavoces en los programas de radio y televisión, sus estrechos lazos con las rapaces empresas de tecnología y los proveedores de atención médica estadounidenses. En realidad, Prudence no le estaba escuchando, pero le dejó hablar mientras disfrutaba de los sonidos y olores familiares del campo inglés, tan preciados para ella. Solo cuando él dijo algo sobre el «enorme» no sé qué y pensó que se refería al corpulento paisano que guiaba a su rebaño titubeante por el sendero delante de ellos, se dio cuenta de que estaban en dos planos completamente diferentes y de que era hora de irse a casa.

11

La cola para desfilar por delante del ataúd de la reina Isabel mientras permanecía expuesto en Westminster Hall abrió a las cinco en punto de la tarde el miércoles 14 de septiembre. Prudence y Mark pasaron a formar parte de ella unas dieciséis horas más tarde, la mañana del jueves 15.

Unirse a la cola había sido idea de Mark. *Creo que deberíamos rendirle homenaje de alguna manera*, le había escrito en un mensaje a su mujer el día del asesinato, y evidentemente aquella era la forma lógica de hacerlo. Prudence se había adherido a la propuesta casi de entrada: aunque no era una monárquica convencida como su marido, había admirado a la Reina y estaba de acuerdo en que el momento de su fallecimiento, tras setenta años en el trono, debía conmemorarse de alguna forma. Además, a esas alturas, la cola era a todas luces larguísima (harían falta como nueve horas hasta pasar por delante del ataúd) y eso le proporcionaría mucho tiempo para pensar en el caso. En los últimos días había sido incapaz de concentrarse en absoluto, y esperaba que aquella parálisis se le curase con un cambio radical de decorado.

–Primero –dijo Mark, mientras salían de la estación de metro de Tower Hill– tenemos que encontrar el final de la cola.

–Querrás decir el principio –dijo Prudence–. El final es cuando llega hasta el ataúd, digo yo.

Discutieron el tema un momento, mientras una serie de oficiales les daban indicaciones para que cruzaran Tower Bridge en dirección a Potters Field, que resultó ser un pequeño parque que quedaba entre el puente y el City Hall, en la orilla sur del río. Ahí se podía ver

la primera señal de que el estado británico, tachado de decrépito y disfuncional por sus críticos durante los últimos años, podía pasar a la acción de un modo eficaz cuando una gran ocasión lo requería. Se habían colocado vallas de acero para formar un corredor serpenteante por el que las personas en duelo podían ir avanzando poco a poco en fila, y a todo el mundo se le daba un brazalete rosa con unas letras blasonadas en homenaje a la Reina. Gracias a eso, les explicaron, sería posible salirse de la cola en varios puntos para ir al baño o comprar algo de comer.

–Esto va a llevarnos un montón de tiempo –dijo Prudence, cogiendo el bastón de paseo que le ofreció su marido–. Me alegro de que decidieras traerlos.

Mark también tenía uno. El armario empotrado que había debajo de las escaleras de su casa estaba lleno de aquellos accesorios rurales: bastones, chaquetones impermeables, botas de goma, viseras, cañas de pescar, petacas, gorras de montar. A los dos les gustaba leer *Vida campestre* e incluso *El caballo y el sabueso*, pero hasta ahí llegaba Prudence. Sin embargo, sospechaba que a su marido le daba pena, aunque no se atreviese a decirlo, que se hubiese prohibido la caza del zorro.

–Por no hablar de esto –dijo Mark en tono triunfante, sacando una de las susodichas petacas del bolsillo de la chaqueta.

–Ah, bien hecho. ¿Brandy o escocés?

–Brandy. Pensé que necesitaríamos recuperar fuerzas en algún momento.

–Qué detalle. ¿Puedo darle un trago ya?

–Venga, Pru, son las nueve de la mañana...

–Tienes razón. Es que he pensado que pondría a funcionar mis neuronas un poco. Parece que de momento no consigo avanzar en este caso.

–Bueno, hoy vamos a tener un montón de tiempo para hablar de eso. Si necesitas alguien que te oriente, tú dímelo.

Durante los últimos años había habido muchos casos, de hecho, que a Prudence le habría costado solucionar sin la ayuda de su marido. No es que tuviera una mente privilegiada, sino que (como el fiel Watson de Holmes) tenía cierta habilidad para hacer comentarios

y plantear interrogantes, encajados de tal modo que resultaban útiles. Mientras emprendían el camino en dirección oeste a lo largo del sendero del Támesis (andando a paso ligero hasta ese momento, cosa bastante alentadora), él se alegró de poder aportar su opinión sobre el caso que Prudence le había descrito con cierto detalle.

–A mí me parece –dijo– que la cosa está entre Rebecca Wood o lord Wetherby. Los dos tenían un móvil (el profesor Wilkes no, que yo sepa), y la pista de la víctima puede apuntar a cualquiera de los dos. En cambio no apunta ni a Wilkes ni a Roger Wagstaff; y, bajo mi punto de vista, eso debería bastar para excluirlos a los dos.

Se paró un momento para sacar el teléfono del bolsillo y hacer una foto de la catedral de San Pablo, que estaba especialmente bonita con aquella luz matinal.

–Pero da la casualidad –dijo Prudence– que lord Wetherby tiene un móvil todavía más importante de lo que podrías pensar. Hay una razón para la penosa situación económica del hotel, y no tiene nada que ver con la escasa actividad turística. He estado investigando un poco sobre Randolph Wetherby. Tiene una tremenda adicción al juego. Ha estado desviando dinero del hotel y perdiendo la mayor parte en el casino de Montecarlo. Va como una vez al mes. Y el resultado es que su negocio no solo necesita una inyección de fondos: está al borde de la quiebra.

–Aun así –dijo su marido–, no puedo evitar pensar que la propia pista apunta mucho más hacia Rebecca que hacia Wetherby. Si significa su número de habitación, la señala directamente. Mientras que, en el caso del lord, solo es una vaga referencia a una fecha mencionada en su discurso de la noche anterior.

–Pero no es una fecha cualquiera –le rebatió Prudence–. Ya te he dicho que lord Wetherby tiene un móvil potente, esa fecha lo resume muy bien. Si Christopher Swann tenía *realmente* intención de dirigir la atención hacia él con esa pista, fue muy inteligente. Anda, qué flores más bonitas. ¡Qué amable es la gente!

Hasta el momento se había convertido en una característica de la cola que, cada pocos metros, hubiera regalos y recuerdos dejados por las personas en sitios al azar del recorrido. Los ositos de peluche y los ramos de flores parecían las opciones favoritas. El ramo del que

le hablaba Prudence a su marido era un arreglo floral especialmente llamativo de lirios, rosas y hortensias. Cogió las flores para percibir su olor con una inspiración profunda antes de volver a dejarlas con delicadeza sobre las losas.

–Precioso –dijo.

Mark estaba deseando reanudar la conversación.

–Quizá sea así –dijo–, pero todo lo que me has contado de la tal Rebecca me hace sospechar de ella. La historia del compañero que se cayó por las escaleras justo cuando estaba a punto de contarlo todo, por ejemplo. Vale, nunca se la identificó formalmente; pero es *mucha* casualidad que vieran a alguien muy parecido a ella en ese mismo sitio. Y nunca se ha casado, ¿verdad? Está claro que lleva enamorada de Wagstaff desde el día que lo conoció. Un flechazo no correspondido de cuarenta años... Pues asuntos de ese tipo pueden tener un efecto muy raro en el alma humana. Debe de ser capaz de cualquier cosa a estas alturas de su vida.

–¿En serio? –dijo Prudence, decepcionada con su marido–. ¿Ahora tengo que añadir el odio a las mujeres maduras a tu lista de defectos? Eso que acabas de soltar es el típico comentario estúpido y misógino de toda la vida. Rebecca no me tiene la menor pinta de ser una histérica.

–No he usado esa palabra.

–No te ha hecho falta.

A su izquierda, el bulto amenazante de un edificio que imitaba el estilo isabelino hizo que Prudence se percatase de que estaban pasando por delante del Globe Theatre, o más bien, que no llegaban a pasar del todo porque se paraban de vez en cuando, y la cola se detenía ahora a cada rato, quedándose quieta unos minutos o más, para después renovar la marcha inexplicablemente, igual que el tráfico atascado en un carril cerrado de una autopista congestionada. Por alguna extraña razón, eso resultaba mucho más agotador que caminar a paso lento pero constante, y los dos se alegraron cuando, arrastrando los pies, dejaron atrás la Tate Modern y pasaron por debajo del puente de Blackfriars, y el trayecto que quedaba mientras se iban acercando a los edificios del South Bank

permitió que todo el mundo se dispersara un poco y apretara el paso.

–Tengo la intuición –dijo Prudence– de que esto va a acabar siendo un crimen político más que algo personal. Quiero decir, sé que en el caso de Rebecca se entremezclan las dos cosas, pero..., no sé, que haya pasado en un congreso... Había personajes bastante raros en Wetherby Hall esta semana, la verdad.

Mark le echó a su mujer una mirada de desaprobación.

–No es tu estilo llamar a alguien «raro» solo porque no te gustan sus ideas políticas.

–Es más que eso –dijo Prudence–. He estado viendo vídeos de todos los debates, y me choca lo extremista que es esta gente.

–¿Extremista? ¿Y eso qué significa hoy en día?

–Bueno, me da la sensación de que están todos muy cabreados y muy obsesionados. Obsesionados con cierta noción de... pureza. –Se paró un momento para analizar la palabra que había escogido–. Sí, pureza. Todo tiene que ser puro. Sin concesiones. Vale, así que hemos dejado la Unión Europea, pero tenemos que estar seguros de que la hemos abandonado *totalmente*. Hemos recuperado nuestra soberanía, pero tenemos que asegurarnos de que es una soberanía *total*. Nos hace falta el libre mercado, pero no puede ser solo libre, tiene que ser *totalmente* libre: sin regulaciones ni restricciones de ningún tipo. Creo que, en cierta forma, la mayoría de esta gente es anarquista. Y luego está la rabia. Supongo que, si tu obsesión es la pureza, siempre vas a estar cabreado y descontento porque nada en la vida va a ser puro nunca, las cosas no funcionan así. Si eres incapaz de aceptar ninguna concesión, siempre te vas a sentir frustrado. Pero me pareció muy raro que estuvieran tan cabreados, dado que el partido al que se supone que apoyan lleva doce años en el poder.

–A lo mejor se arrepienten de haber elegido a Boris como líder –dijo Mark.

–Puede. Algunos dijeron, de hecho, que era demasiado liberal para sus gustos. Estaban todos entusiasmados con Liz Truss, de todos modos. Si hubiera aparecido por allí, creo que la habrían tratado como a un mesías.

Ya habían transcurrido dos horas y media desde que les habían entregado los brazaletes en Potters Field, y empezaban a cansarse. En cuanto llegaron a los Jardines del Jubileo sacaron sus bastones de paseo, los plantaron en el terreno y se apoyaron en ellos mientras Prudence abría su bolsa para pícnics e inspeccionaba el contenido preparado por su marido para la ocasión. Había café, vino blanco y tinto, pollo frío, ensalada verde, tomatitos, pan blanco recién hecho, paté de las Ardenas, palitos de apio, pasta de cangrejo y una selección de quesos.

–Qué buena pinta –dijo una voz a su lado–. Más selecto que lo que hemos traído nosotros, desde luego.

–¿Quiere un poco? –preguntó Prudence cortésmente.

–No, no, para nada. No estaba gorroneando.

La que hablaba era una mujer rubia cincuentona, vestida con unos elegantes vaqueros azul claro y una camiseta estampada con una imagen enorme del rostro de la difunta Reina. A su lado había una chica rubia más joven, seguramente su hija, en cuya fina cazadora lucía una escarapela roja, blanca y azul con el eslogan «Reina de todos nuestros corazones». Estaban sentadas en la hierba, compartiendo una gran bolsa de patatas fritas con queso y cebolla. Las dos parecían agotadas.

–No se preocupe –dijo Prudence–, al final lo conseguiremos.

–Ya –dijo la mujer–. Y habrá valido la pena.

–¿Vienen de lejos?

–De Harrogate.

–Todo un esfuerzo entonces.

–Bueno, no podíamos dejar pasar esta semana sin venir a Londres a presentarle nuestros respetos, ¿no? Ha formado una parte tan importante de nuestra vida durante tantos años...

Prudence se quedó pensando en el comentario. ¿La Reina había formado una «parte importante» de su propia vida? Más bien había sido una presencia. Una presencia de la que siempre eras consciente, pero que apenas llamaba tu atención, como el papel pintado o la música de fondo; aunque sospechaba que la mujer rubia no estaría muy contenta con aquella comparación.

–Si quiere que le diga la verdad –dijo–, hace tiempo estaba

bastante en contra de la familia real. Mis padres eran hippies y me educaron en la idea de que todo eso era una completa pérdida de tiempo y de dinero, y una especie de lacra en el panorama constitucional. –Le echó más sal a un muslo de pollo y lo mordisqueó pensativa.

–¿Y qué le hizo cambiar de opinión? –preguntó la mujer.

–No lo sé muy bien –respondió Prudence, que nunca se había parado a pensarlo–. Que yo recuerde, fue más o menos en el Jubileo de Plata, en 1977. Hubo una gran fiesta callejera con todos nuestros vecinos y, aunque mis padres no querían que fuese, yo fui de todas formas, y ligué con un chico de la misma calle, tres portales más allá, y me lo pasé bomba. Solo tenía diecinueve años y había tardado en desarrollarme, y supongo que esa fue mi manera, bastante patética, de rebelarme contra los valores paternos.

–Bueno –dijo la mujer rubia–, por suerte, Lucinda y yo siempre hemos estado de acuerdo en lo que se refiere a la familia real. ¿Verdad, Looby-Loo?

Ante aquel comentario, su hija la obsequió con una sonrisa aterrorizada de aquiescencia y le echó a Prudence una rápida mirada suplicante. No llegó a levantar un letrero que pusiera «Rescáteme», pero podría haberlo hecho tranquilamente.

Prudence se rio y dijo:

–Pues para mis padres la cosa fue mucho peor. Para empezar, me casé con el hombre que había liderado el grupo conservador de mi *college* de Oxford, y luego, para más inri, me metí en la policía. ¿Está segura de que no quiere probar un muslito?

Esta vez la mujer rubia sucumbió a la tentación, y ella y su hija dieron buena cuenta de los trozos de pollo que les ofrecieron.

–Mi mujer exagera –dijo Mark–. Su padre era de izquierdas, pero un hombre muy respetable. Después de la guerra, su madre había ayudado a organizar la Sanidad Pública, y llegó a ser un abogado bastante destacado. En derechos humanos y esas cosas. No era un hippy en ningún sentido de la palabra. Y su mujer era una buena pintora. Hizo una exposición en la Hayward Gallery en aquellos tiempos.

–Bueno, formó parte de una exposición colectiva. Ahora el que

exageras eres tú.

–Yo creo que los derechos humanos son una lata –dijo la mujer rubia–. La gente siempre anda armando jaleo a cuenta de ellos.

Ni Prudence ni Mark sabían muy bien cómo responder a eso; y como parecía que la cola se movía de repente con sorprendente velocidad, decidieron recoger su comida y reincorporarse a ella junto al London Eye. Al ver sus brazaletes, una familia sij de cinco personas se alegró de hacerles un hueco, y desde allí les llevó más o menos otros veinte minutos ir caminando muy despacio hasta el puente de Westminster. Era alentador poder ver ya el palacio de Westminster mismo y pensar que el trayecto estaba tocando a su fin; pero a partir de ahí el avance de la cola fue más lento que nunca. Bajaron los peldaños del puente y se encontraron con que la multitud del sendero del Támesis se había vuelto mucho más densa. Solo eran capaces de andar unos cuantos metros cada vez, antes de hacer un alto que podía durar un par de minutos o más.

Poco después, el movimiento de la muchedumbre se ralentizó aún más mientras la gente se paraba a examinar el muro en memoria de las víctimas del covid que quedaba a la izquierda. El muro, que consistía en más de doscientos mil corazones rojos pintados a mano, había nacido como un gesto espontáneo de arte popular durante la primera ola de la pandemia en 2020, donde cada corazón representaba a una persona que había fallecido víctima de la enfermedad. El propio Mark se acercó para mirar los corazones, y durante un rato él y Prudence permanecieron separados. Se perdieron de vista unos cinco minutos, y cuando ella consiguió vislumbrarlo otra vez, él había logrado adelantarse de alguna manera, pero ella estaba atrapada en medio de un apretado grupo de gente y no se podía mover hacia ningún lado. Cuando pudo avanzar lentamente de nuevo, Mark estaba todavía más lejos y, por lo visto, había entablado conversación con una mujer mayor negra; caminaban codo con codo, examinando juntos el muro de corazones pintados.

Por encima y más allá del muro del covid, la vista la dominaba la descomunal silueta del hospital St Thomas. Era allí donde había muerto el padre de Prudence cinco años antes. Se negaba a ceder al

sentimentalismo cuando pensaba en su muerte, sabiendo como sabía que afrontar el fallecimiento de tus padres no era más que uno de los horrores habituales que debías gestionar cuando empezabas a envejecer, pero, aun así, tenía recuerdos de sus últimos días que no había sido capaz de quitarse de la cabeza: en concreto su espera de veintidós horas en una camilla en un pasillo del hospital, cuando el único sustento que le habían ofrecido consistió en una botella de agua y un paquete de sándwiches. Durante esas horas ella había observado cómo su espíritu luchador se había ido desvaneciendo, pero nunca se quejó del equipo médico, que parecía hacer todo lo posible para solventar aquella pésima gestión.

–Tu madre se estará revolviendo en su tumba... –consiguió decir su padre durante una de sus últimas conversaciones.

–¡Aquí estás! –gritó Mark, abriéndose paso entre la multitud para reunirse con su mujer. Su nueva amiga seguía con él. Se llamaba Ellen Parker, y había venido a Londres de vacaciones desde Chicago, las primeras que se tomaba ella sola, porque su marido había muerto de covid el año anterior. Por lo visto a Mark le daba pena, así que la acompañaron en la cola durante las dos horas siguientes. En ese tiempo, a pesar de que ya se encontraban a escasa distancia de su objetivo, el objetivo mismo empezaba a parecer casi inalcanzable. Tras cruzar el río por el puente de Lambeth y entrar en los jardines de Victoria Tower, estaban a menos de un kilómetro de Westminster Hall, donde yacía la Reina de cuerpo presente. Pero habían reaparecido las vallas de acero, dividiendo los jardines en cientos de metros y más metros de pasillo improvisado, y parecía que la gente no avanzaba nada por él. Eran las cinco de la tarde y llevaban haciendo cola ocho horas. Durante un rato Prudence fue asintiendo a lo que le contaba Ellen, escuchándola a medias (sus planes para el resto de su visita a Inglaterra, especulaciones sobre lo que habría opinado su difunto marido de todo aquello), mientras intentaba volver a concentrarse en los distintos aspectos del caso de asesinato. Sin embargo, aquel atisbo del St Thomas la iba indignando cada vez más, llenándola de una rabia contenida por las humillaciones que había sufrido su padre en sus últimos días y sus últimas horas.

–¿Sabes?, a lo mejor debería investigar a Roger Wagstaffdespués

de todo –le dijo a Mark. Se habían despedido calurosamente de Ellen, que había decidido seguir adelante mientras ellos volvían a sacar sus bastones de paseo una vez más, los plantaban en la hierba y disfrutaban de un merecido cuarto de hora de descanso–. Quizás *haya* un movimiento en marcha para privatizar la Sanidad Pública, y Christopher Swann estaba a punto de publicar las pruebas.

Su marido le dio unas palmaditas en el brazo.

–Date un respiro y deja de pensar en eso. Dijiste que hoy te vendría bien para ver las cosas desde un punto de vista lógico. No me vengas ahora con teorías conspiratorias descabelladas.

Le ofreció a Prudence la petaca, y ella dio un sorbo de brandy. Parecía escarmentada.

–Llevas razón –admitió–. Lo que le pasó a mi padre no debería tener nada que ver con esto. –Las palabras siguientes las dijo para sí misma, en un tono de fuerte reprimenda–: *Hechos*, Pru, idiota. Concéntrate en los hechos.

Se quedó callada. Como diez o doce personas fueron pasando a su lado, camino de Westminster Hall. Entonces Mark dijo:

–Vale... Pues aquí tienes un hecho.

Lo miró expectante.

–Bueno, puede que no sea un hecho, pero sí una manera nueva de interpretar algo. Y la verdad es que *tiene* relación con Roger Wagstaff.

–Venga, dale.

–Se me ha ocurrido cuando estaba mirando con Ellen los corazones del muro. Vamos a ver, ¿cuál era el título del documento del que se suponía que Swann había conseguido una copia?

–El «Informe del 2 de agosto». ¿Y eso qué tiene que ver?

–Pues, mira, que en muchos de esos corazones la gente anotó fechas. Las fechas en que perdieron a sus seres queridos. Hasta hemos visto uno donde alguien había perdido a sus *dos* padres. Ellen me lo señaló y dijo: «Imagínate perder a tu madre *y* a tu padre solamente con siete días de diferencia».

–Tremendo, pero... ¿y qué?

–Bueno, que las fechas estaban escritas de esta forma:

cuatro/cinco/veinte-veinte y cuatro/doce/veinte-veinte. ¿No te dice nada?

–Cuatro de mayo y cuatro de diciembre, evidentemente.

–Exacto. Siete meses de diferencia. Pero ella ha pensado que quería decir el cinco de abril y el doce de abril.

–Ah, claro. Porque los estadounidenses anotan las fechas al revés. –Se quedó pensándolo–. Pero Christopher Swann no era estadounidense.

–No, pero ¿no me dijiste que tenía una mujer norteamericana, y que vivió allí años? A lo mejor seguía anotando las fechas de esa manera.

–Puede ser. Y en ese caso, ocho/dos significaría...

–El dos de agosto –dijo Mark en el mismo momento que lo hizo su mujer.

Más tarde, cuando iban en coche por la M4 de regreso a Stow-on-the-Wold, Mark trató de expresar la compleja mezcla de emociones que había experimentado mientras se encontraba ante el ataúd de la Reina. Había sido, explicó, una combinación de dolor, nostalgia por los días pasados, admiración por todo lo que ella había conseguido, y un inmenso orgullo patriótico, todo fundiéndose en lo que había supuesto para él una experiencia espiritual profunda y momentáneamente abrumadora. Prudence le escuchó con aparente atención, y no dijo nada de que, por su parte, se había estado preguntando (durante el par de minutos de silencioso homenaje que le habían asignado) cómo la gente podía estar tan segura de que lo que contenía aquella caja era realmente el cuerpo de la Reina, y cuáles habrían sido exactamente las circunstancias de su muerte. Por lo menos eso la había distraído del asesinato de Christopher Swann un rato. Aunque ahora volvía a pensar en él y además con más fuerza. Se daba cuenta de que las nueve horas agotadoras que había pasado en la cola no habían resultado prácticamente de ninguna ayuda, al contrario de lo que imaginaba. No había hecho

ningún progreso ni aclarado nada. Seguía teniendo los mismos cuatro sospechosos, tres con un móvil, y también tres (gracias a la intervención de Mark) como posibles objetos de la enigmática pista de Christopher. El único que quedaba excluido en ese aspecto era el profesor Richard Wilkes. Pero incluso ahí había una conexión con la víctima del crimen: porque Richard Wilkes era la mayor autoridad mundial en el novelista Peter Cockerill, y precisamente la víspera del asesinato Christopher Swann le había enviado un correo electrónico a su amiga Joanna, para pedirle que le mandase las páginas del manuscrito donde se contaba la visita de Cockerill a su *college* de Cambridge a principios de los ochenta. ¿Por qué había hecho eso? ¿Qué esperaba descubrir? Prudence había examinado el contenido del portátil de Christopher y ya había leído esas páginas. La habían intrigado y le habían entrado ganas de leer el manuscrito entero, de tener una conversación con su amiga de la universidad, Joanna Maidstone, y quizá también con su hija adoptiva. Tal vez la clave fundamental de aquel asunto se encontrase, en vez de en la habitación nueve de Wetherby Hall, en la historia de una amistad estudiantil que se remontaba a los años ochenta.

Seguramente ya era hora de hacerles una visita en Rookthorne.

12

Mientras la inspectora Freeborne interrogaba a su madre y a Rashida, Phyl se quedó arriba en su dormitorio. Se acurrucó en la cama, de cara a la pared, y vio tres capítulos de *Friends*.

Cuando se había enterado del asesinato una semana antes, Joanna había pensado casi inmediatamente en la hija adoptada de Christopher. Su hermana, Lydia, que vivía en Edimburgo, había sido su única pariente cercana, y ella y Rashida apenas se conocían. Joanna sintió que lo más correcto y generoso que podía hacer era invitar a Rashida a su casa todo el tiempo que le apeteciera. Desde entonces, como si los cuatro fueran una sola persona, habían intentado cumplir con sus obligaciones diarias igual que si la vida aún tuviera una pátina de normalidad. Joanna se encargaba de la burocracia de la parroquia y Phyl seguía con sus turnos en el aeropuerto de Heathrow, trabajando como empleada de Hey! Teriyaki, la cadena de comida rápida japonesa. Rashida rara vez salía de su dormitorio. Ninguno sabía muy bien qué hacía allí dentro, aunque un par de veces, escuchando tras la puerta, Phyl la había oído hablar con alguien. Muy probablemente se tratase de Elspeth, que pronto tendría que coger un vuelo desde los Estados Unidos para asistir al funeral. Mientras tanto, iban pasando los días y todos aguardaban alguna noticia nueva.

Así que la llegada de la inspectora Freeborne fue un acontecimiento significativo. Phyl no sabía exactamente qué esperaba de él. En cualquier caso, la alivió ver que aquella mujer alegre, simpática y vitalista con su pelo cano y sus mejillas sonrosadas no quisiera hablar con ella. Y se imaginó que, cuando los

interrogatorios hubiesen terminado, la detective se iría en su coche y los dejaría en paz. Entretanto, tenía *Friends* para consolarse, y mientras la veía era capaz de sumergirse en aquel agradable estado de evasión, en el que la vida real parecía ser reemplazada por un mundo reconfortante de cafeterías, apartamentos elegantes, conversaciones inteligentes y bienestar material, donde la peor desgracia que le podía ocurrir a cualquiera era tener una cita un poco desafortunada o no conseguir un ascenso en su trabajo. Los dos primeros episodios transcurrieron sin que Phyl se diese siquiera cuenta (se los sabía de memoria, de todas formas) y estaba a la mitad del episodio 21 de la quinta temporada, *El de la pelota*, cuando Rashida entró en su habitación y se sentó a su lado.

Phyl levantó la vista y se movió un poco para dejarle sitio, aunque ninguna de las dos dijo nada. Siguieron así en silencio el resto del capítulo. Era ese en el que Joey y Ross empiezan a tirarse y devolverse una pelota por el apartamento, y se quedan tan fascinados con ese juego que no consiguen parar. La quintaesencia de *Friends*, en cierto modo. La televisión como terapia ansiolítica.

La secuencia final durante los títulos de crédito, un montaje de Chandler mientras le tiraban cosas y no cogía ni una, les habría hecho reírse a carcajadas en cualquier otra ocasión. Pero Rashida parecía más apagada que nunca esa tarde y, cuando terminó el episodio, Phyl se quedó mirando a los ojos a su amiga por primera vez y vio lo triste que estaba. Aún no había llorado por la muerte de Christopher. Phyl y sus padres habían estado hablando de si podría estar en una especie de fase de negación, aparentando serenidad, incluso indiferencia, ante la pérdida. Si era así, ese día aquella fachada empezaba a resquebrajarse.

–¿Estás bien? –le preguntó Phyl.

Rashida suspiró y apoyó la cabeza en las manos.

–Joder, no lo sé. Todo esto..., todo esto me ha pillado de improviso. Supongo que he estado intentando taparlo, ya sabes. Puede que no sea la mejor manera de gestionar las cosas, pero..., bueno, es la que me suele funcionar, me imagino. Pero hoy... –se frotó los ojos–, no sé, nunca sabes qué es lo que te lo va a activar, ¿no? Puede ser cualquier cosa. Hasta la más mínima.

–¿Ha pasado algo? –preguntó Phyl.

Rashida se echó hacia delante y se sorbió los mocos, tratando de recomponerse.

–¿Recuerdas que te conté que solía recibir unos correos diciéndome que tenía un mensaje de voz? Y que cuando los escuchaba eran... Bueno, en realidad no sabría cómo describirlos. El equivalente en audio a una «fotopolla», supongo.

–Sí, me acuerdo. Pero creía que habían parado.

–Pues he recibido otro. Parece que llegó la semana pasada, aunque lo he visto esta tarde.

–Por Dios, no. ¿Del mismo tipo?

–Todavía no lo he abierto.

–Ay, Rash, lo siento muchísimo. –Con cierto atrevimiento, Phyl la rodeó con los brazos y trató de abrazarla, pero ella no le correspondió. No hubo ningún gesto de reciprocidad–. Deberías decírselo a la policía.

–Ya he tenido bastantes jaleos con la policía hasta ahora, gracias. Es lo último que me faltaba.

Phyl dejó de abrazarla, si es que se podía llamarlo así, y se apartó un poco sobre la cama.

–¿Ya te ha interrogado la detective?

–Sí, justo ahora.

–¿Y qué tal?

–Bien.

–¿Qué tipo de cosas te ha preguntado?

–Pues las típicas. Cosas sobre el pasado de Christopher. –Frunció el ceño, como si acabara de ocurrírsele algo–. Parecía un poco obsesionada con una, de todas maneras. Con cómo anotaba él las fechas.

–¿Las fechas?

–Sí, tía, con cómo se escriben las fechas con números. Quería saber si lo hacía como en Estados Unidos o como en Inglaterra, el mes o el día primero.

–Qué raro. ¿Y qué le has dicho?

–Pues que no lo recordaba muy bien, pero que probablemente como en Estados Unidos, ya que vivió tanto tiempo allí. –Se

quedaron pensando sobre eso, aunque a ninguna de las dos se le ocurrió una explicación lógica. Entonces Rashida se levantó, ya más tranquila; se le había pasado aquel breve momento de emoción, o por lo menos lo había reprimido–. De todos modos –dijo–, me han pedido que subiera a buscarte para cenar. Por lo visto, la inspectora también nos va a acompañar.

Prudence no había previsto quedarse hasta la noche, pero, en cuanto Joanna se lo propuso, ni lo dudó; no se la conocía precisamente por negarse a que la invitaran a comer. Andrew había preparado codillo de cerdo asado bañado en salsa de mostaza y adornado con romero y tomillo. Lo sirvió con dos vinos a elegir: un rosado francés de la Provenza y un muscadet ligero y aromático, y entre los cinco se bebieron siete botellas. Prudence, pensaba Joanna, debió de beberse por lo menos dos ella sola, por no hablar de los tres jereces que se ventiló antes de la cena. Más tarde, a Joanna le costaría recordar de qué habían hablado, aunque se acordaba de que habían comentado algo sobre la capilla ardiente de la Reina, para la que Prudence y su marido habían hecho cola el día anterior, y también de que habían charlado un poco sobre qué tal se le daría a Liz Truss el cargo de primera ministra. La mayor parte de la conversación evitó el tema de Christopher y los terribles sucesos de Wetherby Hall. Fue la propia Joanna la que sin darse cuenta lo sacó a colación al mencionar que la página web de la parroquia se había caído y que su dirección de correo electrónico seguía sin funcionar.

–Ya lleva así más de una semana –dijo.

–¿En serio? –dijo Andrew–. ¿Tanto?

–Sí. Fue el día antes de que a Christopher... Bueno, fue el día antes. Porque me mandó un correo y me pidió que le enviase aquellas páginas.

Prudence aprovechó enseguida el comentario.

–Lo que me recuerda –dijo– al escritor este, Peter Cockerill... ¿No

dijo que tenía algunos libros suyos por aquí?

–Sí –respondió Andrew–. Un par de ellos, creo. Voy a buscarlos.

Fue a la biblioteca y reapareció al poco rato con dos: el primero era una novela encuadernada en tapa dura, un poco baqueteada.

–*Una soga del infierno* –leyó Prudence, cogiéndola con delicadeza. Les echó un vistazo tanto a la cubierta como a la contracubierta, luego abrió el libro y se quedó mirando la portada.

–Un ejemplar dedicado, encima. Aunque el texto es un pelín... superficial. ¿Quién era Thomas? ¿Lo sabemos?

–Uno de los amigos de Joanna de la universidad.

–¿Este es el ejemplar de Tomas? –preguntó Joanna, atónita–. Creía que se lo había devuelto hace cuarenta años.

–Pues evidentemente no –dijo su marido.

–¡Pero eso es tremendo! Debería mandárselo ya. ¿Tenemos alguna dirección suya?

Una soga del infierno

una novela de

Peter Cockerill

Ay, ¿y qué le dejarás en prenda a tu amada, hijo mío?

¿Qué le dejarás en prenda, mi apuesto muchachito?

Una soga del infierno para colgarla,

una soga del infierno.

Ay, preparadme ya el lecho, porque hasta el alma traigo herida

y de buen grado me tendería.

Para Thomas,

con mis mejores deseos,

Peter Cockerill

Newman & Fox
Londres • 1982

–Supongo que, si de verdad lo hubiera echado en falta, ya te lo habría pedido.

–¿Diría usted que merece la pena leerlo? –preguntó Prudence.

–Depende mucho de sus gustos –dijo Andrew–. En mi opinión es un libro horrible. La obra de alguien que claramente detesta a las mujeres. Ya se ve en la portada, creo. Muy de la época.

–Y esta era su segunda novela, ¿no?

–La tercera. Después de esa, solo escribió una más: esta otra. –Cogió el otro libro, que era de bolsillo, mucho más moderno y elegante. Se titulaba *Mi inocencia*–. Esta es una reedición de hace unos años –le explicó–. Publicada por una pequeña editorial independiente. Hicieron un buen trabajo, me parece.

–¿Puedo echarle un vistazo? –dijo Phyl, cogiéndole el libro a su padre y poniéndose a leer la contracubierta con cierto interés–. ¿Es famoso este tipo?

–Yo no diría tanto. Pero, en cierto modo, es de los que han tenido suerte. Por lo menos se le recuerda. Y se le edita.

–No me entero –dijo Rashida–. ¿Hay alguna relación entre este escritor y la muerte de Chris?

–Puede –respondió Andrew–. Muy vaga. La víspera de su muerte, tu padre le escribió a Joanna. Quería saber... Mejor explícalo tú, cariño.

–¿Tu padre comentó alguna vez algo de un amigo nuestro que se llamaba Brian? –preguntó Joanna.

–No me acuerdo, la verdad.

–Pues fue a la universidad con nosotros. Y el año pasado, justo antes de morirse, escribió un librito sobre su época en Cambridge. Yo tengo el manuscrito, y tu padre me mandó un correo desde el congreso, porque le parecía que se mencionaba a este escritor en el manuscrito. De hecho, es así. Así que le mandé algunas capturas de los fragmentos en cuestión.

Rashida asimiló la información, bastante confusa.

–Qué raro que te pidiera eso –dijo.

Prudence se echó hacia delante y cogió el libro de bolsillo de las manos de Phyl.

–Y miren, aquí hay otra conexión –dijo–. «Con un prólogo del profesor Richard Wilkes.»

–¿Y ese quién es? –preguntó Phyl.

–Otro de los invitados de Wetherby Hall.

–¿Uno de sus sospechosos? –preguntó Rashida directamente, pero Prudence no le contestó.

–Por cierto –dijo Andrew–, mi amigo Victor hizo un dinerito con esa novela el año pasado.

–Anda... –dijo Prudence–. ¿Y eso cómo?

–Bueno, tiene algo de leyenda entre los coleccionistas. Cuando se publicó por primera vez (en 1987, creo) corrió el rumor de que se hizo una pequeña tirada de pruebas encuadernadas. Como cien o así. Pero, supuestamente, desaparecieron todas del mapa.

–¿Cómo que desaparecieron?

–A lo largo de los años algunas personas aseguran que han visto algún ejemplar de esas pruebas, pero nadie ha podido enseñar nunca una copia. Para el mundillo del coleccionismo, «las pruebas de *Mi inocencia*» se convirtieron en una especie de sinónimo de algo imposible, como «las calendas griegas» o «cuando las ranas críen pelo». Pero entonces, el año pasado, Victor, que tiene una librería de

viejo en Cecil Court, por lo visto consiguió un ejemplar. Dios sabe cómo. Y creo que lo vendió en un par de días, por cincuenta de los grandes.

Prudence soltó un silbido de admiración, y Phyl abrió los ojos de par en par.

–¿Pero quién tiene semejante cantidad de dinero para gastársela en un libro?

–Alguien sin ninguna intención de leerlo, me sospecho. Victor nunca me dice los nombres de sus clientes, claro, pero seguramente fue algún oligarca o algún multimillonario tejano del petróleo. Alguien para quien lo único que importa es su valor monetario. Lo meterá en una vitrina de cristal, cerrada a cal y canto, con su primera edición de las obras de Shakespeare, y ni lo volverá a mirar.

Más tarde la conversación derivó hacia otros temas. Andrew sacó primero un oporto, y luego un poco de brandy. Joanna puso la mano sobre su copa y dijo:

–No, no, ya hemos bebido todos *demasiado*.

Hasta Phyl y Rashida parecían tomárselo con calma, pero Prudence no se cortó un pelo y apuró dos o tres copas de cada. La ayudaban a bajar el pegajoso pudín de toffee que seguía sirviéndose a sí misma en generosas porciones mucho después de que todo el mundo hubiese terminado de cenar. Solo cuando casi iban a dar las doce, a Andrew, que empezaba a encontrarse mal de tanto beber, se le ocurrió decir:

–Oiga, Pru, no se va a ir conduciendo a casa después de todo esto, ¿no?

Prudence parecía totalmente despierta, en su sano juicio y, muy probablemente, capaz de superar un examen de conducir muy difícil en aquel mismo momento, pero soltó una risita y dijo de todas formas:

–Ah. Pues anótese un tanto. Seguro que no es buena idea ponerse a conducir en este estado.

–Cierto –aseguró Joanna–. Tenemos un montón de habitaciones libres. Puede quedarse a pasar la noche.

–Muy amable de su parte –dijo Prudence–. Quizá sea lo mejor.

Se pusieron los cinco de pie y comenzaron a recoger parte de los

platos y las copas. Mala idea. Rashida rompió una copa de jerez casi enseguida, y Phyl mandó a paseo un cuenco de madera para ensalada por toda la cocina, con un gesto torpe de su mano.

–Ya lo haremos por la mañana –dijo Joanna–. Venga, Pru, le enseñaré su habitación.

–Creo que lo que voy a hacer –dijo Prudence, resistiéndose al intento de Joanna de cogerla del brazo, y enfilando el pasillo al que daba la cocina– es leerme el manuscrito antes de irme a la cama. ¿Le parece bien? Me acurrucaré con él en la biblioteca, si no le importa.

–¿Está segura? ¿No está muy cansada?

–No, no, la noche es joven, en lo que a mí me toca. Si pudieran hacerme un café solo triple, y traérmelo cuando esté listo, ya sería perfecto. Y quizá también algunas de esas chocolatinas tan apetecibles que he visto en el aparador.

Los demás se quedaron mirándola con algo que rayaba en el pasmo. Tanto Phyl como Rashida empezaban a pensar que tal vez habían encontrado un nuevo modelo a seguir.

–Pues claro –dijo Joanna, con una mirada de auténtica incredulidad–. Enseguida vuelvo.

–El caso es que... ya se pueden imaginar que la cabeza me va a mil por hora, ha comenzado la partida, la ocasión la pintan calva, y todas esas cosas.

–Voy a por el café –dijo Phyl.

–Y yo a cerciorarme de que esté cómoda –dijo Andrew.

Llevó a Prudence hasta la habitación forrada de libros, y enseguida la dejó instalada en un sillón con el manuscrito encuadernado con anillas en el regazo y una buena luz de lectura justo encima de ella. El café, las chocolatinas y lo que quedaba del brandy reposaban todos a su disposición en una mesita auxiliar a la altura del codo.

–Buenas noches, entonces –dijo Andrew.

–No se preocupe por mí –dijo Prudence–. Me lo leeré en un periquete.

Él estaba a punto de marcharse, cuando ella le preguntó:

–Por cierto, ¿no recibió un correo de Christopher antes de su

muerte? ¿Algo con un archivo adjunto, o parecido?

–No, apenas lo conocía, la verdad. No creo que tuviera siquiera mi dirección.

–Ya. Es que he pensado que, al no funcionar el correo de su mujer, podría haber intentado mandarle algo a usted.

–Lo dudo mucho.

–Y entonces a quién, me pregunto.

Andrew se encogió de hombros.

–No lo sé. A su hija, podría ser.

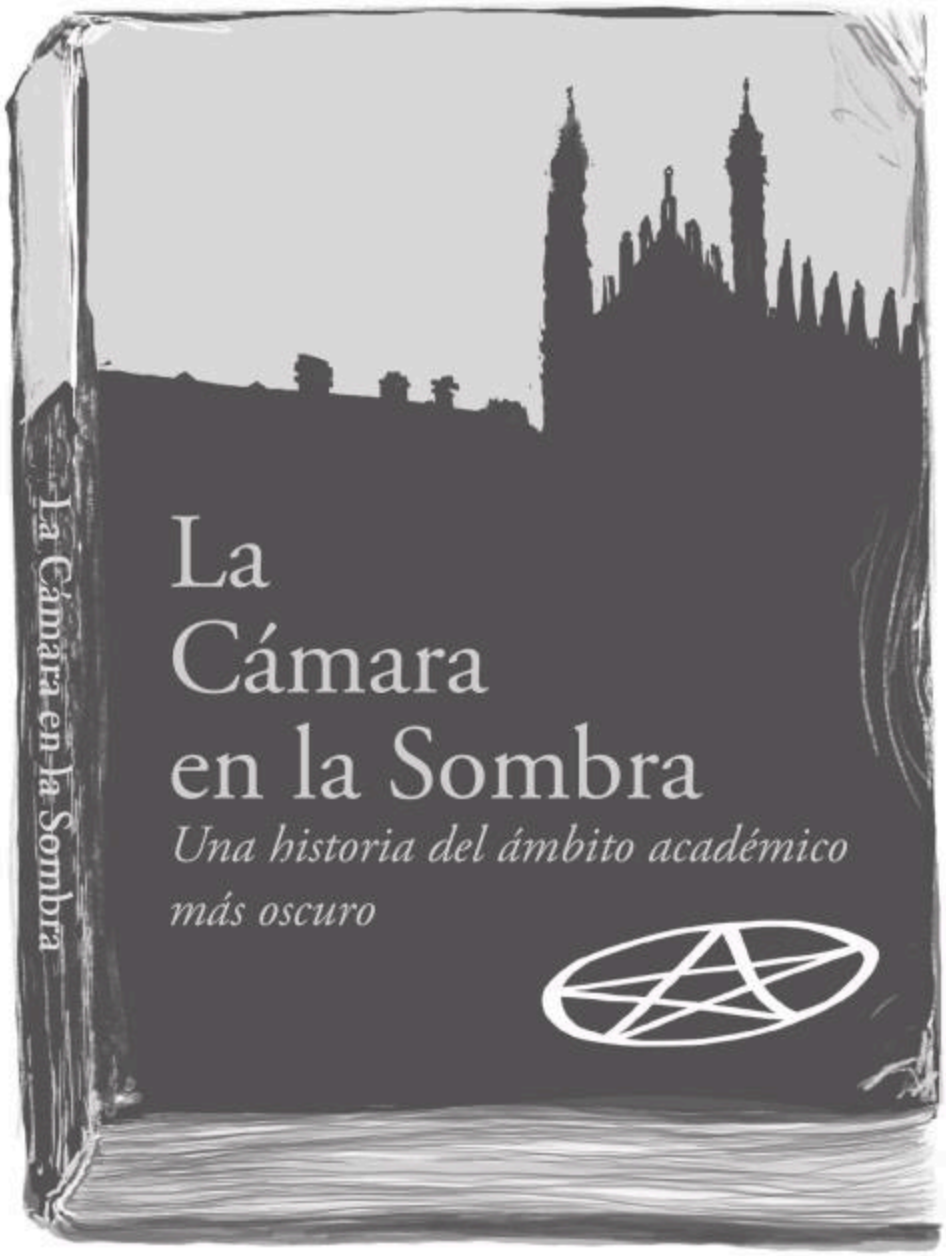
–Es verdad. Puede. Bueno, pues buenas noches.

Andrew asintió, le echó una última mirada a aquella invitada suya de ojos brillantes, tan despejada, y luego se unió al resto de su familia en el piso de arriba. Mientras tanto, la inspectora Freeborne se acomodó y abrió la carpeta de anillas sobre su regazo. A simple vista parecía rondar las cien páginas.

En años venideros, las memorias de Brian Collier serían corregidas y retocadas por la propia Joanna, quien además les añadiría algunas notas explicativas a pie de página, y las editaría personalmente como un fino volumen en tapa dura. Pero el manuscrito con el que Prudence se topó esa noche, aunque era una primera versión sin editar, no difería sustancialmente del publicado más tarde.

Le dio un sorbo al café y comenzó a leer.

Segunda parte
Nos lo cuenta


La Cámara en la Sombra
La
Cámara
en la Sombra
Una historia del ámbito académico
más oscuro

I. LA SITUACIÓN

Esta es la situación en la que me encuentro.

Cáncer de colon fue el diagnóstico inicial. Y se podría haber operado, aunque antes de que les diera tiempo a extirparlo ya había hecho metástasis en el hígado, y eso, como todo el mundo sabe, es una sentencia de muerte. No me queda mucho. Unos meses, probablemente. Y en este tiempo me gustaría escribir algo que pueda dejar como legado, para que lo lean mis hijos y mis nietos si les apetece. Y, en realidad, cualquiera al que le interese.

Tengo muchos dolores, pero nadie quiere saber nada del tema. No es sobre lo que quiero escribir. Quiero contar la historia de algunas personas que conocí en la Universidad de Cambridge hace cuarenta años. Me matriculé en 1980, y en marzo de 2020, justo antes de que empezara el confinamiento, fui a una cena para celebrar el aniversario en mi antiguo *college*. Eso fue lo que me hizo ponerme a pensar en esa época. Creo que he llevado una vida interesante: la mayor parte de los últimos cuarenta años los he pasado trabajando como psiquiatra, y no mentiría si dijera que en ese tiempo he entrado en contacto con prácticamente todas las facetas de la excentricidad y el comportamiento humanos. Y sin embargo, por algún motivo, nada ha quedado grabado tan a fuego en mi memoria como esos tres años que pasé en St Stephen's College, tres años en los que casi nunca salí del mismo kilómetro cuadrado de calles y edificios del centro de Cambridge.

Ninguna de las personas sobre las que voy a escribir en estas breves memorias asistió a aquella cena. Muchos desprecian ahora este tipo de cosas, y, de hecho, yo me sorprendí a mí mismo queriendo acudir. Supongo que, a pesar de la manía que le tenía a aquel lugar, mi estancia en Cambridge (que me sacó de un mundo

sin acabar de introducirme en otro) dejó una impronta más duradera en mí que en la gente que siempre había pensado que aquel era su sitio por una especie de derecho inalienable. Acabé acostumbrándome, claro. Uno se acostumbra a casi todo. Pero eso no es lo mismo que sentirse como en casa. Y nunca me sentí así. Nunca sentí que aquel era mi sitio. Eso era lo que lo hacía especial.

II. EL LUGAR

Me habían contado que Cambridge era un sitio frío y triste, que las zonas pantanosas no ofrecían protección alguna contra los vientos gélidos que soplaban del Mar del Norte y, últimamente, de Europa del Este y Rusia. Lo único que tengo que decir al respecto es que, si vienes de Middlesbrough, es más probable que el clima te choque por cálido y agradable.

Antes de llegar allí como estudiante, solamente había estado una vez, por mi entrevista para entrar en St Stephen's College. Un viaje complicado, de más de tres horas, con dos transbordos. La primera ocasión en que afrontaba un viaje así yo solo. Me había puesto una americana que no me quedaba bien y una corbata que había usado por última vez en la fiesta del decimoctavo cumpleaños de mi hermano, tres años antes, en el club de billar del barrio. Curiosamente, no recuerdo absolutamente nada de la entrevista (estaba tan nervioso que creo que me bloqueé y entré en una especie de fuga disociativa), aunque sí me acuerdo de salir de ella a la luz del día y quedarme de pie en el perímetro de Joseph's Court, intentando recomponerme. Poco a poco, comencé a fijarme en los detalles de todo lo que me rodeaba, y eran increíbles. Me encontraba en un patio que se podía describir de muchas maneras: antiguo, imponente, pretencioso, pero también indiscutiblemente bonito. Mientras miraba a mi alrededor y asimilaba los detalles de las ventanas con parteluz, los muros cubiertos de yedra, las viejas y pintorescas escaleras de madera, el tintineo de la fuente en el centro del patio y la capilla del colegio alzándose austeramente en el lado norte, empecé a caer despacio en la cuenta de que aquel, en teoría, podía ser mi entorno natural en un futuro próximo. Y de repente

tomé conciencia de que quería estudiar allí. Y lo deseaba más que nada que hubiera deseado antes en mi vida.

Menos de un año después, mis padres me llevaron en coche y me ayudaron a subir el equipaje por una de aquellas pintorescas y antiguas escaleras de madera hasta una habitación del ático. Resultó que no me habían alojado en Joseph's Court, sino en una habitación de las muchas que formaban un laberinto enclavado sobre una fila de tiendas de Sidney Street. ¿Qué más me daba? Podría pasearme por aquel patio cuando quisiese, y mientras tanto tendría autonomía, independencia, un sitio para mí solo. Mis padres se fueron para volver en coche a casa mientras todavía era de día: les quedaba por delante otro pesado viaje de unos trescientos y pico kilómetros por la A1, pero por mi parte no había ninguna pega: estaba bien que hubiera una distancia prudencial entre nosotros. Ahora tenía mi propio reino en pequeño. Limitaba a un lado con Grange Road y al otro con Sidney Street; con dos pubs al norte, en Bridge Street (la Bóveda y el Lomo de Res), y al sur, en Guildhall and Market Hill, con el extremo más lejano de la plaza del mercado. Durante los tres años siguientes, siempre que estuve en Cambridge apenas salí de aquel diminuto cuadrilátero, que contenía todos los elementos precisos para satisfacer mis simples necesidades de joven estudiante: bibliotecas, salas de lectura, comedores, restaurantes (aunque no había muchos en 1980), cafeterías (tampoco demasiadas), pubs, bares, librerías, tiendas de discos y... eso era todo. Suficiente (más que suficiente, en realidad) para tenerme contento.

Pero ¿era feliz? Por momentos, la historia que voy a contarles seguramente parecerá más bien una enumeración de situaciones incómodas. Evidentemente, ya contaba con ellas. Era ingenuo, pero no estúpido, y sabía que no iba a ser el típico estudiante de Cambridge, y que muchos de mis compañeros no me considerarían un espíritu afín. Y hubo muchas veces, pero muchas, en que deseé que mis tutores y profesores hicieran un mayor esfuerzo por que me sintiera a gusto. Ahora bien, ¿era ese su cometido? ¿Y hacía yo algo para que *ellos* se sintieran cómodos? Ante un espécimen extraño

como yo, a menudo parecían torpes e incómodos, aunque mi propia torpeza y mi propia incomodidad no se quedaban atrás.

Supongo que estas cosas funcionan en ambos sentidos.

Comiendo solo en el comedor del St Stephen a los diecinueve años, me veía constantemente rodeado de personas gritonas, seguras de sí mismas y del lugar que ocupaban en el mundo. Al asistir a aquella cena cuarenta años después, a los cincuenta y nueve, me seguí sintiendo rodeado de gente gritona y segura de sí misma y de su lugar en el mundo. Me jubilé (al término de una larga y exitosa carrera profesional), y sin embargo nunca conseguí ese grado de seguridad. Y supongo que ya no lo lograré jamás. De hecho, casi lo veo como una virtud, ya sea mía o de mis amigos. La gente más peligrosa del mundo es la que sabe exactamente lo que quiere y está decidida a conseguirlo.

Supongo que esta historia es sobre algunas de esas personas. Pero ahora (a no ser que me esté poniendo sentimental al ver cómo se va acercando el final) no le echo la culpa a Cambridge de haberlas alimentado y dado cobijo. El *college* era un mundo aparte, y había gente de todo tipo. Yo mismo le podría haber sacado mucho partido si hubiera querido. Aunque era demasiado joven, demasiado cauto, y, sobre todo, estaba demasiado asustado. Durante la mayor parte del tiempo que pasé allí, me limité a ser espectador, no protagonista. Pero algunas de las cosas que vi son interesantes. Por lo menos, espero que se lo parezcan.

III. LA FIESTA

Así que empezaré, si me lo permiten, por una breve anécdota que les dará cierta idea de lo perdido y fuera de lugar que me sentía cuando llegué al St Stephen's College de Cambridge en el otoño de 1980.

La historia es cierta. Mis amigos Joanna Reeves y Christopher Swann, entre otros, pueden dar fe de ello.

Yo tenía diecinueve años y había pasado los siete últimos en un colegio público de Middlesbrough, en el nordeste de Inglaterra. En esa época era raro que alguien de ese colegio fuera siquiera a la universidad, y que te admitieran en Cambridge no tenía precedentes. ¿Tendría complejo de inferioridad cuando llegué? La verdad es que no. Más bien estaba nervioso. La verdad es que hice amigos enseguida, pero antes de extenderme sobre eso déjenme que me quite esta historia de en medio. En mi opinión es bastante penosa.

Imagínense la escena. Mi primera semana en Cambridge, y en el casillero al pie de mi escalera me encuentro una invitación para una fiesta de bienvenida a los novatos en la rectoría, la residencia del rector.

Para empezar, ya había tres palabras en aquella frase que eran nuevas para mí. No me había dado cuenta de que yo era un «novato» (un estudiante nuevo en el *college*), de que durante los tres años siguientes iba a tener un rector, y de que mi nuevo rector vivía en una rectoría. La rectoría en cuestión no resultó ser una especie de casa parroquial construida sobre la hierba en el centro de Joseph's Court (aunque eso era lo que la palabra me sugería), sino un extenso conjunto independiente de habitaciones que formaba la totalidad del ala este de Kite's Court (del siglo XVI), junto al río Cam.

Más grande que muchas casas de campo, de hecho, con una enorme e impresionante entrada abovedada, delante de la que me quedé unos cinco minutos la noche de la fiesta, antes de armarme de valor para pisarla.

Eran aproximadamente las seis de la tarde, del segundo jueves del primer trimestre. Por fin conseguí atreverme a entrar pegándome a un grupo de novatos mucho más seguros de sí mismos, que habían llegado todos juntos. Y de esa forma me las apañé para colarme pasando más o menos inadvertido. Nos indicaron que subiéramos hasta un amplio salón de recepciones, con las paredes recubiertas de paneles de roble, que estaba lleno de estudiantes que parecían perfectamente cómodos con sus togas (yo me sentía insoportablemente impropio con la mía) y estaban apurando sus copas de jerez como si fueran los amos del reino.

Después de quedarme por allí de pie, mudo de miedo, durante un rato, por fin distinguí a alguien que conocía, un chaval que vivía en mi escalera. Sin embargo, solo se dignó a hablar conmigo un par de minutos, antes de que lo engancharan dos tipos que habían ido al mismo colegio que él (Westminster), así que enseguida me dejó tirado.

La verdad es que no sé muy bien cuál era el criterio para que te invitaran a aquella fiesta. La mayoría de las personas eran novatos o catedráticos. Pero de algún modo acabé charlando con alguien que no tenía nada que ver con el *college*. A lo mejor estaba allí como invitado del rector o algo así. El caso es que rondaba los cincuenta años (eso lo sé ahora; en ese momento probablemente pensé que tendría ochenta o más) y resultó ser un clérigo de la Iglesia Anglicana. Pero no un viejo clérigo cualquiera, como pronto descubrí.

–¿Y qué has venido a estudiar? –me preguntó, con una voz escandalosamente aristocrática.

–Medicina –contesté. Luego me quedé callado, hasta que me di cuenta de que seguramente esperaba que yo también le preguntase algo. Y en ese momento se me ocurrió la gran frase:

–¿Y usted qué hace?

–Solo estoy aquí de visita –respondió–. De hecho, soy obispo.

¡Un obispo! ¡Un puto obispo, por el amor de Dios! Allí estaba yo, en realidad todavía un niño recién salido de una vivienda de protección oficial en Ormesby, que nunca había hablado antes con nadie más pijo que sus propios profesores, entablando ahora una conversación la mar de educada con un obispo.

El caso es que lo más fácil habría sido preguntarle de *dónde* era obispo. Era la pregunta más lógica. Pues, en vez de eso, yo traté con él a mi manera. Porque sabía una cosa de los obispos: que ese bastón tan lujoso que usaban se llamaba báculo. No me pregunten cómo lo sabía, pero era una información que se había grabado en mi cerebro, y estaba dispuesto a demostrarlo. Aunque a la vez estaba muerto de miedo, y quería dar la impresión de que aquella fiesta era lo más normal del mundo para mí, conque por alguna extraña razón (Dios sabe qué curso siguieron mis pensamientos) decidí que a lo mejor los obispos no lo llamaban así, que tal vez emplearan alguna palabra genial, más coloquial, y que, si también quería que pareciese que yo era igual de genial y estaba a la altura de las circunstancias, debía hacer gala de la misma desenvoltura. De modo que, acto seguido, en vez de formular la pregunta: «¿Y de dónde es usted obispo?», como una persona normal, le dije:

–Así que obispo, ¿en serio?

Y luego:

–Entonces... tendrá usted un buen palo retorcido de esos, ¿no?

No recuerdo qué me contestó, ni nada de lo que pasó después, en realidad, hasta que al cabo de un rato me vi fuera, en Kite's Court, aullándole como loco a la luna de otoño.

IV. LOS AMIGOS

–Evidentemente, sabes lo que te diría un psiquiatra si le contaras esa historia, ¿verdad?

Le eché a Chris una mirada de cansancio. Sabía perfectamente lo que estaba pensando.

–No hace falta que me lo digas. ¿Homosexualidad reprimida?

Jo se rio y Chris dijo:

–Bueno, está muy claro, ¿no?

–No quería acostarme con ese obispo, eso te lo puedo asegurar. Me triplicaba la edad, y ni siquiera era guapo.

Chris se encogió de hombros.

–A mí me parece algo muy revelador haber dicho eso.

–Pues muchas gracias, Sigmund Freud. Por cierto, soy muy capaz de diagnosticarme yo solito.

Está claro que no recuerdo si esas fueron exactamente las cosas que dijimos, aunque creo que serían bastante representativas del tipo de conversaciones que tenía con Chris y Jo, solo un par de semanas después de conocerlos.

¿Cómo nos habíamos descubierto tan pronto después de entrar en el *college*? Sería tentador pensar que se debió a un instinto animal, que nos encontramos irresistiblemente atraídos los unos hacia los otros por una especie de afinidad entre iguales. Y hay una parte de verdad en eso. Jo y Chris eran niños de instituto, así que estaban un escalón por encima de mí en la escala social y educativa inglesa. Pero por lo que se refería al St Stephen eso seguía convirtiéndonos a los tres en palurdos, granujas, habitantes de las chabolas. Seguramente reconocimos eso los unos en los otros, y era una gran parte del lazo que nos unía. Ella era de Manchester, Chris de Taunton. A mis oídos, Jo ya había perdido el acento de su región

hacía muchos años, supongo. Chris, cuando llegó a Cambridge, seguía teniendo un toque de Somerset, pero lo perdió en cuanto pudo. Tuvo que soportar un trimestre de bromas sobre comer remolacha forrajera y beber sidra, siempre acompañadas de un coro con la cancioncilla «Tengo una nueva cosechadora reluciente», y después de eso se le pasó. De modo que el St Stephen fue un método de aprendizaje para los tres.

Conque, sí, hubo una atracción mutua entre nosotros, desde luego. Pero, en un nivel más práctico, Jo y Chris se las apañaron para encontrarse en aquella fiesta de novatos, mientras yo me entretenía en humillarme a mí mismo con el obispo o lo que fuera. Así fue como se hicieron amigos. Y en cuanto a Chris y a mí, lo que nos unió fue nuestro común interés en el teatro de vanguardia. Bueno, eso no es totalmente cierto. En la segunda semana del segundo trimestre, los dos habíamos asistido a una representación del Grupo de Teatro de Vanguardia de Cambridge en el ambiente hostil de la Leslie Stephen Room de Trinity Hall. Era una obra política titulada *Mayo del 68*, y los dos habíamos acudido atraídos, me temo, por una crítica en la revista *Cam* que aseguraba que tres actrices del reparto actuaban desnudas toda la función. Y así habría sido si hubiéramos ido la noche anterior. Aunque, por desgracia, luego la representación había sido cancelada por el ayuntamiento de Cambridge debido a un presunto incumplimiento de las normas antiincendios. A posteriori, parecía más que probable que esa no fuese la auténtica razón, pero, dada nuestra ingenuidad juvenil, encajamos el golpe y nos largamos juntos al Arts Cinema de Market Passage para una estimulante sesión doble de *La aventura* y *El año pasado en Marienbad*. Y después, como los pubs ya habían cerrado, Chris me invitó a su habitación para tomar un par de cervezas, y a las tres de la madrugada ya habíamos entablado otra prometedora amistad.

Lo curioso del caso, supongo, es que Chris había estado por algún motivo en Middlesbrough y se había sentado a mi lado en un pub, pero había mantenido las distancias como buen pijo del sur y yo no había tenido nada que decirle. Sin embargo, en Cambridge nos encontrábamos los dos en un terreno de juego muy diferente. Allí

bastaba con que nos vistiéramos, si no de la misma forma, por lo menos sin el típico uniforme de los chicos de colegio privado; no queríamos ni ver las chaquetas de tweed ni los pantalones amarillos. Llevábamos chaquetas de confección que nuestras madres nos habían comprado en los grandes almacenes del pueblo, y vaqueros, y camisetas de Marks and Spencer y los mismos zapatos que habíamos llevado al colegio los tres últimos años. Y Chris, al menos, podía aceptar hablar con alguien que se llamaba Brian sin burlarse de mi nombre, sin rascarse la cabeza y decir: «¿Sabes una cosa? Creo que nunca había conocido a ningún Brian. No es un nombre muy corriente al sur de Watford, ¿verdad?». Todo pronunciado con ese tono irónico de los alrededores de Londres que solo emplea la gente que disfruta de tantos privilegios que parece que cualquier cosa que les depare la vida nunca pasará de ser una broma muy divertida. Y hablando de dialectos regionales, se pueden imaginar lo que se reía aquella gente de Eton y de Harrow conmigo... Lo único que tenía que hacer era plantarme en el bar del *college* y pedir una jarra de cerveza. Eso bastaba para provocar la carcajada general y que todo el mundo se pusiera a gritar: «¡Venga, chavales, que falta nos hace!», con acentos que iban desde el de Birmingham, pasando por el de Glasgow, hasta el galés y el escocés. Me hacían una gracia...

Jo era otra que no sentía ninguna necesidad de sumarse a todo esto. De nosotros tres, seguramente era la más tradicional. Al fin y al cabo, años más tarde se hizo vicaria. Jo era la clase de persona que acudía obedientemente a sus tutorías y entregaba sus trabajos a tiempo, pero tampoco puedo decir que notara que fuese muy religiosa en aquella época. Tal vez anduviera despistado, o no quisiese ver lo que no quería ver. Pensándolo bien, con su estricta moralidad y su lealtad a prueba de bomba, ella era el vínculo que nos unía a los tres. No es de extrañar que, cuando empezamos a salir los dos durante unos meses a partir del segundo trimestre, eso alterase la dinámica del trío. Desde ese momento, Chris y yo nos distanciamos un poco, a pesar de que nunca rompimos la amistad ni nada parecido. En cualquier caso, me estoy adelantando a los acontecimientos.

Antes de continuar, debería nombrar a alguien más, aunque solo sea de pasada. A otro joven que vivía en mi pasillo. Se llamaba Thomas Cope, pero todos le llamábamos Tommy. Procedía de las Midlands y estudiaba Filología Inglesa, y era otro chico de instituto, lo que significaba que, en teoría, podría haber convertido nuestro trío de almas perdidas e inadaptadas en un cuarteto. Pero Tommy era demasiado solitario como para eso. Era el tipo más callado y más tímido que cualquiera de nosotros hubiera conocido nunca, y a no ser que lo pillaras yendo a la biblioteca o a algún seminario no le veías el pelo. Pasó por el St Stephen sin dejar el menor rastro de su presencia. Ninguno de los tres llegó a saber nunca de verdad lo que hacía en su cuarto. De vez en cuando publicaba sus poemas en la revista del *college*, inspirada normalmente en la estudiante femenina de turno que hubiese desatado su pasión esa semana. (Sus lamentos románticos eran pasajeros, pero intensos mientras duraban.) De todas formas, al final resultó que también escribía relatos y hasta novelas, que empezó a publicar durante los años siguientes a su licenciatura. Para sorpresa de todos nosotros, algunas tenían un ligero toque satírico y, es más, indicaban cierto interés por la política, cosa de la que no había dado el menor atisbo cuando era estudiante. No sigo mucho estas cosas, pero me han contado que una de ellas (escrita con mucho esfuerzo en el segundo año de carrera, y titulada ¡*Vaya mezcolanza*!) logró lo que en círculos literarios se conoce como «un relativo éxito». Quién se lo iba a imaginar...

V. LA ÉPOCA

Pero ¿cuándo terminaron los años ochenta y empezaron los noventa? Debería advertirles que hay una respuesta correcta y una respuesta equivocada para esta pregunta. Y una pequeña pista: la respuesta correcta no son las doce de la noche del 31 de diciembre de 1979.

Tenía diecinueve años cuando comencé mi carrera, y diecinueve, en mi opinión, no es una edad adecuada para ir a la universidad: desde luego no a la de Cambridge, y tampoco a St Stephen's College. Creo que tal vez, y solo tal vez, cuando cumplí los treinta podría haber tenido la madurez necesaria para lidiar con las experiencias que me depararon los tres años siguientes. Pero, para empezar, ¿quién sabe de verdad lo que quiere hacer con su vida a los diecinueve años? ¿Se supone que a esas alturas ya tienes que haber decidido cómo quieres pasar las cinco próximas décadas? Es absurdo. Me había matriculado en el St Stephen como estudiante de Medicina, aunque no tenía verdaderos deseos de convertirme en médico, tal como yo concebía ese trabajo. Darles noticias horribles a los pacientes de cáncer y hacerles colonoscopias a los viejos no era la idea que yo tenía de un futuro tentador. Estaba más interesado en la historia y la filosofía de la Medicina en ese momento, y me interesaba más estudiar la mente que el cuerpo humano. Había elegido Ciencias en el bachillerato porque esa era la dirección que mis padres querían que tomara, pero mi corazón seguía estando con el señor Gordon, mi excelente profesor de Lengua y Literatura, y con los autores innovadores que me había animado a leer en el verano del 77, el verano antes de la reválida. Me había dado a conocer a Orwell y a Zola, a Brecht y a Céline. Los escritores de ese tipo continuaban siendo mis héroes, y durante mis años en Cambridge

era mucho más probable verme con un ejemplar de *Viaje al fin de la noche* que de *Anatomía de Gray*.

En resumidas cuentas, andaba a la búsqueda de una contracultura. Así que no tuve mucha suerte, que se diga, porque estábamos en el Reino Unido en el otoño de 1980. En música, el punk se había ido por donde había venido, y ahora todo el mundo acababa de descubrir los sintetizadores y las cajas de ritmos y hacía un electro-pop horrible, como robótico. (Eran los «nuevos románticos», de hecho.) Nuestra industria cinematográfica estaba acabada. Y que yo supiese (tampoco era ningún experto), la narrativa británica consistía en un club de viejos señores blancos que giraba en torno de gente como Fowles, Golding, Amis y Burgess. A lo mejor no andaba buscando en el lugar adecuado. El feminismo llevaba, como mínimo, una década en marcha, y al cabo de unos años yo me pondría por fin al día cuando descubrí a señoras como Angela Carter o Kathy Acker. Si hubiera sabido un poco más de lo que había pasado en Francia, a aquellas alturas ya habría leído a Foucault, a Lacan y a Roland Barthes. Pero hasta los intelectuales ingleses de izquierdas (y así era, en efecto) parecían anclados en el pasado, como muy bien se traslucía en la elección del envejecido Michael Foot como líder laborista. Lo que me dejaba huérfano tanto en el ámbito político como en el intelectual.

No estoy muy seguro de que Jo y Chris compartiesen mi frustración. A Jo no había manera de hacerle hablar mucho de política, y siempre que lo hacía sus opiniones eran bastante de centro. Chris constituía un caso más complejo. Cuando en las elecciones de 1979 yo voté a los laboristas y, por consiguiente, no tuve ninguna responsabilidad en la pesadilla thatcherista que empezaba a fraguarse, él todavía era demasiado joven para votar; pero una noche que estaba borracho me hizo la confidencia de que seguramente habría votado a la Thatcher si hubiese podido. Aunque también me dijo que, durante los tres cursos siguientes, el St Stephen lo había vuelto más radical, lo que resulta bastante curioso, porque no es que fuera precisamente un semillero de ideas marxistas. Supongo que lo que quería decir es que la gente más comprometida políticamente del *college* era toda de derechas, y eran

todos tan horribles que, ideológicamente hablando, no te quedaba otra opción que salir corriendo en dirección contraria. (No diré nombres, claro. Bueno, tan solo uno muy evidente: me refiero a ti, Roger Wagstaff.)

Jo y Chris, en cualquier caso, estaban centrados en sus carreras de un modo que a mí me resultaba imposible. Era mi primer año de estudios teóricos, y por mucho que intentaba interesarme por las sutilezas de la actividad hormonal, el encanto de los orgánulos o la fascinante complejidad del sistema tegumentario, yo no ponía el corazón en aquello. La gente que no los vivió da por hecho que, ya fueras thatcherista o no, los ochenta fueron por lo menos una época dinámica, pero, como ya insinué antes, no creo que esa década ya hubiese comenzado de verdad, y en lo que se refiere a mi vida académica, mi propio nivel de energía estaba mucho más en consonancia con el final de los setenta, el letargo y la parálisis de los años de Callaghan. Me pasaba las noches en compañía de jarras de Guinness en el bar del *college*, o, peor aún, viendo la tele en la Sala de Estudiantes, donde se podía encontrar a todos los auténticos fracasados y casos perdidos despatarrados en los sillones, mirando al infinito o a la temblorosa pantalla del televisor en blanco y negro. De día lo llevaba mejor, porque por lo menos tenía la curiosidad intelectual suficiente para asistir a algunas clases.

Aunque no a las clases de Medicina. No me esmeraba mucho en ese terreno (y lo pagué bien caro en los exámenes finales de primer curso). Iba en cambio a las de Filosofía con Jo, o con Chris a las de Historia. A veces hasta tomaba yo la iniciativa y me dejaba caer por el sitio que durante una temporada se convirtió en mi favorito de todos los territorios de Cambridge: la facultad de Filología. Aparentemente era un moderno conjunto de edificios poco atractivo, en la zona de Grange Road, bastante cerca de la impresionante Biblioteca Universitaria de Gilbert Scott, pero para mí tenía un brillo irresistible. Para empezar, por lo visto siempre había un montón de chicas estudiantes por allí, y eran mucho más guapas y atractivas que las que hacían Medicina. Y además todas llevaban algún ejemplar de *Las olas* o *Cumbres borrascosas* bajo el brazo, así que siempre cabía la tentadora posibilidad de que te enredaras en una

apasionante conversación sobre literatura con ellas. (A pesar de que eso no se dio nunca en mi caso.) A mí me parecía un ambiente enrarecido y exótico donde el aire bullía constantemente de *ideas*, cosa que escaseaba bastante en mi propia facultad, por decirlo finamente. Seguro que allí tampoco faltaban viejos catedráticos irascibles cuyas clases te dejaban en coma, mientras leían fatigosamente en voz alta, por trigésima vez, el mismo capítulo de un libro que habían publicado en 1949 y no habían vuelto a revisar. (Había un profesor en concreto, un especialista en un poeta metafísico isabelino, que era famoso por eso mismo: su libro era conocido popularmente como *Con Donne hasta la muerte*.) Pero también había catedráticos más jóvenes cuyas clases tenían un toque extravagante y teatral, y que desafiaban las normas y estaban abriendo las puertas al marxismo, el estructuralismo y la cultura pop, y que eran capaces de llenar el aula más grande hasta el punto de que había oyentes que se quedaban sin poder entrar, decepcionados.

Un día de ese primer trimestre, asistí a una de aquellas clases abarrotadas, que daba uno de los personajes de moda, y que versaba sobre «Beckett y el dúo cómico». Yo andaba leyendo *Malone muere* en ese momento, así que aquello parecía que estaba bastante en consonancia. La clase fue principalmente sobre *Esperando a Godot*, y sobre cómo Vladimir y Estragón estaban inspirados en Laurel y Hardy, con todo aquel asunto de los bombines y demás. Sin embargo, el orador también trató un aspecto más general que me resultó muy interesante. Así como el protagonista de una obra, dijo (ya fuera Edipo o Hamlet o Arturo Ui) solía ser un arquetipo que representaba la conciencia individual de cualquier ser humano, el dúo cómico podía ser considerado la representación más simple de toda la sociedad. Ahí, en la interacción entre Laurel y Hardy, o entre Abbott y Costello, teníamos un microcosmos de cómo las personas interactuaban unas con otras: frustraciones, malentendidos, zancadillas, pero también una total interdependencia y (en el caso de los grandes dúos cómicos) un auténtico amor inquebrantable. No hay más que ver a Vladimir y Estragón, dijo, o a Laurel y Hardy, incluso a Morecambe y Wise, y se percibe una imagen reducida de

una sociedad más o menos operativa. Seres humanos haciéndolo lo mejor posible para llevarse bien; incapaces de ocultar a veces su impaciencia con respecto al comportamiento recalcitrante de los demás habitantes de la tierra, pero incapaces todos y cada uno de funcionar sin el otro.

Me pareció interesante que mencionara a Morecambe y Wise. En esa época, a principios de los ochenta, seguían saliendo en la tele (los había visto en la Sala de Estudiantes solo unas noches antes) pero empezaban a estar mayores, y ya habían dejado atrás su etapa más gloriosa. Costaba imaginar el cariño con que se les recordaría cuarenta años después. Aunque, si actualmente repasas esa época, supongo que la razón está clara. Allá por los años setenta, cuando los programas de televisión como el suyo solían tener más de veinte millones de espectadores, sospecho que la gente creía en otro tipo de sociedad. Por aquel entonces teníamos un modelo a seguir: más o menos organizado, más o menos operativo, basado en la creencia de que las cosas no se debían repartir de un modo poco equitativo. Era imperfecto, claro, y estaba repleto de injusticias y desacuerdos y baches en el camino, pero sobre todo tendía a la cohesión: como una de aquellas grandes parejas cómicas. Se podría decir que en Inglaterra empezamos a creer en ese tipo de sociedad en 1945, y dejamos de hacerlo cuarenta años más tarde, cuando se comenzó a animar a la gente a pensar que la felicidad individual, el éxito individual, los derechos individuales eran lo único que importaba. Y ahora, en los 2020, un montón de gente siente nostalgia por aquel breve periodo de posguerra. Por un tiempo en que las apisonadoras podían atropellar nuestros bombines, y nuestros números de canto y baile podían salir cómicamente mal, pero por lo menos podíamos confiar los unos en los otros y apoyarnos mutuamente.

Suelo pensar que uno de los símbolos más poderosos del nuevo individualismo es el teléfono móvil, ese objeto inverosímil que nació como un hilarante ladrillo de plástico con una antena de radio y ahora se ha hecho omnipresente e indispensable, la pieza central y la piedra filosofal de nuestras vidas. ¿Se acuerdan de cuando se lanzó al público en el Reino Unido? Fue el día de Año Nuevo de 1985. ¿Y recuerdan quién lo lanzó? Ernie Wise, por supuesto. Eric

Morecambe había muerto el año anterior, dejando a Ernie abandonado: aquel pequeño microcosmos perfecto de la sociedad que, con él y su compañero, había entretenido al país durante años se había roto definitivamente. Ahora Ernie se había quedado solo: el símbolo ideal de nuestro nuevo individualismo, que al final (¿por qué nadie lo pensó en su momento?) ha resultado ser otra palabra para soledad.

Así que no dejen que nadie les cuente que los ochenta empezaron cuando se acabaron los setenta. Los ochenta comenzaron el primero de enero de 1985, cuando Ernie Wise hizo su primera llamada pública con un móvil en el Reino Unido.

Mientras tanto en Cambridge, en el otoño de 1980, seguíamos viviendo todos en el limbo.

VI. LA SECTA

Fue increíble lo pronto que me acostumbré a Cambridge, que me aburrí de él, incluso. También es verdad que nunca me quedé pasmado y sobrecogido por la belleza de los *colleges*, ni del St Stephen en particular: me refiero a la pretenciosa escala de Joseph's Court, a la austera belleza de la Cygnet Library del siglo XVI, incluso a la capilla que evidentemente nunca volví a pisar después de echarle un vistazo durante el *tour* de los novatos la primera semana. El contraste con mi lugar de origen era demasiado grande y nunca lo superé del todo. Aun así, me llamaba la atención que otros estudiantes fuesen tan estúpidos y poco curiosos, y que la idiotez pareciese encontrarse entre los requisitos fundamentales para convertirse en un profesor de Cambridge (especialmente de la facultad de Medicina).

Había excepciones, claro. El St Stephen no carecía de sus pequeños focos de encanto académico. Tal vez el más importante de ellos lo formaba el aura de prestigio y misticismo que rodeaba al profesor Emeric Coutts y sus seguidores.

Coutts era un catedrático de Filosofía, de cuarenta y muchos años, que ya llevaba casi veinte como miembro del *college*, y se trataba de uno de los pocos que habían adquirido cierta fama fuera de la propia universidad. Además de intimidar a sus estudiantes con sus interpretaciones rigurosamente tradicionales de Descartes, Hegel y otros pilares del canon occidental, había sorprendido a todo el mundo redactando una guía divulgativa de la Filosofía con bastante éxito (*Cómo pensar te puede mejorar la vida*), a la que había seguido un largo ensayo político que, aunque no se vendiese tanto, fue en cierta forma mucho más influyente. Se titulaba *Cómo me hice conservador*, y cuando se publicó en 1977, llamó rápidamente la

atención de ciertos políticos que en ese momento estaban en la oposición, concretamente de Margaret Thatcher y su gurú ideológico, sir Keith Joseph. Se rumoreaba que eso propició invitaciones a cenar, y enseguida Thatcher empezó a mencionar al profesor Coutts en las entrevistas como «mi filósofo favorito». Pronto se convirtió en un invitado habitual de los debates televisivos, que (para asombro de cualquiera que ahora mismo tenga menos de cuarenta años) formaban gran parte de la programación en esa época: hombres grises, con aspecto enfermizo, todos trajeados, sentados alrededor de una mesa, debatiendo los asuntos más espinosos del día, que remataban sus frases con un acento culto, antes de llegar a un acuerdo civilizado (dentro de ciertos parámetros tácitos, pero bien definidos, de opiniones aceptables). Coutts se convirtió en una presencia fija de aquellos programas, y también empezó a firmar de vez en cuando algunas columnas de los periódicos de derechas, aunque era un secreto a voces que aquellos artículos se los escribían fundamentalmente sus estudiantes, puesto que al propio profesor no se le daba bien el lenguaje del periodismo corriente.

Así que enseguida, tras llegar a Cambridge, Jo descubrió que le habían asignado un tutor de Filosofía y un director de estudios al que, sin exagerar demasiado, se podía describir como una celebridad. De hecho (y esta podría ser perfectamente la definición de un bautismo de fuego), Emeric Coutts fue el primer catedrático de Cambridge al que conoció, al principio de su segunda semana, cuando la invitó a un té en sus aposentos para hablar del programa de estudios de aquel trimestre. Por cómo nos lo contó luego a Chris y a mí, constituyó una experiencia bastante estresante. En cuanto llegó y se acomodó en un sillón, él le preguntó si le apetecía una taza de té. Ella le contestó que sí, que le encantaría. Y él le preguntó qué clase de té le gustaría. Jo ni sabía que había diferentes clases de té. Sabía que había distintas *marcas* (PG Tips, Brooke Bond, y demás), aunque no diferentes *clases*. Al percibir su inseguridad, el profesor Coutts le hizo algunas sugerencias, pero palabras como «Earl Grey» y «lapsang souchong» no eran para ella más que una mezcla de letras que no significaba nada. Al final, le oyó mencionar

el té de jazmín y le sonó bien; sabía lo que era un jazmín y, mejor aún, le gustaba el olor. Sin embargo, cuando él le sirvió una taza de porcelana china llena con un líquido naranja claro, se asustó porque nunca había tomado té sin leche, y de hecho ni siquiera sabía que la gente a veces bebía té solo, así que le pidió que le añadiese un poco.

Según la versión de Jo, la reacción del profesor Coutts a su petición fue más de diversión que de otra cosa, y exclamó fingidamente escandalizado:

–¿Té de jazmín con leche? ¿Estás segura? –Lo preguntó de una forma que a ella le hizo darse cuenta de que había metido la pata. Pero ahora ya no la podía sacar, conque remachó el clavo diciendo:

–Es como lo tomamos siempre en casa.

A lo que él respondió:

–¡Qué raro! –mientras servía lenta y cuidadosamente la leche de una diminuta jarra de plata en su té, que se volvió de un color asqueroso.

(«No era marrón», decía ella luego. «Era una especie de... naranja lechoso.»)

–¿Y así es como toma todo el mundo sus oolongs en Wrexham?

Cosa que ya acabó por confundir del todo a Jo, en parte porque nunca había escuchado la palabra «oolongs», pero también porque parecía que él, por alguna extraña razón, tenía idea de que ella era de Wrexham, y en vez de dejarle persistir en su error, decidió cortar por lo sano diciendo:

–En realidad soy de Stockport.

A lo que el profesor respondió:

–¡Ah! Perdona. –Y luego–: No sabía que Stockport estaba en Gales.

Otro comentario sin ton ni son, que todavía confundió más a Jo, que intentó solucionarlo explicando:

–Stockport está en Manchester.

A lo que él contestó, con voz de sorpresa:

–Pero tú tienes acento galés.

Cosa que ella estuvo a punto de negar, pero enseguida se cortó, porque en realidad nunca se había parado a pensarlo. Tal vez *tuviera*

acento de Gales y nunca lo había notado; aunque, la verdad, por qué iba a tener acento galés si no era de Gales. En cualquier caso, en vez de confirmarlo o negarlo, aún lo complicó todo más añadiendo:

–Bueno, supongo que Stockport no está realmente *en* Manchester. Es parte del área metropolitana, me imagino, técnicamente hablando.

A lo que el profesor Coutts dijo:

–¡Ah! Ya entiendo, es un barrio del extrarradio de Manchester.

Lo que obligó a Jo a reflexionar sobre el tema y seguir insistiendo, dado que sabía que estaba hablando con alguien para quien la precisión en el uso de la lengua era de vital importancia.

–No, en realidad no es un barrio, es un pueblo aparte.

El profesor Coutts se quedó pensándolo y replicó:

–O sea... ¿Quieres decir un pueblo dentro de otro pueblo?

–Bueno... No exactamente –dijo Jo– porque Manchester es una ciudad, no un pueblo.

–¿En serio? –respondió él–. Pues una ciudad debe tener una catedral para ser una ciudad como Dios manda.

–Pero es que Manchester tiene una catedral –le explicó Jo.

A lo que él contestó:

–¿Manchester tiene catedral? Me dejas pasmado.

Y durante un ratito se le oyó mascullar para sí mismo:

–¡Manchester tiene catedral! «La catedral de Manchester.» Qué sorpresa. Nunca lo había oído... –Hasta que su voz se fue apagando, dejando un silencio insoportable que Jo llenó dando un primer sorbo de prueba a su té, y encontrando aquella mezcla de leche y flores tan asquerosa como se había temido.

En conjunto, no era el arranque más prometedor para una relación entre profesor y alumna, pero las cosas fueron a mejor. Jo era una estudiante extraordinariamente brillante y trabajadora, y durante las siguientes semanas esas cualidades se ganaron el respeto del profesor Coutts. A mediados del segundo trimestre era tenida en tan alta estima por su augusto tutor que recibió un trato especial: la invitaron a asistir a una de sus famosas veladas de la noche de los jueves.

Y ese era, sin lugar a dudas, el acontecimiento más esperado del St Stephen's College. Nadie recordaba cuándo había empezado esa tradición, pero Coutts llevaba organizando aquellas reuniones por lo menos cinco años. Su objetivo, al parecer, era aportar un entorno informal en el que pudiera tener lugar un debate político, cultural y filosófico, aunque todo el mundo daba por sentado que los salones eran algo más que eso, y corrían varios rumores estrafalarios sobre ellos, divulgados normalmente por personas que no habían asistido a ninguno. Se hablaba de ceremonias de iniciación secretas, con un libro de visitas encuadernado en pergamino que había que firmar con sangre; juramentos de lealtad que se hacían sobre un ejemplar de *La rebelión de Atlas* de Ayn Rand; de un cuarteto de estudiantes femeninas que entretenía a los invitados cantando madrigales renacentistas, vestidas con túnicas transparentes. Todas estas cosas, me aseguró Jo, tras haber asistido a una de aquellas reuniones por primera vez, eran puras tonterías. Me contó que había tenido que escuchar una charla muy pesada sobre los acuerdos comerciales de los Estados Unidos y China, y que el *catering* había consistido en algo tan apetecible como un vasito de chardonnay templado y un cuenco de cacahuetes. Era verdad que Coutts tenía un clavecín en una sala (¿o se trataba de un clavicordio?), en el que una de las estudiantes de música había interpretado tres o cuatro preludios y fugas de Bach, pero conservando la decencia todo el rato, para gran alivio de Jo (y, sin duda, de todos los demás).

Resultaba todo muy decepcionante, aunque pronto tuve ocasión de averiguar la verdad por mí mismo. En el momento en que se anunció la última velada del tercer trimestre, Jo y yo nos habíamos embarcado en nuestro breve y malhadado intento de salir juntos, y ella se había congraciado tanto con su tutor que tuvo el coraje suficiente para preguntarle si podía llevar un invitado.

–¿Un invitado? –dijo él, mirándola de una manera (me contó Jo) que ella esperaba, por el amor de Dios, que no fuese coqueta–. ¿Quieres decir un novio?

Ella asintió, y a mí se me admitió.

Era una tarde luminosa y cálida de mediados de mayo, y yo diría que estábamos como unos veinticinco o treinta de nosotros

apelotonados en la habitación más grande de la amplia suite del profesor Coutts. Algunos eran del St Stephen, pero muchos habían venido de otros *colleges*. Había catedráticos, estudiantes y posgraduados. Tras la obligatoria interpretación al clavicordio (¿o era un clavecín?) nos presentaron al conferenciante invitado. Se trataba de un viceministro del gobierno vigente, cuyo torso sobrealimentado tensaba las costuras de un tres piezas a medida mientras nos obsequiaba con una larga disquisición sobre el tema de «El aspecto moral de la desigualdad de la riqueza». Su tesis, en resumidas cuentas, consistía en que había que abolir los sindicatos, pero no porque fuesen muy combativos y quisiesen chantajear al estado con sus huelgas, sino porque pagar mal a sus trabajadores entraba simplemente dentro de los intereses económicos de cualquier país. Había que maximizar los beneficios privados, insistía; solo de esa manera podría ofrecerse a los gerentes un incentivo como era debido para que persiguieran la eficiencia y la productividad. Y, si quienes se encontraban al mando estaban bien remunerados, se acabarían gastando su dinero, y al final ese dinero se repartiría entre toda la sociedad, pero no gravando con impuestos a los ricos, sino por el funcionamiento natural e inalterable del libre mercado.

Ahora me doy cuenta de que estaba escuchando a un defensor precoz de la economía del goteo. El término no existía en esa época, o si existía, yo no estaba familiarizado con él. De todos modos, pensé que decía las mayores estupideces del mundo, pero por respeto a Jo me mordí la lengua. No quería avergonzarla ni que me vieran como al típico novio provinciano y bolchevique. Así que me quedé allí sentado escuchando, en plan niño bueno, la propia charla y luego el debate que la siguió (que giró sobre todo en torno a que el conferenciante no había ahondado lo suficiente en su razonamiento), y después, a modo de recompensa, me permití el lujo de dejar que el mayordomo (sí, había un mayordomo, no sé de dónde había salido) me llenase otra vez hasta el borde mi vaso de vino.

Jo estaba charlando con otro estudiante de primer curso sentado a su lado, así que yo no tenía mucho en qué ocuparme aparte del vino y los *vol-au-vents* de pollo con los que Coutts nos había

obsequiado aquella última reunión. Me quedé allí mirando mientras otros invitados se despedían y se marchaban. Al final, el propio organizador de la velada me dirigió unas palabras, seguramente como una mera indicación de que debía irme, y dijo:

–No es malo este sauvignon, ¿verdad? Te ofrecería un poco más, pero me parece que esta era la última botella.

Me da vergüenza decir que sostuve el vaso en alto a contraluz, como si supiera algo de vinos, en un esfuerzo por impresionarle.

–Muy agradable, muy bebible. Un buen año este.

Asintió con la cabeza educadamente, aunque era perfectamente capaz, me temo, de distinguir a un fanfarrón de primera categoría en cuanto lo veía; luego se disculpó, se despidió de Jo, y desapareció por una puerta al fondo de la sala.

–Bueno, ¿y qué te ha parecido la cosa, entonces? –me preguntó Jo un par de horas más tarde. Estábamos acostados juntos en su cama de Leonard's Yard, y ya habíamos disfrutado de un momento de modorra poscoital. Tenía la cabeza apoyada en mi hombro, y yo le acariciaba el pelo con una mano, mientras la otra descansaba sobre mi... Bueno, a lo mejor no tengo que entrar en detalles.

–Una mierda –dije escuetamente–. Una mierda muy peligrosa, ya puestos. Esta gente no quiere una sociedad próspera. Solo quiere más dinero para ellos y sus colegas.

–Pues entonces deberías haber dicho algo.

–¿En serio? ¿Te habría gustado?

–Sí, estaba esperando que lo hicieras. Hubiera animado la cosa. Y al final lo único que has hecho es darle las gracias a Emeric, después de que todo el mundo se marchara, por ofrecerte un poco de buen vino. –Al principio no le contesté nada, picado por su crítica. Mientras tanto, Jo continuaba pensando en alto–: ¿Y a *dónde* se han ido todos, por cierto? ¿Te has dado cuenta de que al final la habitación estaba casi vacía? Pero la mayoría no se ha ido por la puerta principal.

No le presté mucha atención, porque seguía preocupado con lo decepcionada que parecía conmigo. ¿Me estaba reprimiendo, incluso a esas alturas, por mi torpeza social, mi arraigado complejo de clase,

o todavía era peor? ¿Cambridge ya estaba calando en mí, haciendo que perdiera mis principios fundamentales?

Me volví hacia Jo y le pregunté, con cierto apremio:

–¿Fue ridículo eso que dije del vino? Sé sincera: ¿me he portado como un gilipollas?

Jo sopesó la pregunta, pero no la contestó. En vez de eso, sonrió para sí misma, se rio y dijo:

–Bueno, por lo menos no le has preguntado si tenía un buen palo retorcido.

Como colofón de esta historia, he de mencionar la reacción de mis padres, unos meses después, cuando Emeric salió una noche en televisión. Fue a mediados de unas larguísimas vacaciones de verano (Dios mío, aquellas vacaciones se me hicieron eternas), y mis padres y yo habíamos estado viendo juntos un programa cómico cuando luego pusieron un coloquio nocturno sobre libros. Normalmente en mi casa eso no lo habríamos soportado más de cinco minutos, pero como vi que Emeric participaba en él señalé la pantalla y dije:

–Conozco a ese tío.

Mi padre se volvió hacia mí, perplejo.

–¿Qué quieres decir con que lo conoces?

–Es un profesor de Cambridge –dije–. Me invitó a una fiesta en sus habitaciones.

Sí, creo que me expresé en esos términos, tal era mi deseo de impresionar a mis padres. Y funcionó. Les parecía increíble que su propio hijo estuviera ahora codeándose y dándole al sauvignon con un miembro de lo que hoy en día llamaríamos probablemente la élite urbana. En nuestro mundo, la gente que salía en televisión y la que vivía en Middlesbrough (nuestros amigos, nuestros vecinos y nuestra propia familia) no tenían ninguna posibilidad de encontrarse: pertenecían a galaxias social y geográficamente diferentes. Ese era el orden natural de las cosas por lo que se refería a mis padres, y aquella repentina excepción los dejaba pasmados. No les cabía en la

cabeza. En cuanto a mí, me regodeé en silencio (y sin mucha modestia) en haberlos dejado estupefactos de aquella manera.

Mi merecido lo recibí a la mañana siguiente en forma de una carta de Jo, diciéndome en términos cariñosos pero muy claros que había decidido que sería mejor que cortásemos nuestra relación y retomásemos nuestra amistad. No acabé de entender (y sigo sin entenderlo realmente) por qué había tomado aquella decisión, aunque por supuesto la respeté. Sería clave para que me embarcara, a mi regreso a Cambridge en octubre de 1981, en una campaña de aventuras sexuales entre el grupo bastante reducido de estudiantes femeninas del St Stephen, y a pesar de que resultó divertido, a su manera, tan solo fue un sucedáneo de estar con ella. Nuestra amistad a lo largo de los siguientes meses se convirtió en un camino pedregoso (como sucede siempre con estas cosas tras una ruptura), pero nos recuperamos, y hemos mantenido el contacto en las décadas posteriores a Cambridge, y cada vez nos tenemos más cariño (o eso espero). Supongo que mis sentimientos hacia ella estaban más arraigados de lo que nunca reconocí. Porque a pesar de su mojigatería y su sentido del decoro, que a veces rozaban lo cómico, era una persona especial, fuerte, leal, admirable. Una bella persona, yo diría. Me habría gustado saber expresar mejor lo que sentía por Joanna. En definitiva, yo la quería; y creo que nunca se lo dije. Ni en esa época, ni después. Y ella también fue la primera: la primera en todos los sentidos. Y creo que tampoco se lo dije nunca.

VII. EL NIDO DE VÍBORAS

Otro desastre que me ocurrió durante mis dos primeras semanas en Cambridge, aparte de mi metedura de pata con el obispo, fue que me dejé convencer para hacerme miembro de por vida de la Cambridge Union. El presidente de ese momento nos había hecho una visita guiada a todos los novatos por el edificio de la Union una mañana, y nos la había vendido tan increíblemente bien durante una hora que, tonto de mí, acabé soltando cuarenta libras, una cifra considerable para aquella época, o eso me parecía a mí. Sin embargo, pronto se vio que pertenecer a aquella organización no te suponía ninguno de los beneficios de pertenecer a un verdadero sindicato: no defendía los derechos de los estudiantes, ni hacía campaña por unas becas más sustanciosas, ni nada práctico de ese tipo. Todo lo que obtenías a cambio de tu dinero era poder utilizar el edificio de la Union en una bocacalle de Bridge Street, que incluía un bar (no demasiado agradable) y una biblioteca (bastante buena). Y luego, claro, también estaba la cámara de debate, que, si hay que ser justos, parecía ser el motivo principal de que mucha gente se inscribiera.

La Cambridge Union nunca ha tenido el prestigio ni la fuerza de arrastre de su organización hermana de Oxford, que en aquellos tiempos invitaba continuamente a primeros ministros pasados y presentes, y que durante la segunda mitad de los años ochenta fue el caldo de cultivo de los gobernantes conservadores posteriores al Brexit, de Boris Johnson en adelante. Aun así, a los debates de Cambridge asistía mucha gente, y te daban la oportunidad de pisar el mismo terreno que políticos y famosos de medio pelo. En el primer trimestre asistí a un par de aquellos encuentros, aunque tampoco puedo decir que me lo pasara muy bien. Me había

esperado un toma y daca de las mentes jóvenes más brillantes del país, pero en realidad la cámara de debate era más una especie de nido de víboras donde los participantes intercambiaban insultos personales con mucha más facilidad que puntos de discusión perfectamente argumentados. Alentados además por un público alborotador habitualmente borracho, la cosa solía rematar con la famosa ceremonia de la bajada de pantalones, donde el orador con menos aprobación era atacado por todos lados e inmovilizado en el suelo, para que la multitud exultante le bajase los pantalones y los blandiese triunfalmente en el aire. No es que fuera un espectáculo muy edificante, en mi opinión, aunque sin duda constituía un buen entrenamiento para futuros debates en el gran guiñol de la Cámara de los Comunes, donde al final acabarían muchos de aquellos participantes.

Había decidido no volver a molestarme en acudir a ninguno de aquellos actos tan desagradables, hasta que a mediados del primer trimestre de 1981 Chris me preguntó si podría llevarlo como invitado. Inevitablemente, durante mi relación con Jo, él y yo nos habíamos distanciado; pero igual de inevitablemente, en cuanto rompimos, nuestra amistad revivió. Los dos chicos provincianos de instituto no podían permanecer mucho tiempo separados: cada uno necesitaba al otro como aliado en la perpetua guerra tácita contra las hordas que provenían de Eton y de Harrow. Así que enseguida nos relajamos y recuperamos nuestra cómoda amistad, y pasamos cantidad de tardes juntos en el bar del *college* o en el Águila o el Jabalí Azul.

El tema de ese debate en concreto iba a ser (no se lo pierdan) «Esta asamblea recomienda la abolición del estado del bienestar». Como siempre, iba a haber dos oradores de cada lado. La costumbre era que uno fuera un estudiante y el otro una figura pública de algún tipo. Para proponer aquella moción esa noche, había un estudiante de económicas del St Stephen, llamado Roger Wagstaff. (Yo no lo conocía personalmente, pero por lo visto Chris y él tenían un par de amigos en común.) Y junto a Wagstaff se encontraba nada menos que Henry Winshaw, en tiempos diputado laborista, y en ese momento asesor político de la señora Thatcher y comentarista de

extrema derecha para el *Daily Express*. Una potente combinación, como luego se vio. En el lado contrario, estaba el Muy Honorable Roy Jenkins, también exdiputado laborista; aunque su deserción había sido menos drástica que la de Winshaw, porque a principios de ese año había formado parte de los cuatro diputados laboristas que dejaron el partido aduciendo que se había vuelto demasiado militante y extremista. Aquella «banda de los cuatro» había fundado, a su vez, un nuevo grupo denominado el Partido Socialdemócrata, y algunos pensaban (creo que Chris podría haber sido uno de ellos) que iba a romper los esquemas de la política inglesa. Por lo que respecta al cuarto orador, era la única razón por la que Chris quería ir. Se trataba de un estudiante de Historia, un tal Michael Harwood. El tipo se había educado en Winchester, así que en teoría estaba en el campo enemigo, pero a Chris le parecía un buen tío, y quería asistir para apoyarle. Era un estudiante callado y reservado, según decían, pero con unas ideas políticas muy claras. A Chris le preocupaba un poco (no sin razón) que lo destrozasen los demás oradores.

Poco antes del debate, nos juntamos para tomar un par de cervezas en el Águila y luego nos dirigimos hacia la Union a las siete, con suficiente antelación para coger buen sitio. Ya había un montón de gente entrando en la cámara. Delante teníamos a otra persona que Chris también conocía. Como yo le quedaba justo detrás, solo veía una cabeza con el pelo corto a los lados y en la nuca, así que al principio pensé que era un chico; pero cuando Chris le dio una palmadita en el hombro y se volvió me di cuenta de mi error.

–Hola, Rebecca –dijo.

–Ah, hola, Christopher. –Parecía bastante menos entusiasmada de encontrárselo allí que él a ella. Su tono difícilmente podría haber sido más frío.

–Brian, esta es Rebecca Wood. Rebecca, mi amigo Brian Collier.

Nos saludamos con la cabeza y nos dimos la mano sin muchas ganas.

–Rebecca está estudiando Filología Inglesa –explicó–. Es amiga de Tommy.

–«Amiga» es mucho decir... –dijo ella, y la temperatura bajó unos

cuantos grados más.

–Supongo que has venido a apoyar a Michael –continuó Chris, impertérrito–. No sé por qué, pero creo que va a necesitar toda la ayuda del mundo.

Entonces Rebecca se echó a reír; y si querían un ejemplo de la famosa «risa siniestra» tan amada por los novelistas, les habría costado encontrar uno mejor que aquel.

–Pero, querido Christopher –dijo–, ¿otra vez apoyando a los perdedores?

–¿Qué quieres decir con eso?

–Quiero decir que he venido a animar a Roger.

–¿En serio? Pues está claro que no..., que no apoyarás la moción, supongo.

Rebecca se echó a reír otra vez. Ya estábamos dentro de la cámara y ella se sentó al lado de Wagstaff; los dos nos dimos cuenta de que llevaba una serie de carpetas de papel manila llenas de papeles.

–Tenemos cifras y datos para apoyar nuestra argumentación –dijo, dando unas palmaditas a las carpetas, la mar de satisfecha–. ¡Mira a tu chico! Dios mío, aquí va a correr la sangre.

Es cierto que el aspecto de Michael en aquel momento no inspiraba confianza: llevaba escrita su ponencia en un par de hojas de papel rayado, y la estaba ensayando en voz baja para sí mismo mientras el público ocupaba sus asientos. Tenía la cara verde y temblaba de los nervios. Roy Jenkins todavía no había aparecido. Mientras tanto, Roger Wagstaff y Henry Winshaw se entretenían charlando como viejos amigos.

Unos años después, en su excelente libro *Una raja en la caja* (que le recomiendo a cualquiera interesado en la triste decadencia de la televisión pública en este país), el veterano productor de televisión Alan Beamish describiría a Henry Winshaw en sus últimos años como «un hinchado y amenazante agitador que me miraba desde el otro lado de la mesa, aporreándola con el puño y ladrando como un perro rabioso». Desde luego eso cuadra con mi recuerdo de su comportamiento esa noche. Dio el pistoletazo de salida con una estridente arremetida contra «los falsos solicitantes de prestaciones

que mamaban de la teta del estado», y su rabia se vio recompensada con varias rondas de aplausos y vítores a coro. Hacia el final, tal era el calibre de su indignación, que empezó a hinchársele tanto el cuello que creí que se le iba a saltar la pajarita de lunares. Acto seguido, el señor Jenkins tomó la palabra y dejó a todos petrificados en tan solo unos minutos, con un discurso apagado, sensato, pacificador, en el que expuso los logros del gobierno laborista de posguerra, para socavar luego su propia tesis perdiéndose en divagaciones sobre que los sindicatos estaban descontrolados y había que frenarlos. Su intervención fue acogida con tímidos aplausos, y tras ella Roger Wagstaff se puso en pie.

Ahora bien, el espectáculo de Henry Winshaw vociferando hasta quedarse ronco, con la cara poniéndosele cada vez más colorada y las venas de la frente sobresaliéndole tanto que parecía que estaba a punto de tener un aneurisma, había tenido su punto cómico. Era un fósil, un dinosaurio, y no costaba nada reírse de él por ese mismo motivo. Pero no se podía decir lo mismo de Wagstaff. Había algo escalofriante en su lógica tranquila y juvenil. Su lenguaje era objetivo, y respaldaba sus afirmaciones con estadísticas plausibles, tomadas de vez en cuando de unas hojas de papel que le iba pasando Rebecca Wood, que parecía estar haciendo de asistente privada. El traje de Wagstaff era tan elegante; su corte de pelo, tan bonito; su acento, tan agradable al oído; su tono, tan afable y razonable, que en algunos momentos no costaba nada pasar por alto la monstruosidad que estaba proponiendo: en esencia, una sociedad basada enteramente en el principio de la supervivencia del más fuerte.

–Los más pobres de nosotros –argumentaba– son pobres por una razón. No porque algún destino fatal les haya repartido unas malas cartas, sino porque en una sociedad libre como este gran país nuestro, todo el mundo cuenta con las mismas oportunidades, que están ahí para aprovecharlas. Así que, si no las aprovechas, solo tengo tres palabras que decirte: TONTO… DE… TI.

–¡Y una mierda! –gritó Chris, incapaz de reprimir su indignación. Wagstaff le obsequió con una sonrisa condescendiente; y Rebecca, poniendo aquel ceño que era marca de la casa.

Me fijé en alguien que estaba sentado en la fila de atrás, que asentía en señal de aprobación. Hacía alguna mueca a veces en los momentos más ruidosos, pero en general observaba los acontecimientos con benévola indulgencia. Era el profesor Emeric Coutts. Me sorprendió, la verdad. Algo estaba ocurriendo en la cámara aquella noche. Se dejaba sentir una nueva clase de política: más dura, más desagradable, más salvaje que a la que estábamos acostumbrados. ¿Y Coutts se alegraba de eso? ¿De verdad quería que su movimiento tomase aquel rumbo?

Aunque ya nos imagináse mos que se iban a desatar las Furias durante la intervención del último orador, eso no fue nada comparado con la humillación que tuvimos que soportar. Solo llevaba medio minuto hablando cuando empezaron las mofas. Gritos de «¡Rojo!», «¡Progre!», «¡Trotsko!» y «¡Gilipollas!» comenzaron a resonar por la estancia. Luego vinieron los misiles: flechas de papel al principio, seguidas rápidamente de una bomba fétida, una raqueta de squash, un rollo de papel higiénico, un trozo de tarta Victoria, una bayeta mojada y un tomate podrido. Hay que reconocer que Michael prosiguió con su discurso, pero sus citas perfectamente escogidas de Nye Bevan y Tony Benn fueron ahogadas por todos los aullidos de desaprobación. Al final, antes de que tuviera ocasión de recapitular, y en respuesta a una señal disimulada de Roger Wagstaff (que se limitó a inclinar la cabeza y levantar el dedo índice) cuatro tipos enormes del equipo de rugby del Sidney Sussex se abalanzaron sobre el desventurado orador, lo forzaron a tirarse al suelo y le bajaron los pantalones con un gesto rápido e implacable. Roy Jenkins se quedó mirando horrorizado e impotente, reculando un poco por si acaso cabía la posibilidad de que él fuera el siguiente. Pero al menos a él se le ahorró esa humillación. Solamente fue Michael el que tuvo que permanecer allí sentado en calzoncillos mientras se contaban los votos y se anunciaba el resultado.

La moción salió adelante con 183 votos a favor y 27 en contra.

Chris y yo volvimos al Águila y pedimos un par de jarras de cerveza. Estábamos los dos un poco traumatizados por lo que acabábamos de presenciar. Yo había pensado que se serviría una especie de cena privada para todos los oradores, pero no parecía ser el caso: a Roy Jenkins se le vio meterse en un taxi y dirigirse a la estación, mientras que Michael Harwood se había escabullido a solas aprovechando la oscuridad, para dirigirse seguramente al bar del *college*, donde sin duda se pondría a beber como loco para mantener a raya los primeros síntomas de estrés postraumático. Mientras tanto, Roger Wagstaff, Emeric Coutts, Henry Winshaw y el propio presidente de la Union se plantaron en el pub unos minutos después de que nosotros hubiéramos tomado asiento, y se les invitó a ocupar una mesa apartada de un rincón con un letrero de «Reservada». Rebecca Wood apareció luego, y creímos que iba a unirse a ellos, aunque por lo visto no le habían reservado ningún sitio y se fue sola al poco rato, intentando ocultar su decepción. Entretanto a los VIPs les sirvieron filetes, patatas fritas y vino tinto, mientras entablaban una distendida conversación en voz baja, pero muy animados.

Yo no tenía a Chris por un tipo provocador, así que lo que pasó a continuación me sorprendió. Nos terminamos nuestras cervezas y estábamos a punto de dejar el pub, pero para alcanzar la salida debíamos pasar cerca de su mesa. Chris fulminó a Roger Wagstaff con la mirada cuando pasamos por delante, y como esa mirada fue tan directa e insoslayable, Wagstaff se la devolvió. Los dos se miraron fijamente unos segundos, y entonces Chris, que ya casi había pasado de largo, se paró de repente y se volvió. Yo me quedé petrificado y me entró una especie de ataque de ansiedad. ¿Qué pensaba hacer?

–Lo de esta noche –dijo Chris, después de una pausa bastante teatral– ha sido una de las cosas más penosas que he visto en mi vida.

Wagstaffcortó un trozo de filete y se lo llevó a la boca diciendo:

–Venga, Swann, ahórranos tu puritanismo de colegial. Le han devuelto los pantalones.

–El ambiente que había esta noche parecía un poco de gente sin

civilizar, la verdad –observó Emeric, dándole un sorbo a su merlot–. Espero que no sea un anticipo de lo que se nos viene encima.

–No me refería a eso –dijo Chris, centrando su ira exclusivamente en Wagstaff, al parecer–. Quería decir *tu* discurso.

–¿Te refieres al que ha arrasado?

–La creación del estado del bienestar –dijo Chris– es uno de los grandes logros de la Inglaterra de posguerra. Y la Sanidad Pública, la joya de la corona.

–¡Qué pereza! –dijo Roger, masticando una patata, y se volvió hacia Henry Winshaw–. Esta es la clase de cosa –y señaló a Chris con la cabeza– con la que os vais a tener que enfrentar.

–No te preocupes –dijo Henry–. El idealismo fuera de tono es un problema bastante corriente entre los universitarios ingleses. –Se rio y le dio un sorbo a su vino–. Yo también fui víctima suya en tiempos.

–El señor Winshaw –explicó Roger (ya se había tomado dos o tres copas de vino, así que se le había soltado la lengua)asesora actualmente al gobierno sobre cómo se puede optimizar la Sanidad Pública.

–¿Optimizar? ¿Y qué significa *eso* exactamente?

Roger iba a extenderse cuando notó que Emeric lo estaba mirando, meneando la cabeza. Captó enseguida la indirecta.

–Nada que te incumba, Swann –dijo, cortante–. Y por cierto, tú y tu amigo estáis interrumpiendo una cena privada, así que haced el favor de marcharos y dejarnos solos. –Se giró para darnos la espalda, y al final, para anotarse el tanto, concluyó pomposamente–: Esta conversación se ha terminado.

VIII. EL ESCRITOR QUE CANTABA EN SUEÑOS

Nuestra historia da ahora un salto hacia delante de un año, porque tengo que contar la siguiente vez que asistí a una de las famosas veladas del profesor Coutts.

Había una tetería muy conocida en Cambridge llamada Auntie's. Se encontraba en St Mary's Passage, muy cerca de Market Square. El típico sitio acogedor a la antigua, adonde llevarías a tus padres a tomar el té de las cinco, con bollitos y mantequilla, una fría tarde de noviembre, cuando vinieran a hacerte una visita.

Estábamos en noviembre de 1982, de hecho, cuando pasando por delante de Auntie's a la caída de la tarde entreví a Jo sentada a una mesa junto al ventanal. El centro de Cambridge estaba bañado por esa tenue luz azul marino de finales de otoño y yo iba andando por St Mary's Passage en un estado de ánimo prematuramente melancólico, al darme cuenta de que iba a echar de menos aquella ciudad cuando mi breve estancia allí hubiese tocado a su fin. Cuando vi la silueta de Jo recortada contra la resplandeciente iluminación ambarina de la tetería, me quedé impresionado un momento. Todavía seguía un poco enamorado de ella, y las cosas nunca habían vuelto del todo a la normalidad después de que se terminara nuestra relación. No era que nos evitáramos, pero aún había cierta incomodidad entre nosotros que yo percibía claramente, y supongo que Jo también. Así que me lo pensé antes de entrar para hablar con ella. Pero lo que acabó de decidirme fue comprobar que no estaba sola. Tommy Cope, amigo de los dos y aspirante a escritor, estaba sentado con ella, y también (para mi sorpresa) un estudiante de tercero de Económicas llamado Nigel. Nunca había hablado con aquel tipo; había vivido en la misma escalera que Chris el primer curso y todos solíamos reírnos a su costa, conque se me hizo raro

verlo allí sentado con ella. Decidí averiguar de qué iba la cosa, y entré para unirme a ellos.

El pobre de Tommy, si he de ser sincero, tenía un aspecto más desdichado que nunca. Ni que decir tiene que estaba en plena agonía de una de sus habituales obsesiones románticas no correspondidas, y cuando me enteré de la identidad de su última aspirante a *inamorata*, me di cuenta de que la situación era más desesperada que nunca. Mi primera reacción al escuchar el nombre fue reírme a carcajadas. Por suerte, me contuve a tiempo y conseguí adoptar una expresión de preocupación amistosa, limitándome a decir en un tono de voz comprensivo:

–¿Rebecca? ¿Rebecca Wood? ¿En serio?

Él asintió; su rostro era la viva imagen de la desgracia. Me quedé mirando la hoja de papel escrita a mano que tenía delante.

–¿Es un poema?

Volvió a asentir. Le pregunté con los ojos si podía leerlo. Me lo pasó deslizándolo sobre la mesa sin decir palabra.

El tiempo gris, petrificado hace mucho, pende como una maldición,
l espíritu de la deconstrucción quiere guerra;
mis palabras se alinean en estricta formación, concisas:
la oblicuidad cierra la puerta de la comprensión.
Si la «meta» oculta el significado de mis versos
se plantea la cuestión, ¿para qué sirve la meta-fora?
Mi mente, ese vacío... donde nada puede sustituir
al emblema logocéntrico de tu rostro.

Había unos cuantos versos más como aquellos. Y yo, la verdad, no sabía qué decir.

–¿Tú cómo reaccionarías –me preguntó– si alguien te mandase un poema así?

–Creo que Jo es la más indicada para contestar a eso.

–Ya lo he hecho –dijo–. Le he dicho que no entendería ni una

palabra, y que preferiría que me invitara a tomar algo. Además, ni siquiera se lo ha enseñado todavía.

Nigel soltó una risita. No fue muy agradable. Lo miré fijamente, luego volví a dirigirme a Tommy, que seguía insistiendo.

–Pero, oye, aunque está en verso libre, también es muy difícil escribir algo tan complicado de esa forma. Eso tiene que puntuar, ¿no?

–Yo creo que Joanna tiene razón –se inmiscuyó Nigel.

–Pues yo no –dijo Tommy–. Yo creo que la poesía es la manera de acercarse a ella.

–Vale –dije yo–. ¿Y algo un poco más directo? Como..., no sé..., ¿«Rebecca, Rebecca, me la pones tiesa»?

Esta vez Nigel aún se rio más fuerte que antes, y escupió unas cuantas gotas de saliva sobre la mesa; algunas fueron a parar a mi bollo. Enseguida me arrepentí de mi broma. Tommy era una especie de amigo, al fin y al cabo, y no debía tomarle el pelo delante de aquel idiota; ya había notado que ahora estaba sentado demasiado cerca de Jo, y también la miraba con demasiada atención. Para cambiar de tema, cogí la novela encuadernada en tapa dura que había traído Tommy con él.

–*Una soga del infierno* –leí–. ¿De qué va?

–Metí la pata al comprarla –dijo–. Quería saber cómo era.

–Es del escritor que participará en la velada de Emeric la próxima semana –me explicó Jo–. Supuse que a Tommy le gustaría venir como invitado mío.

–¿Ah, sí? ¿Y a ti qué te parece? –le pregunté a él–. ¿Vas a ir?

–Seguro que no. Nunca había leído tal montón de pedanterías.

Esa, he de decir, era precisamente la respuesta que yo me había esperado. De hecho, me habría decepcionado mucho que Tommy diese otra cualquiera. Ya me había percatado hacía tiempo de que un desprecio total, indiscutible e inamovible por todos los escritores contemporáneos era un requisito fundamental para ser estudiante de Filología Inglesa en Cambridge. El hecho de que tú mismo quisieses ser escritor no importaba nada. A lo mejor tenías pensado resucitarla, pero el caso era que la literatura seria había llegado a su fin en 1965, con la muerte de T. S. Eliot. (Tommy me explicó una vez

que solo había un par de excepciones a esa regla: Samuel Beckett, cuya insistencia en seguir vivo empezaba a parecer cada vez más una ofensa personal a sus admiradores de Cambridge, y un catedrático de otro *college*, cuyo nombre yo nunca conseguía recordar, que de vez en cuando se autopublicaba el típico librito de poemas, y al que se podía definir como un genio olvidado sin temor a equivocarse, dado el implacable carácter incomprensible de su obra.) Así que aquel pobre tipo (ahora que caigo, se llamaba Peter Cockerill) no tenía nada que hacer con Tommy; y era perfectamente lógico que quien le hubiera invitado al St Stephen no fuera el departamento de Filología.

–Si te queda un hueco –dijo Nigel como un rayo–, me encantaría acompañarte.

–¿Tú? –exclamó Jo, sus ojos se iluminaron con una chispa de diversión que, para mi gusto, resultó demasiado cariñosa–. Si no has leído una novela en tu vida...

–Pues claro que no –dijo Nigel–. Pero, al fin y al cabo, es una especie de fiesta en las habitaciones de Emeric. Y a lo mejor es divertido.

No lo podía soportar más.

–Tiene buena pinta –dije, blandiendo el libro y brindándole aquel apoyo tan entusiasta, basado en un rápido vistazo a la cubierta y la portada–. ¿Me lo prestas, Tommy?

–Claro –contestó.

–Me gustaría ir contigo, Jo. Por favor...

–¿En serio? –Me miró primero a mí, luego a Nigel, después otra vez a mí, tratando de averiguar exactamente qué clase de juego de fuerzas se estaba dando allí.

–Venga –dije, presionándola a mi favor–. Yo *leo*. Me paso el rato leyendo. Y parece que va a ser una noche estupenda.

Funcionó.

–Vale, tú puedes venir la próxima vez –le dijo a Nigel, con una dulce sonrisa de disculpa.

–Muy bien –dijo él, aunque no iba a aceptar su derrota con elegancia–. Nada más lejos de mi intención que impedir que un estudiante de Filología se divierta inocentemente un poco: una

noche digna de recordar cuando estés sirviendo Big Macs y patatas fritas a tus clientes dentro de unos años...

Le concedí una carcajada que a su vez era una burla de su chiste tan gastado.

–En realidad soy estudiante de Medicina –le dije–. Lo que pasa es que tengo intereses muy variados.

–Mejor todavía –añadió–. Dentro de unos años, en vez de ser un médico mal pagado, podrás ser un médico mal pagado que lee libros.

Le tomé la medida un momento. No me había gustado aquel imbécil desde el principio, pero ahora estaba empezando a fastidiarme de verdad.

–Tú en cambio no apuntas a ninguna profesión dedicada a los demás, ¿no, Nigel?

–A lo mejor cuando llegue a los cuarenta –dijo–. Cuando me retire.

–¿Cuando te retires?

Se quedó mirando con una sonrisa de superioridad y me preguntó:

–¿Te llevabas bien con tus padres, Brian?

–Sí –respondí a la defensiva.

–¿Y alguna vez te han dado..., ya sabes, *la charla*?

–No te sigo. ¿Te refieres a lo de las abejas y las flores?

–No, qué va –dijo, meneando la cabeza y riéndose–. Lo de las abejas y las flores, no. –Y luego procedió a explicarse–: Cuando cumplí catorce años, mi padre me sacó a comer y me dio toda una charla sobre el *dinero*. Me dijo que solo había que saber dos cosas sobre el dinero: cómo ganarlo y cómo conservarlo. Y esas son las dos únicas cosas que realmente necesitas saber en la vida. En este país, ganas dinero metiéndote en la City de Londres, igual que hizo él. ¿De dónde has dicho que eras, Brian? Darlington, ¿no? O Hartlepool... Un sitio de esos.

–Middlesbrough.

–¿Hay mucha gente de Middlesbrough que trabaje en la City de Londres?

–Lo dudo.

–Pues deberían. Una vez te metes, le echas mano a todo el dinero de otra gente que puedas y te arriesgas con él, especulas. Trabajas muy duro todas las horas posibles, hasta que a los treinta y tantos te conviertes en uno de esos tipos pálidos y con barriguita que se ven todos los días en las líneas de Waterloo y de la City, y se te cae el pelo y tienes el hígado y los pulmones hechos polvo. ¿Pero sabes una cosa? Vales un millón de libras. Y échale cinco o diez años más, y vales varios. Entonces es cuando puedes cerrar el chiringuito. Pero otra cosa importante es que *bajo ningún concepto* le des nada de ese dinero al gobierno para que puedan derrocharlo en lo que les dé la gana. Lo cobras en bonos y dividendos, no como ingresos, y lo guardas en paraísos fiscales, lo ocultas en sociedades ficticias y esas cosas. Haces todo lo que haga falta para asegurarte de que la Agencia Tributaria no ponga sus asquerosas manitas en él. Y eso es por lo que, si trabajo duro y mantengo mis principios, dentro de veinticinco años estaré pasando todo el tiempo en un campo de golf mientras tú te dejas la vida operando a pobres vejetes que no tuvieron la sensatez de hacerse un seguro privado cuando eran más jóvenes.

Ninguno sabía cómo reaccionar ante aquel discurso. O, por lo menos, Jo y yo no sabíamos cómo responder, y no creo que Tommy hubiera estado escuchando siquiera: seguía mirando al infinito con los ojos húmedos del típico enfermo terminal de amor. Curioso que recuerde la diatriba de Nigel después de tantos años. Extraño también que no la hiciese para agredirme ni tomarme el pelo. Creo que, de hecho, debió de creer que me estaba dando una información muy útil. Tal vez no me viera como un rival, a fin de cuentas, y no me desease nada malo. Que yo sepa, a partir de ese día ya no persiguió a Jo muy en serio.

Eso me hace preguntarme por qué tenía tanto interés en que lo invitaran con ella a la velada. Y la conclusión a la que he llegado, tras darle bastantes vueltas, era que le interesaban aquellas veladas por la misma razón que a la mitad de los hombres del St Stephen les interesaban todavía más que antes: porque todos nos moríamos de ganas de conocer a Lavinia, la hija de Emeric Coutts.

Nunca me había preocupado la vida personal de Coutts, así que no me había enterado de que era viudo. Por lo visto se había casado joven con una mujer que conoció en la universidad en los años cincuenta, y también habían sido padres cuando todavía eran jóvenes. Más tarde, la historia tomaba un cariz más triste. Su mujer (muy dotada intelectualmente y muy guapa, a decir de todos) había tenido una septicemia después de una operación rutinaria a los cuarenta y pocos años. Tras un desenlace fatal, Emeric asumió la responsabilidad de cuidar él solo a su hija de dieciocho años. Parecía que nadie sabía exactamente los detalles, pero se decía que en un determinado momento la había mandado a estudiar a los Estados Unidos, donde pasó cuatro o cinco años. Había regresado a Inglaterra en el verano de 1982, siguiendo el cliché de haberse ido como una niña para volver hecha una mujer. Una mujer impresionantemente guapa, además; o eso, por lo menos, era lo que decían las pocas personas que la habían visto alguna vez. Era muy reservada y raras veces salía de los aposentos de su padre, donde se comentaba que le habían montado su propio dormitorio y su propio cuarto de estar, con ventanas que daban a uno de los pequeños patios interiores del St Stephen.

Al parecer, la mejor oportunidad de echarle un vistazo a Lavinia Coutts era conseguir una invitación para una de las veladas de Emeric. Ya había asistido a un par de ellas, causando auténtica impresión entre los invitados masculinos. En ambas ocasiones, había llevado el mismo vestido suelto y sin mangas, de cóctel negro, que realzaba la palidez de su piel. También tenía el pelo negro, y llevaba un lápiz de labios rojo oscuro y sombra negra en los ojos, lo que le daba un poco un aire (según un amigo mío muy entusiasmado) a Morticia Addams, «solo que mucho, *pero mucho*, más sexy». En la segunda velada, causó aún más sensación cantando un aria de Purcell, acompañada del inevitable clavecín o clavicordio o lo que fuera. Algunos de los jóvenes impresionables que fueron testigos de ese episodio decían que Lavinia tenía algo como onírico y etéreo, una cosa como de otro planeta. Incluso la gente que solo la había vislumbrado un momento caminando en la penumbra del perímetro de Joseph’s Court había llegado a esa misma conclusión. La

describían de diversas maneras: «élfica», «sobrenatural» (ese fue Tommy Cope, siempre buscando el adjetivo un poco más rebuscado), y una vez, menos poéticamente, en una reunión del segundo equipo de rugby en el bar del *college*, como «un pedazo de tía buena». Diferente vocabulario y diferentes puntos de vista, pero parecía que ya había cierto consenso.

Evidentemente, mi mente tenía miras más elevadas, y a modo de preparación de la velada de la semana siguiente empecé a sumergirme en el mundo de Peter Cockerill. Me leí *Una soga del infierno* en un par de sentadas, y al final me había planteado unas cuantas preguntas. Muchas preguntas, en realidad. Lo que no sabía era si tendría el valor de hacérselas al propio autor en una estancia abarrotada de acólitos de Emeric.

–Bueno, por lo menos has hecho los deberes –dijo Jo, mientras atravesábamos Kite's Court en dirección a las habitaciones de Emeric para la velada nocturna, un jueves triste y frío–. Yo no he leído ni una palabra suya. Y no sé si te habrás enterado, pero Emeric ni siquiera va a estar esta noche.

–¿En serio? ¿Y por qué no?

–Se lo llevaron pitando al Addenbrooke ayer por la tarde, por lo visto. Un ataque de apendicitis, parece.

Supuse que sería una noticia bastante desalentadora para nuestro distinguido invitado, y de hecho, cuando llegamos a las habitaciones de Emeric pocos minutos después, nadie habría dicho que estaba muy contento. Peter Cockerill era un hombre alto, delgado y anguloso, con unos rasgos delicados y una cara que, en el mejor de los casos, traslucía cierta melancolía. Ya se encontraba sentado a solas en uno de los sofás de cuatro plazas de Emeric, con un ejemplar de su novela recién publicada abierto sobre el regazo. De vez en cuando daba un sorbo de vino blanco de una copa que tenía al lado, pero sobre todo estaba concentrado en su libro, tomando algunas notas a lápiz en los márgenes. Tenía cierto aire de seguridad en sí mismo y, dado que la estancia se hallaba bastante llena, aunque no del todo, tal vez no se percataba de que la afluencia era un tanto pobre para una de aquellas veladas, en las que

normalmente solo cabía la gente de pie. Me fijé en que esa noche no estaban presentes ni Roger Wagstaff ni Rebecca, su fiel compañera.

Sentada en otro sofá, frente a Cockerill, se encontraba Lavinia Coutts, flanqueada por dos estudiantes muy atareados en impresionarla, sin mucho éxito, al parecer. Su mirada vagaba por la estancia y, cuando me vio, nuestras miradas se cruzaron un par de segundos. Tenía unos ojos de un color azul muy oscuro, que te miraban con una intensidad increíble. Hipnóticos sería el adjetivo más obvio. Su vestido de cóctel tenía el escote muy bajo, y me temo que debí de quedarme mirándolo, porque al poco tiempo sentí que Joanna me daba un codazo en las costillas. Me volví, sorprendido.

–Deja de papar moscas –se limitó a decirme– y tráeme una copa de vino.

Nos sentamos al lado de Cockerill en el sofá. Al poco rato oímos una tos forzada a nuestra izquierda. Parecía provenir del Dr. Jonathan Glazeby, un catedrático inglés, famoso por tener una voz tan fina que resultaba cómica, y también por no ser capaz de controlar ni una clase de tres estudiantes. Por lo visto, al Dr. Glazeby le habían asignado la tarea de presentar al orador, en ausencia del propio profesor Coutts. Se puso de pie de mala gana.

–Buenas noches a todo el mundo –dijo, en su tono susurrante habitual. A la gente le llevó un tiempo darse cuenta de que había dicho algo y dejar de hablar entre sí–. Es un placer para mí... un *gran* placer esta noche... presentarles a un invitado especial... a un invitado *muy* especial... del St Stephen's College. Su nombre es... ah, un momento, además quería decir... que todos sentimos mucho... pero *mucho*, la verdad... que el profesor Coutts no pueda estar con nosotros esta noche... Y estoy seguro de que les deseamos... a él y a su... mmm, apéndice... lo mejor para que se recupere pronto completamente... Por cierto, su último libro, en opinión de algunos, también tenía un apéndice bastante problemático, y... ¡Dios mío, borren eso! Ha sido un chiste muy malo... Y muy poco oportuno... En qué estaría yo pensando... Vamos a seguir, lo más rápido posible, con el asunto que nos ocupa esta noche, que es darle nuestra bienvenida más calurosa... a nuestro invitado especial... aunque en realidad no necesita presentación...

ninguna presentación en absoluto... Aunque tal vez un apéndice... No... no, no, no, para ya con el chistecito... O con los chistecitos en general... No son mi fuerte, no son para nada mi fuerte... Por favor, perdónenme, señores... Y señoras, claro... Siempre me olvido de que ahora también hay señoritas en el *college*... En cualquier caso, nuestro invitado especial esta noche... nuestro invitado muy especial... es el autor nada menos que de... varias novelas... La última de las cuales... es también la más reciente... Puede que todos nosotros no lo hayamos leído... quería decir, que todos *ustedes* no lo hayan leído... pero todos conocemos su nombre... y esta noche, como una atención especial con nosotros... una atención *muy* especial... nos leerá un fragmento de su nueva novela recién salida de imprenta, por si fuera poco... que, solo con que se parezca a las demás suyas... con que se parezca *un poco* a las demás suyas... demostrará... demostrará, supongo... que las ha escrito el mismo hombre... Y ese hombre, ese mismo hombre, caballeros... y señoritas... Sí, no me puedo olvidar de las damas, especialmente de la señorita Coutts, que debo decir que esta noche tiene... tiene... pues la mirada fija en mí en este momento... lo que es bastante desmoralizador, debo decir... Pero, de todos modos, vamos allá sin más dilación, y escuchemos... *embelesados*, como seguro que pronto estaremos... a nuestro invitado muy especial esta noche, ¡el señor Peter Cockerill!

Y en ese momento, Cockerill, que se había incorporado a medias en el sofá y se había vuelto a sentar como unas cinco veces durante el discurso anterior, por fin se levantó, se aclaró la garganta, y empezó a leer un fragmento del libro que tenía agarrado firmemente con la mano.

IX. EL ESCRITOR QUE CANTABA EN SUEÑOS

(*continuación*)

Otro libro reposa sobre mi escritorio delante de mí mientras tecleo esto. Se titula *Olvido y resurrección: nuevas perspectivas sobre las novelas de Peter Cockerill*. Es un volumen reciente, publicado por la Cambridge University Press a principios de este año, y el encargado de la edición es el profesor Richard Wilkes de la Universidad de Ca' Foscari de Venecia, nada menos. Lo vi en la página web de la editorial y acabé comprándolo por curiosidad, a pesar del precio absurdo de 120 libras que marcaba la cubierta. ¿Quién se habría imaginado, después de aquella noche que pasé en compañía de Peter Cockerill en noviembre de 1982, que casi cuarenta años después sus novelas seguirían imprimiéndose y universitarios de todo el mundo escribirían sobre ellas? Yo no, desde luego.

En cualquier caso, un ensayo de aquella recolección me llamó la atención en concreto. Me puso sobre aviso de otra cosa que nunca me habría esperado: que por lo visto sus novelas se habían vuelto, curiosamente, muy populares entre los lectores de la generación Z. Sobre todo, la última, *Mi inocencia*. (Aunque, por supuesto, hay muchas discrepancias sobre si se la puede considerar realmente una novela.) Y parece que lo que más atrae a los jóvenes lectores de sus libros es esa forma de nostalgia tan particular que representan.

–El término *anemoia* –me informó el autor del volumen– lo inventó hace unos años el escritor John Koenig, en su libro *El diccionario de las penas indefinidas*. Lo acuñó para proporcionarle un nombre al sentimiento que describió como «nostalgia por un tiempo anterior a tu propio nacimiento»: un fenómeno que había venido observando cada vez más entre la gente joven, cuyo anhelo por unos idealizados años noventa, libres de ansiedad y de smartphones, por ejemplo, ha empezado a manifestarse en su obsesiva revisión de la telecomedia estadounidense *Friends*. En el caso de Cockerill, su nostalgia se centra en la década que lleva a la Segunda Guerra Mundial, cuando su madre era todavía una niña o una adolescente. La nostalgia de Cockerill está íntimamente ligada con un fuerte (algunos dirían obsesivo) vínculo con su madre, Betty. Pero solo eso no puede justificar la intensidad con la que contempla, y también

añora, una época de la que no guarda recuerdos personales: los años treinta, una década que él idealiza como la última en la que el pueblo inglés tenía alguna conexión significativa con la era preindustrial, y la última en la que, a su juicio, existió una «auténtica» cultura popular inglesa, antes de que se contaminase para siempre con la consiguiente avalancha de cultura del entretenimiento estadounidense.

En otras partes del libro, varios ensayos hacían referencia a *Una soga del infierno*, la novela que acababa de publicarse cuando Cockerill vino a darnos una charla al St Stephen. También hay nostalgia en ese libro, no por la década anterior a su nacimiento en ese caso, sino por una que apenas podría haber recordado: a saber, principios de los años cincuenta. (Cockerill nació en el 48.) Aunque *Una soga del infierno* es un libro complicado que mezcla elementos ficticios con autobiográficos. Parece que el esquema de la historia está basado en hechos reales: a principios de los cincuenta, Cockerill y sus padres llevaban una vida aparentemente satisfecha en un pequeño pueblo de Gloucestershire. Su padre, George, párroco de la Iglesia anglicana y experto en la historia del lugar, era una pieza central de la comunidad. La mujer de George se había adaptado a su papel de madre y ama de casa. Entonces, un día, llegó una persona nueva al pueblo: una mujer joven, soltera, atractiva, escritora y periodista. Al cabo de unas semanas, George ya tenía una aventura con ella; y poco después se fueron juntos a Londres. Por lo visto, la situación había cambiado tan rápido que nadie sabía exactamente cómo había ocurrido. Pero el caso era que aquel tranquilo núcleo familiar había quedado destruido, hecho pedazos, y a partir de ese momento a Peter lo crio su madre a solas. Al parecer, mientras tanto, su padre se arrepintió de su decisión casi de inmediato; aun así, como estaba totalmente esclavizado por su nueva amante y había permitido que su personalidad, mucho más fuerte que la suya, lo dominase, se fue volviendo cada vez más desgraciado; hasta que, unos años después, se supone que murió en Londres en su miserable pisito de un solo dormitorio en Bethnal Green, de alguna enfermedad degenerativa sin identificar. Lo que significa que, con

toda probabilidad, murió de remordimiento con el corazón destrozado.

En su novela, Cockerill recoge esta historia sin ahorrar detalle. Es un intento doloroso y conmovedor de tratar de exorcizar el trauma familiar que arruinó su infancia y adolescencia. Lo que parecía resultarles tan atractivo de este libro en concreto a Emeric y sus acólitos, sin embargo, era su fuerza como alegoría conservadora. El padre (con nombre falso) representa la tradición, la continuidad, la familia, la Iglesia. La amante (con el auténtico), que escribe artículos para el *New Statesman* y está trabajando en un libro polémico sobre la libertad sexual, encarna las fuerzas del progresismo, la modernidad y el consumismo, todas las cosas que el propio Cockerill detestaba. Su destino al final de la historia (inesperado y chocante) es por lo que la novela se ha ganado su reputación de misógina.

Fue un fragmento de este libro extraño y atormentado lo que Cockerill nos leyó en los aposentos de Emeric Coutts aquella noche de noviembre de 1982. Pero, en vez del argumento de la novela en sí, empezó por contarnos la canción que lo había inspirado.

–«Lord Randall» –comenzó– es una canción popular tradicional, que supuestamente tuvo su origen en los territorios fronterizos entre Inglaterra y Escocia en algún momento del siglo XVII. Adopta la forma de un diálogo entre lord Randall y su madre. Randall ha ido a visitar a su amante. Cuando regresa, siente «el alma herida», y se da cuenta de que su amante lo ha envenenado, aunque nunca sabemos el motivo. Existen muchas versiones diferentes de la canción. La que les voy a leer, y que luego escucharán cantada, dice así.

Dejó a un lado el libro, que ya no le hacía falta. Estaba claro que se sabía la canción de memoria, y en cuanto empezó a recitarla el ambiente de la estancia (que hasta entonces se había limitado a un silencio que reflejaba aburrimiento y desinterés) se transformó en algo que denotaba mayor atención e intensidad. Cockerill cerró los

ojos para concentrarse, y su voz sonó serena, mesurada. Marcaba el ritmo de los versos con un énfasis de experto, y declamaba despacio, con largas pausas expresivas entre los versos.

Ay, ¿dónde has estado, lord Randall, hijo mío?
¿Dónde has estado, mi apuesto muchachito?
He estado con mi enamorada, Madre,
he estado con mi enamorada.
Ay, preparadme ya el lecho, porque hasta el alma traigo herida
y de buen grado me tendería.

Ay, pero ¿qué has comido, ay, Randall, hijo mío?
¿Qué manjar te ofrecieron, mi apuesto muchachito?
Anguilas y caldo de anguilas, Madre,
caldo de anguilas moteadas.

Ay, preparadme ya el lecho, porque hasta el alma traigo herida
y de buen grado me tendería.

Ay, te han envenenado, ay, Randall, hijo mío,
te han envenenado, mi apuesto muchachito.
La verdad habéis hablado, Madre,
la verdad habéis hablado.
Mas preparadme ya el lecho, porque hasta el alma traigo herida
y de buen grado me tendería.

Ay, ¿y qué le dejarás en prenda a tu madre, hijo mío?
¿Qué le dejarás en prenda, mi apuesto muchachito?
Mi amor para que os guarde, Madre,
mi amor para que os guarde.
Ay, preparadme ya el lecho, porque hasta el alma traigo herida
y de buen grado me tendería.

Ay, ¿y qué le dejarás en prenda a tu amada, hijo mío?
¿Qué le dejarás en prenda, mi apuesto muchachito?
Una soga del infierno para colgarla,
una soga del infierno.
Ay, preparadme ya el lecho, porque hasta el alma traigo herida
y de buen grado me tendería.

Cuando ya había terminado, Cockerill inclinó la cabeza hacia delante y esperó un buen rato antes de decirle nada más a su público. Cuando la levantó de nuevo, se quedó mirando a la pared de enfrente, por encima del mar de rostros de estudiantes, con los ojos relucientes de emoción.

–Mi madre –dijo por fin–, procedía de ese mismo país fronterizo escocés. Se vino al sur de Inglaterra con su familia a principios de los años treinta. Su padre, mi abuelo, andaba buscando trabajo, pero no quería dejar a su familia atrás. Así que se vinieron todos con él, y se trajeron consigo todas sus posesiones, incluida esa canción. Ella cantándomela cuando yo todavía estaba en la cuna (como una nana) es el primer recuerdo que tengo.

Entonces se puso a hablar de su novela y a leer algunas páginas. Luego anunció que estaba dispuesto a responder brevemente a las preguntas del público, pero antes de eso, tal como había prometido al principio, íbamos a asistir a una interpretación de la canción. Y en ese momento, el estudiante de órgano del *college*, Julian, tomó asiento tras el clavicordio (o puede que fuera un clavecín) y nada más y nada menos que la propia Lavinia Coutts dio un paso al frente y se situó a su lado. Se hizo un silencio expectante en la sala.

Debo admitir que soy tan sensible a la belleza femenina como cualquier hombre heterosexual. Y nadie podía negar (bueno, Jo trató de negarlo después) que, si Lavinia ya parecía guapa antes, cuando se encontraba recostada en el sofá entre sus admiradores, mientras cantaba aquella canción tenía un aspecto simplemente... increíble. No hay otra palabra para definirlo. No guardaba relación con su aspecto, o con el vestido que llevaba, aunque es cierto que el contraste entre su precioso pelo negro estudiadamente despeinado y

la piel pálida que relucía a la luz de la lámpara era impresionante y, en cierta forma, encajaba con la ocasión. Sin embargo, no se trataba solo de eso. Tenía más que ver con su aplomo, su seguridad. Con la pureza cristalina de su voz. Con el hecho de que, allí de pie con los ojos cerrados, las manos a los lados, ignorando aparentemente a su público, aunque (estoy seguro) plenamente consciente de él, parecía poseída por una energía que la transportaba, así que daba la sensación de que estaba cantando aquella canción al margen del tiempo y del espacio. ¡Y qué canción! ¡Qué melodía! Tan bella, tan inquietante... Aquellas palabras conmovedoras y siniestras al mismo tiempo... Cuando cantó dos veces el verso «Una soga del infierno para colgarla» en la estrofa final, invistiéndolo de una ternura en su expresión que tampoco mitigaba en absoluto la brutalidad del sentimiento, noté que se me ponía la piel de gallina por todo el cuerpo.

El resto de la velada está borroso en mi memoria. Me da vergüenza decir que, a pesar de que seguro que era la única persona de la habitación que había leído la novela, me traicionaron los nervios y no conseguí armarme de valor para hacerle a Cockerill algunas de las preguntas a las que llevaba dándoles vueltas unos días. De modo que tuvo que conformarse con una sola observación tremendamente larga, enrevesada e irrelevante del Dr. Glazeby, que giraba en torno a la forma en que, a juicio de Glazeby, la obra de Cockerill estaba marcada por la profunda y duradera influencia del estudio fundacional de William Empson *Siete tipos de ambigüedad*; a la que la respuesta de Cockerill (que no había leído el libro en cuestión) fue breve y directa. Acabada la cosa, busqué a Lavinia con la mirada, quería decirle algo, felicitarla por su voz y su interpretación de la canción. Evidentemente, habría sido sobre todo un mero pretexto para entablar conversación con ella, aunque también quería de verdad que supiera cuánto me había conmovido. Pero, por lo visto, había desaparecido de la sala casi inmediatamente. De hecho, y quizá porque el propio Emeric no estaba presente, esa vez la gente no se quedó por allí charlando como de costumbre. Me acerqué hasta una mesa lateral para volver a llenar mi vaso, y me fijé en que Cockerill también tenía el vaso

vacío. Parecía que nadie le prestaba atención, así que fui hasta él botella en mano y, ya que me agradeció calurosamente el detalle, me atreví a sentarme a su lado y dije:

–Gracias por todo. Muy interesante. Me ha dado mucho que pensar.

Puede que yo esperara que se mostrase agradecido, dado que nadie más le había comentado nada. Pero enseguida me di cuenta de que era un hombre que consideraba los elogios algo natural. A su manera de ver, que yo calificara su obra como «interesante» debía de ser un cumplido muy relativo.

–Gracias –dijo, un poco envarado–. Siempre se pone uno un poco nervioso cuando lee un fragmento de un nuevo libro.

–Lavinia es increíble, ¿verdad?

–¿Qué Lavinia?

–La hija de Emeric. –No acababa de entenderme–. La chica que ha cantado la canción.

–¡Ah! Así que es su hija, ¿eh? Nadie me dijo nada. Solo pregunté si sería posible que alguien cantara la canción, y me contestaron que tenían una soprano que podría hacerlo. ¡Conque era su hija! Vaya, vaya. No tenía ni idea.

Me miró con más atención y vio que llevaba el ejemplar de Tommy de *Una soga del infierno*. No es que se le iluminaran los ojos, precisamente, pero parecía complacido.

–Bueno..., por lo menos se ha vendido un ejemplar en Heffers esta semana –dijo–. ¿Quieres que te lo firme?

Ni se me había ocurrido. ¿Era lo que se hacía cuando se conocía al autor de un libro?

–¿Por qué no? –dije.

–¿Es para ti?

–Ponga algo para mi amigo Tommy, si no le importa.

–¿Tommy o Tomas?

–Mejor Tomas. –Me quedé mirando mientras escribía su nombre con una letra muy pulcra–. Él también quiere ser escritor. Tal vez podría ponerle algo que lo animara como «Buena suerte con...» –Demasiado tarde; ya había terminado–. O «Con mis mejores deseos» –añadí–. Vale, está bien así.

Me pasó el libro con una sonrisa, y decidí que aquel era el momento adecuado para satisfacer mi curiosidad.

–La verdad es que tenía un par de preguntas. El final de la novela...

Me detuve cuando oí una tos por encima de mí. Levanté la vista y vi que Jo estaba allí de pie, con aire de impaciencia.

–¡Ey! –dijo– ¿Nos vamos? Ya solo quedamos nosotros.

Miré alrededor. El caso era que llevaba razón.

–Pero aún queda todo este vino.

–Pues vamos a aprovecharlo. –Agarró la botella de pinot noir y enfiló la puerta. No me moví hasta que se giró para decirme:

–¿Vienes o no?

De repente parecía que no me quedaba otra opción. Me despedí torpe y rápidamente de Cockerill, y le estreché la mano. Luego seguí a Jo, y los dos bajamos las escaleras haciendo bastante ruido. Ya en el exterior, en Kite's Court, al parecer el viento había amainado. Había un círculo de hierba en medio del patio, con un roble en el centro y un pequeño banco de madera al lado. En buena ley, solo se les permitía a los profesores y a los catedráticos pisar aquella hierba, pero no había nadie por allí, y además ya estábamos en tercer curso y nos importaban bien poco las normas del *college*. Nos acercamos hasta el banco, nos sentamos y nos dedicamos a pasarnos la botella el uno al otro.

–Entonces –dijo Jo–, ¿no has notado nada raro esta noche?

–Todo ha sido bastante raro, la verdad –dije–. Tampoco nos van a empezar a parecer normales este tipo de cosas solo porque nos hemos acostumbrado a ellas los dos últimos años.

–¿Te acuerdas de que la última vez que vinimos a una velada de estas te comenté al final que parecía que la mitad de la gente había desaparecido sin que nos enteráramos?

No lo recordaba, en realidad, aunque asentí de todos modos.

–Pues esta noche ha pasado lo mismo. Solo que se han ido aún más rápido.

–Seguro que porque nadie tenía nada que decirle al pobre tipo.

–Ya, pero casi nadie se ha marchado por la puerta principal. La mayoría se ha ido por una puertita que hay al fondo. ¿No te has

fijado? –Negué con la cabeza y ella soltó un suspiro de impaciencia–. ¿Cómo te ibas a fijar? Estabas muy entretenido con la esperanza de echarle otro vistazo al escote de Lavinia.

–Bueno, ¿y qué?

Esperó a que le pegara otro sorbo a la botella de vino, y luego me la cogió. Limpió el borde del cuello y le dio un trago bien largo.

–Ya hace rato que la gente me cuenta... –miró alrededor, como si corriera el riesgo de que alguien la escuchara– que hay *otra clase de velada*.

–¿Qué quieres decir?

–Al acabar la velada, algunos invitados pasan a otra de las habitaciones de Emeric. Una habitación secreta. Y ahí tienen *otra* reunión. La llaman «La Cámara en la Sombra».

Me quedé mirándola fijamente, sin saber cómo tomármelo. ¿Lo decía en serio?

–¿«La Cámara en la Sombra»? ¿Y qué hacen ahí?

Se encogió de hombros.

–No lo sé. A lo mejor una cena en plan comilona. Pero mucha gente dice que pasan más cosas... –Me miró con aire de complicidad–. Lavinia va.

–¿Ah, sí?

–Eso dicen. –Volvió a beber de la botella–. Puede que hagan orgías, ¿quién sabe? –Se estremeció–. Venga, vámonos. Estoy cogiendo frío.

Yo tenía la cabeza en otra cosa.

–¡Mira! –le susurré.

Siguió la dirección de mi mirada y vio que Peter Cockerill había salido por la escalera que llevaba a los aposentos de Emeric, y deambulaba por el patio un poco perdido. Llevaba una botella de vino en cada mano, una de tinto y otra de blanco. Me levanté y fui hacia él, con Jo siguiéndome los pasos.

–Hola, de nuevo –le dije. Se quedó mirándome sin ninguna señal de haberme reconocido–. ¿Va todo bien?

Cockerill casi le había dado una vuelta completa al patio. Miró a su alrededor, confuso.

–Lo curioso del caso –dijo– es que me han dado una habitación de

invitados para pasar la noche, pero os juro por mi vida que no tengo la menor idea de dónde está.

–Ah. ¿La llave es esa?

Me tendió la plaquita de madera de la llave, en la que estaba grabada la inscripción «HIP 2».

–Habitación de Invitados del Profesorado dos –le expliqué–. Eso está en la escalera Botley, cerca de Administración.

–Mmm... ¿Botley? –dijo, volviendo a mirar alrededor con impotencia.

Intenté darle indicaciones pero no las asimilaba, y me di cuenta inmediatamente de que no iba a saber llegar hasta allí sin ayuda.

–¿Quiere que lo acompañe? –le pregunté.

–Va a ser lo mejor –dijo–. Aunque me da rabia molestarte.

–No me molesta nada –le aseguré.

Mientras tanto Jo me hacía señas desesperada, meneando la cabeza y el dedo índice. La hice a un lado y le dije:

–¿Pero qué pasa?

–Que seguro que es gay –me susurró–. Piensa seducirte con esas botellas de vino.

–Bueno, ya es hora de que experimente un poco –contesté, y le metí el ejemplar de *Una soga del infierno* entre las manos–. Asegúrate de devolvérselo a Tommy. Y no te preocupes por mí. Ya soy mayorcito. Puedo cuidar de mí mismo.

La angustia que reflejaba su cara daba a entender que no se quedaba nada tranquila con aquellas palabras, ni siquiera cuando las acompañé con mi mejor sonrisa desenfadada. Continuó mirándonos, con la frente fruncida por la preocupación, mientras Peter Cockerill me cogía del brazo y yo lo encaminaba, un tanto inseguro, hacia la escalera Botley y la Habitación de Invitados del Profesorado número 2.

X. EL ESCRITOR QUE CANTABA EN SUEÑOS

(*continuación*)

Era una habitación impresionante. Hasta las de los estudiantes de Kite's Court eran conocidas por su amplitud, pero esta era lo nunca visto. Tenía una cama de matrimonio que podría dar cabida perfectamente a seis personas, y aún quedaba espacio para tres sofás y cuatro sillones, dos de ellos colocados a los respectivos lados de una chimenea gigantesca. El fuego estaba apagado, desgraciadamente, pero Cockerill había dejado encendidas la mayoría de las lámparas de pie mientras se encontraba fuera, y la habitación resultaba bastante acogedora cuando me hizo pasar.

–Bueno, pues ya hemos llegado –dijo–. Es evidente que no te puedes marchar sin antes beberte conmigo una de estas botellas de vino, ¿no? Tengo que recompensarte de alguna manera por las molestias.

Yo ya me lo esperaba y, tal como le había dado a entender a Jo, estaba más que dispuesto.

–¿Son las botellas de Emeric? –le pregunté, tomando asiento en uno de los sillones de la chimenea.

–No sé de quién son –me respondió. Se metió en otro cuarto contiguo, que supuse que era una pequeña cocina, y volvió con un sacacorchos–. Pero no me han pagado nada por hablarle a ese grupo de palurdos, así que me considero con derecho a hacerlo.

–Tiene toda la razón –asentí.

Llenó de vino tinto dos grandes vasos de cristal tallado, y los entrechocamos ceremoniosamente. Después de beber, soltamos a la vez sendos suspiros de satisfacción.

–Bueno, me alegro de que se haya acabado –dijo–. Aunque estoy decepcionado, la verdad, por no haber conocido al famoso profesor Coutts.

–A lo mejor puede ir mañana a visitarlo al hospital –sugerí.

–Puede ser. –Frunció el ceño–. Pero dime..., dime..., mmm... –Luego, riéndose, reconoció–: Creo que no sé ni cómo te llamas.

–Brian –le contesté–. Brian Collier.

–Y estás estudiando Filología Inglesa, ¿no, Brian?

–No, no, qué va. Medicina.

–¡Medicina! Vaya, nunca lo habría adivinado, pero ahí lo tienes... ¡Un médico que lee literatura contemporánea! Toda una *rara avis*.

Me reí inexpresivamente, sin estar muy seguro de haber entendido su latín.

–¿Antes, durante la velada, no estabas a punto de preguntarme algo sobre mi novela?

–Sí, sí que estaba. –Carraspeé y me senté derecho–. Era sobre el final, en realidad.

–Sobre la tremenda aposiopesis, quieres decir.

–Sí.

–¿Pero qué querías saber? ¿No queda clara?

–Bueno, para empezar me gustaría saber qué significa «aposiopesis».

–¡Ah, bueno! Una aposiopesis es un recurso literario, una figura retórica, que significa que uno se interrumpe a la mitad de una frase y deja el resto a la imaginación del lector. Por eso, en la novela, me limito a abandonar la historia a la mitad del último capítulo y digo: «¡Al diablo con tantas mentiras!». Estoy siendo sincero con el lector, al decirle que todo lo que ha leído hasta ese momento no es más que un hatajo de mentiras.

–Pero..., pero no ha sido un hatajo de mentiras, ¿no? Eso es lo que les pasó de verdad a usted y a su familia.

–Pero no sucedió de la manera que lo cuento en mi libro. He cambiado los nombres de la gente, y también algunos acontecimientos importantes... Lo he *dramatizado*. Aunque llegué a un punto, mientras lo estaba escribiendo, en que empecé a sentirme asqueado de mí mismo por haberlo hecho. Me parecía... profundamente inmoral.

Me lo pensé un momento.

–«Asqueado» es una palabra muy fuerte –dije.

–Pues la he escogido aposta.

–Pero... ¿*dramatizar* las cosas no es lo que *hace* un novelista precisamente?

–Desde luego no es lo que voy a hacer a partir de ahora. A partir de ahora, solo voy a contar la verdad. Por ejemplo, si alguna vez tuviera que trasladar esta conversación que estamos teniendo a un

libro, me limitaría a escribir exactamente lo que ha ocurrido. Por lo menos, en la medida en que lo recuerde.

–¿No es una manera bastante excéntrica de afrontar la escritura de una novela?

–Es que yo soy un excéntrico. En el sentido original de la palabra: alguien que está fuera del centro. Alguien marginal. Alguien atípico. Mira todos estos escritores que están saliendo en este momento, ¿cómo se llaman?, McEwan, Barnes, Rushdie. Todos tiran por el mismo camino. La ironía, la irreverencia, el pensamiento de izquierdas. Y el *laicismo*, eso es lo más importante. No hay un cristiano decente entre ellos. Mi moral es totalmente diferente de la suya, así que mis libros también tienen que ser completamente distintos. ¿Entiendes?

–Pero, si se convierte usted en un escritor atípico, ¿no corre el riesgo de que la gente lo ignore?

–Ya me está pasando. De vez en cuando aparece un artículo de periódico sobre las nuevas tendencias de la literatura inglesa. ¿Tú crees que me mencionan alguna vez? Pues no. ¿Y sabes cuántos ejemplares ha vendido esta novela en tapa dura? Doscientos setenta y dos. ¡Doscientos setenta y dos! Podría estar vendiéndola a gritos por las esquinas...

–¿Y eso no le fastidia?

–Sí que me fastidia. –Le dio un sorbo al vino y se quedó mirando pensativamente el hogar de la chimenea–. Me fastidia mucho, en realidad. Si mi obra no me sobrevive, entonces..., habré fracasado. Todo habrá sido inútil. Toda esta lucha.

–¿Para eso escribe? ¿Para meterles un gol a sus rivales?

–No, qué va, en absoluto. –Por primera vez parecía que le molestaba una de mis preguntas–. No tiene nada que ver con eso. Es porque... –Titubeó un momento, y luego me preguntó algo que no me esperaba–: ¿Alguna vez piensas en la muerte?

Negué con la cabeza.

–La verdad es que no.

–No, claro que no, ¿por qué ibas a pensar? Tienes veinte años, o veintiuno. Para ti no significa nada. Pero yo no tengo tanta suerte. Yo me paso el rato pensando en ella, lo he hecho siempre desde que

era niño. –Se sirvió un poco más de vino en el vaso, que estaba casi vacío, y también en el mío, casi lleno–. Me gustaría decirte que no le tengo miedo, Brian, pero desgraciadamente no es así. Solo pensar en morirme me aterroriza.

Se me ocurrió que, si tu recuerdo más temprano era el de tu madre inclinándose sobre tu cuna para cantarte una canción sobre un hombre al que acaban de envenenar, que le tuvieras miedo a la muerte toda tu vida tal vez era lo más lógico. Aunque no se lo dije.

–Por eso –continuó Cockerill, con un énfasis que nunca olvidaré– nunca me suicidaría. Nunca. No porque sea pecado. Simplemente porque no tendría valor.

–Pero... –le dije–, creía que era usted cristiano. ¿Cómo puede darle miedo la muerte? Si ha vivido una vida intachable, seguro que no tiene nada de lo que preocuparse. El Paraíso le está esperando..., por toda la eternidad. Parece un panorama bastante agradable.

–Para los que creen en él –dijo Cockerill.

–¿Usted no? –Estaba sorprendido.

–Creo –dijo, escogiendo las palabras con mucho cuidado esa vez– en el cristianismo como ética. Una ética muy profunda y muy hermosa. Pero me parece que gran parte de su... contenido narrativo entra en la categoría de la mitología. –Bebió un poco más de vino. Me fijé en que lo estaba apurando a toda prisa–. Al fin y al cabo el cristianismo es una religión bastante reciente. Mucho antes de que los romanos llegaran aquí, los ingleses tenían sus propios sistemas de creencias.

–¿Se refiere al paganismo?

–Llámalo como quieras. Los antiguos druidas celtas tenían una visión muy diferente de lo que sucedía después de la muerte. Creían en la transmigración de las almas. Una vez tu cuerpo muere, tu alma inmortal sencillamente encuentra otro cuerpo donde morar.

–¿Me está hablando de la reencarnación?

–Llámalo como quieras otra vez. Mi término favorito es «renacimiento».

–Entonces ¿usted cree que después de morirse... renacerá?

–Creo que, tras mi muerte, llegará un momento en que mis libros serán olvidados. Aunque, luego, renacerán.

–Debe de ser un gran consuelo.

–Pero no basta con *pensarlo*. Tienes que *hacer* que pase.

Su vaso estaba vacío, igual que la botella. Calculé que se habría bebido como las tres cuartas partes. También empezaba a sonar como si hablara para sí mismo, y no para mí. Veía que se le entrecerraban los párpados, y me pareció el momento indicado para levantarme de mi asiento.

–Ha sido muy interesante –le dije–. Pero creo que ya es hora de que me marche. ¿Le importa que vaya un momento al baño?

–Adelante –me dijo–. Está detrás de esa puerta. Prepárate para una temperatura glacial.

El cuarto de baño estaba congelado, en efecto. Una vez más, su tamaño no tenía ningún sentido. La bañera era enorme. Habría llevado horas llenarla. A esas alturas, yo tenía la vejiga a punto de estallar. Me salió el pis como un torrente, que duró unos cinco minutos. Después me miré en el espejo e hice alguna mueca. Me eché agua fría en la cara (más bien agua helada), y luego me senté en el váter unos minutos más, para intentar despejarme. Al cabo de un rato, noté que también me estaba quedando dormido. Me desperté con un sobresalto y me pregunté cuánto tiempo llevaría allí. Cockerill debía de pensar que pasaba algo raro.

No necesitaba haberme preocupado por el tema, de todos modos. Cuando volví a la habitación principal vi que estaba echado en diagonal sobre la cama, completamente vestido y dormido como un tronco. Cogí una manta de un cajón de la cómoda y se la eché por encima. Mientras lo hacía, se le escapó un sonido entre los labios. Pensé que podía estar dándome las gracias en su estado de inconsciencia, pero el sonido continuó y ya no parecían palabras. Mientras remetía los bordes de la manta bajo su cuerpo acostado, me di cuenta de lo que sucedía: estaba *cantando*. Cantaba «Lord Randall», y no como un borracho, desafinando, sino en un tono agudo impecable de contratenor. Entonaba la melodía perfectamente y también daba la impresión de recordar muy bien la letra, aunque no estoy seguro de que cantara las estrofas en el orden correcto. Por supuesto, cantaba muy bajito (su voz tenía un matiz susurrante, como de cuchicheo), pero, en cualquier caso, era una interpretación

fascinante: una de las cosas más extrañas y evocadoras que he escuchado nunca. Aunque no daba señales de ir a acabar nunca. Seguía cantando «Lord Randall» cuando terminé de arroparlo, posé una mano en su hombro a modo de despedida, salí de puntillas de la estancia y cerré la puerta detrás de mí todo lo suavemente que pude.

Cuando leí la noticia del suicidio de Peter Cockerill cinco años después, me quedé sorprendido, claro. En definitiva, ¿no me había contado aquella noche, con total franqueza y sin dejar lugar a dudas, que nunca se mataría, porque pensar en la muerte le daba demasiado miedo? Pero la gente es impredecible. Las personas son complicadas. (He trabajado casi cuarenta años como psiquiatra, recuerden. Supongo que se me nota la deformación profesional.) Y él era mucho más complicado que la mayoría. Evidentemente los demonios que lo dominaban (fuesen los que fuesen) al final habían sido demasiado fuertes como para resistirse a ellos, y, de algún modo, había sacado de alguna parte el valor necesario que me había dicho que le faltaba. La noticia me impresionó, de todas formas, pero yo era joven e inmaduro, y esa sensación se desvaneció casi tan pronto como el interés de los periódicos en las circunstancias de su muerte. Por lo visto, había ocurrido en su casa de campo de New Forest, que se había visto reducida a cenizas. Había prendido fuego a la casa, a todos los manuscritos y cuadernos y papeles que contenía, e incluso a su propio cuerpo. Y por si a alguien le cupiera alguna duda, había dejado una nota de suicidio, pero, en vez de unas palabras garabateadas en un papel, una novela entera, que había titulado *Mi inocencia* y se había publicado póstumamente unos meses más tarde. Su muerte mereció un par de párrafos en los periódicos de gran tirada, un puñado de necrológicas, y después cayó en el olvido. El resurgimiento de su prestigio que había predicho no empezó hasta que pasaron unos cuantos años. Me alegro de que siga en pie, a pesar de que debo admitir que sus

libros nunca me llamaron demasiado la atención. Prefiero recordarlo, no como el autor de esas novelas crueles, neuróticas y egocéntricas, sino como el hombre silenciosamente melancólico que se quedó inconsciente tras beberse tres cuartas partes de una botella de vino tinto, y que me cantó «Lord Randall» mientras yo remetía una pesada manta de lana bajo las curvas de su cuerpo dormido.

XI. LA CÁMARA

Tras su interpretación en la velada más reciente de su padre, los rumores que corrían en torno a Lavinia empezaron a descontrolarse.

No sé de dónde comenzaron a salir aquellas historias sobre brujería. Al primero que se las escuché fue a Chris, a quien creo que se las había contado Tommy, al que se las había contado... Bueno, ¿quién sabe? El caso es que a finales del primer trimestre de 1982, se hablaba de ellas en todos los bares, salas comunes y comedores del *college*.

Todo partió del momento en que alguien la vio salir de una tienda en Londres. De ahí, supongo, y del incidente de su gato con las plantas tomateras del profesor Marshall.

En pocas palabras, la historia era la siguiente. Lavinia tenía una gata, o más bien una gatita, que se llamaba Jinx, y por la que sentía auténtica devoción. Y el sentimiento era mutuo. Lavinia vivía con su padre en los aposentos del *college*, pero un piso más arriba. Y en el piso más alto que daba a Kite's Court, vivía el profesor Marshall. Era profesor de Matemáticas puras, soltero, mayor, muy callado y solitario; llevaba viviendo en el *college* por lo menos los últimos cuarenta años, y nunca molestaba a nadie. El profesor Marshall tenía una pequeña terraza en el tejado que daba al patio, y allí era donde plantaba sus tomates.

No se sabe cómo, Jinx encontró la manera de llegar hasta la terraza del profesor Marshall, y desarrolló cierto interés por sus plantas tomateras. Más en concreto, por mearse en ellas. Y a las plantas no les sentó muy bien aquel tratamiento y murieron. Es fácil deducir que al profesor Marshall aquello no le hizo mucha gracia. Pero la historia aún fue a peor. Un par de semanas después, alguien se encontró el cadáver de la gatita en las escaleras exteriores de las

habitaciones de Emeric. Parecía que había ingerido matarratas. Lavinia subió como un rayo y acusó al profesor Marshall de haber envenenado a su mascota. Él negó la acusación del modo en que siempre se dice que la gente niega ese tipo de acusaciones: categóricamente. Pero Lavinia no se quedó contenta.

A esas alturas, la secuencia de los acontecimientos empieza a volverse un poco borrosa. Alguien, nadie sabe quién, que había ido a Londres a pasar el día aseguraba haber reconocido allí a Lavinia. La había visto desaparecer en el interior de una librería situada en algún oscuro callejón de Gray's Inn Road. El nombre de la librería era Beltane Books. Estaba especializada en obras dedicadas al esoterismo y el ocultismo. En el escaparate había varias muestras de lo que, supuestamente, eran libros de hechizos y encantamientos. A los veinte minutos más o menos, Lavinia había salido de la librería. Se contaba que llevaba un libro en una bolsa de papel marrón.

Unos días más tarde, se produjo una segunda tragedia en Kite's Court. Esa vez, la desgraciada víctima fue el profesor Marshall. A las diez de la mañana, se vio entrar una ambulancia en el patio. Los paramédicos se bajaron de un salto, y poco después, sacaron un cuerpo en una camilla por una de las escaleras. Era el cuerpo del propio profesor. En ese momento parece que seguía vivo, aunque fue declarado muerto al llegar a Urgencias del hospital Addenbrooke. Había tenido un infarto agudo de miocardio.

Ahora bien, se podría alegar que un catedrático septuagenario que nunca había gozado de muy buena salud, conocido además por su tendencia a abusar del jerez del *college*, ya era una víctima potencial de un ataque al corazón. Esa fue la conclusión que yo saqué, desde luego. Pero, inevitablemente, comenzó a circular la teoría de que Lavinia se había tomado la revancha por la muerte de su gata echándole una especie de maldición al infeliz profesor y provocándole una muerte prematura. Yo no me creí una sola palabra, claro, pero tampoco puedo decir que aquello hiciese que menguase en absoluto mi fascinación por la hija de Emeric, quien, debo confesar, había sido prácticamente el único objeto de mis fantasías eróticas desde que le había escuchado cantar «Lord Randall» aquella noche.

Es algo que me da bastante vergüenza admitir, porque, hablando con propiedad, yo ya tenía otra novia en ese momento. Se llamaba Jackie y era una compañera de Medicina que había conocido en las clases de Anatomía a las que por fin había empezado a asistir. Estudiaba en el Clare College, en vez de en el St Stephen, así que eso me había llevado a dejarme caer por allí con ella y de paso hacer nuevas amistades. Una de ellas era un posgraduado estadounidense que había coincidido con Lavinia en Princeton y contaba que lo sabía todo de ella. De modo que me dio una visión muy diferente.

–Nunca hablé con ella –me dijo–, aunque todo el mundo sabía quién era. En parte porque destacaba mucho, con ese pelo negro y la ropa negra y todo lo demás, pero en parte también por sus compañías, que *no* eran las que te habrías esperado. Su novio de esa época era un tal Bill Silverman, y llevaba la delegación de Princeton de Jóvenes Norteamericanos por la Libertad. ¿Nunca has oído hablar de ellos? Qué suerte. Menuda panda de rapados libertarios y fetichistas del mercado libre. Empezaron en los años sesenta (ya te puedes imaginar lo populares que eran entonces en los campus estadounidenses). Adherirse a ellos era un método infalible para que te rompieran la cabeza. Pero actualmente el péndulo se ha pasado al otro extremo y son ellos los que se ríen de los demás. De hecho, esos tipos de los años sesenta son los que están en la Casa Blanca ahora que Reagan es presidente. Lavinia estudiaba Clásicas, pero se fue directa a por aquellos chiflados de extrema derecha, y yo creo que cuando ya estaba haciendo el máster era ella la que manejaba el cotarro. Quiero decir, literalmente: ella y su noviete cogían un vuelo a Washington todos los fines de semana para reunirse con gente del Departamento de Estado y sabe Dios quién. Conque no me cuentes que esta chica solo es una especie de rosa prerrafaelista inglesa con un ramalazo de magia negra. Lavinia Coutts no es una bruja, eso te lo puedo jurar. Es una puta nazi.

Mi última visita a los aposentos de Coutts tuvo lugar en febrero de 1983.

Los años ochenta, recuerden, aún no habían comenzado. Aún faltaban dos para que se produjera la llamada desde el teléfono móvil de Ernie Wise. Y en el St Stephen's College estábamos protegidos entre algodones de lo que ocurría en el exterior. Aun así, yo era más o menos consciente de que las cosas estaban cambiando en Inglaterra bastante deprisa. Para empezar, habíamos estado en guerra con Argentina, y habíamos ganado. Seguramente ninguno de nosotros sabía dónde se encontraban Las Malvinas antes de que eso sucediera, pero enseguida nos pusimos al día, y gracias al triunfalismo patriotero de la prensa amarilla y el éxito de su propia retórica beligerante, la señora Tatcher había sacado mucha tajada del conflicto. Iba a haber elecciones generales más tarde ese año, y se hallaba en muy buena posición para obtener un segundo mandato.

Uno de los puntos sobresalientes de su mandato como primera ministra fue el énfasis que puso en la «relación especial» entre el Reino Unido y los Estados Unidos. En ese momento su presidente era Reagan, y como muchos ingleses no le tenía en gran estima: me conformaba con la imagen que daban de él los chistes malos que veía en la televisión y en los periódicos, que lo retrataban como una especie de vaquero incompetente e incoherente, un actor que declamaba un papel escrito de antemano, lleno de banalidades campechanas y tan falso como un decorado de Hollywood. Ahora me doy cuenta de que subestimé lo que su elección supondría a largo plazo: el comienzo de una larga, larguísima época (seguimos en medio de ella) en que su versión del conservadurismo marcaría el tono de la política estadounidense, y también tendría un impacto duradero en la versión inglesa.

Si he de ser sincero, conocía por lo menos a una persona que ya había empezado a sospechar lo que estaba sucediendo: Christopher Swann. Y él ha seguido cómo se desarrollaba esa historia desde entonces. Sé que hay mucha gente que tiene en poca consideración el blog de Chris, que lo encuentra un poco cómico. A mí me parece admirable, especialmente porque lo investiga todo sin ayuda y sin

financiación, y mientras realiza otro trabajo a tiempo completo. Es infatigable, la verdad. Chris lleva siguiendo sin descanso la historia de cómo ha evolucionado y mutado el conservadurismo más duro, durante casi cuarenta años, a ambos lados del Atlántico. Y ya se puso manos a la obra cuando estaba en Cambridge. Lo sé bien, porque un día, cuando le conté que un amigo americano me había hablado de Lavinia, y le pregunté si sabía algo de los Jóvenes Norteamericanos por la Libertad, se rio, incrédulo, y dijo:

–¿Que si sé algo? ¿Que si *sé* algo, dices? Dios mío, Brian, tú y Jackie habéis estado viviendo en otro planeta estas últimas semanas, ¿no? Pues claro que sé algo. Como ya te he dicho cientos de veces, ¡estoy haciendo mi tesis sobre ellos!

Me dio vergüenza reconocer que me había olvidado; o más bien, que nunca me había enterado, porque era evidente que no había prestado atención ninguna de las veces que Chris me lo había dicho. Pero él no le dio importancia y me invitó a subir a su cuarto para compartir sus investigaciones conmigo, al ver que mostraba tanto interés.

–Para empezar –dijo–, no acabo de imaginarme que Lavinia tenga algo que ver con esta gente. Creía que todo el mundo había decidido que era la Bruja de Endor o algo así, y que se pasaba las noches echando ojos de sapo y patas de tritón a un enorme caldero humeante en la cocina de Emeric.

–Solo me guío por lo que me han contado –le insistí–. Por lo visto, cuando estaba en Princeton se implicó mucho con esta gente.

–Vale –dijo–. Entonces lo que te hace falta saber es esto.

Empezó por hablarme del Manifiesto de Sharon, redactado en casa de William F. Buckley en Sharon, Connecticut, en septiembre de 1960 y suscrito por aproximadamente los noventa estudiantes que se encontraban allí reunidos. El manifiesto donde se decía que los conservadores estadounidenses deberían comprometerse a limitar los poderes del estado y aceptar que «el sistema del libre mercado es preferible a todos los demás». Me contó cómo Ronald Reagan se había unido al grupo de la Junta Nacional de Asesores en 1962 y aún seguía siendo su presidente de honor. También me habló del apoyo incondicional de esa organización, en 1964, a Barry Goldwater, en su

carrera a la presidencia de los Estados Unidos, y del catastrófico fracaso de aquella campaña. Y de los años salvajes de finales de los sesenta y principios de los setenta, cuando la oposición a la guerra de Vietnam estaba en su apogeo, y el activismo estudiantil en los campus estadounidenses lo controlaba la izquierda liberal. Fue sobre esa época, me dijo, cuando los Jóvenes Norteamericanos por la Libertad desarrollaron su fijación por una idea en concreto: que la clase media estadounidense incluía una mayoría conservadora (conocida también a veces como la mayoría silenciosa) a la que le molestaban las protestas contra la guerra, la contracultura, los periódicos y los canales de televisión de las grandes ciudades, la industria del cine, la Gente Guapa; en resumen, todo lo que se podía describir como el *establishment* liberal, tal como lo definió Kevin P. Phillips, un joven abogado de la administración Nixon, en su influyente libro *La mayoría republicana emergente*. El movimiento se fue desencantando con el propio presidente Nixon, cuya apertura a las relaciones con la República Popular de China se consideró una traición a los valores conservadores (otro de los principios fundacionales del Manifiesto de Sharon era «al comunismo hay que derrotarlo, no contenerlo»). Luego, en 1974, vino la creación del Congreso de Acción Política Conservadora (que continúa siendo el punto de encuentro anual más importante del conservadurismo global hasta hoy). Y finalmente, la reciente elección del presidente Reagan había conseguido acercar el movimiento desde los márgenes hasta el centro en pleno triunfo, con el consiguiente resultado de que a muchos de sus fundadores y líderes se les habían dado puestos de poder en la Casa Blanca y ahora no solo se dedicaban al activismo, sino a los auténticos asuntos del gobierno.

–Si Lavinia tenía un novio mayor que ella –dijo Chris– que hubiera estado con ellos en los setenta, es bastante probable que tenga amigos que ahora forman parte de la administración Reagan. Así que ¿puede uno pensar que cogían vuelos para reunirse con ellos los fines de semana? Sí, puede. Más o menos. ¿Sigue en contacto con ese tipo?

Me encogí de hombros.

–A mí no me preguntes –le dije.

Todavía no había hablado nunca con ella.

Jo estuvo de acuerdo en llevarme a una velada más, pero por algún motivo no pudo asistir en el último momento, con lo que terminé yendo solo. Fue en una noche helada de mediados de febrero de 1983. Tuve una sensación extraña subiendo aquellas escaleras que ya me resultaban familiares. Ya no me ponía nervioso acudir a aquellos actos: de hecho, ya no me alteraba nada relacionado con Cambridge. De algún modo, en los dos últimos años y medio aquel inocente estudiante de izquierdas de un instituto de Middlesbrough se había esfumado, y su identidad se había visto suplantada por la de un joven mucho más seguro de sí mismo que ahora se sentía como en casa en aquellos patios y claustros antiguos, los daba por descontados, tal como había hecho en su día con las calles de su barrio de viviendas de protección oficial. La oruga provinciana se había metamorfoseado en una mariposa privilegiada sin apenas darse cuenta de lo ocurrido.

Esa noche no tenía un plan preconcebido, pero sí una intención. Mi intención era entablar conversación con Lavinia Coutts; descubrir, si se podía, algo sobre los años que había pasado en los Estados Unidos, y descubrir también (aunque eso ya era mucho pedir) si había algo de verdad en el rumor de que existía una «cámara en la sombra», donde tenía lugar una segunda velada poco después del acontecimiento principal.

Sin embargo, no estaba nada claro cómo lo iba a conseguir.

Bueno, al final entré en conversación con Lavinia, pero de una forma poco satisfactoria. Como de costumbre, tenía toda una corte de admiradores rondando a su alrededor como moscones. Me situé en el borde de aquella caterva de pijos arrogantes, escuchando como siempre, con una mezcla de horror y fascinación, los comentarios tontamente coquetos que le hacían con aquella confianza en sí mismos tan desmedida. (Puede que me haya acostumbrado a muchos aspectos de la vida en Cambridge, pero

nunca me acostumbraré a esos rebuznos.) A fuerza de perseverancia y de maniobrar con mi cuerpo todo lo que pude, conseguí ponerme a su lado y (como había tenido la precaución de coger de paso una botella de chardonnay) me ofrecí a volver a llenarle el vaso. Me dio las gracias con un gesto de cabeza, y yo aproveché la ocasión para decirle:

–¿Vas a cantarnos algo esta noche?

A lo que ella me respondió:

–No. –Y se fue a otro lado de la habitación.

Y esa (que conste en acta) fue toda mi interacción con Lavinia Coutts, tanto entonces como después.

Desanimado, me puse a buscar algún sitio donde sentarme. Quería ser discreto, pero tener una buena vista de toda la estancia. Justo al fondo, en el rincón más lejano, había un alféizar hondo y acolchado, ideal para mis propósitos. Tomé asiento allí, y enseguida me di cuenta de que me ofrecía otra ventaja: estaba justo al lado de la puerta que daba a la zona privada de los aposentos de Emeric, a pesar de que el mayordomo salía de allí de vez en cuando con una bandeja de vasos de vino y cosas de picar. Aunque solía dejar la puerta un poco entreabierta, así que a veces se me presentaba la oportunidad de escabullirme al interior. Me preguntaba si tendría valor para aprovecharla, o si sería capaz de hacerlo sin que nadie lo notara.

El orador de esa noche era un profesor de otra universidad (una prestigiosa universidad de la época victoriana, nada menos), conocido por sus opiniones inflexibles. Posiblemente, tendría que moderarlas un poco dentro de los confines de su propio auditorio, pero esa noche estaba desatado, y el título de su conferencia era «Por qué hay que acabar con el poder de los sindicatos ingleses para siempre»; un discurso donde dijo todo lo que prometía el título, que fue recibido calurosamente. Gran parte del debate que lo siguió versó sobre el papel del Sindicato Nacional de Mineros, que en 1974 había sido decisivo para hacer caer el gobierno conservador de Edward Heath: una humillación, creían algunos, de la que el partido todavía no se había recuperado completamente. No pude evitar fijarme en que la mayoría del debate tuvo un tono amargo,

vengativo, que normalmente yo no asociaba con aquellas veladas (y menos aún, con los buenos modales del propio profesor Coutts).

A medida que el debate fue decayendo, las cosas empezaron a ponerse a mi favor. Las dos personas que estaban sentadas a mi lado en el alféizar se levantaron y se fueron, lo que significaba que ahora tenía todo ese rincón de la habitación para mí solo. Los demás invitados también se levantaron y comenzaron a juntarse en pequeños grupos, mientras hablaban entre ellos. Lavinia estaba enfrascada en una conversación con un estudiante de Historia de posgrado, descaradamente guapo. Me empezó a latir el corazón más fuerte y más rápido cuando me di cuenta de que, si iba a hacer alguna labor de espionaje, el momento era ese. Y entonces, justo a tiempo, se abrió la puerta que me quedaba cerca, y salió el mayordomo con el ceño fruncido por la concentración, mientras traía otra bandeja totalmente cargada de bebidas. Cumpliendo con mi papel de invitado complaciente, le sujeté la puerta y él esbozó una sonrisa cortés a modo de agradecimiento. En cuanto me dio la espalda, y antes de que nadie pudiera verme, me colé rápidamente por la rendija y cerré con cuidado la puerta detrás de mí.

No tenía mucho tiempo. Recorrí de puntillas un pequeño pasillo con puertas a los dos lados. Fui abriendo las puertas sucesivamente a toda prisa, y vi el dormitorio de Emeric, luego el de Lavinia, después un baño, y también una cocina. Al final había una puerta más. Giré la manilla y descubrí que daba directamente a una corta escalera en espiral, que llevaba hasta arriba. Pasé, subí la escalera y llegué hasta otra puerta en la parte superior. Me daba miedo que hubiera alguien al otro lado, así que miré por la cerradura y tuve un panorama bastante claro de una habitación escasamente iluminada que en ese momento parecía vacía. Consciente de que ya no había vuelta atrás, abrí la puerta y entré.

Era una estancia amplia, más o menos tan grande como la de abajo donde solían tener lugar las veladas. Sin embargo, en esta había escaso mobiliario, que consistía en poco más que diez sillas colocadas formando un gran círculo. Dentro de ese círculo de sillas, en el suelo de parqué, habían pintado un sencillo pentagrama rojo. Mi imaginación empezó a desbocarse inmediatamente, y me figuré a

Lavinia ejecutando alguna especie de danza satánica en aquel espacio, que culminaba con un sacrificio suyo, desnuda, a la diosa Hécate o alguna estupidez escabrosa de ese estilo. Mirar alrededor no te daba muchas pistas de a qué propósito podía servir todo aquello. No había más muebles aparte de una mesa auxiliar y otro par de sillas pegadas a una pared. Otra cosa en la que me había fijado era en que solo había una puerta, la puerta por la que yo había entrado. No tenía más vía de escape que la misma que me había llevado hasta allí.

Empezaba a pensar qué suponía aquello para mi situación de ese momento cuando oí pisadas en la escalera y voces al otro lado de la puerta. Miré alrededor, presa del pánico. Solo había un sitio donde esconderse: el vano de la ventana al fondo de la habitación, que estaba tapado con una pesada cortina que llegaba hasta el suelo. Corrí a meterme detrás de la cortina y allí me quedé, conteniendo la respiración, mientras la habitación comenzaba a llenarse. Entre las voces, reconocí las de Emeric y Lavinia. (De hecho, la suya era la única femenina.) Oí cómo arrastraban un poco las sillas hacia atrás y el ruido de la gente tomando asiento. Crujir de papeles. Clics de bolígrafos. Y luego alguien llamándolos al orden.

–Caballeros. Bienvenidos a la decimoquinta reunión de La Cámara en la Sombra.

Era Roger Wagstaff.

Sí, habría reconocido esa voz en cualquier parte. Con cuidado, con sumo cuidado, abrí una fracción de centímetro las cortinas de terciopelo que tenía delante y arrimé un ojo a la rendija. Estaba sentado de espaldas a mí, y Lavinia en la silla de al lado. Sostenía unas cuantas hojas delante, en un portapapeles, y parecía que estaba levantando acta de la reunión. Podía ver con bastante claridad lo que escribía. Hasta el momento lo único que había escrito era: REUNIÓN Nº 15.

Me pasé más de media hora allí escondido. Sería muy aburrido contarles con pelos y señales todo lo que escuché, así que les haré un breve resumen. Parecía que la mitad de los miembros de aquel grupo tan exclusivo tenían edad de estudiante (incluyendo a Roger Wagstaff y Lavinia Coutts). Los otros cinco debían de ser

catedráticos de distintos *colleges*, cuyas sillas estaban colocadas en las cinco puntas del pentagrama. Me quedó bastante claro, desde el principio de la reunión, que aquello era un grupo influyente de académicos cuidadosamente escogidos que asesoraban colectivamente al gobierno. No solo había expertos en economía y política, también había científicos e ingenieros. Por lo visto habían estado preparando entre ellos una especie de informe. Tenía que ver con los recursos energéticos en un estado nacional de emergencia. Una huelga duradera de algún tipo, de «entre nueve y doce meses» de duración, dijeron. Sus recomendaciones incluían almacenar la mayor cantidad de carbón posible en previsión de la emergencia, elaborar planes de contingencia para la importación de carbón, e introducir cuanto antes un sistema dual de combustión, tanto de carbón como de petróleo, en todas las centrales eléctricas. Todo ello apoyándose en una detallada serie de cifras basadas en la más variada gama de escenarios.

Al final de la reunión se aprobó el informe, y Emeric propuso que había que hacerlo llegar enseguida a algún «contacto de alto nivel». Los demás estuvieron de acuerdo, y cuando Emeric preguntó si se podría emplear «el método habitual», Wagstaff asintió. Inmediatamente, Lavinia tomó nota: «RW lo llevará mañana en tren a Londres».

La reunión se dispersó, se apagaron las luces y se vació la habitación. Como era la única persona que quedaba, oí cómo se cerraba la puerta tras ellos. Milagrosamente, no me habían descubierto. Pero estaba atrapado.

Tras una somera exploración de la estancia, me di cuenta de que la ventana era mi única esperanza. Giré la manilla de hierro forjado y se abrió hacia el exterior con un chirrido. Asomé la cabeza al frío aire nocturno y miré primero abajo y luego arriba. Ninguno de los dos panoramas era especialmente alentador. Daba a un patio interior pequeño y privado. Por abajo había como una altura de unos diez metros y ninguna forma aparente de hacer el descenso. Y por arriba parecía un poco más fácil. Además de la cañería que pasaba junto a la ventana, había unos tallos de yedra con un aspecto bastante consistente y un par de puntos de apoyo en la pared donde los

ladrillos o sobresalían o se habían caído. No era una perspectiva muy agradable, pero no tenía elección, y decidí rápidamente que, cuanto antes me pusiera a la tarea, mejor.

La escalada probablemente no me llevó más que tres o cuatro minutos, aunque me pareció mucho, muchísimo más. Intenté no ser muy consciente de lo que hacía concentrándome en otras cosas, pero lo único que se me ocurría era el pasaje de *Titus Groan* que había leído hacía un par de años, cuando el señor Flay ha encerrado a Steerpike en una habitación, y él consigue escapar por una ventana y luego trepar directamente hasta los tejados de Gormenghast. Recordaba su fuga con todos sus horrorosos detalles, la sensación de vértigo mientras trepa por el «muro tambaleante», sudando, sangrando, «con el crepúsculo vacío iluminándole los omóplatos». Pero cuando alcancé el antepecho y pasé por encima con relativa facilidad, por fin a salvo, también me acordé de su sensación de triunfo, por extenuado que estuviera, al llegar a lo alto del castillo, y me di cuenta de que sentía algo parecido. Allí, claro, no había nada comparable con la prodigiosa extensión de losas de piedra de Gormenghast que abarcaba varias hectáreas. (Steerpike había sido la primera persona en vislumbrarla en al menos cuatrocientos años.) Aunque a la clara luz de la media luna de febrero pude ver no solo los tejados de St Stephen's College extendiéndose a mi alrededor, así como su torre del reloj y la característica silueta puntiaguda de su capilla, sino también la mayor parte de Cambridge. Un grupo sorprendentemente reducido de *colleges* arracimados en torno a los Backs, abriéndose en abanico en torno a la plaza del mercado, y luego la prolongación del alumbrado de la propia ciudad, en gran parte todavía inexplorada y misteriosa para mí, las farolas de las carreteras y de las calles desvaneciéndose en la distancia en una oscuridad turbia y envolvente que implicaba la existencia de inhóspitos marjales barridos por el viento todavía más lejos. Al ver todo aquello a mis pies, tuve de repente una sensación de dominio y omnipotencia, como Steerpike contemplando el castillo desde su perspectiva olímpica, «cuando solo su hambre evitó que se apoyara ufano sobre el cálido antepecho y que, con cien torres bajo él, proyectara un futuro increíble».

Pero, como normalmente yo no era muy dado a delirios de grandeza, aquel tampoco duró mucho. Yo no era Steerpike. Ni siquiera, aprovechando mi nueva información, iba a montar nunca una campaña subversiva que pondría a Cambridge de rodillas, tal como él casi había conseguido acabar con Gormenghast y todos sus ocupantes. A mí me movía exclusivamente una inquietante curiosidad personal. Así que al día siguiente rastrearía a Roger Wagstaff hasta Londres y trataría de descubrir dónde se produciría su cita secreta; mientras tanto, lo único que quería encontrar era una claraboya abierta, dejarme caer en el terreno seguro de una escalera del *college* y regresar al calor de mi cama lo más rápido posible.

XII. LA SOMBRA

En esa época, la mayoría de los trenes de Cambridge a Londres iban a la estación de Liverpool Street, en vez de a King's Cross. Era un trayecto aburrido, con paradas en Audley End, Bishop's Stortford y Sawbridgeworth entre otros muchos sitios, y como no sabía cuál cogería el horrible Wagstaff tuve que llegar a la estación a tiempo para el primer tren, que salía sobre las cinco y media. No era ninguna broma en una mañana fría y húmeda de mediados de febrero.

Me pasé hora y media heladora sentado fuera, en el andén, antes de que la cafetería de la estación se dignase abrir a las siete. Después, por lo menos pude esperar cómodo y caliente. Me tomé cuatro cafés y un par de sándwiches de beicon antes de que la necesidad de hacer pis se volviera irresistible.

Ya eran casi las nueve de la mañana y, cuando regresaba de los aseos hacia la cafetería, vi a alguien que me resultaba vagamente familiar de pie en el andén, a unos metros de mí: una joven con el pelo corto a los lados y en la nuca que llevaba un bolso en bandolera, que entre otras cosas contenía un gran sobre de papel manila. Me llevó un rato ponerle nombre a aquella cara, pero por fin me vino a la cabeza: claro, era Rebecca, el objeto del enamoramiento no correspondido del pobre Tommy Cope hacía unos meses. Había escrito aquel poema horrible sobre ella: «Si la "meta" oculta el significado de mis versos / se plantea la cuestión, ¿para qué sirve la meta-fora?». Nunca olvidaría aquel horrible par de versos. Sin embargo, parecía que Rebecca se había olvidado de mí, a pesar de que Chris nos había presentado en el debate de la Cambridge Union en segundo curso. Hizo caso omiso de mi saludo con la cabeza, y volvió significativamente la suya en otra dirección

tras mi gesto de reconocimiento. Genial. No tenía ningunas ganas de hablar con ella. Ya me fastidiaba bastante haberme encontrado con alguien a quien conocía durante lo que se suponía que era una misión secreta. Cuando el siguiente tren en dirección a Liverpool Street llegó a la estación, Rebecca se subió a él, y yo volví al interior del café a mi puesto de vigilancia.

Estaba pidiendo mi quinta taza de café cuando me vino una idea. Me había olvidado, pero olvidado completamente, de que se apellidaba Wood. ¡Claro! ¿Cómo podía estar seguro de que ella no era la «RW» cuyas iniciales Lavinia había anotado en su acta? Al fin y al cabo, ella y Wagstaff habían sido uña y carne en aquel debate: ella se había sentado a su lado mientras hablaba, para pasarle las hojas con los datos y las citas cuando se las pedía. ¿Y qué era el sobre de papel manila que llevaba en su bandolera, sino una copia del informe de La Cámara en la Sombra? ¿Debía arriesgarme? ¿Debía confiar en mi intuición o continuar sentado en la cafetería por si acaso el propio Roger Wagstaff se presentaba en la estación?

El tren que iba a Liverpool Street empezó a moverse. Anulé mi café, salí corriendo al andén y conseguí abrir por la fuerza una puerta del último vagón y saltar a bordo justo a tiempo.

Las estaciones fueron quedando atrás.

Shelford. Whittlesford Parkway. Great Chesterford.

Estuve pensando si adentrarme más en el tren, para poder vigilar mejor a Rebecca. Aunque corría el peligro de que me volviera a ver y se diese cuenta de que la seguían.

Audley End. Newport. Elsenham.

Pero ¿por qué iba a darse cuenta de que la seguían? Yo no era más que otro estudiante que había cogido un tren a Londres por distintas razones. ¿Qué pasaba si me veía? ¿Qué más daba?

Bishop’s Stortford. Sawbridgeworth. Harlow Mill.

Me fui abriendo paso por los vagones hasta que llegué más o menos a la mitad del tren. Y luego tuve un golpe de suerte, porque

distinguí a Rebecca sentada en un asiento doble, de cara a la máquina. Estaba de espaldas a mí, así que no había peligro de que me hubiera visto. Me senté como cuatro filas más atrás que ella, al otro lado del vagón.

Harlow Town. Roydon. Broxbourne.

Empezamos a internarnos en las afueras de Londres. Comenzó a entrarme cierto desasosiego. No por el asunto en el que me había metido; simplemente porque la capital siempre me producía ese efecto. Puede que me hubiera acostumbrado a Cambridge, pero Londres seguía desconcertándome, hacía que me sintiera perdido y vulnerable.

Cheshunt. Tottenham Hale. London Liverpool Street.

Por fin habíamos llegado.

La figura que estaba sentada cuatro filas por delante de mí en el vagón se levantó y luego se giró de medio lado. En ese momento, vi que en realidad era un hombre. Un hombre de unos treinta y pocos años. Un completo desconocido. Me maldije a mí mismo por ser tan estúpido, luego eché a correr hacia delante, abriéndome camino entre él y el resto de la gente que esperaba para salir, y me bajé a trompicones al andén. Ya había un torrente de pasajeros enfilando el torno de salida. Me abrí paso a empujones, incapaz de creerme que podía haber perdido a mi presa. Pasé por el torno yo también, sin tener aún ni un atisbo de Rebecca. Entonces, a lo lejos, vi a alguien que me la recordaba. Se dirigía a toda prisa hacia las escaleras mecánicas que llevaban a la Central Line. Salí corriendo en aquella dirección.

De algún modo conseguí no perderla de vista, a pesar de la multitud que me separaba de ella. Intenté abrirme paso a codazos entre tanta gente como pude, sin molestar demasiado a nadie. Al final había como seis peldaños de la escalera mecánica entre la supuesta Rebecca y yo. Por lo menos reconocí el bolso en bandolera y vi que el sobre de papel manila sobresalía de él.

Rebecca se encaminó al andén oeste y cogió el primer tren que vino, para bajarse en Holborn y luego dirigirse al nordeste hacia Gray's Inn Road. La fui siguiendo a una distancia de unos diez metros. Dejó la calle principal tras seis o siete minutos y se metió

por unas caballerizas antiguas y estrechas, donde los edificios altos a los lados hacían que la calle permaneciera siempre en sombra. Al principio daba la impresión de ser un callejón sin salida, aunque en realidad había una arcada diminuta al fondo, que daba a una calle todavía menos prometedora. Rebecca sabía exactamente adonde iba, pero yo no, así que tenía que vigilarla de cerca, consciente al mismo tiempo de que, si se daba la vuelta tan solo una vez y miraba hacia atrás, me descubriría y ahí se acabaría todo. Sin embargo, como de milagro, eso no sucedió. Los edificios de aquella parte sombría y desolada de la ciudad eran sobre todo residenciales, pero también había algunos locales comerciales cerrados con tablones y un puñado de escaparates decrépitos. Yo estaba bastante perdido en aquel laberinto de caballerizas y callejones.

Al final, doblando una última esquina, Rebecca me condujo hasta una calle ligeramente más ancha donde una casa, un poco más pequeña y descuidada que las demás, se había convertido en una librería con un escaparate lleno de un revoltijo de títulos, y más libros apilados en cajas de cartón y mesas de caballete a los lados de la entrada. Un letrero desteñido, astutamente pintado sobre la puerta informaba del nombre de la librería en letras góticas. Se llamaba Beltane Books. «Especializados en esoterismo y ocultismo» decía la inscripción en lo alto del escaparate.

Rebecca entró directamente. Yo me agaché bajo una arcada ennegrecida que parecía dar a algún garaje, y me quedé allí escondido unos minutos, preguntándome qué iría ella a hacer luego. Pero no tuve que esperar mucho. Salió enseguida y enfiló a paso rápido el camino de vuelta. Solo entreví un momento su bolso de bandolera, que, por lo que pude vislumbrar, ya no contenía el sobre de papel manila. Esa vez no la seguí. Ahora la cuestión no era adónde se dirigía Rebecca (de regreso a Cambridge), sino lo que ocurriría después de la entrega del sobre.

Salí a la calzada y miré a ver si había algún sitio donde refugiarme. Al parecer había una bocatería a unos veinte metros en la misma calle, en el lado contrario a la librería. Eché una mirada por el ventanal y enseguida me di cuenta de que no era un sitio muy acogedor, aunque con un poco de esfuerzo convencí al dueño, un

londinense de clase obrera y pocas palabras pero muchos tatuajes en sus antebrazos impresionantemente peludos, de que me hiciese un sándwich de queso y cebolla con un café solo. Vigilé la entrada de la librería mientras me lo preparaba, pero no vi entrar ni salir a nadie. Luego me acomodé en la barra que corría en paralelo al ventanal que daba a la calle, me quemé la lengua con el café al primer sorbo, y me dispuse a otra larga espera.

Pasaron cuarenta minutos hasta que Beltane Books recibió la visita de otro cliente. A primera vista, no tenía mucha pinta de ser el típico habitual de una librería dedicada al ocultismo. Y mirándolo mejor, todavía menos. Era un hombre rechoncho de pelo castaño, de unos cuarenta años, que llevaba una gorra de visera y un uniforme de chófer gris claro. Estuvo en la tienda menos de treinta segundos, y cuando salió llevaba el sobre debajo del brazo. Aparté mi café y me despedí torpemente de mi anfitrión, al que por lo visto no le importaba demasiado que se marchase su único cliente. Al ponerme de pie, hice un gesto de dolor al darme cuenta de que tenía la vejiga tan llena como me temía. Aun así, salí detrás del chófer, haciendo todo lo posible por ignorar la presión en mi entrepierna. Mientras iba torciendo y cambiando de dirección por aquellas calles laberínticas, fui cojeando en su persecución a una distancia prudencial. A los cinco minutos más o menos ya había llegado a Theobalds Road.

Allí lo estaba esperando una larga limusina negra, aparcada en prohibido. Se sentó en el asiento del conductor, y a través del cristal tintado de las ventanillas vi que le pasaba el sobre al pasajero de la parte de atrás. También le vi la cara a aquel pasajero con la suficiente claridad como para reconocerlo. Era, tal como me había esperado, un conocido ministro del gobierno de Su Majestad.

XIII. FIN

Así que se me acaba el tiempo. Desde que escribí las últimas páginas, hace dos semanas, las cosas se han puesto mucho peor. Tengo un dolor horrible en el estómago. Y ya no me siento con fuerzas para seguir escribiendo. Pensé dictarle lo que me quedaba a Jackie (sí, queridos lectores, me casé con ella), pero hasta la voz se me quiebra últimamente. Me cuesta decir cualquier cosa en voz alta. Me duele al hablar, me duele al moverme, hasta me duele al respirar.

Además he llegado al final, más o menos. ¿Qué más les iba a contar? Al cabo de un año, tendría lugar la larga y dolorosa huelga de la minería en el Reino Unido, y el gobierno Thatcher se atrincheraría para una prolongada guerra de desgaste, basándose en información privilegiada sobre cómo podría sobrevivir el país a esa interrupción del suministro energético. Tal vez hubiese podido demostrar, solo por darme el gusto, que existía una línea directa de comunicación entre las veladas de Emeric y el gobierno, pero no sabía qué hacer con eso. Nadie estaba haciendo nada ilegal. Nadie estaba haciendo siquiera algo demasiado sorprendente, si te parabas a pensarlo. Desde luego, a Chris no le sorprendió lo que había descubierto cuando se lo conté.

–Claro –me dijo–. Oxford y Cambridge están cerca de los centros de poder. Muy cerca. Por eso no les gusta que venga aquí muy a menudo gente como tú, o como yo, o como Jo. No quieren que demasiados plebeyos les echen un vistazo a los mecanismos del poder. Pero, incluso cuando acabamos viendo cómo funcionan, ¿qué se supone que podemos hacer?

Su propia respuesta a esa pregunta ha sido bastante clara. Se fue a los Estados Unidos como estudiante de posgrado, siguió con su investigación sobre la parte más extremista del movimiento

conservador, consiguió un puesto en la universidad, se casó con una simpática norteamericana llamada Elspeth, adoptó a una niña etíope, y abandonó el mundillo académico para buscarse un trabajo en el sector editorial. No sé exactamente cómo ni por qué todo le salió mal al final, pero unos años más tarde regresó a Inglaterra, divorciado, cogió el puesto de subdirector de una revista llamada *Historia y Herencia*, y desde entonces se dedica a ello. Chris siempre fue un estudiante brillante, y si se ha conformado con un puesto de subdirector todos estos años (sobre todo en una revista que realmente le merece) no es por falta de ambición. El auténtico trabajo de su vida es su investigación. Ha estado vigilando de cerca durante más de treinta años esas redes secretas del poder y cómo funcionan. Especialmente a Roger Wagstaff.

Y desde luego Wagstaff ha estado muy ocupado estos últimos años. Tras una larga travesía del desierto, el Grupo Processus (que oficialmente se formó a mediados de los noventa) ha encontrado por fin a su alma ideológica gemela en el gobierno posterior al Brexit. Sin duda, es solo cuestión de tiempo que Roger pase a formar parte de la Cámara de los Lores. De hecho, me extraña que no lo haya hecho ya.

Rebecca, por lo que yo sé, sigue teniendo devoción por él, aunque no estoy seguro de que sea correspondida de la forma que le gustaría. A Emeric lo nombraron caballero y continúa viviendo en Cambridge, a pesar de que debe de ser demasiado viejo para la enseñanza. En cuanto a su hija, la encantadora Lavinia, regresó a los Estados Unidos, se buscó un marido republicano rico, y lo último que supe de ella fue que era consejera de Donald Trump en su estrategia de campaña. Por desgracia, ella y su padre se han distanciado bastante. Al final ha salido demasiado extremista incluso para él.

Metiéndose la última chocolatina en la boca, y apurando los últimos sorbos de su café frío y amargo, la inspectora Freeborne cerró la carpeta de anillas y se recostó en el sillón. Juntó las puntas de los dedos de las dos manos, las apoyó en la boca, y permaneció un rato en esa actitud reflexiva, pensando en lo que acababa de leer y escuchando los primeros gorjeos de los pájaros en el exterior de la casa, mientras empezaban a aparecer rendijas de luz gris por el borde de las cortinas. Tras unos diez minutos, se movió, sacó un bolígrafo de su maletín, y le escribió una nota breve a Joanna.

Querida señora Maidstone:

Muchísimas gracias por darme la oportunidad de leer las interesantes memorias del señor Collier. Si no le importa, me las voy a llevar conmigo unos días. Haré una copia y le devolveré el original tan pronto sea posible.

También he cogido prestado el ejemplar de la novela del señor Cockerill que le dedicó a su amigo Thomas. Se lo devol- veré en cuanto pueda, igualmente. De todas maneras, creo que quizá tenga algún valor como prueba.

Le agradezco muchísimo su hospitalidad de ayer por la tarde y lo amable que ha sido al dejarme pasar la noche aquí. Todo este asunto tiene que ser increíblemente estresante para usted y su familia, pero espero que podamos resolverlo muy rápido.

Me pondré en contacto con usted enseguida. Ni lo dude.

Sinceramente agradecida,

Pru Freeborne

Tercera parte
Y asunto solucionado


PRUEBA/RENACIDO
PRUEBA/
RENACIDO
Un ensayo de autoficción

P.

Así que decidimos contar el resto de la historia nosotras mismas. Haremos lo posible por contar la verdad, tal como nosotras la vemos.

R.

Es decir, nuestra verdad.

P.

Me llamo Phyl. A veces seré yo la que cuente la historia.

R.

Y yo me llamo Rash. Otras seré yo.

P./R.

Y a lo mejor, de vez en cuando, intentamos contarla las dos juntas.

P./R.

Empezó de la misma manera para las dos. En la terminal 5 de Heathrow.

El incidente con los ascensores/elevadores.

Empezó con dos tipos (dos tíos distintos) que estaban convencidos de que solo ellos sabían cómo funcionaban los ascensores/elevadores. Estaban convencidos de que únicamente podían abrirse apretando los botones, y de que nosotras no éramos más que féminas pasivas e inútiles que estaban esperando que llegaran ellos para enseñarnos a hacer las cosas.

Ambos incidentes terminaron de la misma manera: con los hombres creyéndose su propia versión de la verdad (que ellos habían conseguido abrir las puertas) y nosotras creyendo la nuestra (que las puertas se habrían abierto de todos modos). La única diferencia era que los hombres desvariaban, y nosotras estábamos en lo cierto.

No todas las verdades son iguales, por mucho que se crea en ellas.

Las dos salimos de allí cabreadas y molestas, y deseando (con lo que los franceses llamarían *l'esprit de l'escalier*, o en este caso, ¿*l'esprit de l'ascenseur*?) haber tenido el valor y la paciencia de demostrarles realmente a aquel par de idiotas machistas que las puertas estaban programadas para funcionar solas. Pero no lo hicimos. En vez de eso, nos vinimos para casa y nos quejamos mutuamente. Y así comenzó nuestra amistad. Ahí fue cuando nos dimos cuenta de que estábamos en la misma onda.

Lo que solamente habría sido una figura retórica hasta ahora,

claro. Porque ahora estamos literalmente en sintonía.

R.

Me cayó muy bien la mujer policía. Una de las cosas que me gustaron de ella fue que sabía hacer preguntas difíciles con mucho tacto. Quería averiguar cosas sobre la muerte de mi padre, pero al mismo tiempo sabía que cualquier alusión a eso era un sufrimiento para nosotros.

Se me ha quedado grabado algo que dijo esa noche en la cena. Dijo que cualquiera que llegue a los sesenta años tiene que aprender a lidiar con la muerte de sus padres. Es una de las pesadillas que nadie puede evitar cuando alcanza esa edad. Y sinceramente, tal como hablaba de ello, parecía tan afectada por la muerte de su propio padre, que murió tranquilamente en la cama de un hospital de Londres, como yo por la del mío, a pesar de que en mi caso las circunstancias fueran tan imprevistas y tan extrañas.

Evidentemente, nunca lo consideré mi auténtico padre. Nunca lo llamé papá, siempre Christopher o Chris. Y cuando rompió con Elspeth, ya no nos vimos mucho. Pero eso no significa que no tuviéramos cierta cercanía. Desde que se murió no dejo de recordar el verano que pasé con él en Inglaterra, yo debía de tener unos once o doce años, y fue bastante incómodo porque realmente no sabíamos cómo tratarnos, así que nos pasamos la mayor parte del tiempo viendo *Friends*. No estoy muy segura de que le gustara la serie, aunque era muy típico de Chris, una vez decidía meterse de lleno en algo, no quedarse tranquilo hasta que se convertía en un experto en el tema. Supongo que era la impronta de haber estudiado en Cambridge. Ahora que ya no está, me doy cuenta de lo mucho que lo respetaba por eso. Si puedo honrar su memoria de

alguna manera, creo que es conservando ese espíritu. No siendo una diletante. Para entender un tema tienes que saberlo todo, controlarlo de puta madre, ya se trate de los episodios de *Friends* o de la historia del conservadurismo posterior a 1979.

Desde que murió, hay un episodio que he visto tres o cuatro veces. Uno de los primeros, en realidad: el episodio 8 de la primera temporada, *El de cuando Nana muere dos veces*. Es un episodio raro porque la abuela de Ross y Monica se muere, y a pesar de que en principio pretende hacer reír (justo cuando Ross cree que su abuela ha muerto, ella abre los ojos de golpe y vuelve a la vida), es uno de los pocos episodios, quizás el único, donde ves a uno de los seis personajes protagonistas teniendo que enfrentarse al duelo. La escena final del funeral es bastante conmovedora, y la emoción parece auténtica (como *merecida*), porque es verdad que para mucha gente veinteañera la muerte de algún abuelo es su primera pérdida importante. Aparte de que a Phoebe se le muriera su madre hace muchos años (bastante antes del marco temporal en que se desarrolla la serie), ninguno de los personajes de *Friends* tiene que vérselas con la muerte de uno de los padres. Esa es otra de las razones por las que a los niños y a los adolescentes les gusta la serie, supongo: porque nunca se enfrenta a ninguno de esos tremendos traumas o crisis de los adultos que nos esperan a todos y que no vamos a poder evitar. A lo largo de los diez años que abarca la historia, ninguno de los seis protagonistas aprende nunca lo que yo he tenido que aprender estos últimos días: que, por unida que estés a ellos o no, la muerte de uno de tus padres te toca en lo más hondo y cambia radicalmente tu manera de ver el mundo.

P.

La muerte de la madre de Cockerill le tocó en lo más hondo y cambió radicalmente su manera de ver el mundo.

Tras leer esta frase (de la introducción de Richard Wilkes a la reedición de *Mi inocencia*) cogí mi rotulador amarillo y la marqué. Me quedé pensando en la frase y mirando al infinito durante un rato. En el exterior de mi ventana, el jazmín demasiado crecido (mi padre llevaba todo el verano diciendo que lo iba a podar) daba ligeros golpecitos contra el cristal, creando unas bonitas figuras abstractas de luz y sombra en la pared de mi dormitorio.

Debemos recordar que en una novela anterior, Una soga del infierno*, había narrado la historia de la traición de su padre a su madre. Si su propia madre leyó la novela (y parece ser que sí) no resulta descabellado imaginar que le provocaría un gran dolor. El mismo Cockerill, curiosamente, no contó con ello mientras la estaba escribiendo. Sin embargo, el sentimiento de culpa que experimentó más tarde sobre el tema tuvo que ser uno de los factores que contribuyeron a su creciente infelicidad, que ya se había convertido en una profunda depresión a mediados de los ochenta cuando empezó a trabajar en* Mi inocencia*. En esas circunstancias, el inesperado diagnóstico de cáncer de su madre en el otoño de 1985 debió de convertirse en un golpe aún más tremendo; y al parecer fue su muerte pocos meses después lo que le condujo a la senda suicida que el propio libro traza tan dramáticamente*.

Volví de la introducción a la novela misma. La había leído un par de veces en los últimos días. Era un libro en el que Peter Cockerill había intentado contar la historia de su madre: su infancia en la

frontera de Escocia, su traslado a las Midlands inglesas con su familia en los años treinta, su noviazgo, compromiso y matrimonio con el padre de Cockerill; él creía que había sido un trágico error, lo que la había destruido. El libro era en parte unas memorias y un ensayo: descripciones de hechos de la vida de su madre, con digresiones intercaladas del autor sobre la imposibilidad de conocer de verdad el pasado de tus padres. También había algunos pasajes ambientados en los años cincuenta, donde Cockerill se recreaba en sus propias memorias de infancia más tempranas, y otros que tenían lugar en el presente: transcripciones de conversaciones entre él y su madre, cuando intentaba sonsacarle recuerdos. Era todo muy intenso y conmovedor, aunque también tenía un toque empalagoso, algo en la relación entre Cockerill y su madre que resultaba excesivo. El fragmento más interesante (y para mí, paradójicamente, el que sonaba más sincero) se encontraba en la última página, donde arrojaba una mirada crítica a lo que había escrito. He leído esa página tantas veces en los últimos días que me la sé casi de memoria. Así es como remató Cockerill el libro hace ya tanto tiempo:

Pero, al final, ¿qué es lo que he aprendido de esta incursión en los años de optimismo juvenil de mi difunta madre? ¿El auténtico tema de este libro ha sido su inocencia, o la mía? He tratado de contar la verdad: la verdad tal como la recuerdo, como me la contaron, como he podido reconstruirla. En ese sentido, esperaba hacer justicia a su memoria: ofrecer algo que no fuera más ambicioso, o pretencioso, que un relato sincero y fiel de su infancia y juventud. Sin embargo, quizá mi propia fe en que eso sea posible sea en sí misma una mera demostración de mi propia ingenuidad. El hecho mismo de escribir es también, por definición, un acto de selección, y por tanto de distorsión, y por consiguiente de invención. En este libro he evitado la falta de honradez en la que caen muchos escritores llevados por los cantos de sirena de la «ficción», y por la que tantos lectores indigentes y crédulos parecen suspirar. Aunque, al mismo tiempo, me doy cuenta de que no me he aproximado a las orillas de la verdad en la medida que esperaba, y lo que es más importante, la escritura de este libro no me ha llevado al grado de cercanía con mi madre al que yo aspiraba. Se ha ido, y no hay manera de traerla de

vuelta. Escribir ha resultado ser otro callejón sin salida: mis palabras no me brindan consuelo alguno, y mi voz no la escucha nadie. Después de esto, ya no tengo nada que contar. Ya no escribiré más. Pero ¿se puede vivir sin escribir? Ese es el dilema que encaro ahora. ¿Y mi respuesta? No, no se puede. Es imposible seguir así. Llegar hasta esta última página me ha demostrado por lo menos una cosa. Es hora de darse por vencido y ponerle fin a esta vida tan desgraciada.

¡Phyl!

Oí que mi madre me llamaba. No hice caso y volví a leer la última frase.

Phyl, ¿no bajas? ¡Ya ha empezado el funeral!

El funeral... Mis padres estaban obsesionados con el funeral. Aún quedaban un par de semanas para el funeral de Christopher. Mientras tanto, este era el funeral del que hablaba todo el mundo: el de la Reina. ¿De verdad quería bajar a verlo? Se suponía que iba a durar horas. La Historia en vivo y en directo, no dejaban de repetirme mis padres. No acababa de entender cómo podía interesarles tanto. Diez días antes, a uno de los mejores amigos de mi madre lo habían apuñalado a muerte. Bajo mi punto de vista, eso era mucho más significativo históricamente. Sobre todo ahora que me había planteado una pregunta que no se me iba de la cabeza.

¿Por qué razón el profesor Richard Wilkes se encontraba en el hotel cuando se había cometido el asesinato?

R.

El miércoles por la mañana, fiel a su promesa, la mujer policía devuelve el manuscrito que ha pedido prestado. Llega por correo sobre las once y media. Phyl y yo lo subimos a su dormitorio y nos ponemos a leerlo inmediatamente. Abrimos la carpeta de anillas y ella me va pasando hoja por hoja en cuanto termina de leerlas.

Nos lleva un par de horas leerlo todo, y después se nos ocurren preguntas. Muchas preguntas.

Así que, para empezar, tenemos a un hombre que jura que nunca se va a suicidar. Y luego, diez años después, eso es lo que hace exactamente.

Phyl asiente y dice:

Sí, lo encuentro muy raro la verdad. Y otra cosa que me choca es cuando dice que lo más importante es que sus libros lo sobrevivan después de muerto. «Si mi obra no me sobrevive, entonces..., habré fracasado. Todo habrá sido inútil.»

¿Era famoso en ese momento?

No, para nada. Nunca fue famoso en vida. Solo se hizo famoso después de morirse y de que la gente empezara a escribir ensayos sobre él y a programar sus libros en cursos universitarios.

Una de esas personas fue el profesor este, Wilkes, ¿no?

Sí.

¿Y qué sabemos de *él*?

Solo te puedo decir lo que *no* sabemos, dice Phyl. No sabemos si él y Peter Cockerill se conocieron en persona.

¿Y te parece importante?

Sí. Muy importante. Encontré en internet varios artículos de

periódico antiguos escritos por él, de antes de 1987, todos sobre la escena literaria de esa época. Pero no habla de Cockerill.

Así que nada por ese lado.

A no ser... A no ser que eso fuese lo peor de todo, ¿no? Desde el punto de vista de Cockerill. Ser ignorado completamente, pasado por alto. Como si no existieras.

Nos quedamos ahí sentadas un rato, dándole vueltas a la situación. Todavía no acabo de acostumbrarme a lo tranquila que es esta casa. En la mía de Wanstead se oye el tráfico todo el tiempo, por no hablar de la música que viene de la calle y del sonido del televisor de al lado. Aquí lo único que se escucha es el canto de los pájaros. No me había dado cuenta hasta ahora, pero durante el día los pájaros no paran de cantar. Los muy cabrones cantan mañana, tarde y noche. Y la verdad es que empiezan a volverme un poco loca.

Entonces, ¿cuál es tu teoría?, pregunto, cuando ya me he hartado de los gorjeos de los mirlos, los gorriones o lo que sean.

No tengo una teoría, dice Phyl. Al menos de momento. Pero tengo un par de corazonadas.

Venga, le digo al poco rato, cuando no termina de explayarse. Cuéntamelas.

Una es que Peter Cockerill (puede que incluso su suicidio) tenga algo que ver con la muerte de tu padre.

Vale. En eso estoy de acuerdo.

La segunda... Bueno, la segunda es un poco más rara.

Coge su ejemplar del libro *Mi inocencia*, que últimamente casi no ha soltado de las manos.

Vamos a pensar un momento en él como si no fuera una novela, dice. Porque es algo más, ¿no? Es una nota de suicidio.

Le hago un gesto afirmativo.

Pero el caso es que es una nota de suicidio de la que puede haber dos versiones, ¿entiendes?

Niego con la cabeza.

No mucho.

Bueno, está la versión publicada, la que tenemos aquí. Aunque también estaban las pruebas. Solo que, por lo visto, casi todas han

desaparecido misteriosamente. Pero ¿cómo podemos saber que eran iguales?

Bueno... Tienen que serlo, ¿no?

No... Para nada. Los autores hacen cambios en los libros cuando corrigen las pruebas. Ahí está la cosa. Así que ¿quién se atrevería a decir que Peter Cockerill no hizo cambios en su nota de suicidio?

Frunzo el ceño.

Es posible, me imagino. ¿Pero qué probaría eso?

Bueno... Suponte..., solo suponte, que Cockerill nunca tuvo intención de matarse *de verdad*. ¿Y si alguien lo asesinó?

¿Wilkes?

¿Por qué no?

Me lo pienso. Parece una locura, aunque no deja de ser una posibilidad.

¿Y eso qué demostraría?

No *probaría* nada, dice Phyl. Pero si estaba dispuesto a hacerlo una vez, hace treinta y cinco años... No sé. A lo mejor estaba dispuesto a hacerlo otra vez.

Me da la sensación de que tendría que sonar una música dramática de fondo después de que diga eso. Pero no suena. Solo se oye a los pájaros, gorjeando como locos.

P.

Así que ¿cómo íbamos a conseguir una copia de las pruebas de *Mi inocencia*? Solo teníamos una pista. Victor, el amigo de mi padre, que tenía una librería de viejo en Londres, había adquirido hacía poco una copia, y se la había vendido a alguien por una gran suma de dinero.

Pero no os va a decir quién fue, aseguró mi padre.

Vale, le dije. Tampoco me lo esperaba. Pero Rash y yo vamos a ir a Londres el viernes, así que no nos cuesta nada pasarnos por la librería y preguntarle qué recuerda sobre el tema, ¿no?

Supongo que no. ¿Aunque no sería más fácil llamarlo por teléfono?

Vamos a ir a Londres, de todas formas, le dije.

Está bien, dijo mi padre. Pero no le deis la lata, por favor. Victor es un hombre muy ocupado.

El viernes, cogimos un tren a Londres a media mañana. Tuvimos que hacer transbordo en Reading. La segunda parte del viaje fuimos sentadas frente a un par de viejos jubilados, por la pinta que tenían.

(Por cierto, Rash cree que debería escribir todo esto en presente. Le parece que suena mucho más inmediato y auténtico de esa manera. Para ella el pretérito es «un rollo» igual que la ficción. Si siguiera sus consejos, el último párrafo se leería así: «El viernes, cogemos un tren a Londres a media mañana. Tenemos que hacer transbordo en Reading. La segunda parte del viaje vamos sentadas frente a un par de viejos jubilados, por la pinta que tienen.» ¿Les parece que hay mucha diferencia? En mi opinión, no. Voy a seguir usando el pretérito. Me resulta más natural. Al fin y al cabo, estas

cosas ocurrieron en el pasado. El presente solo soy yo ahora, sentada frente a mi teclado, tecleando estas palabras.)

Los viejos discutían sobre política. Esa mañana se había anunciado el nuevo minipresupuesto del gobierno y parecía bastante descabellado, con sus recortes de impuestos a izquierda, centro y derecha. A uno de los tipos se le veía muy alterado con eso y no paraba de decir que era una locura irresponsable, que todo el mundo sabía que la economía se encontraba en un estado lamentable y que siempre había sido así desde el Brexit pero que nadie estaba dispuesto a admitirlo. El otro hombre, mucho más tranquilo, decía que en política todo es cíclico y que, de todas formas, al cabo de un par de años habría otro partido diferente en el poder y que el Brexit tampoco era para tanto, que la Unión Europea no era más que un mercado común y que desde cuándo había que acalorarse tanto por un tema así. Pero por lo visto ambos coincidían en que Liz Truss estaba como una cabra y se partían de risa con que un periódico estuviera sacando diariamente fotos de una lechuga mientras se iba pudriendo para hacer apuestas a ver cuál de las dos duraría más, si Liz Truss o la lechuga. Me apeteció decirles que la gente como yo estaba harta de las personas como ellos que se tomaban la política a broma, aunque no lo hice. Tal vez estuviera perdiendo mi sentido del humor, pero me molestaba su conversación, y por una vez fue un alivio escuchar el anuncio de seguridad que ahogó sus voces:

Si ve algo que no le parece bien, hable con el personal o envíe
un mensaje de texto a la Policía Británica de Transportes al 61016.
Lo solucionaremos.
Lo ve. Nos lo cuenta. Y asunto solucionado.

Llegamos a Paddington y luego cogimos la nueva Elizabeth Line hasta Tottenham Court Road, y después, antes de plantarnos en la librería, fuimos a tomar un café para poder hablar de la estrategia a seguir. Nos metimos en un Starbucks, aunque a ninguna de nosotras nos gustaba especialmente. Solo fuimos porque nos quedaba cerca.

Una cosa que recuerdo de Victor, dije, es que le encanta comer. Y hoy es viernes, conque supongo que saldrá a darse un buen

banquete, seguramente con algún amigo. Debería intentar convencerlo de alguna manera de que me deje cuidar de la librería mientras él está comiendo. Nos hemos visto unas cuantas veces, y le cae bien mi padre, así que supongo que confiará en mí y podremos echarle un vistazo al libro de cuentas de sus clientes. Es de la vieja escuela, todavía lo anota todo a mano.

¿Y no se limitará a cerrar la tienda a la hora de comer?

Sí, eso es lo que suele hacer normalmente. Aunque a lo mejor podemos encontrar un motivo especial para que la mantenga abierta.

¿Cómo por ejemplo?

Bueno, tú puedes fingir que eres una clienta rica. Le cuentas que estás pensando en comprar una edición realmente cara pero que no acabas de decidirte y que volverás a la media hora.

¿Quieres que me haga pasar por una bibliófila? ¿Y qué tipo de libro le voy a comprar?

Pues no lo sé. Cualquier cosa, con tal de que sea caro... Una primera edición de James Baldwin o algo por el estilo.

¿James Baldwin? Así que ¿solo colecciono libros de escritores negros porque soy negra?

No, claro que no.

Mejor. No trates de encasillarme, gracias. Soy muy capaz de interpretar a una entendida en Evelyn Waugh o Virginia Woolf.

Vale, como quieras, lo siento. No pretendía menospreciarte.

De todas formas, no sé si voy a ser capaz. No parezco ni muy rica ni madura. Puede que sea mejor que le diga que lo hago para alguien. Un cliente.

¿Un cliente? ¿Qué clase de cliente?

No sé. No te preocupes, ya se me ocurrirá algo.

Yo no lo tenía muy claro, aunque en general me fiaba de Rash. Nos terminamos nuestros cafés y nos dirigimos hacia la librería, que se encontraba en Cecil Court. Cuando llegamos era la una menos cuarto, justo a tiempo. No había ningún cliente, y Victor estaba sentado detrás de su mesita bebiendo té y escuchando la radio. Otra historia sobre el presupuesto del gobierno. Repetían los nombres de Liz Truss y Kwasi Kwarteng una y otra vez. Al principio no me

reconoció, pero cuando le dije que era la hija de Andrew Maidstone se volvió muy simpático. Entonces le presenté a Rash y le dije que era amiga mía y que había venido a buscar ediciones raras para un cliente rico.

Nos dijo que miráramos por allí y enseguida le eché el ojo a un viejo ejemplar de *El pozo de la soledad* de Radclyffe Hall en una vitrina cerrada con llave.

Pregúntale sobre ese, le susurré a Rash.

¿Quién es Radclyffe Hall?, me preguntó ella.

Se hizo conocida en los años veinte. Fue muy polémica. Se la considera un clásico de la escritura lésbica.

Guay, dijo, y luego, volviéndose hacia Victor, le preguntó: ¿Qué precio tiene este ejemplar de *El pozo de la soledad*? ¿Es una primera edición?

Sí, dijo Victor, levantándose y abriendo la vitrina. La sobrecubierta está en muy buenas condiciones. Solo tiene algunas manchitas de moho.

A mi cliente no le preocupa el moho, dijo Rash. Pero le interesa mucho la escritura lésbica. Es una especie de fetiche suyo.

Entiendo.

¿Cuánto cuesta?

Mil quinientas libras.

Rash contuvo el aliento.

Un poco mucho, teniendo en cuenta las manchitas de moho, quiero decir.

Es que no vas a encontrar muchas primeras ediciones de *El pozo de la soledad*. En todo el tiempo que llevo en este negocio solo me he topado con tres.

¿Solo tres? Qué *solitarias*...

Tanto a Victor como a mí nos llevó un momento darnos cuenta de que Rash acababa de hacer un chiste; no estaba claro si intencionado o no. Los dos nos echamos a reír, un poco nerviosos. Yo estaba nerviosa por si se descubría el pastel. Victor también, porque de repente se veía a punto de hacer una venta importante.

Creo que a mi cliente le interesaría. A lo mejor debería comentárselo.

Miró el reloj.

Ahora mismo estará en una reunión. Lo llamaré dentro de media hora.

Excelente. Desgraciadamente estaba a punto de cerrar un par de horas. He quedado con un amigo para comer. Quizá puedas venir esta tarde, ¿sobre las tres y media, por ejemplo?

Me temo que no. Tengo billete para el Eurostar y debo estar en St Pancras a las dos en punto.

Ah. Supongo que podría...

No quiero que se pierda esa comida.

Ese fue el momento en que yo intervine y me ofrecí a hacerme cargo de la tienda mientras Victor estaba fuera. Al principio lo dudó, pero la posibilidad de vender aquel ejemplar era, evidentemente, demasiado tentadora para él. Rash se fue con la disculpa de regresar a su hotel inexistente y llamar por teléfono a su inexistente cliente, y él enseguida me enseñó cómo manejar el lector de tarjetas y registrar la adquisición en su libro de contabilidad. Cinco minutos más tarde tenía la librería para mí sola. Colgué el letrero de «Cerrado», cerré la puerta con llave, y me puse a estudiar la lista de compras y ventas recientes. Al poco rato había encontrado los dos nombres que andaba buscando.

*

Sentimos mucho tener que comunicar el fallecimiento de Christopher Swann, que fue subdirector de esta revista desde 2012.

Nacido en Taunton, Somerset, en 1961, Christopher se graduó en St Stephen's College, Cambridge. Prosiguió sus estudios de posgrado en la New York University, y vivió en los Estados Unidos muchos años con su esposa, Elspeth, y su hija adoptiva.

Christopher se unió a nuestra revista a su regreso al Reino Unido, a los cincuenta años, y enseguida se convirtió en miembro conocido y respetado del equipo de *Historia y Herencia*. Era famoso por su rigor a la hora de comprobar los hechos y su exigencia respecto a la corrección gramatical. Redactó una hoja de estilo legendaria que se convirtió en la guía para todas las colaboraciones de la revista. Atenerse a esa hoja de estilo (un prerrequisito imprescindible para publicar cualquier cosa) acabó siendo descrito, medio en broma, en nuestra oficina como «tirar *por el camino de Swann*».

Las áreas de especialización de Christopher abarcaban muchos terrenos, e incluían la Guerra de los Cien Años, el gobierno de Robert Walpole, y la dictadura de António de Oliveira Salazar en Portugal. Su principal interés, sin embargo, era el desarrollo del pensamiento conservador en los Estados Unidos y el Reino Unido en los años que siguieron a la «relación especial» entre Reagan y Thatcher. Christopher no ocultaba sus ideas políticas, pero solía bromear con que algunos de sus mejores amigos eran conservadores. Sentía un gran respeto por las bases intelectuales del conservadurismo, aunque cada vez le preocupaba más que el movimiento estuviese siendo presa de los más extremistas a ambos lados del Atlántico. En los últimos años, la expresión de esas preocupaciones fue yendo en aumento en su blog personal (cuyo contenido es totalmente independiente y no viene avalado por la revista *H y H*).

En su tiempo libre, Christopher cultivaba otros intereses inesperados, y a veces sorprendía a los miembros de la redacción de *H y H* con sus conocimientos sobre álbumes de fusión y jazz-funk de los años setenta, y con su entusiasmo por las telecomedias estadounidenses que él describía como «la gran forma de arte menospreciada de nuestra época».

Su funeral se celebró en Conway Hall, en Red Lion Square, Bloomsbury, el jueves 6 de octubre de este año. Fue una ceremonia laica, a la que asistieron su hermana, su antigua esposa, su hija adoptiva, y un gran número de amigos y compañeros de trabajo.

Historia y Herencia, diciembre de 2022

*

R.

El geriátrico está en mitad de la nada. Tenemos que ir hasta la estación de Waterloo y coger un tren en dirección sur que nos deja en una estación diminuta, perdida en el campo de Surrey. Allí nos espera un coche, con una mujer al volante. Debe de ser Helena. Helena Fezakery. Sale del coche, se presenta a sí misma y nos da la mano, con cierta cara de desconfianza. Phyl se me adelanta (siempre es la más educada de nosotras dos) y, aparte de darle las gracias encarecidamente, le dice que es muy amable al ayudarnos de esta manera.

Nuestra escapada a la librería de Londres ha sido todo un éxito. Cuando me junté con ella de nuevo, Phyl había encontrado los dos nombres que necesitaba. Completamos nuestra maniobra de distracción dejando una nota sobre el escritorio de Victor. *Una pena, pero malinterpreté el interés de mi cliente en los clásicos lésbicos. Solo le interesan las ediciones ilustradas. Lo siento muchísimo*. Luego dejamos la tienda y metimos nuestro juego de llaves de repuesto en el buzón. De vuelta en Rookthorne, nos pusimos a buscar en Google el primero de los nombres. Por suerte, era muy poco corriente: parecía que solamente existía una Helena Fezakery, y tenía un perfil en LinkedIn. Era la mujer que le había vendido a Victor la copia de las pruebas de *Mi inocencia*, como parte de un lote variado de unos quinientos libros.

No nos pusimos en contacto con ella inmediatamente, tuvimos otro golpe de suerte. Buscando un poco más en internet, vimos que la editorial de Cockerill, Newman & Fox, la había dirigido un tipo llamado Charles Newman, que había escrito unas memorias en los

años noventa. Volví a acercarme a Londres, las pedí en la British Library de St Pancras, y me las leí en una mañana. Una cosa bastante aburrida, la verdad. Dedicaba página y media a Cockerill y sus novelas, pero para mi sorpresa aportaba poca información sobre su suicidio: me dio la impresión de que aquel episodio le había resultado demasiado doloroso como para escribir sobre él. Había, sin embargo, un par de referencias elogiosas a la leal secretaria que había trabajado siempre para Newman: Margaret Fezakery. Estaba prácticamente segura de que se trataría de la madre de Helena. Así que, con esta información, llamé a Helena por teléfono y le conté que había deducido que su madre había trabajado para Newman & Fox y si sería posible entrevistarla para mi tesis doctoral sobre el mundillo editorial de los ochenta.

Helena es una mujer práctica y llena de energía, de unos cincuenta y pocos años, diría yo. Mientras nos lleva en coche a demasiada velocidad por las estrechas carreteras rurales, dice:

Debería avisaros de que mi madre tiene demencia. Pero, curiosamente, parece que solo le afecta a la memoria a corto plazo. No me reconoce ni tiene la menor idea de quién soy. Aunque, por otro lado, se acuerda perfectamente de todo lo que pasó hace cuarenta años. Creo que hablar con ella os va a ayudar mucho.

Lo siento muchísimo, le digo. Pero es estupendo que a lo mejor sea capaz de ayudarnos.

Phyl sigue en silencio. Parece nerviosa. Creo que sé por qué lo está. Se siente culpable porque, cuando Helena metió a su madre en la residencia, embaló su colección de quinientos libros y se la vendió a Victor como un lote de aproximadamente quinientas libras, sin darse cuenta de que uno de ellos iba a venderse por esa cantidad multiplicada por cien. Pero eso no es problema nuestro, ya se lo he dicho varias veces. Allá Victor con su conciencia. No nosotras con la nuestra. Y si de verdad te molesta tanto, se lo podemos decir cuando se acabe todo esto, pero incluso así ¿de qué va a servirle?

Torcemos hacia un camino de acceso y el geriátrico surge ante nuestra vista. Se llama Hogar de Reposo Avalon. Un viejo y triste edificio victoriano de ladrillo rojo al final de una larga avenida de árboles. Un gran aparcamiento con solo cinco o seis coches. Cuando

Helena apaga el motor y salimos del coche, el silencio es abrumador. Solo estamos a media hora de Londres, pero parece que estamos en pleno campo. Corre una brisa otoñal esta tarde, y los árboles comienzan a perder las hojas. El ruido que hacen al tocar el asfalto es el único sonido que se puede oír. Empieza a hacer frío de verdad y es un sitio triste. Helena está acostumbrada, claro, y enfila directamente la puerta principal, con Phyl y conmigo siguiéndola de cerca, cogidas del brazo, bien pegadas para darnos calor.

El vestíbulo es de techos altos, frío, oscuro y huele un poco a humedad. Helena se adelanta para decirle algo a la recepcionista y luego nos lleva hasta la gran escalera central; la seguimos escaleras arriba, primero un tramo y luego otro. Está en mejor forma que cualquiera de nosotras dos, que cuando llegamos al segundo piso ya estamos sin aliento.

Nos acompaña hasta una habitación al fondo del pasillo y nos hace pasar. Es un dormitorio oscuro con demasiada calefacción, y ahí encontramos a una mujer muy pero que muy mayor, sentada en un sillón al lado de la ventana, que lleva un camisón y una bata. Calza unas zapatillas mullidas de las que sobresalen un par de gruesas medias de compresión. Tiene una bonita cabeza de pelo blanco recogido hacia atrás en un moño tirante. Se queda mirándonos a las tres sin reconocernos, pero no parece que la asuste la aparición de tres desconocidas en su habitación. Se vuelve hacia su hija y dice:

¿Me ha traído unas visitas, hermana? Qué bien.

Hola, mamá, dice Helena. Soy yo. Helena. Tu hija. ¿Te acuerdas?

Margaret Fezakery mira intensamente a los ojos a su hija, escrutándolos, interrogándose. Casi se puede oír cómo las ruedecitas de su memoria oxidada hacen un esfuerzo por ponerse en marcha. El sufrimiento de su cara, la sensación de humillación, es difícil de soportar.

Claro que me acuerdo, dice. (Aunque está claro que no.) ¿Y quién es esta gente?

Nos presentamos, y todo lo escuetamente que puede Helena le explica a su madre que hemos venido a verla. Al mismo tiempo, da vueltas por la habitación, ordenando las cosas, tirando kleenex

usados y toallitas húmedas, haciendo un poco mejor la cama. Solo después de acabar con eso, saluda a su madre como es debido, besándola y dándole un achuchón. Su madre le devuelve el abrazo, disfrutando del calor humano, aunque no sepa quién es esa persona.

Entonces, ¿estás haciendo tu tesis doctoral?, me dice Margaret, cuando hemos acabado con las presentaciones. Parece sorprendida. ¿Sobre el mundo editorial?

Sí. Estoy escribiendo un capítulo de mi tesis sobre la historia de Newman & Fox.

Mira, ahí tienes una oportunidad de hablar de los viejos tiempos, le dice Helena a su madre, asintiendo con la cabeza para animarla mientras se sienta en la cama. Solo hay otra silla en la habitación. La cojo mientras Phyl se pone en la cama, al lado de Helena.

Ah, pues claro, estaré encantada de contarte todo lo que pueda, dice Margaret. Nunca pensé que un día a alguien querría usarme como..., como ¡fuente histórica! ¿Qué te gustaría saber?

Es un comienzo prometedor, pero las cosas no son tan sencillas. No me gusta ir directa al grano, así que le hago algunas preguntas generales sobre Newman & Fox y su papel en el mundo editorial inglés de los ochenta, y eso nos lleva a toda una serie de divagaciones y digresiones. Empieza hablándome de una antigua escritora que se llamaba Beryl Bainbridge y de cómo intentaron robársela a otro editor, lo que sería muy interesante si alguna vez hubiera oído hablar de la tal Beryl Bainbridge, pero no es el caso; de todos modos, a Margaret le da igual y se lanza a contarme una larga historia sobre cómo una vez comió con Beryl Bainbridge, que evidentemente fue uno de los grandes momentos de su vida (para Margaret, quiero decir, no para Beryl Bainbridge). Con cierta dificultad, la llevo al tema de algunos de los autores que Charles Newman sí publicó, y ella nos cuenta que era un hombre encantador y muy amable, y cómo lo adoraban todos sus autores aunque nunca les pagaba bastante. Durante diez minutos o más salen a relucir un montón de nombres desconocidos e intrascendentes (mientras Phyl finge que los anota en su cuaderno, con el pretexto de ser... ¿mi asistente, quizá?, no habíamos preparado nada), antes de que me

parezca que ya es hora de tratar el verdadero asunto de esta tarde, preguntando:

¿Y qué me dice de Peter Cockerill? ¿No era uno de los autores de Charles?

Margaret cambia de actitud cuando se menciona ese nombre. Asoma en ella una pizca de tristeza, y también de hostilidad.

Sí, sí, dice. A Charles le impresionaba mucho Peter Cockerill. Lo consideraba uno de los autores más importantes de nuestro catálogo. Yo nunca acabé de entender muy bien por qué.

¿No le pasó algo al final? ¿Algo trágico?

Sí que le pasó. El pobre Peter se quitó la vida. Todo aquel asunto nos alteró mucho durante una buena temporada.

Creo... Creo que leí que eso sucedió más o menos en la época en que se publicó su última novela, ¿no?

Unos meses antes, me parece. Acababan de llegar las pruebas. De eso me acuerdo muy bien.

Se titulaba *Mi inocencia*, ¿verdad? Y era una especie de novela autobiográfica.

No sé cómo se la podría describir. Solo leí unas cuantas páginas. Como ya os he dicho, no es que Peter fuese precisamente santo de mi devoción.

¿Me puede contar qué pasó exactamente? Cualquier cosa que recuerde de ese episodio tan... traumático. Vamos, si es que se acuerda de algo.

Recuerdo esos pocos días pero que *muy, muy* bien. Eso te lo puedo jurar.

Seguimos ahí sentadas mientras se recompone y le da un sorbo al vaso de agua que tiene al lado.

Bueno, empieza, era viernes, y acababan de llegar las pruebas del libro (unas cien) y estaban en un rincón de la oficina, en tres grandes cajas de cartón. Solo estaba abierta la de arriba, para que Charles pudiera ver qué pinta tenían. No iba a distribuirlas todavía porque Cockerill y él habían decidido que Peter debía escribirles a los críticos una carta sobre el libro, que íbamos a mandar con cada copia de las pruebas. Una tontería en mi opinión. Pero el caso es que estaba esperando que le llegara esa carta de Peter.

Así que pasó el fin de semana, y ya era martes por la mañana. Llegó el correo, que incluía una carta de Peter, así que se la di a Charles para que la leyera. Aunque yo ni la miré. Al poco rato, después de leerla, salió y pasó por delante de mi escritorio, blanco como la cera. Fue hasta el jardín que quedaba detrás de la oficina a fumarse un pitillo, y supongo que a pensar un poco. Después se pasó el resto de la mañana intentando contactar con Peter por teléfono, pero no lo consiguió. El teléfono no estaba comunicando, estaba desconectado. Y luego, a primera hora de la tarde, me dijo que iba a pasarla toda fuera. Yo no sabía adónde iba. Pero después me enteré de que se había ido en coche hasta Hampshire, donde vivía Peter en una pequeña casa de campo de New Forest. Cuando llegó allí, los bomberos estaban apagando lo que quedaba del incendio, y el sitio estaba abarrotado de policías, y evidentemente el cuerpo de Peter estaba dentro.

Se queda callada, y de hecho nadie habla durante un rato hasta que Phyl de repente suelta:

¿Y sabe lo que pasó con aquellas copias de las pruebas?

Siguieron allí, en la oficina, unos cuantos días, dice Margaret, y luego desaparecieron. Tuvieron que pasar los años para que me enterara de que Charles se las había llevado a su propia casa y las había destruido todas.

–¿Y cómo se enteró?

Margaret no contesta durante un rato. Es como si se hubiera perdido en sus pensamientos mientras mira al exterior de la ventana. Luego sus ojos vuelven a centrarse en el presente, se vuelve hacia nosotras y dice:

Ah, por Howard.

¿Qué Howard?

Pues Howard. El compañero de Charles.

¿Quiere decir el socio?, pregunta Phyl. ¿Howard era el Fox de Newman y Fox?

No, no. Ese era Nicholas Fox. Dejó la editorial años antes de que pasara todo esto. No, me refiero a su compañero *sentimental*, Howard Beddoes.

Phyl lo anota. Está claro que el nombre no le suena de nada, pero

a mí sí. A «Howard» se le menciona prácticamente en cada página de las memorias de Newman.

Howard era el mayor apoyo de Charles, continúa Margaret. Estuvieron juntos más de treinta años. Ni siquiera puedo imaginarme lo que hubiera hecho sin él. Después de lo que pasó con Peter, Charles ya nunca volvió a ser el mismo, ¿sabéis? No se quedó totalmente destrozado, pero fue un golpe muy duro para él, y su afición a la bebida, que siempre había estado ahí, se acentuó aún más. No tenía ni sesenta años cuando se murió, pobre. De un ataque al corazón. Tantos cigarrillos y tantos whiskys...

Hace una pausa y coge aliento, inspirando con un largo resoplido.

A mí personalmente nunca me gustó mucho Howard. Tenía unas ideas políticas muy extremistas, para empezar. Quiero decir, siempre fue muy reaccionario, pero Charles lo había mantenido a raya hasta cierto punto. Me quedé muy impresionada, unos años después, al enterarme de que era asesor del Partido Nacional Británico o como se llame. Aun así, le agradezco que llevara a Charles más o menos por el buen camino esos años; de hecho, intentamos mantenernos en contacto una temporada después de que Charles muriera. Hasta salimos a cenar juntos una vez. Tampoco puedo decir que fuera una ocasión memorable. Se emborrachó bastante y se puso en plan sensiblero, y ahí fue cuando me contó toda la historia de aquella semana, la semana del suicidio de Peter Cockerill. Nunca llegué a saber lo que ponía exactamente en la carta que Charles leyó esa mañana; tampoco se lo pregunté nunca, ni él me lo contó.

Se queda callada otra vez. Justo en el instante crucial. Phyl y yo seguimos ahí sentadas, ella al borde de la silla, yo de la cama. Y por un momento horroroso parece que no va a ser capaz de recordar nada más. Tiene el ceño fruncido de pura preocupación. Por fin se inclina hacia delante y dice en un susurro:

¿Sabéis una cosa? No estoy muy segura de que deba contaros todo esto delante de *ella*. Delante de la enfermera.

Señala con el dedo a Helena, que dice:

Mamá, no soy la enfermera. Soy tu hija. Tu hija, Helena.

Margaret se queda mirando a su hija, sin entender nada. Es como si las palabras no significaran nada para ella. Empieza a hacerse un

terrible silencio. Intento romperlo a la desesperada antes de que se vuelva irrompible.

¿Y qué *decía*?, pregunto a voz en grito, mirando fijamente a Margaret, como si me estuviera dirigiendo a una retrasada.

¿Que qué decía? ¿Qué decía qué?

La carta.

¡Ah, la carta! Sí, claro. Bueno, pues por lo visto Peter le pedía que destruyera todas las copias de las pruebas de *Mi inocencia*. Y al mismo tiempo le pedía que le hiciera algunas correcciones al texto.

Phyl parece más animada.

Entonces, ¿al final la versión publicada *no* era igual a las pruebas de imprenta?, pregunta.

No, supongo que no.

¿Y sabe usted qué cambios se hicieron?

Margaret niega con la cabeza.

Sé que Charles siguió las instrucciones de Peter. Unos días después las tres cajas de cartón desaparecieron de la oficina. Howard decía que Charles se las había llevado a casa en un taxi una noche y que al día siguiente las habían quemado todas. «Y yo estaba allí», me contó. «Yo estaba allí cuando pasó eso. Charles tenía la cara llena de lágrimas. Aunque uno no puede ignorar los deseos de un muerto, ¿no? Lo hicimos juntos. Las quemamos. No dejamos ni una.» Y entonces fue cuando le dije, «¿Sabes que eso no es *del todo* cierto?» ¡Y tendrías que haberle visto la cara! «¿Qué demonios quieres decir?», dijo. Y yo le contesté: «*Tengo* una de esas copias de las pruebas en un sitio. Me llevé una a casa el fin de semana que llegaron, y las empecé a leer. Pero te advierto que nunca las terminé. Me parecieron tonterías autocomplacientes. Tanto babear por su madre...». Y Howard me miraba con la boca abierta, y luego dijo: «Así que ¿tienes una copia de *Mi inocencia* en tu casa?». Y yo asentí y dije: «Pues claro. En alguna parte. Si la encuentro entre tanto desorden». ¿Pero sabéis una cosa? No *conseguí* encontrarla en aquel revoltijo. La verdad es que nunca fui una persona ordenada. Y tampoco la busqué demasiado, porque no acababa de entender a qué venía tanto revuelo. ¿Quién sabe qué

pasaría con ella? A lo mejor la tiré a la basura, o se la di a Oxfam, o algo así. El caso es que no la encontré. Pero en su día tuve una.

Helena parece pensativa, y dice:

¿Sabes, mamá? Tengo la sensación de que, cuando empaqueté todos tus libros y los vendí, vi esa copia. *Creo* que fue uno de los que vendí. Estaba en una de las cajas del ático.

Margaret se inclina hacia mí con aire de complicidad y, apuntando con el pulgar hacia Helena, susurra en alto:

¿Quién *es* esta mujer? ¿La conozco?

No sé muy bien cómo contestar, así que hago como si no lo hubiera preguntado.

¿Y cómo era como persona el tal Peter Cockerill? ¿Se llevaba bien con él?

Bueno, dice Margaret, no creo que me estés haciendo preguntas muy *académicas*, si quieres que te diga. Pero, ya puestos, la verdad es que me parecía un hombre bastante difícil. Parecía que estaba siempre..., ¿cuál sería la palabra? Pues que estaba siempre *enfadado*, no hay otra manera de decirlo.

¿Enfadado? ¿Enfadado por qué razón?

Pues por lo mismo que lo están todos los escritores, supongo. Por falta de reconocimiento. Aunque parece que le importaba más que a la mayoría. No sé por qué.

¿Me puede poner un ejemplo?

Bueno, como ya os he dicho, yo no lo conocía muy bien. En realidad lo conocía muy poco. Pero recuerdo un día que estaba todo *furioso* en la oficina, por un artículo que acababan de publicar en el periódico.

¿Pero decían algo sobre él en el artículo? ¿Algo que no le gustó?

Margaret se ríe y niega con la cabeza.

Qué va. ¡Ahí estaba la cosa! Era mucho peor. Lo peor que uno se pueda imaginar: que no lo mencionaban para nada. Dos páginas enteras sobre los escritores jóvenes más importantes del país, ¡y su nombre no aparecía por ninguna parte!

Por lo visto, la idea le divierte bastante. Y sospecho que en su momento también. Y entonces interviene Phyl:

Imagino que no se acordará de quién escribió ese artículo...

Margaret niega con la cabeza.

¿No sería un escritor llamado Richard Wilkes, por casualidad?

No tengo ni idea. Hace tanto tiempo de eso...

Phyl y yo intercambiamos una mirada. Es frustrante no poder confirmar nuestras sospechas. Mientras tanto, Margaret sigue hablando, pero ya no con nosotras. Ahora da la sensación de que consigo misma.

... Sí, Peter estaba lleno de rabia. Igual que Howard. Los dos estaban tranquilos y callados un momento, y al siguiente, enfadados y pegando gritos. Los dos perdían la paciencia enseguida. Siempre andaban enfadados. En cierta forma, esa ha sido la historia de mi vida. David, mi marido, era igual. Siempre cabreado. No sé *por qué* andaban tan enfadados, porque hacían lo que les daba la gana la mayor parte del tiempo. Aun así, parece que nos pasamos la vida rodeadas de hombres cabreados...

Phyl guarda su cuaderno. Su monólogo introspectivo y sereno continúa incluso cuando le damos las gracias y nos levantamos. Helena ocupa mi sitio en el asiento cerca de su madre, y las dejamos para que pasen un rato solas. Les echo una mirada mientras nos vamos. Parecen sentirse tan cerca la una de la otra como lo estarían cualquier madre e hija. Y, al mismo tiempo, tan distantes como dos perfectas desconocidas.

P.

Taco inari de salmón. Ternera en salsa teriyaki. Pollo en salsa teriyaki. Rollitos de pato en salsa hoisin.

A veces el movimiento de la cinta transportadora me hipnotizaba. La miraba fijamente y se me quedaba la mente en blanco, y era como si el tiempo se detuviera.

Tortitas dorayaki. Katsu de gambas. Sashimi de atún.

Otras, parecía que el movimiento de la cinta me ayudaba a pensar. Me centraba en un plato y observaba su avance sinuoso y tortuoso alrededor de todo el restaurante.

Algas kaiso. Algas kaiso. Algas kaiso.

Ese día, me daba la sensación de que iba alternando entre los dos estados. Elegía un detalle concreto del misterio, le daba vueltas en mi cabeza una y otra vez, y luego, cuando creía que estaba llegando a alguna conclusión, me percataba de que había vuelto al punto de partida.

Un par de cosas estaban muy claras: Peter Cockerill había querido destruir todas las copias de las pruebas de *Mi inocencia*. El fin de semana de su suicidio, había cambiado de opinión sobre algo, y escrito a su editor pidiéndole que hiciese ciertas correcciones en el texto. Unos años antes, le había dicho a Brian Collier que nunca tendría el valor de quitarse la vida.

Teriyaki de pollo. Katsu de gambas. Maki variado. Pollo con salsa kimchi.

Y otra cosa, en cambio, era una gran incógnita: ¿eso, o *algo* de eso, había tenido la más mínima influencia en la muerte de Chris en Wetherby Hall treinta años después? ¿Rash y yo nos habíamos

obsesionado con aquella idea, excluyendo todas las demás y olvidándonos de que, según la inspectora Freeman, había otros muchos sospechosos que podrían haber tenido móviles mucho más convincentes para cometer el crimen?

Da igual, me había dicho Rash. Ahora que ya hemos empezado, tenemos que llegar hasta el final. *Tenemos* que averiguar cuál es la diferencia con las pruebas de imprenta. Lo que significa que vamos a tener que ir hasta allí. Venga, vamos a reservar plaza en un vuelo.

«Allí» era Mónaco, en la Costa Azul. Porque el segundo de los nombres que había descubierto en la librería de Victor era sir Leslie Kavanagh, el empresario increíblemente rico cuya dirección consistía simplemente en *Arzachel*, Port Hercule, Mónaco. *Arzachel* era el nombre de su yate; Port Hercule era su atracadero permanente y el lugar de residencia de sir Leslie a efectos fiscales. Rash encontró un artículo muy pelotillero sobre él en la edición digital de *The Sunday Times*, que nos confirmó que «es un ávido coleccionista de libros raros, del que se dice que posee una de las colecciones más valiosas del mundo, la mayoría en el estudio-biblioteca de su yate de lujo, de cinco dormitorios».

A esas alturas, Hey! Teriyaki me debía cuatro días de vacaciones, y yo también había conseguido ahorrar unos cientos de libras: lo suficiente para dos vuelos económicos a Niza. No queríamos contarles el objetivo del viaje a nuestros padres, así que se lo vendimos como un paréntesis otoñal que nos hacía mucha falta. «Qué buena idea», dijo mi madre. «Hará que Rash se distraiga un poco.» «Es justo lo que le aconsejó el médico», dijo mi padre. «Si no, este sitio va a acabar volviéndoos locas.» Reservamos los billetes el viernes 14 de octubre, el mismo día en que Kwasi Kwarteng dimitió como ministro de Hacienda. Parecía que «los mercados» (nunca sé muy bien qué se entiende por «los mercados») habían reaccionado muy mal a sus recortes. Es más, el FMI (no estoy muy segura de lo que es) había hecho una crítica inaudita (no sabría decirles qué tenía de inaudita) de sus presupuestos unos días antes. En resumidas cuentas, daba la impresión de que había metido la pata hasta el fondo, y conseguido perder más dinero público en un par de semanas que la mayoría de los políticos en toda su carrera.

Tres días después, el lunes 17 de octubre, había un nuevo ministro en su lugar y, por lo visto, andaba muy ocupado revertiendo prácticamente todas las medidas que había introducido su predecesor.

Dos días más tarde, Rash y yo nos encontrábamos en el aeropuerto de Gatwick a las nueve de la mañana, y antes de que anunciaran nuestro vuelo, decidimos picar algo. No me podía creer que insistiese tanto en ir al mismo local en el que yo ya pasaba gran parte de mi vida.

Taco inari de salmón. Ternera en salsa teriyaki. Pollo en salsa teriyaki. Rollitos de pato en salsa hoisin.

¿Te das cuenta de lo harta que estoy de esta comida?, le pregunté.

Me encanta Hey! Teriyaki. Su pollo katsu es el mejor.

Además esta franquicia la llevan fatal. Mira. Capacidad para ochenta comensales y solo dos personas preparando la comida. Se supone que la proporción tiene que ser uno por cada doce, no uno por cada cuarenta.

¿No vas a comer nada? Este tataki de atún es increíble.

Ni le contesté. Estaba enfadada con ella. De modo que me dediqué a escuchar disimuladamente la conversación que se traían dos chicas sentadas en la mesa de enfrente.

Así que conoces a Ethan, ¿no?, decía una de ellas.

Las dos eran más o menos de la misma edad que Rash y yo, quizás un poco mayores. Supuse que Ethan sería amigo suyo, pero alguien a quien no conocían del todo bien.

Sí, conozco a Ethan, dijo la otra chica. ¿Y qué te parece?, le preguntó su amiga. ¿Que qué me parece? Es majo. Y guapete. No tengo problemas con Ethan. ¿Por qué? ¿Tú sí? Yo lo encuentro un poco rarito, dijo su amiga. Un poco neurótico. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?, le preguntó la otra chica, y entonces su amiga se explicó: Bueno, la otra noche estábamos juntos en el pub tomando una copa, solo los dos, y todo iba bien en plan amigos, una cosa muy normal, y entonces va y me hace una pregunta. Una pregunta muy rara. ¿Qué clase de pregunta?, le preguntó la otra chica, y su amiga le contestó: Ya sé que suena bastante raro, pero me contó que se iba a

hacer una paja esa noche, y quería saber si me parecía bien que pensara en mí mientras se la hacía. ¿*Cómo* que si te parecía bien?, dijo la otra chica, y su amiga le contestó: Pues lo que ya te he dicho: si le daba permiso. Quería saber si me parecía bien que pensara en mí mientras se masturbaba. La otra chica se echó ligeramente hacia atrás y se quedó pensándolo; estaba un poco sorprendida y daba la sensación de que no sabía muy bien qué decir. Pero no te has acostado con él ni nada, ¿no?, preguntó por fin. No, claro que no, contestó su amiga, nunca me he acostado con Ethan. No me gusta. ¿Y a él le gustas tú?, dijo la otra chica, y su amiga respondió: Eso parece. Entonces la otra chica insistió: ¿Y por qué no se limitó a pedirte que salieras con él? No lo sé, dijo su amiga. A lo mejor porque pensó que seguramente yo le diría que no. ¿Pero qué pasó con lo que *sí* te preguntó de verdad?, quiso saber la otra chica. ¿Le diste permiso? No supe qué decirle, reconoció su amiga. Me quedé boquiabierta. Al principio le pregunté: ¿Siempre pides permiso para una cosa así? Y él me contestó: Normalmente sí. Y yo le dije: Vale, ¿y si se trata de alguien que no conoces, como una famosa o algo parecido? O sea, no puedes llamar a Sydney Sweeney para pedirle permiso, ¿no? Supongo que podrías mandarle un mensaje por Instagram, aunque no creo que te contestara. Y él me dijo: Bueno, eso tampoco es problema, porque para empezar no me gusta Sydney Sweeney. Así que se salió por la tangente, pero da igual; el caso es que estaba a punto de preguntarle qué era lo que él y yo íbamos a hacer en esa fantasía suya, si era una cosa normalita, y de repente pensé: Dios mío, suponte que *no es* algo normal, quiero decir, suponte que te diga... La verdad es que no me apetecía mucho imaginármelo, y ahí fue cuando me di cuenta de lo que sentía, y le dije: Vale, ya que me lo preguntas, *no* me parece bien que me metas dentro de esa pervertida cabecita tuya y hagas todo tipo de cosas raras conmigo. O sea, si nunca me hubieras dicho nada, nunca me habría enterado y podrías ponerte a hacer lo que te diera la gana, pero como por alguna extraña razón has decidido preguntarme... Entonces me interrumpió y me dijo: *No* es para nada raro, en realidad, lo he hecho porque te respeto y no quería aprovecharme de nuestra amistad. Y no supe qué coño se suponía

que tenía que contestarle, así que, después de eso, nos acabamos nuestras copas lo más rápido que pudimos y salimos pitando del pub. Vamos, ya han anunciado el vuelo. Puerta 564. ¿Pagamos a medias?

Cinco minutos más tarde también anunciaron el nuestro. La puerta de embarque nos quedaba a diez minutos andando, y yo seguía tratando de asimilar aquella conversación cuando llegamos allí.

R.

Me preguntaba qué tiempo haría en la Costa Azul en esta época del año. Y la respuesta es: un tiempo fantástico. Mientras el tren nos lleva por toda la costa, no puedo apartar la vista ni del insondable e inmaculado cielo azul ni de los rayos de sol que se reflejan en el mar turquesa. Phyl sigue un poco enfadada conmigo por haberle hecho comer en ese sitio, así que no hablamos mucho. Tampoco es que nos haga falta. Vamos sentadas juntas en el piso de arriba del tren, contemplando el paisaje.

El trayecto de Niza a Mónaco solo dura media hora. Hasta el momento he oído hablar algo de francés y algo de italiano, pero sobre todo inglés. Sentada detrás de nosotras, va una pareja joven de estadounidenses con pinta de ser mochileros de vacaciones. A él le encanta viajar tan cerca del mar, aunque por algún motivo ella parece harta del tema, y pasa del paisaje y va mirando algo en el móvil. Lleva unos auriculares puestos, así que no sé lo que es, pero, cuando su novio la interrumpe y empiezan a discutir, me doy cuenta de que se trata de un episodio de *Friends*. De hecho, uno de los más polémicos: *El de cuando Joey habla francés*, de la última temporada, la diez, en la que, según los fans, la calidad de la serie había caído en picado. No me puedo creer que estés viendo ese episodio de mierda precisamente, dice él, cuando podrías estar mirando este paisaje. Cállate la boca, dice ella, veo lo que me da la gana. Es un episodio que no vale nada, joder, dice él. Los guionistas tratan a Joey como si fuera imbécil. Un niño de nueve años hablaría mejor francés. Se supone que no es una serie realista, dice ella. Pretende ser graciosa. Pues hasta una serie cómica debería basarse un poco

en la realidad, dice él, y ella contesta: Pero *Friends* no es la realidad, esa es la gracia que tiene. Por eso la veo, porque es una huida de la realidad. ¿Te quieres evadir de la realidad?, dice él, sin dar crédito. (Me lo imagino señalando a la ventanilla.) Nos hemos gastado un montón de pasta para poder venir y ver esta realidad. La vista es preciosa, joder. ¿Cómo vas a tener algún problema con esto? La realidad no es lo que ves por la ventanilla, dice ella. Es la que está dentro de tu cabeza. Esa es la única realidad que importa, ¿no? Hablas como una auténtica narcisista, contesta su novio. Hasta ahí he pensado que la discusión era de buen rollo, pero esa respuesta me parece francamente desagradable. Y ella tampoco se la toma bien. ¿Me estás llamando narcisista?, pregunta. ¿Estás diciendo que soy una puta narcisista, porque prefiero ver una serie que mirar el mar por la ventanilla? Es que ni siquiera es una buena serie, dice él. Estás viendo uno de los episodios más cutres de la serie más cutre de todos los tiempos. Ah, vale, ya lo pillo, dice ella. Así que no pasaría nada si estuviera viendo *Larry David* o *Los Soprano*, ¿verdad?, o cualquier otra serie que cuente con la aprobación del género masculino. Oye, dice él, creía que habíamos hecho miles de kilómetros para ver el Mediterráneo, y lo mínimo que podrías hacer es fijarte un poco en él. No sé qué cosas tan horribles se te estarán pasando por la cabeza como para que tengas que evadirte con una historia sobre un hombre tan estúpido que no puede aprender ni un poco de francés. ¡Exacto!, dice su novia. No lo sabes, eso es. No tienes ni idea de lo que se me pasa por la cabeza *porque no estás dentro de ella*. Y yo tampoco sé qué se te pasa a ti. Todos tenemos nuestra propia realidad y nos quedamos ahí atascados. Y una de las pocas maneras de las que puedes salirte de ella es viendo una peli o una serie o leyendo un libro. Así que ¿por qué no me dejas hacerlo? ¿Por qué no me dejas hacer lo que quiero? ¿Por qué no me... *dejas en paz*?

Seguro que se está levantando de su asiento en este momento, para salir corriendo del vagón llorando a lágrima viva, conque me doy la vuelta para verla. Al mismo tiempo le echo un vistazo a su novio, que está recostado con los ojos cerrados, agotado por la discusión, agotado por el esfuerzo de tratar de entenderse con esta

chica, igual que ella lo estará por el de entenderse con él. Pero, en líneas generales, le doy la razón a ella, la verdad, porque el chico parece un auténtico gilipollas. Aunque estoy de acuerdo con él en lo que respecta a ese episodio. Es uno de los más estúpidos que hicieron.

P.

El tren se detuvo como siete u ocho veces en el viaje desde Niza. Normalmente en algún pueblecito costero, cada uno más pintoresco que el anterior. No pude evitar sacar fotos de todos. (Al fin y al cabo ¿qué es la palabra «instagramable» si no la versión moderna de «pintoresco»?) Aunque las cosas cambiaron de una manera bastante drástica cuando llegamos al propio Mónaco-Montecarlo. En ese momento, el tren entró en un túnel gigantesco e hizo un alto en una estación subterránea, cavernosa y ultramoderna, y cuando salimos a la luz del día (tras recorrer toda una serie de largos pasillos subterráneos, todos con muchas baldosas blancas y puertas automáticas y escaleras mecánicas) nos percatamos de que no estábamos en algún pintoresco pueblo pesquero francés, sino en una densa aglomeración urbana, atiborrada a lo bestia de bloques de edificios, que debieron de ser el colmo de la modernidad más distinguida en los sesenta, los setenta o los ochenta, pero que ahora empiezan a acusar el paso del tiempo. La mayoría de estos bloques estaban dispuestos en un gran semicírculo alrededor de una bahía, y enseguida nos dimos cuenta de que era la que andábamos buscando: Port Hercule. Había unos cuantos barcos pequeños repartidos por la superficie del agua, aunque la mayor parte eran superyates enormes; probablemente más de cien, muchos bastante más grandes que la típica casa familiar en tierra. Saltaba a la vista que nos encontrábamos en un rincón de Europa donde la crisis del coste de la vida, el tema de discusión por excelencia en nuestro país, no se hacía sentir. Era fácil dejarse deslumbrar por los cascos relucientes de aquellos buques monstruosos mientras reflejaban la

luz del sol, pero también había algo opresivo y entristecedor en ellos. De golpe tuve la sensación de que estaba en un sitio que no entendía, y que desde luego no era el mío. En el paseo marítimo, detrás de la avenida principal, había un andamiaje descomunal donde se anunciaba una agencia inmobiliaria, cuyo eslogan era:

NO CONSIDERAMOS LA RIQUEZA UN PUNTO DE LLEGADA, SINO DE PARTIDA. Me quedé mirándolo un rato, intentando encontrarle un sentido a aquella frase. Daba muchas cosas por sentadas: la primera y la principal, supongo, que casi todo el mundo que la leyera sería más o menos rico. Si no, ¿qué hacía ahí?

¿Qué *hacemos* aquí?, dije, volviéndome hacia Rash y formulando en alto el final de mi razonamiento.

No me contestó: estaba observando atentamente a la gente que pasaba por allí, para elegir a quién abordar. Al final se decidió por un hombre maduro con pinta de simpático, la cara ajada y un atuendo más bien náutico, se acercó a él y le dijo en su pasable francés: *Excusez-moi, savez-vous où nous pouvons trouver un yacht qui s'appelle* Arzachel ?

Pues claro, es el negro. Ese de allí, al otro lado del puerto.

Evidentemente, hablaba un inglés perfecto. Aquí todo el mundo hablaba perfectamente inglés. Le dimos las gracias (en inglés) y luego fuimos andando a lo largo de la curva que trazaba el puerto hasta que solo estábamos a unos cien metros de aquel grotesco y monolítico barco de cinco plantas, negro mate, que sobresalía sobre los yates de al lado. Una pasarela metálica llevaba directamente hasta la popa. No parecía que hubiera ninguna señal que nos impidiera usarla. Cuando ya habíamos subido como las tres cuartas partes, Rash me detuvo poniéndome una mano en el brazo y dijo:

–Vale, vamos a hacer esto.

Había dos miembros de la tripulación uniformados en la popa del barco: uno estaba limpiando la cubierta con un cubo y una mopa, y el otro andaba por allí sacando brillo a varios adornos y accesorios. Los dos eran musculosos y guapos, sobre todo el del cubo y la mopa.

No hace falta que me lo digas, le dije. Vamos a ligarnos a esos tíos y a meternos en el barco.

No, dijo Rash. Vamos a ligarnos a *ese otro*.

Me señaló a otro hombre, uno que llevaba una gorra de plato como parte de su uniforme, y que estaba de pie en una cubierta superior, dos plantas por encima de los otros dos, apoyado en la barandilla y mirándolos mientras trabajaban.

Esos tíos no van a poder llevarnos adonde queremos ir, dijo Rash. Él sí.

¿Y ese quién es?

Yo diría que es el jefe de servicio.

La miré sorprendida; no me esperaba que estuviera tan puesta en terminología náutica. Por lo visto (como me contó después), Rash era fan de un *reality* de televisión centrado en este tipo de entorno. Un placer culpable hasta entonces, pero que resultaba que le había aportado ciertos conocimientos que estaban a punto de sernos útiles.

Vale, dijo, tú eres una friqui entonces. Eres tímida, torpe, y te vuelven loca los libros.

Me llevó un momento darme cuenta de que me estaba dando un papel que tenía que interpretar, y no una definición de mi personalidad en la vida real.

Toma, ponte estas.

Rebuscó en su bolso y me pasó sus gafas. Rash llevaba gafas, yo no. Pero ese día se había puesto las lentillas. Cogí las gafas y me las puse. Los cristales eran bastante gruesos, y de repente lo vi todo completamente borroso.

¿No te vas a marear llevándolas?, me preguntó.

Eso espero, dije sin mucha convicción.

Entonces, venga, vamos.

Eran las tres y media de la tarde. Solo hacía ocho horas que nuestro Uber nos había recogido en Rookthorne. Poco tiempo, en realidad. Y, sin embargo, me parecía haber hecho un viaje larguísimo para llegar hasta aquí: desde la oscuridad de una mañana de octubre inglesa al esplendor del sol otoñal de Mónaco. Rash avanzaba muy decidida por la pasarela, protegiéndose los ojos del

resplandor con una mano, mientras saludaba al jefe de servicio con la otra y le gritaba un alegre: «¡Eh, el de ahí!».

R.

Hay que reconocer que Phyl está interpretando muy bien su papel. Incluso a la perfección, diría yo.

Ya hemos conseguido llegar hasta la biblioteca. Ha sido todo un viaje.

El jefe de servicio se llama Adam. Parece un tipo simpático. Australiano. Solo nos ha llevado diez minutos o así convencerlo de que nos invitara a bordo. Eso es lo que me gusta de los hombres. Son criaturas muy simples. Si una mujer es razonablemente joven, razonablemente guapa, los trata con cierta gracia y lleva un par de botones de la blusa estudiadamente desabrochados, hay pocas cosas que no harían por ella.

Le explico que solo vamos a estar en Mónaco un día o dos, y que no tenemos nada planeado para las horas siguientes. Evidentemente, soy yo la que quiere charlar, aunque dejo claro que la rarita de Phyl va incluida en el paquete.

Él está orgulloso del barco, casi tan orgulloso como si fuera su dueño. Supongo que siente un orgullo profesional por mantenerlo con tan buen aspecto. Sir Leslie no está. (Excelente.) Adam no sabe dónde se encuentra, solo pasa unas cuantas semanas al año a bordo del *Arzachel*, de todas formas. ¿Por dónde queremos empezar? ¿Por qué no nos ponemos cómodas en la cubierta de popa y nos sirve unas copas? Normalmente lo haría el barman, pero hoy está en tierra. Asentimos educadamente, y le pedimos un par de aperol spritz. Mientras se aleja para prepararlos, nos repantigamos en los sofás color crema que rodean la piscina por las tres partes. Mi

intención es probar esta piscina más pronto que tarde. Así tendré algo que hacer mientras Phyl está ocupada con el libro.

No está mal, ¿eh?, digo, metiendo los dedos en el agua y viendo que se encuentra a una temperatura muy aceptable. Podría acostumbrarme perfectamente a este estilo de vida. Lo único que me hace falta es un viejo rico como sir Leslie.

Cuando llegan los spritz, nos sentamos a beberlos con Adam un rato. Nos cuenta la historia de su vida: infancia en Sídney, dos años de mochilero por los Estados Unidos que, por lo que fuera, remataron en Florida, donde al final se le ocurrió que trabajar a bordo de estos superyates era una forma tan buena de ver mundo como otra cualquiera, pero con clase. Aparentamos que nos fascina su historia, y le hacemos unas cuantas preguntas de lo más tonto e ingenuo, como por ejemplo: ¿Este es el típico yate? Él se echa a reír y nos cuenta que es uno de los más grandes y caros del mundo, y que no nos creeríamos todo lo que sir Leslie tiene a bordo. Lo que da pie a que nos enseñe todo el barco.

Aunque la verdad es que las cosas que Leslie tiene a bordo tampoco son tan sorprendentes. Una vez te has ajustado a la escala y a la repugnante opulencia de todo, es exactamente lo que te habrías esperado. El gran salón con una mesa de comedor para veinte comensales, un gimnasio lleno de bicicletas estáticas, máquinas de remar y cintas de correr, la típica sauna, una sala de cine con pantalla gigante, el salón de juegos con una mesa de billar enorme, el casco lleno de lanchas rápidas, motos acuáticas y demás juguetes para ricos. Y creo que esto es todo, dice Adam, mientras nos muestra la suite del dormitorio principal con el jacuzzi y el baño turco, y disfruta de nuestros gritos de emoción. Aparte de la biblioteca, supongo. A lo que Phyl, en respuesta a un codazo mío, suelta un berrido, muy entusiasmada, y dice:

–¿Hay una *biblioteca* a bordo?

Me río y hago como que le tomo el pelo. ¡Qué típico de Phyl! Todas estas cosas increíbles y lo único que le interesa de verdad es un montón de libros.

Pues tampoco es para morirse de la emoción, insiste Adam. Como tú dices, no son más que un montón de libros.

Me *encantaría* verla, dice Phyl.

Le encantan las buenas bibliotecas, le explico, y luego añado, como aliciente extra: En cuanto mete la nariz en unos pocos libros ya no se la oye ni piar en varias horas.

A Adam le gusta cómo suena la cosa, y pilla la indirecta.

Venid conmigo entonces, está en la segunda planta.

Lo seguimos al ascensor y subimos todos juntos. Luego nos lleva por un largo pasillo y abre una habitación a la izquierda (o quiero decir a babor) tecleando una clave de seis cifras en un dispositivo.

¿Y *esta* es la habitación que tiene clave de seguridad?, digo, con un asombro fingido.

Enseguida vas a entender por qué, dice Adam. O ella por lo menos (y señala a Phyl) lo entenderá.

La biblioteca es muy grande y muy bonita. Hay un escritorio con una superficie de cuero, un par de sillones también de cuero, y estantes de libros del suelo hasta el techo. Incluso a través del cristal tintado de sus tres ventanales, la luz vespertina brilla y bailotea por toda la estancia. Phyl se está dando un buen paseo por ella, y de vez en cuando levanta mis gafas para verlo todo mejor. Adam se da cuenta y dice:

¿Eres hipermétrope o miope, Phyl?

Ella se ríe, nerviosa.

¡Hipermétrope, miope, y de todo!, contesta, y luego se fija en una vitrina del centro de una de las paredes.

¡Cielos!, algunos de estos libros deben de ser muy raros. Veo ahí un ejemplar de *Al faro*. ¿Es una primera edición?

Adam se echa a reír. No sabría qué decirte, encanto. Solo sé que coleccionar libros es la pasión de sir Leslie.

No, no puede ser una primera edición, dice Phyl. Eso valdría una fortuna.

No sé si lo habrás notado, dice Adam, pero él no está precisamente en la indigencia...

Saca un manojo de llaves del bolsillo del pantalón y abre la vitrina.

¿Qué estás haciendo?, pregunta Phyl.

Echa un vistazo. Mira si es una... primera edición, o comoquiera que se llame.

Coge el libro con cuidado del estante y se lo pasa. Ella fuerza la vista para mirar la portadilla y la página siguiente, incapaz de distinguir nada con esas gafas puestas.

Sí que lo es, exclama. ¡Dios mío, es increíble!

Se sube las gafas para apoyarlas en la parte superior de la cabeza y, ahora que puede ver bien, entorna los ojos para examinar los otros libros de la vitrina. Adam la observa, pero sin demasiada atención. Me imagino que se le podría distraer fácilmente.

Creo que tiene cosas de Shakespeare y de todo tipo. Shakespeare, Dickens, Dan Brown. Lo que quieras.

Sin embargo, Phyl ha alargado el brazo para coger un pequeño ejemplar en rústica, muy discreto, con una cubierta azul celeste, que está entre una primera edición de Hemingway y lo que parece una edición muy antigua de *Los viajes de Gulliver*. Cuando lo saca de la estantería veo que le tiembla la mano. Este es el libro que ha cogido:

Peter Cockerill Mi inocencia

Pruebas sin corregir
Prohibida su venta o reproducción

En ese momento bajo la voz y le digo a Adam:

Supongo que ni hablar de darme un baño en la piscina, ¿no?

¿Cómo que no? Pues claro. Venga, vete.

Phyl ha dejado caer el libro en uno de los sillones sin llamar la

atención.

El problema, digo, es que no he traído bañador.

No te preocupes. Tenemos un montón. Debe de haber alguno de tu talla.

Phyl ha tapado el libro con un cojín, y ha vuelto a ponerse a mirar el interior de la vitrina, recorriendo con los ojos lo que parece ser una colección completa de primeras ediciones de James Bond. Adam se vuelve hacia ella y le dice:

¿Y tú qué, Phyl? ¿No te apetece darte un chapuzón?

Ella se aleja de la vitrina hasta una estantería abierta que, supuestamente, alberga libros mucho menos valiosos. Coge una bonita edición ilustrada de *El viento en los sauces*.

Preferiría pasarme un ratito más aquí, dice ella. Este es uno de mis libros favoritos.

¿Quieres traértelo a la piscina?

Pero se está tan bien aquí, dice Phyl. Lo está mirando otra vez con mis gafas puestas y tiene toda la pinta de ser un auténtico ratón de biblioteca.

¿Qué te he dicho?, le digo a Adam, triunfante. No tiene remedio.

Vale, como quieras, dice él.

Cierra la vitrina con llave. No quieres volver a ver nada de lo que hay ahí dentro, ¿no?

Phyl niega con la cabeza. Él no se ha dado cuenta de que falta la copia de las pruebas y de que está escondida detrás del cojín.

Solo quiero quedarme aquí sentada un par de horas con Topo, Ratón y Sapo, dice. Como si estuviera en el Paraíso.

Adam se echa a reír.

Cada loco con su tema, dice él, sin acabar de dar crédito.

Me dirijo hacia la puerta, echándole una mirada a Phyl con la que pretendo avisarla de que no tarde demasiado si puede evitarlo. Mientras tanto, Adam, que parece muy satisfecho consigo mismo, posa una mano en el hueco de mi espalda y dice:

Venga, vamos a encontrarte ese bañador.

P.

Habíamos decidido que no íbamos a robar el libro. Ni siquiera íbamos a sacarlo del yate. Mi cometido consistía simplemente en fotografiar cada una de las páginas todo lo rápido que pudiera.

Una tarea complicada. *Mi inocencia* es un libro corto (de solo ciento cincuenta y tres páginas), pero no quería estropear aquella copia tan valiosa (y seguramente única), y al mismo tiempo era importante asegurarme de que no se me escapara una sola palabra. Por suerte en aquella habitación la luz era buena, aunque me costaba mantener el libro abierto con una mano mientras enfocaba el móvil con la otra. No estaba muy convencida de que la cola que unía las hojas fuese especialmente resistente, y me preocupaba que el lomo se resquebrajase en cualquier momento. Aun así, conseguí coger cierto ritmo, y al cabo de un rato ya estaba fotografiando una página cada diez segundos, más o menos. En media hora había terminado y tenía ciento cincuenta y tres nuevas imágenes en mi teléfono.

Podría haber subido hasta la cubierta de popa en aquel momento y liberar a Rash de tener que entretener a Adam más tiempo, pero sabía que era perfectamente capaz de cuidar de sí misma. Él me había parecido un tipo majo, alguien que aprovechaba cualquier oportunidad de coquetear pero que entendía hasta dónde podía llegar. Además, había muchos otros miembros de la tripulación a bordo. Un ratito más no le haría daño a nadie. Me moría de ganas de satisfacer mi curiosidad enseguida, comparando la copia de aquellas pruebas con la versión editada que había llevado conmigo en el bolso.

Me senté al escritorio de sir Leslie con los dos ejemplares delante. Tenía el presentimiento de que, si Peter Cockerill había hecho algún cambio fundamental, sería en la última página. Al fin y al cabo, allí era donde el libro se apartaba de su línea narrativa para convertirse en una declaración de intenciones.

... Me doy cuenta, había escrito, como reflexionando al final del libro, *de que no me he aproximado a las orillas de la verdad en la medida que esperaba, y lo que es más importante, la escritura de este libro no me ha llevado al grado de cercanía con mi madre al que yo aspiraba. Se ha ido, y no hay manera de traerla de vuelta*.

La copia de las pruebas reproducía esas mismas frases palabra por palabra.

Escribir ha resultado ser otro callejón sin salida: mis palabras no me brindan consuelo alguno, y mi voz no la escucha nadie.

Más de lo mismo. Los dos ejemplares eran idénticos.

Después de esto, ya no tengo nada que contar. Ya no escribiré más. Pero ¿se puede vivir sin escribir? Ese es el dilema que encaro ahora. ¿Y mi respuesta?

Me encorvé aún más sobre los dos ejemplares, y escruté con mayor atención todavía las últimas frases. Me latía el corazón muy deprisa. ¿Y si las dos versiones no diferían en absoluto?

Y entonces:

No, no se puede. (Decía la versión publicada.)

Sí, se puede. (Decían las pruebas.)

Es imposible seguir así. (Se leía en la versión publicada.)

Es posible seguir, aun así. (Se leía en las pruebas.)

Llegar hasta esta última página me ha demostrado por lo menos una cosa. Es hora de darse por vencido y ponerle fin a esta vida tan desgraciada.

Esa era la última frase de la novela, tal como se había editado en 1987. Pero ¿cuál era la de la versión anterior, que había sobrevivido únicamente en aquella copia de las pruebas?

Llegar hasta esta última página me ha demostrado por lo menos una cosa. Es hora de mirar hacia delante y ponerle fin a esta historia tan desgraciada.

Me eché hacia atrás y me quedé mirando al infinito, atónita por lo

que implicaban aquellas palabras.

Nada de *darse por vencido*, sino *mirar hacia delante*.

Nada de *ponerle fin a esta vida*, sino simplemente *ponerle fin a esta historia*.

Lo que significaba que la famosa declaración pública de Peter Cockerill donde anunciaba categóricamente su intención de quitarse la vida, en su versión original, no tenía nada que ver con el tema.

Es decir, aquella novela no era una nota de suicidio.

R.

¿Cómo te ha ido?, pregunta Phyl.

¿Cómo me ha ido el qué?

Tu chapuzón con Adam.

Hemos subido la cuesta empinada que arranca en Port Hercule, y ya casi hemos llegado hasta el casino. Ahora estamos sentadas en sus jardines, contemplando al otro lado de la plaza ese edificio legendario, ese templo de los dioses del dinero y de la suerte. Empieza a anochecer y el sol va bajando, aunque sigue haciendo calor, y la plaza está llena de gente, bañada por una suave luz dorada.

Bueno, al principio ha ido bien, contesto. Pero no contaba con la posibilidad de que no aparecieras hasta pasada casi una hora.

Phyl tiene la decencia de poner cara de avergonzada, por lo menos.

Es verdad, lo siento. Pero se ha... portado bien, ¿no?

Al final se ha puesto un poco sobón, nada más. Si el pobre hubiera sabido que perdía el tiempo...

No creo que ella me haya entendido y, en efecto, no ha entendido nada.

¿Qué quieres decir?

Quiero decir...

Supongo que ya es hora de que le haga a Phyl esta confidencia. Llevamos mucho tiempo juntas, y hemos llegado a conocernos bastante bien estas últimas semanas. Así que se lo voy a contar.

Es que...

Siempre me cuesta hablar de esto.

... Todo ese rollo del sexo... Ni me va ni me viene.

Ella parece desconcertada, como le pasa siempre a todo el mundo.

Ya te imaginas, lo de meter una parte del cuerpo en otra, el intercambio de fluidos... No me va.

Sigue sin enterarse. A lo mejor hace falta un poco de lenguaje técnico. Así que le explico:

–Soy lo que oficialmente se conoce como un miembro de la comunidad asexual.

Phyl continúa un rato en silencio. Hasta que por fin dice:

Ah. Y luego, con más énfasis: *Ah*.

Parece preocupada, como si le hubiera dicho que tengo alguna enfermedad terrible y que solo me quedan unos meses de vida.

No es una enfermedad, le digo. No es algo por lo que tenga que ir a terapia. Es que soy así. Ya te sabes todo este rollo, ¿no?

Phyl asiente. Parece triste por mí, no sé por qué. Vuelvo a llevar la conversación al tema de Adam.

Así que se lo podría haber dicho, pero seguro que no me hubiera creído. Los hombres nunca se lo creen. Siempre piensan que se lo cuentas para librarte de ellos. Conque le di las gracias por haber sido tan amable con nosotras y le dije que sería un placer volver a verlo. Por lo visto, bajan todos a tierra esta noche y van a ir a no sé qué bar a las diez y media.

No has quedado con ellos, ¿no?, pregunta Phyl, con una expresión de pánico en la cara, y para tomarle un poco el pelo le digo:

Pues podríamos, a no ser que tengas una idea mejor. Siento recordártelo, pero seguimos sin tener dónde dormir esta noche.

Pasa una pareja por delante de nosotras, con un perrito miniatura trotando detrás, sujeto con una correa. Parece que todas las mujeres de este sitio tienen perros miniatura que van trotando a la altura de sus tacones, si no los llevan en brazos o en el bolso, con la cabecita sobresaliendo.

Quiero decir, reconócelo, los dormitorios de ese yate tenían muy buena pinta.

No voy a volver allí, dice Phyl, inflexible.

Me encojo de hombros.

Como quieras.

Saco el móvil y abro una de las aplicaciones de reservas. Unos minutos pasando pantallas no hacen más que deprimirme.

Cielo santo, aquí todo es *carísimo*, joder...

Intento hacerle comprender a Phyl la gravedad de nuestra situación, aunque, la verdad sea dicha, me cuesta hacer que se concentre en algo que no sea lo que ha descubierto en el libro. Ni siquiera estoy muy segura de lo que cree que ha podido demostrar. Pero, como por lo visto no quiere hablar de otra cosa, más vale que se lo pregunte otra vez.

Oye..., no sé muy bien si acabo de entenderlo. ¿Qué es lo que me estás diciendo de este tío exactamente?

Te estoy diciendo... (Se inclina hacia delante y baja la voz.) Te estoy diciendo que no creo que Peter Cockerill tuviese nunca la menor intención de suicidarse.

Vale, sí. Lo entiendo.

Pero nosotras sabemos, continúa Phyl, que tuvo una muerte violenta.

Que muy bien pudo ser un accidente...

... O un asesinato.

Una vez más, la palabra queda suspendida en el aire entre nosotras después de que ella la haya pronunciado. Al poco rato, de todos modos, suelto un suspiro. Empiezo a tener una sensación muy clara de que todo esto no es más que una pérdida de tiempo.

Se supone que estamos tratando de averiguar quién mató a Chris. En vez de eso, ¿de verdad que nos vamos a poner a investigar un caso de asesinato de hace treinta y cinco años?

Creo que uno podría explicar el otro, dice Phyl. Y ya tenemos una hipótesis de trabajo. Una teoría.

¿En serio?

Sí, yo por lo menos.

¿Y cuál es, entonces?

Que Richard Wilkes mató a Peter Cockerill.

Frunzo el ceño. No me parece muy lógico. Y resulta que no soy la única que opina lo mismo. Porque, detrás de nosotras, oímos una voz que dice:

Interesante, muy interesante. Sin embargo, también caben otras teorías.

Nos damos la vuelta. A la mujer sonriente, con mofletes y pelo blanco, que tenemos detrás, vestida de negro de los pies a la cabeza, no hay quien la confunda. Es toda una sorpresa (pero una sorpresa muy agradable, todo hay que decirlo) descubrir que tenemos ante nosotras a la detective inspectora Prudence Freeborne. ¡La mujer policía!

P.

Villefranche-sur-Mer queda a un cuarto de hora de viaje en tren de Mónaco, en dirección a Francia, concretamente hacia Niza. Allí era donde Prudence había reservado una habitación de hotel para pasar la noche, y adonde generosamente nos propuso acompañarla, corriendo ella con los gastos. Dada nuestra situación, no íbamos a desaprovechar semejante oferta.

Y no solo nos buscó otra habitación en su hotel y nos la pagó, sino que también nos invitó a cenar. Nos llevó a una marisquería que tenía unas mesas colocadas entre la pequeña carretera principal y el paseo marítimo, justo al borde del mar, y pidió un par de botellas de vino y una fuente enorme de *fruits de mer* para que la compartiéramos las tres.

Estaba muy emocionada por habérnosla encontrado, y no solo porque siempre es agradable encontrarse con una cara amiga y familiar, sino porque demostraba que todas seguíamos la misma línea de investigación, y que, en definitiva, Rash y yo no nos estábamos volviendo locas. Evidentemente, Pru no había conseguido subir a bordo del *Arzachel* todavía, ni examinar la copia de las pruebas, así que le llevábamos ventaja en ese aspecto. No podía esperar a contarle lo que habíamos descubierto y ver cómo lo encajaba. Las palabras me salieron como un chorro imparable.

Así que tenemos bastante claro que en 1987 hubo un asesinato. Mi hipótesis es que Richard Wilkes mató a Peter Cockerill, por un motivo u otro. Después de matarlo, falsificó una carta para el editor de Cockerill, donde le decía que destruyera todas las copias de las pruebas del libro y que hiciese cambios en ellas para que el libro

entero pareciera una nota de suicidio. Pero esta mujer, Margaret Fezakery, que trabajaba para Newman, le vio abrir la carta esa mañana y dijo que se puso blanco como la cera, y que eso no le habría pasado si hubiese sido una carta normal en la que le pidieran hacer los cambios habituales; Newman debió de pensar que Cockerill había hecho algo horrible, o que pretendía hacerlo, así que esa tarde se acercó en coche hasta New Forest.

Pru levantó la mano.

Espera un momento, dijo.

Ya nos habíamos comido la mitad de la fuente de *fruits de mer*, y debo decir que ella le estaba sacando mucho más partido que Rash o yo. Dispuestos ante nosotras sobre la mesa había toda una serie de utensilios que parecían una muestra espantosa de instrumentos ginecológicos. La finalidad de aquellos utensilios era despiezar langostas, pelar gambas, extraer el interior de las cabezas de los langostinos y descuartizar las nécoras pata por pata, pero yo no tenía la menor idea de cómo usarlos. En cambio tenía las manos, la boca y la barbilla cubiertas de aceite, jugo de limón y sustancias sospechosas, y a pesar de que delante de mí había un plato con un montón de restos mutilados de desgraciados habitantes de las profundidades, me daba la sensación de que, si me paraba a pensar en la carne que realmente había consumido, apenas había conseguido comer el equivalente de un palito de pescado. Sin embargo, parecía que Pru sabía perfectamente qué utensilios usar, cómo sostenerlos, dónde colocarlos, qué hacer con ellos y para qué se los habían puesto. Es más, si en algún momento le costaba separar la carne de la cáscara o el caparazón, su solución consistía en limitarse a arrancar de un mordisco la parte más importante del cuerpo, cascarlo todo con los dientes y masticarlo muy bien hasta que era capaz de tragárselo. Y con ese método, patas enteras de langosta y cuerpos de nécoras habían ido desapareciendo dentro de su boca; así que en general parecía muy contenta con sus progresos, a juzgar por la amplia sonrisa de serena satisfacción que había empezado a esbozar hacía un rato.

Y entonces dijo:

¿Pero fuisteis a entrevistar a esa mujer?

¿A Margaret Fezakery? Sí.

Bueno, desde luego habéis sido muy minuciosas, dijo. Tengo que reconocer que estoy impresionada.

Por lo visto Rash no la estaba escuchando de verdad. Parecía cansada, o a lo mejor solo estaba un poquito borracha y relajada. Miraba al promontorio que había al otro lado del mar, el delicado contorno y las luces parpadeantes de Cap-Ferrat. Mientras, yo seguía parloteando.

Evidentemente, aún no hemos conseguido determinar si Peter y Richard se conocían, ni tampoco si coincidieron alguna vez. Pero es mucha casualidad que Christopher le pidiese a mi madre que le mandara unas páginas sobre Peter Cockerill y que *justo al día siguiente* lo matara alguien que se ha pasado toda la vida dando conferencias y escribiendo libros sobre él. Chris *tuvo* que descubrir algo y cuando se lo planteó a Richard a la mañana siguiente... Quiero decir, debió de pasar así, ¿no? ¿Está de acuerdo con nosotras en eso? Lo que he leído en el barco esta tarde demuestra que...

Pru volvió a levantar la mano.

Perdóname el chiste, dijo, pero las pruebas no *prueban* nada. De hecho, en este momento no encuentro ninguna conexión entre esos dos crímenes. O esas dos muertes, para ser exactos.

Partió una pinza de langosta en dos. Se llevó una punta a la boca y sorbió un jugoso trozo de carne de su interior. Confieso que su respuesta me había decepcionado, ya no digamos desconcertado.

Pero..., si cree que la copia de las pruebas no tiene nada que ver con la muerte de Chris, ¿para qué ha venido a Mónaco a verla?

No he venido a Mónaco a verla, dijo, desmembrando una nécora como si nada. No tenía la menor idea de que estaba aquí.

Entonces... ¿qué pasa? ¿Está de vacaciones o algo así?

No, no estoy de vacaciones. Estoy aquí como parte de la investigación.

Dejó los cubiertos un momento, se cruzó de brazos y se tranquilizó antes de decir:

Llevo en la policía más de cuarenta años. He trabajado en cientos, seguramente miles, de casos de asesinato. Y puedo decir sin temor a equivocarme, y sin dudarlo lo más mínimo, que a pesar de lo que

cuenten las novelas policiacas la mayoría de los crímenes son principalmente por dinero. El dinero es el móvil casi siempre. Uno de los sospechosos de este caso tiene una cantidad espectacular de deudas de juego. ¿Dónde? En el casino de Montecarlo. Está ahí en este momento, de hecho. Y mañana por la mañana tengo una reunión con la dirección del casino para discutir la situación. Por eso estoy aquí.

Apuró su copa de vino, y volvió a llenar las tres con la segunda botella.

Es más, dos de los otros sospechosos del caso andan metidos en una organización política que el señor Swann llevaba investigando bastante tiempo. Parece que estaba a punto de publicar sus descubrimientos, y una vez más, cuando ves las cosas que iba a destapar, te das cuenta de las grandes cantidades de dinero que estaban en juego. Eso es a lo que suele reducirse todo. A dinero. Hoy en día todo el mundo habla mucho de valores, de guerras culturales, pero por mi experiencia es muy raro que la gente mate a otra por algo que tenga que ver con los valores o la cultura. Se matan los unos a los otros por dinero. Los seres humanos son criaturas muy primitivas, la verdad.

Cogió un buen trozo de mantequilla del platito que tenía delante y la extendió generosamente sobre una rebanada de pan.

Y no te niego que aquí pasa algo raro con el profesor Richard Wilkes y el suicidio, auténtico o no, de Peter Cockerill hace ya tantos años. Desde luego, es una historia bastante extraña y, cuando por fin me dejen jubilarme, la investigaré un poco. Y ya que hablamos de hipótesis, reconozco que yo también tengo la mía sobre ese tema, aunque no es la misma que la tuya. De hecho, es exactamente la contraria. Y por cierto, esa rara copia del libro que has estado mirando hoy..., supongo que no estaría firmada, ni tendría una dedicatoria, ni alguna corrección a mano, ¿verdad?

No, dije. Nada de eso.

Una pena.

¿Por qué lo pregunta?

Bueno, porque me gustaría ver más muestras de la letra de

Cockerill. Tiene que haber dejado papeles por algún lado: cartas o manuscritos, ¿no? Al fin y al cabo era escritor.

Ha desaparecido todo, le conté. Según las crónicas de los periódicos de esa época, todo lo destruyó el fuego que quemó su casa cuando se mató. Absolutamente todo.

Prudence dejó escapar una sonrisa.

Qué casualidad, ¿no? Por lo visto, también estuvo de visita en Wetherby Hall en algún momento de los años ochenta (otro detalle que da que pensar, por cierto) y escribió un mensaje bastante largo en el libro de visitas. Puede que valga la pena volver para echarle un vistazo a...

Yo ya no estaba segura de si sus últimas palabras iban dirigidas a nosotras o de si hablaba para sí misma. Tras hacer una pausa para reflexionar, continuó:

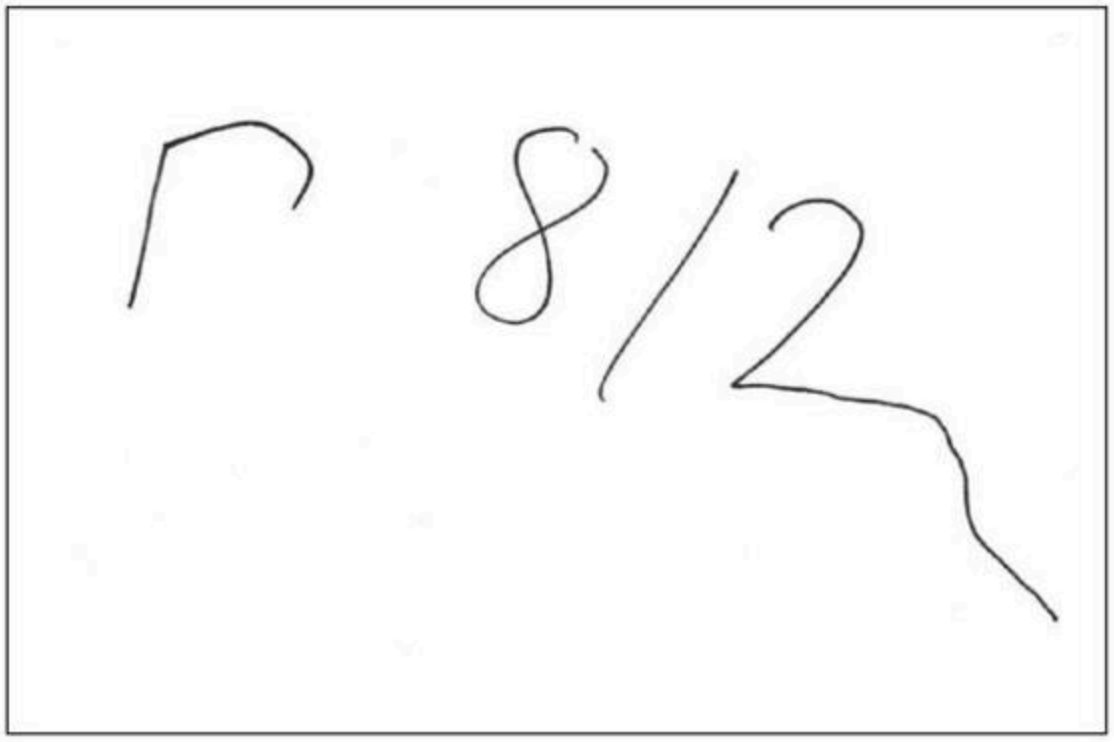
En cualquier caso, no estoy nada convencida de que eso tenga algo que ver con la muerte del señor Swann. No hay nada que conecte los dos asuntos, que yo sepa. Y en cambio hay varias cosas que parecen apuntar en una dirección totalmente diferente. Si Richard Wilkes fue el asesino, por ejemplo, ¿qué trataba de decir Christopher cuando dejó esa pista?

¿Qué pista?

Rash mira hacia nosotras, volviéndole la espalda al mar, y por fin pone atención. Esa palabra también me ha llamado la atención a mí. Es la primera vez que cualquiera de las dos oye hablar de una pista.

Sí, pocos segundos antes de morir, consiguió escribir un mensaje. Bastante críptico, todo hay que decirlo. Es este, mirad.

Pru sacó el móvil, y pasó pantallas hasta una foto donde se veía esto:



Lo sostuvo en alto, para que las dos pudiéramos verlo. Lo examiné de cerca unos segundos, pero Rash (con un comportamiento bastante extraño, moviéndose como en una especie de trance) le cogió el móvil a Pru de la mano y se quedó mirando la pantalla un buen rato, más de un minuto por lo menos.

¿Qué significa?, le pregunté a la detective.

Ya me gustaría a mí saberlo... Para empezar, parece que intentaba escribir una letra, probablemente la letra R. Pero luego se paró y, en cambio, escribió esos números.

Ocho/dos.

Ocho/dos. ¿Alguna idea de lo que pueden significar?

Fruncí el ceño y traté de concentrarme en el acertijo, aunque no se me vino ninguna idea a la cabeza. Mientras tanto, Rash seguía mirando la imagen de la pantalla. Tenía los ojos marrones bañados en lágrimas. Con delicadeza, Prudence le cogió el teléfono de la mano y dijo:

Lo siento mucho. Evidentemente, ver eso te tiene que resultar muy desagradable. ¡Qué poco tacto por mi parte!

Nos sirvió un poco más de vino a las dos. Rash cogió su copa, volvió a girarse, y le dio varios sorbos largos mirando al mar. Yo me concentré en la langosta que tenía en el plato, haciendo un último intento bastante inútil de sacar algo de carne de sus pinzas. Prudence llamó la atención del camarero con la mirada y pidió café. Durante un buen rato ninguna de las tres habló. Escuchamos el suave sonido de las olas al romperse contra el dique, el parloteo en varios idiomas de las mesas de alrededor, y pensamos, me imagino, en Christopher y en cómo habrían sido los últimos momentos de su vida.

Contra todo pronóstico, Rash fue la primera en hablar. Lo que dijo también fue inesperado.

Cuando era pequeña, Chris y yo solíamos jugar a los acertijos.

Prudence la miró con curiosidad.

Sigue.

Juegos con números y letras. Él solía inventarse códigos y cosas así.

¿Códigos?

El más sencillo era en el que sustituías números por letras, recorriendo todo el alfabeto. De forma que la A era un uno, la B un dos, y así todas hasta llegar al veintiséis de la Z.

Comprendo, dijo Prudence, contando con los dedos. En ese caso ocho/dos querría decir..., la H y la B.

Sopesamos su sugerencia un rato, pero a ninguna se nos ocurrió ninguna idea. A Prudence le trajeron su café, al que añadió tres terrones de azúcar y una buena cantidad de nata. Rash se recostó en su asiento, triste y callada. Me sentía fatal por ella: creo que ver aquel garabato de Christopher en un trozo de papel era la primera cosa que realmente le había hecho tomar conciencia de que había sido un asesinato. La primera vez que se lo había parecido de verdad.

Y entonces:

Esperad un momento, dije. Hay *un* H. B.

¿Ah, sí?, dijo Prudence.

Howard Beddoes.

¿Howard Beddoes? ¿Quién demonios es ese?

Era la pareja de Charles Newman.

¿Charles Newman?

El editor de Peter Cockerill.

La inspectora Freeborne sonrió con indulgencia y dijo:

Bueno, parece un poco traído por los pelos, si me permites que te lo diga.

Pero sus iniciales son H. B., insistí. El corazón me iba a mil por hora y de repente tenía la sensación de que estábamos a punto de hacer un descubrimiento importante.

¿Y...?

Me puse a improvisar a lo loco.

Margaret nos contó que Charles Newman se quedó prácticamente destrozado por el suicidio de Cockerill. Después de eso, empezó a beber mucho. Supongamos que Wilkes mató *de verdad* a Cockerill, que Howard lo sabe, pero nunca ha sido capaz de demostrarlo. Aunque siempre lo ha odiado por ello. Y entonces Wilkes viene a hablar al congreso...

Pero nadie sabía que iba a hablar en el congreso. Su conferencia no venía en el programa. Fue una sustitución de última hora.

Ah, vale. Bueno, puede que solo fuera una coincidencia, y Howard *no* sabía que Wilkes iba a hablar. De todas formas, dio la casualidad de que estaba en el congreso.

¿Para qué?

Me quedé callada. Pero, a los pocos segundos, fue Rash la que habló.

¿No te acuerdas? Margaret nos contó que llegó a ser asesor del Partido Nacional Británico. Siempre había sido conservador, dijo, aunque cada vez más extremista a medida que se iba haciendo mayor. Justo la clase de persona que iría a un congreso así.

Me volví hacia Prudence, llena de razón.

¡Ahí lo tiene! Esa letra no iba a ser una R. Iba a ser una B, B de Beddoes.

Pero la H habría servido perfectamente, replicó Prudence. Y, en cualquier caso, te olvidas de una cosa. No apuñalaron a Wilkes, sino al señor Swann.

Porque Howard se metió en la habitación equivocada, digo. Fue

solo un error.

Prudence se echa a reír, apura su café y se levanta.

Venga, vámonos, dice. Creo que ya es hora de que nos vayamos a la cama.

Caminamos juntas por el paseo marítimo. Solamente había unos metros hasta el hotel. Prudence se paró para echar la cabeza hacia atrás e inspirar una buena bocanada de aire marino. Parecía muy satisfecha con su vida después de la cena y el vino. Mientras tanto, yo me debatía entre el entusiasmo por nuestra nueva teoría y la frustración de saber que no se la tomaba en serio.

Os diré una cosa, dijo. Cuando vuelva a casa, consultaré la lista de delegados del congreso para ver si había uno llamado Howard Beddoes. Así nos aclaramos de una vez por todas, ¿vale?

Asentimos las dos.

Pero, no sé por qué, me temo que no.

¿Y entonces *qué* piensa?, pregunté con insistencia.

Prudence se volvió hacia nosotras. La media luna sobre el mar hacía brillar su pelo canoso y le daba una apariencia angelical, casi divina.

Pienso que..., dijo. Pienso que el señor Swann vio algo (o escuchó algo) la noche antes de ser asesinado, que puso su vida en peligro. También pienso que era un hombre cuidadoso, metódico, y fuera lo que fuera lo que vio u oyó, debió de dejar constancia de ello de alguna manera. Una foto quizá, o una grabación. Era lo que tenía en el teléfono, y por eso el asesino se molestó en llevárselo y tirarlo al lago. Además pienso que, como hombre cuidadoso y metódico, debió de hacer una copia de seguridad y mandársela a alguien. Tal vez por correo electrónico. A lo mejor a tu madre: solo que sabía que ese día no le funcionaba. Así que podría habéroslo mandado a una de vosotras. ¿Estáis *seguras* de que nunca recibisteis nada?

Las dos negamos con la cabeza.

Por cierto, hablando de teléfonos...

Miró la pantalla de su propio móvil y meneó la cabeza en un gesto de tristeza.

Hablando de teléfonos, entrad ya. Tengo que llamar a mi marido. Debemos solucionar un pequeño problema médico.

Ah, perdone, dijo Rash. Nada serio, ¿no?

Bueno, dijo Prudence, hace unos meses mi marido se dio cuenta de que tenía un pequeño bulto en el cuello. Pidió cita para que se lo diagnosticaran, pero..., entre una cosa y otra..., pues ya os imagináis, todo lo que podía ir mal ha ido mal. Había que rellenar un formulario por internet, y no se le dan muy bien esas cosas, así que cometió varias equivocaciones que lo retrasaron todo... Y luego había tantos pacientes esperando a que los vieran el día de su primera cita que se la tuvieron que posponer... Y en medio de todo eso, vendieron a una empresa privada la clínica en la que estaba anotado, y aún se retrasaron más mientras se transfería todo; de hecho, los historiales de un montón de pacientes se perdieron por el camino... Luego lo pasaron a otro especialista que no tenía ni idea de su caso... La cosa es que al final *por fin* consiguió que lo viera la persona indicada y le hicieran un diagnóstico como es debido, pero para entonces ya había evolucionado y estaba en el estadio cuatro... Y ahora, hace dos días, parecía que lo iban a operar pero volvieron a cancelarlo por alguna extraña razón, nadie sabe muy bien por qué, y desde entonces se ha pasado la mayor parte del tiempo al teléfono intentando averiguar qué es lo que ocurre... Es todo un lío. Un lío tremendo y muy desagradable.

Y con eso dio por terminada su explicación. Rash le dedicó una sonrisa triste y yo le acaricié el brazo, aunque ninguna de las dos dijo nada.

Prudence aspiró por la nariz y luego se sonó en un pañuelo de encaje y dijo:

Bueno. Pues ahí estamos. Estoy segura de que el señor Swann tendría que decir algo sobre esta situación. Igual que mi madre. Pero, desgraciadamente, ninguno de los dos está vivo para contarlo.

R.

Phyl me despierta a las seis y media la mañana siguiente. He dormido fatal esta noche. Tenía resaca, y con tanto marisco tengo el estómago y la barriga hechos un cristo. La luz del sol inunda nuestra habitación, y fuera el mar es de un precioso color verde azulado. Pero lo único que quiero es taparme con el embozo hasta la cabeza y volver a dormir.

Levántate, dice. Hoy nos vamos a Venecia.

P.

Resultó que no era difícil viajar en tren desde Villefranchesur-Mer a Venecia. Esa noche no dormí y reservé los billetes por teléfono mientras estaba sentada en el balcón a las cinco de la madrugada, viendo cómo salía el sol por el Mediterráneo. Se suponía que el tren en el que reservé plazas salía a las ocho. Intenté convencer a Rash de bajar a desayunar, pero se encontraba demasiado mal. Después de desayunar, de todos modos, me las apañé para sacarla de la cama y llevarla andando hasta la estación, y luego la subí al tren mientras seguía medio dormida. Durante la primera parte del trayecto, continuó acurrucada en una esquina, intentando pegar alguna cabezada y levantándose de vez en cuando para ir al váter.

En cambio yo, a pesar de mi falta de sueño, estaba completamente despierta. No paraba de darle vueltas a la cabeza. Las últimas semanas habían pasado muchas cosas que tenía que asimilar, y ya era hora de organizar mis pensamientos. Abrí la aplicación de Notas en el móvil y empecé a teclear en la pantalla:

La clave del misterio reside en las pruebas de Mi inocencia*. Un escritor olvidado, luego renacido*.

Prueba/Renacido Pru Freeborne[*]

Me quedé pensando en eso un poco y añadí:

Pru Freeborne piensa que la mayoría de los crímenes se cometen por una

cuestión de DINERO, no por valores ni sentimientos.

Por eso piensa que este asesinato lo tuvo que cometer uno de los otros sospechosos. Richard Wilkes no tenía un móvil económico para matar a Christopher. (Por lo menos que se sepa.)

Después de escribir esto, me recosté en el asiento y miré por la ventanilla, dejando vagar un rato mis pensamientos. Las vías del tren seguían corriendo al borde del litoral, ofreciendo unas vistas increíblemente bonitas del mar y la costa. Habíamos estado viajando de vuelta, atravesando Mónaco para entrar en Italia. Era curioso cómo, en el resto de Europa, podías pasar de un país a otro sin darte cuenta, no había fronteras que atravesar, nadie comprobaba tu pasaporte. Parecía que aquí todo el mundo lo daba por hecho. Los ingleses, pensé, nunca habíamos estado convencidos del todo.

DINERO

Volví a escribir la palabra en mayúsculas. Y entonces, curiosamente, mis pensamientos, en vez de en el asesinato, se centraron en algo que había leído en las memorias de Brian Collier sobre su época en Cambridge.

* Juego de palabras intraducible: Prueba/Renacido, en inglés *Proof/ Reborn*, se pronuncia prácticamente igual que el nombre de la inspectora. *(N. del T.)*

Uno de los recuerdos más vívidos de Brian: algo que le contó en la tetería el tipo que estaba coqueteando (?) con mi madre. (¿Cómo se llamaba? ¿Nigel?)

Le preguntó a Brian si sus padres le habían dado alguna vez «la charla», que resultó ser una charla sobre dinero y no sobre sexo.

Su padre le había explicado que el único objetivo en la vida era hacer dinero. Todo lo demás era puro sentimentalismo. Había que hacerlo, y luego tenías que asegurarte de conservarlo. Lo demás no importaba. O, más bien, todo lo demás (¿la felicidad?) provenía de ahí.

Ahora entendía una cosa por haber leído las memorias de Brian y el blog de

Christopher: hace cuarenta años (veinte años antes de que yo naciera) Gran Bretaña cambió. Lo que teníamos antes: cierto consenso, más o menos. Lo que vino después: libertarismo/individualismo. Cada uno a lo suyo. La supervivencia del más fuerte. Un sistema por y para el mundo de Roger Wagstaff.

¿Cómo se supone que alguien como yo puede sobrevivir en ese mundo? Ninguno de mis rasgos distintivos casa con él. Mi pasividad. Mi idealismo. Mi inocencia. No tengo lo que hay que tener.

Nuestro primer transbordo fue en un sitio llamado Ventimiglia. Nos sobraban veinticinco minutos entre los dos trenes. Me llevé a Rash hasta la cafetería y la obligué a tomarse un par de cafés solos. Aun así, cuando nos subimos al siguiente tren (con destino Milán) volvió a dormirse casi enseguida. Me quedé observándola un rato mientras su respiración se hacía más lenta y acompasada, con la boca entreabierta y la cabeza apoyada en la ventanilla. Debo decir que estaba muy guapa en reposo.

Rash está convencida de que la generación más mayor, los boomers, nos odian. Nos odian y quieren castigarnos. Porque somos superdelicados. Esa sería la palabra que emplearían para alguien como yo. Porque no tenemos arreglo y somos hipersensibles. Tengo que volverme más dura. No me pueden obligar a hacer la

mili, pero sí me pueden poner a Liz Truss de primera ministra, en cambio.

Aunque no estoy tan segura de que sea verdad.

Rash se despertó poco antes de que llegáramos a Milán, a primera hora de la tarde. En Milano Centrale, durante la hora que nos quedaba hasta el siguiente tren, tomamos café y *tramezzini* en una de las cafeterías, y estuvimos hablando de nuestros planes para cuando llegásemos a Venecia. Nuestra conclusión fue que no teníamos ningún plan, aparte de presentarnos en la universidad y pedir ver al profesor Wilkes.

¿Y luego qué?

El tren a Venecia iba casi lleno. Me di cuenta de que habíamos

tenido suerte de conseguir dos plazas juntas. A esas alturas Rash había vuelto en sí del todo y se había reincorporado a la civilización. Ahora era ella la de los ojos brillantes y yo la derrotada. Seguí tecleando en mi aplicación de Notas, pero empezaba a divagar.

Lo que dijo Rash una vez de lo cabreada que parecía esa generación mayor: la clase de gente que fue a ese congreso, en cualquier caso. Durante cuarenta años han hecho el país a su imagen y semejanza, y ahora miran alrededor y ni siquiera les gusta lo que ven.

El mundo que ellos ven y el que vemos Rash y yo no guardan ninguna relación el uno con el otro. Vemos mundos diferentes.

La mayoría de los demás pasajeros llevaban mascarillas. Las dos nos habíamos olvidado de traer las nuestras. Ni se nos había ocurrido, la verdad. Parecía que la gente en Inglaterra había dejado de llevarla en los transportes públicos. La última vez que me había puesto una, en el bus de camino a mi trabajo en Hey! Teriyaki, un antivacunas me dijo que me la quitara, que tenían gérmenes y que era más peligroso llevarla que no.

Realidades opuestas. Solo llevaba unos meses en la universidad cuando empezó la pandemia y había tenido que volverme a casa, y a las pocas semanas papá se pilló la covid y se puso enfermo, pero enfermo de verdad. Mamá tuvo que llevarlo una noche al PAC y las dos estábamos muy asustadas. Aunque hay gente que dice que todo fue una farsa, que no hay pruebas de que sucediera en ningún momento. La plandemia...

¿*En qué podemos estar de acuerdo? ¿Cuál es nuestro terreno en común*?

PRUEBA/REALIDAD

Se oyó un anuncio por los altavoces. Mi italiano no era lo bastante bueno como para entenderlo. Algo de que el tren llevaba unos minutos de retraso, creo. De repente me di cuenta de que había algo raro en aquel tren, algo que formaba parte del ruido de fondo de los trenes ingleses, pero allí no. Allí no escuchabas a cada rato las palabras: *Lo ve. Nos lo cuenta. Y asunto solucionado*.

Cerré los ojos y sentí el ritmo de las ruedas sobre las vías debajo de mí. Encajaba con el ritmo de aquella frase cuando se me metió en la cabeza y ya no salió de ella.

Lo ve. Nos lo cuenta. Y asunto solucionado. Lo ve. Nos lo cuenta. Y asunto solucionado.

Cuando todo el mundo ve el mundo de diferente forma, ¿cómo encuentras la verdad?
LO VE.

¿*Cómo cuentas la verdad? NOS LO CUENTA*.

¿*Cómo te pones de acuerdo en lo que es verdad y lo que no? Y ASUNTO SOLUCIONADO*.

Me remonté a la conversación que habíamos escuchado disimuladamente en el tren a Mónaco el día anterior. (¿Solo había pasado un día? Parecían siglos.) La pareja de jóvenes estadounidenses que estaban claramente a punto de romper. No tienes ni idea de lo que se me pasa por la cabeza, le había dicho ella. *Porque no estás dentro de ella*. Y yo tampoco sé qué se te pasa a ti. Todos tenemos nuestra propia realidad y nos quedamos ahí atascados.

¿Y así era como iba a ser la cosa a partir de ahora? Todos tendríamos nuestra propia realidad, y nadie estaría de acuerdo en si la pandemia era verdadera o un fraude, si se estaba dando un

cambio climático o no, si la tierra era plana o redonda. ¿Qué sentido tenía escribir un libro en un mundo así?

¿Cómo cuentas la verdad?

PC encontró su propia solución: abandonar la ficción. A partir de ahora contar «la verdad en forma de novela».

¿Pero qué significa eso?

No es más que una teoría: aunque hubiera seguido vivo, PC no habría escrito más libros después de Mi inocencia*. Y renunciando a la ficción, se cargó su propio talento. Silenció su propia voz*.

Y lo sabía.

Intenté mirar por la ventanilla mientras el paisaje iba cambiando. ¿Eran campos o viñedos las extensiones grises y azuladas que se perdían en la distancia? ¿O una masa de agua quizá? Pensaba que debíamos de estar cerca del lago Garda. Costaba ver algo claramente porque las ventanillas estaban muy sucias. Me volví para preguntarle a Rash si creía que estábamos pasando junto al lago Garda, pero tenía los AirPods puestos y meneaba la cabeza al ritmo de la música. Absorta en su propio ritmo. Dentro de su propia cabeza, donde yo nunca sería capaz de meterme.

Rash piensa que la ficción es «falsa» y «penosa». ¿Lleva razón?

Opinión alternativa: en un mundo donde todos los esfuerzos por contar la verdad con palabras o imágenes están contaminados y en peligro, la ficción tiene algo único. Algo auténtico, algo de lo que te puedes fiar.

PURA/RESPONSABLE

Después de eso, sentí que empezaban a pesarme los párpados. Creo que me puse a hacer mi última anotación en algún punto entre Brescia y Verona, y que me quedé dormida a la mitad.

La obsesión de PC por la idea de renacer.

A lo mejor esperaba que dándole la espalda a un tipo de escritura (su muerte como una clase de autor) descubriría algo nuevo (renacer como otro distinto). Pero ¿y si lo hacía y luego descubría que no había funcionado? ¿Qué opciones le quedarían entonces?

Pru dijo que su teoría sobre la muerte de PC era «exactamente la contraria» a la mía.

Mi teoría es que RW mató a PC.

Exactamente la contraria sería...

Y ahí, supongo, fue cuando me quedé dormida por fin. No sé cuánto tiempo. De todas formas, Rash me despertó dándome con el codo en las costillas. Estaba leyendo las noticias en el móvil.

¿A que no sabes lo que ha pasado?, dijo.

No, contesté. ¿Qué?

Ni te lo imaginas.

Pues, si ni me lo imagino, mejor que me lo cuentes, dije yo.

Liz Truss ha dimitido.

Y en la lejanía comenzó a verse el perfil de Venecia.

R.

Pobre Phyl. Está completamente ida. Estaba tan cansada que no creo que se acuerde ni por asomo de haber buscado este hotel y haber subido a esta habitación. Lleva durmiendo diez horas seguidas. Está echada a mi lado, pero respira tan lenta y plácidamente que apenas la oigo, ni siquiera en el silencio casi total de la habitación, donde el único sonido es el del agua del canal batiendo de vez en cuando contra la pared del hotel. No hay ruido de tráfico en esta ciudad tan rara y acuosa.

Yo también he dormido, pero a las cuatro de la mañana me he despertado de un sobresalto. Fue uno de esos momentos. Esos momentos en que te despiertas en medio de un sueño profundo y de repente ves más claro que el agua algo que lleva semanas incordiándote. Le has estado buscando una solución todo ese tiempo y de golpe ahí la tienes, delante de tus narices. Es increíble cómo te pasa eso a veces. Dormir es una cosa milagrosa.

Me incorporo en la cama, y al poco rato alargo la mano y toco a Phyl en el hombro. Le pego un meneíto hasta que se mueve un poco y se vuelve hacia mí con los ojos parpadeando. Me mira con gesto de interrogación. Soy una bruta por haberla despertado.

¿Mmm?, dice.

Se me acaba de ocurrir una cosa, le cuento.

Ella también se incorpora. Se da cuenta de la urgencia de mi tono de voz.

¿Qué pasa?

¿Recuerdas que te dije que había recibido otra notificación de que alguien me mandaba un archivo de audio, y di por hecho que se

trataba otra vez del pervertido aquel? ¿Y si no era de él? ¿Y si era de Chris?

Ahora sí que se despierta...

¿Cuándo la recibiste?

La noche antes de su muerte.

¿Lo has escuchado?

Estoy buscándolo.

Puse el correo en la papelera pero aún no se ha borrado para siempre. Contiene un enlace a un archivo de audio, aunque no lleva nada escrito, nada que diga de quién es. Y en el correo pone que el archivo lo mandaron a las tres menos cuarto de la mañana del nueve de septiembre.

Le echo una mirada a Phyl una vez más y luego, con los dedos temblando ligeramente, clico en el enlace. Sujeto el teléfono entre las dos para poder escucharlo juntas. Las dos torcemos el cuello hacia él, con las cabezas casi tocándose.

Esto es lo que oímos.

Silencio durante unos segundos. Luego un sonido distorsionado, como si cogieran o movieran el teléfono empleado para la grabación, arrastrándolo sobre una superficie. Luego tres golpecitos apagados, como si alguien estuviera comprobando que el micrófono funciona. Y entonces...

... La voz de Chris.

Es tan raro volver a oírla. Como una voz de ultratumba. Habla en voz baja, en un murmullo, casi un susurro, con la boca muy cerca del micrófono.

Soy Christopher Swann, dice.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Un temblor convulsivo. Phyl me pone la mano en el brazo y lo acaricia con ternura. Aún nos acercamos más para escuchar.

Hay una pausa muy larga. Luego escuchamos a Chris hacer una inspiración lenta y prudente, y decir:

Estoy en la habitación número siete del hotel de Wetherby Hall, en los Cotswolds. Son las dos de la mañana del viernes nueve de septiembre de 2022. La otra persona que está conmigo en la habitación es un hombre que se hace llamar profesor Richard

Wilkes. Ahora mismo está dormido. Me estoy acercando a su cama y poniéndole el micrófono cerca de la cara.

Mientras habla, se oye otro sonido de fondo, apenas perceptible. Una canción. Una canción que no había escuchado nunca, aunque ahora que la oigo me resulta demasiado familiar: es algo melancólico y siniestro al mismo tiempo.

Phyl me agarra el brazo más fuerte y dice:

Esa canción... La que escuché en la radio. Es «Lord Randall».

Ahora la melodía está muy clara. Al principio la entonación era apagada, el fraseo titubeante e inestable. Pero se ha ido haciendo más fuerte a medida que avanza la grabación, y todavía más cuando Chris debió de colocar el micrófono pegado a la fuente del sonido, a los labios del hombre dormido.

Y ahora es muy evidente lo que Chris grabó, y lo que estamos escuchando en la misteriosa quietud de la habitación de este hotel veneciano, antes de que amanezca. Estamos oyendo cantar a un hombre mayor. Canta una canción que se ha sabido de memoria toda la vida. Con una voz aguda (casi de contratenor) el hombre que se hace llamar Richard Wilkes canta para sí mismo, muy bajito, en sueños.

P.

Esa canción la tengo grabada en la memoria, nos estaba contando Peter/Richard. Vive en mi inconsciente, y lo ha hecho desde que era muy pequeño, cuando mi madre me la solía cantar como una canción de cuna. No tenía ni idea de que la cantaba en sueños, hasta que Christopher Swann me lo dijo, la mañana que lo maté. Aunque, cuando me lo dijo, tampoco es que me sorprendiera. En cierta forma, resultaba muy lógico.

En cuanto pronunció esas palabras, «la mañana que lo maté», sentí que Rash se ponía muy rígida en su silla a mi lado. La miré a la cara, pero carecía de expresión. No sabía si admiraba su serenidad o si me daba miedo. Me había ofrecido a reunirme con Peter/Richard yo sola. Le había dicho que se mantuviera al margen si creía que no podía enfrentarse a aquella situación. Sin embargo, se había empeñado en venir conmigo, y ahora parecía que también estaba dispuesta a escuchar su historia.

Estábamos sentados en la terraza de un restaurante que daba a un canal. No sabría decir exactamente cuál, aunque sabía que no era el Gran Canal. Ir a ese restaurante había sido idea de Peter/Richard. Era la última hora de la tarde, y el restaurante estaba cerrado, pero por lo visto él conocía a los dueños, y les había convencido para que nos dejaran sentarnos en la terraza. Éramos las únicas personas que había allí. Él había escogido una mesa en un rincón en penumbra. Había mucha luz aquella tarde, y el sol nos pegaba de lleno en la cara, pero él tenía la cara en sombras. Casi no podíamos verlo. Supongo que lo había hecho a propósito.

De modo que allí estábamos los tres. En una mesa rectangular, en

una esquina en penumbra de la terraza. De un lado de la mesa: Phyl/Rash, amiga de la familia e hija adoptiva del muerto. Y del otro: Peter/Richard, su asesino.

¿Y así fue como Chris lo identificó?, le pregunté.

Sí, así fue. Sabía que no podía haber mucha gente en el mundo que conociera esa canción, y solo una persona, que se supiera, que la cantaba en sueños. Parece que un amigo suyo me había oído cantarla hace cuarenta años y lo había comentado en una especie de memorias que estaba escribiendo. ¡Para mi desgracia, debo decir! Pero, ¿veis?, ese es el poder de la palabra escrita. Nunca se olvida nada. Nunca se pierde nada. Escribir detiene el curso del tiempo. Al final, esa es la única razón por la que se escribe, ¿o no?

Fue a la mañana siguiente, mientras me daba un paseo por el jardín de la cocina, cuando Swann salió a enfrentarse conmigo y a decirme que había descubierto quién era yo de verdad. Y evidentemente, en cuanto me lo contó, supe qué era lo que tendría que hacer. Me contó que no solo me había escuchado cantar «Lord Randall» en sueños la noche anterior sino que lo había grabado en su móvil. Así que pensé que el teléfono también tendría que desaparecer.

Por suerte, estaba familiarizado con el diseño del hotel. Muchos años antes (décadas, en realidad), cuando todavía se me conocía como Peter Cockerill, me había alojado allí, y el dueño había tenido el detalle de hacerme de guía por todo el edificio. Me había enseñado el pasadizo secreto que conectaba las cuatro habitaciones de la primera planta. Así que sabía que me sería fácil acceder a la habitación del señor Swann, y, por supuesto, me había percatado de la colección de armas blancas del gabinete de abajo. Envolví las manos en un fular para no dejar huellas, y entré en acción. No fue una cosa agradable, desde luego, pero lo hice rápido. Demasiado rápido, de hecho. Con las prisas, no me di cuenta de que aún le quedarían fuerzas para llegar hasta el escritorio y dejar un mensaje mientras se moría. Por lo visto escribió los números ocho/dos en un trozo de papel. No tengo ni idea de lo que quería decir, o qué importancia podrían albergar esos números para mí. De cualquier forma, estaba concentrado en la fase final de mi misión, que era

deshacerme de su teléfono móvil lo antes posible. Lo mejor que se me ocurrió fue salir corriendo hasta el final del pasadizo y tirarlo lo más lejos que pude en el lago artificial.

Peter/Richard hizo una pausa, y bebió un poco de vino de la copa que tenía delante. El dueño del restaurante nos había dejado una botella de vino blanco y unos cuencos de galletitas y aceitunas. Está bien tomarse un refrigerio, supongo, mientras escuchas una confesión de asesinato. O mientras la haces.

De todos modos, dijo Peter/Richard, me imagino que lo que de verdad queréis oír es la historia que hay *detrás* del secreto que descubrió Swann. La muerte de Richard Wilkes, y cómo he conseguido asumir su identidad durante más de treinta años.

Bueno...

¿Y por dónde podríamos empezar?

P./R.

Richard Wilkes solo era un nombre que conocía, nada más. Un nombre que conocía muy poca gente, si estaba metida en el mundillo editorial en los años ochenta. Se había labrado una modesta reputación escribiendo críticas y artículos. La literatura inglesa contemporánea era su especialidad. Y, aun así, lo raro era que poca gente parecía conocerlo en persona. Yo, desde luego, no. Por lo visto nunca iba a las fiestas de lanzamiento ni a las presentaciones en librerías. Mandaba sus textos por correo y, cuando entrevistaba a escritores, lo hacía por teléfono. Todo el mundo daba por sentado que era una persona tímida, una especie de recluso. Se decía que había cubierto un puesto académico un año o dos (que quizá aún siguiera en él), pero al parecer nadie sabía nada más.

Un día (creo que fue cuando yo estaba en la fase final de la redacción de *Mi inocencia*) sacó un artículo en *The Guardian* que me cabreó mucho. Martin Amis acababa de publicar entonces su novela *Dinero*, y ese era el tema central del artículo, aunque abarcaba más cosas. En esencia se trataba de un estudio de todo el panorama literario inglés de esa época, y en mi opinión, todos y cada uno de los autores de los que hablaba no merecían la pena. Era tan indignante, de hecho, que le escribí una carta al respecto. Le decía a las claras que las características que parecía apreciar más de una obra eran precisamente las que yo detestaba. La ironía, la falta de sinceridad, el egotismo; *la falta de seriedad* sería un buen resumen de todas, supongo. Todos los escritores a los que mencionaba eran de izquierdas, y ateos, pero también tenían otra cosa en común: un falso internacionalismo que les quitaba a sus obras cualquier rastro

de personalidad. ¿Dónde estaban los autores, quería yo saber, que tenían algo que decir sobre el tema de *Inglaterra*? ¿Dónde los que valoraban sus tradiciones, los que entendían su cultura, cuyo trabajo estaba fuertemente enraizado en su acervo cultural y su historia? ¿No tenía conocimiento (bueno, era evidente que no, si no la habría citado) de mi novela *Motete en cuatro partes*, que trazaba un paralelo entre Thomas Tallis, el gran compositor de música coral del Alto Renacimiento, y su homónimo ficticio del siglo XX? ¿No había leído *Una soga del infierno*, que abordaba específicamente el tema de cómo nuestras tradiciones inglesas se habían corrompido con las fantasías socialistas y los falsos conceptos de progreso?

Hay que decir en favor de Wilkes que me contestó y se enzarzó con algunos de los problemas que yo le había planteado. Me quedó dolorosamente claro, eso sí, que no había leído mis libros, ni tenía ninguna intención de hacerlo. Me negué a dejar las cosas así, y a esa carta le siguió una larga correspondencia. Duró varias semanas, y en ese tiempo el tono de nuestras misivas empezó a variar de alguna manera. Lo que había comenzado como un intercambio hostil, incluso bastante ofensivo, se convirtió en algo más cordial y respetuoso. Empezamos a buscar intereses en común en vez de cosas que nos distanciaban. Incluso comenzó a notarse cierto tono cariñoso. En el fondo seguíamos en desacuerdo, pero, aun a regañadientes, empecé a sentir una especie de respeto por su postura, y él por la mía, creo.

Al final le propuse un plan que seguramente había sido inevitable desde el principio. Le insinué que debíamos conocernos en persona.

En esa época yo llevaba una vida muy solitaria, y vivía solo en la antigua casa de campo de un guardabosques, en uno de los rincones más remotos de New Forest. Me había retirado allí tras la muerte de mi madre, y de hecho la había comprado con la modesta suma de dinero que había podido dejarme. Su muerte me había destrozado. En gran parte porque había leído mi último libro, *Una soga del infierno*, y le había disgustado mucho. Considerando el modo en que mezclaba elementos imaginarios con episodios reales tomados de su propio matrimonio desgraciado, tampoco era tan sorprendente, y yo me torturaba por no haberlo previsto. Así que

sentía una mezcla horrible de dolor y de culpa, agravada por el hecho de que la mayoría de los días no veía ni un alma ni hablaba con nadie. No tenía amigos, ni tampoco vecinos.

Conque me emocioné bastante al recibir una carta de Wilkes, donde aceptaba mi invitación a acercarse hasta allí para quedarse conmigo unos días.

Llegó en tren un jueves por la tarde, lo recogí en la estación, que estaba a más de veinte minutos en coche de mi casa, y recuerdo, incluso ahora, lo raro que me pareció que se quedara de pie mirándome mientras preparaba un café para los dos en aquella cocina diminuta, después de su llegada. Sin embargo, eso iba a cambiar rápidamente en las cuarenta y ocho horas siguientes, a medida que una especie de entendimiento, e incluso de intimidad, empezó a surgir entre nosotros.

Wilkes era reservado, pálido, un poco enclenque, y tímido. Enseguida me imaginé que no había llevado una vida particularmente feliz, y ese era el caso, en efecto. Los dos días siguientes pasamos mucho tiempo hablando, mientras dábamos largos paseos por el bosque y explorábamos la costa juntos. Acabé sabiéndolo todo de su infancia y juventud. Su madre había muerto en el parto y a él lo habían dado en adopción. Aun así, después de diez años, sus padres adoptivos se habían separado y había tenido un padrastro nuevo, con el que mantenía una relación muy difícil y desagradable. A mediados de los años sesenta, cuando Wilkes solo tenía catorce, esa nueva figura paterna tomó una decisión importante en nombre de su familia, y aquellas tres personas que se llevaban bastante mal emigraron a Australia, donde Wilkes pasó los diez años siguientes de su vida. Sin adaptarse en absoluto a las costumbres del país, se volvió callado y meditativo, pasando cada vez más tiempo abstraído en el mundo de la literatura. Estudió Filología Inglesa en la Universidad de Melbourne y hasta hizo el doctorado allí, con una tesis sobre los primeros poemas de Alexander Pope. Pero no veía la hora de marcharse y volver a Inglaterra. Cuando se despidió de sus padres adoptivos, se despidió para siempre, y tal como lo contaba no parece que ninguno de los

tres lo lamentara mucho. Regresó a Inglaterra a mediados de los setenta, completamente solo.

Los años siguientes consiguió un par de puestos de enseñanza de poca importancia en dos universidades inglesas: uno en Lancaster y otro en la Queen's University de Belfast. También empezó a mandar críticas y artículos breves a los diarios ingleses. Como mucha gente que es insegura en persona, en prensa era sumamente franco, y por supuesto eso les gusta mucho a los directores de periódico. Sus artículos eran provocativos, así que los medios ingleses los recibían encantados. Nunca le había gustado la enseñanza y la abandonó en cuanto pudo, creyendo, ingenuamente, que se podría ganar la vida como crítico literario independiente. Sin embargo, a pesar de que empezaba a hacerse un nombre, ganaba muy poco dinero, y cuando lo conocí acababa de aceptar otro trabajo como profesor, esa vez en la Universidad de Aberdeen. Mientras tanto, vivía solo en un pisito en una de las ciudades más desconocidas de Inglaterra, Peterborough. «Si me muriera», me dijo una vez, «nadie me echaría de menos. Pero nadie.» Fue un comentario que recordé antes de que se terminara el fin de semana.

Durante esos dos días en que me enteré de la historia de Wilkes, mientras nos hacíamos cada vez más íntimos, una sombra se cernió sobre nosotros. «Un elefante en la habitación», como se suele decir. Hacía más de una semana que le había mandado por correo el manuscrito de mi nueva novela, *Mi inocencia*. Sabía que lo había leído y, evidentemente, me moría de ganas de saber qué le había parecido, y no solo porque aquel libro constituía un nuevo punto de partida para mí, sino porque era donde había dejado a un lado cualquier intento de adornar la propia experiencia con la imaginación, y había procurado en cambio contar literalmente la verdad como yo la veía. Creía (y, de hecho, sabía) que había escrito un libro importante y hasta revolucionario. El caso es que Wilkes no me decía nada de él. Cada vez que le soltaba una indirecta sobre que podíamos ponernos a comentarlo, cambiaba de tema. Hablamos de algunos de mis otros libros. Hablamos mucho de otros escritores. (No hacía más que volver sobre Martin Amis y su novela *Dinero*, para extenderse sobre ella hasta la saciedad; por lo visto la consideraba

el gran logro literario de nuestro tiempo.) Pero de mi nuevo libro, mi *opera magna*, que era lo que empezaba a parecerme a mí, no decía ni una palabra.

Pero ni una, hasta la tarde del sábado de su visita.

LA MUERTE

Durante los muchos años que han pasado desde que ocurrió todo esto, como bien os podéis imaginar, he repasado mentalmente la secuencia de los acontecimientos cientos de veces, y de paso me he inventado «un relato» al respecto. Un relato auténtico, debería decir, aunque también tiene una especie de estructura y de lógica. Está dividido en cuatro partes (como si fueran los movimientos de una sinfonía) que se titulan «La muerte», «La reflexión», «El plan de acción» y «El resultado».

Elegí el título de la primera parte con mucho cuidado, y le puse «La muerte» porque soy incapaz de decidir, incluso hoy en día, si de verdad maté a Richard Wilkes o no.

En cualquier caso...

El sábado de su visita estuvo marcado por un tiempo especialmente horrible. Estábamos en abril. Había llovido a cántaros todo el día y soplado un viento tremendamente frío en el bosque. A última hora de la tarde aprovechamos que la lluvia había parado un rato para dar uno de nuestros largos paseos, pero no calculamos muy bien y enseguida nos vimos sorprendidos por un chaparrón torrencial. Cuando volvimos a casa, Wilkes subió rápidamente al piso de arriba para darse un baño caliente. Estuvo allí un buen rato y, mientras tanto, yo encendí la chimenea y preparé algo de cenar para los dos. Después de cenar, yo también me bañé. Wilkes me había cogido prestada mi bata (la única que había en la casa), así que después de bañarme me puse mi pijama de franela y bajé para sentarme con él junto al fuego, tomarnos unos whiskies y charlar un rato.

Ese fue el momento que eligió, tras meditarlo mucho, no cabe duda, para decirme exactamente lo que pensaba de mi nuevo libro. Me di cuenta de que la botella de whisky estaba bastante más vacía que antes, y seguro que eso también tuvo que ver con lo que pasó. El caso es que su veredicto fue muy duro. Estaba claro que el libro le parecía un fracaso a todos los niveles: estético, estructural, estilístico y moral. «Desgraciadamente, Peter», dijo, «no tienes ni idea, pero ni idea, del mundo actual, de cómo funciona ni de lo que siente. Y menos idea aún de cómo reflejarlo en una obra literaria.» Al principio, simplemente me quedé sin palabras. Aunque mi indignación fue creciendo cuando me percaté de que no solo hablaba de aquel libro, sino de mi obra en su conjunto. «Es como si te rieras a destiempo», me explicó. «Estás usando técnicas modernistas que debían de estar en boga en los años veinte, pero que no tienen ninguna importancia respecto al modo en que deberían escribirse las novelas sesenta años después. Es más, renunciando a la ficción tan abiertamente y comprometiéndote con una visión tan tremendamente estrecha de "la verdad", te has metido de cabeza en un callejón del que no hay salida posible.» Una vez recuperé el habla, empecé a defenderme, y decidí que la mejor manera de hacerlo era pasar al ataque. Como tenía en mente su desmedido entusiasmo por otros escritores contemporáneos que estaban de moda, le eché en cara que era un tipo superficial, muy fácil de impresionar. «¿Como lector o como persona?», me preguntó, a lo que le respondí: «Como las dos cosas, evidentemente. Las virtudes de un hombre como lector no se pueden separar de las personales». «Lo mismo se puede decir, incluso con más razón, de las virtudes de un escritor», me contestó. «Y eso te convierte en un reaccionario pretencioso, inútil e iluso.» Era increíble lo rápido que la discusión había pasado de debatir sobre los méritos de un libro a diseccionar sin piedad los defectos y los fallos del otro como ser humano. Al cabo de un rato, envalentonados por el whisky, nos mirábamos el uno al otro con puro odio. Pero la cosa todavía se puso peor. Basándose, me dijo, en lo que había leído en el libro, soltó un comentario (más que un comentario, una serie de insultos despreciables e irrepetibles) sobre la personalidad de mi madre, y

sobre mi propia relación con ella. «Retira eso», le dije, y como no lo hizo, me puse de pie y lo levanté a la fuerza del sillón.

A partir de ese momento no intercambiamos más palabras. Nuestro enfrentamiento pasó a ser algo totalmente físico. Delante de aquel fuego de leña, nos pusimos a pelear. A él se le cayó la bata, a mí se me subió la camisa del pijama hasta la cintura, y antes de que nos diéramos cuenta, estábamos los dos desnudos. (Por lo menos, así es como lo recuerdo ahora. Todo el episodio, claro, se ha vuelto muy borroso con el tiempo.) Teníamos los músculos en tensión y nos brillaba el cuerpo por el sudor. Le eché las manos al cuello y traté de estrangularlo. Me tiró de un empujón, apoyando las suyas en mis hombros. Cayó sobre mí y me retorció las orejas, con la cara pegada a la mía, enseñando los dientes en un rictus de sonrisa. Le di un rodillazo en la entrepierna, sintiendo el impacto de mi rodilla contra el tejido semiduro de su pene, mientras él me agarraba los testículos y los estrujaba hasta que aullé de dolor. Me arañó la espalda con tanta fuerza que me dejó marcas de sangre. Lo sujeté contra el suelo y le di varios puñetazos en la cara. Al final, cuando intentaba quitarse mi peso de encima para poder sentarse, volví a tirarlo al suelo, pero esa vez con más ímpetu, y el cráneo pegó con fuerza contra el borde alicatado de la chimenea. Se oyó un crujido espantoso, y de repente se quedó quieto. Completamente quieto.

Me levanté como pude y me quedé mirándolo, jadeando mucho. De repente la habitación parecía muy silenciosa, a no ser por mi respiración y alguna crepitación del fuego. Wilkes me devolvía la mirada desde el suelo, los ojos abiertos de par en par, pero sin ver. Empezaba a formarse un charco de sangre alrededor de su cabeza.

LA REFLEXIÓN

Una sensación de calma sobrenatural descendió sobre mí. Tras descansar en un sillón un rato y contemplar el cuerpo de Wilkes, subí al primer piso, me lavé los dientes, me metí en la cama y dormí

ocho horas seguidas. Cuando bajé por la mañana, tapé su cuerpo con una manta, me hice un café y me senté en el mismo sillón, para tomarme el café y escuchar cómo tamborileaba la lluvia contra las ventanas de la casa.

No parecía muy lógico darse prisa en hacer algo.

Estaba muy lejos de tener un ataque de pánico. De hecho, a medida que fueron pasando las horas, tuve una sensación como de ir ascendiendo hasta situarme en una perspectiva casi olímpica, viéndolo todo desde arriba, mirando hacia abajo a aquel saloncito delantero con su retablo artísticamente montado de un hombre sentado en un sillón, absorto tranquilamente en sus pensamientos, con un cuerpo sin vida postrado a sus pies.

Enseguida me di cuenta de que, a pesar de que lo que había sucedido era evidentemente un desastre, también se podía reinterpretar como una posibilidad.

«Si me muriera», me había dicho Richard, «nadie me echaría de menos. Pero nadie.»

Bueno, seguramente algunos miembros del departamento de filología de la Universidad de Aberdeen sí lo echarían en falta, porque se suponía que iba a ocupar una plaza allí en septiembre de aquel año. Aunque ninguno lo había conocido en persona. Su entrevista de trabajo, me había dicho, se la había hecho en Londres un miembro del claustro que dejaba el departamento en verano.

Y probablemente algunos redactores jefes de cultura también lo echarían de menos, si le pedían críticas de libros y nunca les respondía. Pero tal vez alguien podría contestar en su nombre, y, ya puestos, ¿escribir además las reseñas?

Curiosamente, a medida que fue pasando el día (un día en el que no me moví ni un momento de mi sillón) me fui acordando cada vez más de las cosas horribles e hirientes que nos habíamos dicho el uno al otro en la discusión de la noche anterior. Cada insulto, cada injuria, cada maldición me volvió a la cabeza con una claridad meridiana y terrible. También me percaté de que muchas de las cosas que había dicho Richard me habían hecho tanto daño, me habían herido tan profundamente, solo porque eran ciertas. Por ejemplo, su comentario sobre el callejón sin salida en el que me

había metido confirmaba una intuición que había ido creciendo en mí a lo largo de muchas semanas: que *Mi inocencia* sería el último libro que escribiría nunca. No tenía nada más que decir, y tampoco me quedaba ninguna voz con que decirlo. Mi oficio de novelista se había terminado.

Pero...

¿Cómo sobreviven los escritores? No quiero decir qué hacen para poder vivir, sino cómo sobreviven después de dejar este mundo.

Raras veces sobreviven sin ayuda. Sobreviven porque el público los descubre. Porque a la gente le llaman la atención. Los lectores los leen. Los aficionados contribuyen a difundirlos. Los críticos debaten sobre ellos. Los profesores los enseñan.

El objetivo de mis libros siempre había sido sobrevivirme a mí. Había completado la primera fase de ese proyecto escribiéndolos. ¿Ahora era el momento de pasar a la segunda fase, tal vez?

EL PLAN DE ACCIÓN

Decidí que, si iba a salir de aquella casa como Richard Wilkes, tenía que dejar atrás cualquier huella de Peter Cockerill. *Destruir* cualquier rastro de él, en realidad. Destruir todo lo relacionado con él, excepto aquellas cosas que debían sobrevivirle: sus libros.

La idea de un incendio se me ocurrió enseguida. Tenía dos ventajas, en concreto: acabaría con todos los escritos de Peter Cockerill, y había bastantes posibilidades de que fuese imposible identificar el cuerpo de Richard Wilkes.

No me cabía la menor duda de que la gente pensaría que me había suicidado. Había hablado de ello algunas veces con mis escasos conocidos de Londres, incluyendo a mi editor, Charles Newman. Charles había leído el manuscrito de *Mi inocencia* y, aunque le había gustado mucho, lo definió como la obra de una persona profundamente desgraciada. La última página del libro ofrecía una tímida nota de optimismo, pero eso, decía, no alteraba

significativamente la percepción del lector sobre la novela de que, en esencia, era un aullido de desesperación.

Había hablado de matarme, aunque siempre supe que no tendría el valor de hacerlo. Y aun así, inesperadamente, me habían dado la oportunidad de fingirlo, pero evitando el suicidio en sí. Lo único que necesitaba, para completar la farsa, era una especie de mensaje de despedida para el mundo. No me llevó mucho tiempo decidir qué forma le daría.

Richard me había exasperado mucho, entre otras razones, por hablarme largo y tendido, lleno de entusiasmo, de Martin Amis y su novela *Dinero*: un libro que a mí me había desagradado enormemente, y por el que sentía el mayor de los desprecios. Una de las cosas que más me molestaba de él, en concreto, era que llevara el subtítulo «Carta de un suicida». Como todo lo demás del libro, me parecía un mero ardid: un síntoma de la despiadada frivolidad y la falta de sinceridad de su autor. Un escritor debería ser sincero, como mínimo. Pero en *mi* novela, me vino a la cabeza, tenía la oportunidad de ofrecer una respuesta perfecta y demoledora. La totalidad de *Mi inocencia* se podía interpretar como una larga y auténtica nota de suicidio. La única cosa que iba en contra de esa interpretación era el atisbo de optimismo de la última página: algo que a su lector más comprensivo, Charles Newman, no le había resultado del todo creíble. Y eso se podía cambiar fácil y rápidamente. Me habían dicho que las pruebas encuadernadas de la novela ya habían llegado a las oficinas de Newman & Fox. Lo cual era una desgracia. Habría que destruirlas todas. Pero la corrección del texto mismo consistiría simplemente en cambiar unas cuantas palabras.

Cuando por fin me levanté del sillón, ya de noche en aquel domingo húmedo y ventoso, le escribí una carta a Charles Newman, dándole instrucciones para que destruyera todas las copias de las pruebas e hiciera tres pequeños cambios en la última página de la novela. A la mañana siguiente, eché la carta en el pueblo más cercano, y también me paré en la gasolinera para comprar varias latas de gasolina.

Mi casa tenía dos dormitorios, aunque el segundo lo usaba de

estudio. Estaba lleno de todo lo que había escrito en mi vida: cartas, notas, manuscritos y muchas más cosas. Había que destruirlo todo; en especial, porque quería dejar el menor rastro posible de mi propia letra. Me pareció una perspectiva sumamente liberadora y estimulante. A última hora de la tarde del lunes, arrastré el cuerpo de Richard escaleras arriba hasta esa habitación (me costó mucho, todo hay que decirlo), y esa fue la primera cosa que empapé de gasolina. Ya había sacado su cartera y sus llaves del bolsillo de su abrigo, que seguía colgado abajo. Luego vacié el resto de las latas, asegurándome de que había dejado como mínimo algo de combustible en cada habitación de la casa. Al final, salí al pequeño jardín trasero, me quedé junto a la ventana abierta de la cocina, encendí una cerilla y la tiré dentro.

En cuanto vi alzarse y extenderse las llamas, y me quedé tranquilo con el resultado de mis preparativos, salí corriendo por el bosque todo lo rápido que pude y no volví a mirar atrás.

EL RESULTADO

En septiembre de 1987, me presenté en la Universidad de Aberdeen, diciendo que era Richard Wilkes, cosa que nadie me discutió.

Había pasado la mayor parte del verano en el piso de Wilkes en Peterborough, donde por lo visto sus vecinos lo conocían tan poco como el resto del mundo. Para parecerme más a él me dejé crecer la barba y también el pelo (que he llevado largo hasta ahora y que siempre he odiado). Había leído mis necrológicas, más bien superficiales, en los periódicos, además de las críticas póstumas a *Mi inocencia*, que eran tan burdas y estaban tan equivocadas como me había imaginado. Aunque, a esas alturas, no veía la hora de empezar mi nueva carrera como profesor de Lengua y Literatura inglesas. En conjunto, el alivio que sentía por no tener que ser nunca más Peter Cockerill era inmenso.

Para resucitar mi propia reputación como novelista, decidí que tenía que pensar a largo plazo, lo que requería una paciencia tremenda. Tras un año o dos, empecé a dejar caer el nombre de Peter Cockerill en algunas de las críticas que estaba escribiendo con el nombre de Richard Wilkes. De vez en cuando hacía algún comentario sobre un genio olvidado, un gran escritor al que de algún modo habían dejado pasar sin pena ni gloria. Me eché la culpa públicamente de haberlo minusvalorado, hasta el punto de no haberlo mencionado en ninguno de mis estudios anteriores sobre la narrativa inglesa contemporánea. En la universidad, repartía discretamente ejemplares de *Motete en cuatro partes* y *Una soga del infierno* entre mis estudiantes favoritos, pero tuvieron que pasar cinco o seis años hasta que fui capaz de empezar a incluirlo en mis módulos de «Memoria creativa» y «Experimentación narrativa de la posguerra». Poco después, publiqué el primer artículo importante sobre él en la *Modern Language Review*, suscitando un notable interés.

Siempre existía el peligro, claro (aunque muy relativo, como se vio después) de que algún antiguo colega académico que conociera personalmente a Richard Wilkes se topase conmigo y sospechara de mí. Así que siempre estaba pendiente de ofertas de trabajo como profesor en el extranjero, y cuando la Universidad de Ca' Foscari de Venecia convocó una plaza de profesor numerario de Literatura Inglesa, me presenté y obtuve el puesto. Buscaban un profesor anglófono para dar clase a los estudiantes extranjeros, pero mi solicitud se vio reforzada por el hecho de que ya me manejaba bien en italiano, y desde entonces lo hablo perfectamente. A principios de los 2000, cuando llevaba aquí unos años, me ofrecieron la oportunidad de organizar un congreso. «Peter Cockerill y el movimiento literario conservador» fue el tema que escogí, y aquel encuentro, que atrajo a estudiosos de todo el mundo, constituyó en realidad el comienzo de la auténtica resurrección de mi fortuna literaria. Las conferencias fueron publicadas en un libro de ensayos (de cuya edición me encargué), que a su vez impulsó una serie de conferencias sobre temas similares a lo largo de la década siguiente en sitios tan remotos como Singapur, Praga, Adelaida o Austin en

Texas. Lo más gratificante de todo fue una carta del editor de Penguin Modern Classics en 2013, proponiéndome que *Una soga del infierno* se incluyera en esa colección tan prestigiosa, en una edición prologada y anotada (naturalmente) por mí mismo.

¡Un clásico moderno por fin! Bueno, era lo menos que me merecía.

Evidentemente, aún queda mucho trabajo por hacer. Como todo en la vida, mantener la propia reputación literaria es una lucha constante, que uno no puede descuidar ni un momento. Enemigos los hay por todas partes. Los escritores a los que se les permitió eclipsarme en vida siguen en auge, y continúan teniendo sus acólitos. Hasta que el mundo vea que lo que yo hacía estaba bien, y lo que hacían ellos, mal, nunca se acabará la batalla. Peter Cockerill todavía no tiene el reconocimiento que siempre supo que era su destino, así como su deber.

Pero, de todas formas, ya he puesto las bases. He sabido convertir una catástrofe en una *posibilidad* de triunfo. Y en plena muerte, he descubierto una especie de renacimiento.

P.

A Peter/Richard le había llevado un buen rato contarnos todo aquello. El sol se había ido desplazando hacia poniente, y ahora toda la mesa estaba en sombras, no solo su rostro. Una brisa fría soplaba por el canal, haciendo que sus aguas se agitaran y revolvieran. La botella de vino que había sobre nuestra mesa estaba vacía, así que solo quedaban los cuencos con cosas de picar. Una sensación de melancolía desesperada, y también la rabia y el odio, habían hecho presa en mí.

Y dije:

Qué tremendo que, después de todo lo que ha hecho, siga pensando que ha fracasado.

¿Fracasado?

Sí, fracasado. Mató a un hombre para conseguir lo que quería. Mató a otro para mantener su secreto a salvo. Y a pesar de la buena suerte que le ha dado, ni siquiera le basta. Me recuerda usted a la gente de aquel congreso. Rehaciendo el mundo a su imagen y semejanza, pero sin que les siguiera gustando lo que veían. Ninguno de ustedes se dará nunca por satisfecho. La gente como usted nunca lo está.

Peter/Richard se puso de pie.

Bueno, ya os he contado bastante.

Estaba a punto de marcharse, cuando se detuvo y dijo:

¿Sabéis una cosa? Supongo que tendría que daros las gracias.

¿Y eso por qué?, preguntó Rash.

Porque... Bueno...

Volvió a sentarse frente a nosotras.

Estos últimos años he acabado por comprender que nací con una compulsión (una necesidad) de contar historias. Y darle la espalda a todo eso, hace ya tanto tiempo, fue una manera de repudiar mi propia naturaleza. Y, por supuesto, *esta* historia (la que os he contado ahora) es la que llevo años queriendo contar. Décadas. Desde que ocurrió. Bueno, pues me habéis dado la oportunidad. En serio, cómo habéis aparecido por aquí, cómo os habéis presentado... Ha sido perfecto. Habéis sido mi público ideal. No solo porque sé que si le contáis esta historia a cualquier otra persona no os creerá. Vamos, no os creerá lo más mínimo. ¿Quién va a tener en cuenta la palabra de un par de jovencitas estúpidas antes que la mía? No tenéis nada con lo que respaldar vuestra versión de los hechos. Ni una prueba.

Rash y yo nos miramos mutuamente, intercambiando una mirada conspiratoria de complicidad. Sobre la mesa, en medio de nosotros, estaba mi teléfono. Lo había grabado todo.

En realidad siento una enorme sensación de... alivio. Me siento más ligero, incluso físicamente, de lo que me he sentido en mucho tiempo. Porque, en cierto modo, pienso que esta era *la* historia. La que había venido al mundo a contar. ¿Sabéis lo que quiero decir? Y es tan buena, ¿no? Con una bonita estructura donde todo encaja perfectamente. Sin cabos sueltos.

Bueno, hay muchos cabos sueltos, dijo Rash.

¿De verdad?, dijo Peter/Richard, pasando inmediatamente de un tono de inmensa autocomplacencia a otro de sutil hostilidad. ¿Por ejemplo?

Por ejemplo, no destruyó todas las muestras de su escritura a mano.

Sacudió las manos en el aire.

Es cierto, hay unos cuantos ejemplares firmados circulando por ahí. No podía hacer mucho al respecto, aparte de comprarlos cuando me los encontraba.

¿Y nada más?, le pregunté. ¿No se acuerda, por ejemplo, de haber escrito algo en el libro de visitas de Wetherby Hall la primera vez que estuvo allí?

Sus ojos me echaron una mirada distante y abstraída.

No, no me había acordado. Aunque ahora que lo mencionas...

Una entrada bastante larga, según dicen, añadió Rash.

Pues entonces a lo mejor tengo que hacer algo con eso.

Y con esas palabras, volvió a levantarse, y alargó la mano. Evidentemente, ninguna de las dos se la estrechamos. Lo seguimos con la mirada mientras se abría paso entre las mesas del interior oscuro del restaurante.

¿Le vamos a dejar irse?, preguntó Rash, indignada.

No te preocupes, le dije. Está acabado. Pru lo detendrá en cuanto se entere de todo esto.

Peter/Richard había salido ya del restaurante, y se alejaba de nosotras por la estrecha callejuela que corría a un lado del canal. La visión de su figura siniestra, con su característico jersey rojo, escabulléndose y agachándose entre las columnas y entrando y saliendo de los patios, a medida que las sombras iban ganando terreno en el crepúsculo veneciano, me trajo a la cabeza el recuerdo de una película.

Míralo, dije, mientras se paraba en el punto medio de un antiguo puentecito que salvaba el canal. Parece salido de *Amenaza en la sombra*.

¿Qué es eso?, preguntó Rash.

Una de esas pelis antiguas de las que habla siempre mi padre.

Lo observamos un rato más. Tuve la sensación de que era consciente de que lo hacíamos. Y entonces, no queriendo darle el gusto de prestarle mayor atención, le volvimos la espalda en un gesto de desprecio.

No dijimos nada hasta que de repente, junto a nuestra terraza, se oyó una fuerte salpicadura de agua detrás de nosotras. Las dos nos giramos de nuevo.

¿Has oído eso?, dijo Rash.

¿Un pez saltando? ¿Hay peces en este canal?

No creo. ¿Dónde está tu teléfono?

Las dos nos quedamos mirando la mesa, horrorizadas. Ya no había ningún teléfono en medio.

¡Ese cabrón!, dije. Lo ha vuelto a hacer.

Miramos hacia el puente. La figura que se apoyaba en el

antepecho nos saludó alegremente. Y entonces Peter/Richard también desapareció.

R.

No nos cree. Me parece una locura, pero la mujer policía no nos cree.

Ha confesado, le contamos. Lo ha confesado todo.

Sí, pero no tenéis nada grabado. Ninguna prueba. Es vuestra palabra contra la suya.

Phyl dice: Va a volver a este país. Va a volver para acercarse hasta Wetherby Hall a destruir su antigua entrada en el libro de visitas. Nos lo ha dicho él mismo. Tiene que arrestarlo cuando lo haga.

Lo podría arrestar en cualquier momento, y en cualquier parte, nos responde la mujer policía.

Entonces ¿por qué no lo hace?

Porque no estoy segura de si mató a tu padre o no.

¿Y qué pasa con la grabación?, le digo. Acaba de oírla. Cantaba en sueños. Richard Wilkes no es Richard Wilkes. Es Peter Cockerill.

Sí, dice la mujer policía con mucha paciencia. Lo sé. Pero me temo que sigo teniendo razón.

Es increíble. ¿Qué más pruebas necesita? Estamos sentadas en su despacho de la central de policía de Oxfordshire. Un cuartito miserable en la esquina del edificio, donde los estantes y los armaritos están prácticamente vacíos. Por lo visto, ya los había vaciado antes de que empezase este caso. Se supone que ya se ha jubilado. No acabo de entender por qué no quiere liquidar este asunto lo más rápido posible.

¿Y qué ha pasado con la otra teoría?, nos pregunta.

¿Qué otra teoría?

¿No habíais decidido que el asesinato lo había cometido por error

Howard Beddoes, el compañero de Charles Newman?

Ah, eso.

Supongo que parecemos un poco avergonzadas. Creímos que era una buena solución en su momento, una buena explicación para la pista que Chris había dejado.

De hecho, dice la mujer policía, comprobé la lista de delegados del congreso, y *había* un tal Howard.

Phyl se echa un poco hacia delante, con repentino interés.

¿Ah, sí?

Se llamaba... (Consulta unas cuantas hojas de papel que tiene sobre el escritorio.) Howard Fitch. Cuarenta y tres años. Asesor del Partido Conservador en Ludlow, Shropshire.

Nos mira con esa sonrisa engreída de sabelotodo que empieza a tocarme las narices.

Me temo que no es nuestro hombre.

Me levanto.

Vámonos, Phyl. No tenemos nada que hacer aquí.

No os preocupéis, dice la mujer policía. Vigilaré los aeropuertos. Y la terminal del Eurostar. Si Wilkes entra en el país, nos enteraremos.

Esa promesa no sirve para tranquilizarnos, ni para sofocar la ola de rabia y de frustración que siento crecer dentro de mí.

Ya en el pasillo, Phyl dice:

¿Me puedes esperar un momento, Rash? Tengo que ir al váter.

Mientras se mete en los aseos de señoras, espero con la espalda apoyada en la pared, pensando en la conversación que acabamos de tener. No estoy muy contenta. Cuanto más pienso, todavía menos. Y estoy usando la palabra «contenta» literalmente. Desde nuestro encuentro con Peter/Richard en Venecia la semana pasada, estoy hundida en la miseria. Hundida por la tristeza: la tristeza de saber lo que me ha quitado ese cabrón de mierda.

Me aparto de la pared y echo a andar despacio, de vuelta al despacho de la mujer policía. Paso por el centro de coordinación que ahora mismo está vacío. Es la última hora de la tarde del lunes 24 de octubre. Hay un televisor montado en la pared de la estancia, sintonizado en un canal de noticias con el volumen apagado. Por el rabillo del ojo, leo a medias una noticia en una cinta de teletipo rojo

mientras atraviesa la parte inferior de la pantalla: «Rishi Sunak, el nuevo líder conservador, se convertirá en el primer ministro inglés de origen asiático».

Regreso a su despacho y le digo:

Por favor, encuéntrelo.

Ella alza la vista.

¿Que lo encuentre?

O la encuentre. Sea quien sea.

Me vuelvo a sentar a su mesa, frente a ella. La miro directamente por encima del escritorio por primera vez. Y me doy cuenta de la cara tan amable que tiene. Superficialmente, sigue teniendo un gesto enérgico y profesional, pero cuando la miro al fondo de los ojos veo cordialidad y afecto. Lo suficiente para que me parezca que puedo hablar con ella. Y hacer una última petición.

Así que le digo:

Necesito que acabe con todo este asunto. De verdad. No estoy segura de poder pasar página de otra manera. Quiero decir, sé que ha llevado cientos de casos como este. Para usted no es más que otro rompecabezas. Pero Chris era mucho más que eso para mí. Era mi padre. Era mi *papá*, joder...

Noto que se me empiezan a saltar las lágrimas a medida que me vuelven los recuerdos más lejanos, y las palabras me salen a trompicones.

Era un ser humano, ¿comprende? Solo un ser humano más, con todas las contradicciones habituales. Y yo no sería la persona que soy sin él. No sería la persona que soy sin mi padre. Era generoso y cariñoso, y nunca dejó de serlo. Nunca le parecía bastante. Solía lavarme el pelo en la bañera cuando yo era pequeña, y se enfadaba cuando gritaba porque se me metía el champú en los ojos. Solía leerme cuentos cuando me iba a la cama. A veces los libros que a él le habían encantado cuando era pequeño, y trataba de disimular su decepción cuando a mí no me gustaban. Me enseñó a patinar. Y a andar en bicicleta. Me enseñó a jugar al tenis. Y también a hacer las divisiones complicadas cuando los profesores del cole solo me liaban más. Inventaba acertijos para mí, y juegos con números y palabras en clave. Le obligué a ver películas de dibujos animados de Disney

que él odiaba de verdad, pero se quedaba allí sentado conmigo porque sabía que a mí me encantaban. Tenía sus creencias y sus valores y sus ideales, aunque nunca trató de imponérmelos. Siempre me dejó ser la que yo quería ser. Aguantó a mi madre mucho más de lo que debería haberlo hecho porque no quería perderme. Después de irse, me mandaba cartas con historietas dibujadas, unos dibujos horribles. No se podría haber ganado la vida dibujando, desde luego... Intentaba ser optimista pero se deprimía a menudo, y cuando se deprimía se dedicaba a ver pelis de Laurel y Hardy y los Hermanos Marx, y entonces se animaba. Se consideraba socialista, pero algunos de sus mejores amigos eran conservadores. Odiaba las redes sociales, aunque no podía parar de escribir en su blog. Le gustaba el jazz-funk, pero siempre lo escuchaba con auriculares porque le daba vergüenza. Le encantaban los sándwiches de queso cheddar y pepinillos, y las tostadas con frijoles, y el pescado con patatas fritas. Su equipo era el Bristol Rovers, en vez del Bristol City. Era como una enciclopedia de la serie *Friends*. Le encantaba el campo, pero nunca sabía los nombres de los árboles ni de las flores. Le encantaba leer. Y la historia. Le gustaba ver los concursos de la tele y decir a gritos las respuestas. Quería perder peso, aunque nunca lo consiguió...

Me quedo callada. Hay tantas cosas que podría contarle, pero estoy demasiado cansada para seguir. El sufrimiento me ha agotado.

Aparentemente, Pru Freeborne no ha cambiado de expresión. Sigue pareciendo relajada y profesional. Pero sé que mis palabras han hecho su efecto, y ahora confío en ella. Confío en que acabe con esto.

Y ella me dice:

Wilkes acaba de aterrizar en el aeropuerto de Luton hace un cuarto de hora. Ha reservado habitación para pasar la noche en un hotel cerca de la estación de Paddington. Mañana por la mañana, allí estaré para encontrarme con él.

Asiento con la cabeza, le doy las gracias y me levanto para marcharme. En una especie de nube, sin estar muy segura de dónde me encuentro, vuelvo a pasar por el centro de coordinación y a meterme por el pasillo, donde me espera Phyl. Me alegro tanto de

verla, de que esté ahí... Mi amistad con ella es lo único bueno que ha salido de esta pesadilla. Abre los brazos y yo me abalanzo y la abrazo como si no fuéramos a separarnos nunca.

P.

A Rash no le gustan los libros que están llenos de cosas inventadas. Le parece un fraude lamentable escribir sobre personajes inventados. Poner palabras y pensamientos imaginarios en su boca y en su cabeza. Cree que uno debería escribir solo sobre su vida interior, sinceramente, sin filtros, con la inmediatez del presente, porque esa es la única realidad que conocemos. Hace cuarenta años, el escritor Peter Cockerill llegó a la misma conclusión.

¿Y yo qué opino? No puedo compartir del todo la pureza de sus convicciones. Rememoro muy a menudo aquella conversación que escuchamos por casualidad en el aeropuerto. ¿Tienes que pedir permiso para que se te meta alguien en la cabeza y obligarle a hacer lo que te dé la gana? ¿Necesitas su consentimiento?

No, yo creo que no.

El interior de tu cabeza es tu propio espacio. Eres la reina de ese castillo.

Hay veces que tienes algo que decir, y no lo puedes decir con tu propia voz, o desde tu propio punto de vista. ¿Y por eso vas a quedarte callada?

No, creo que no.

Pongamos un ejemplo. Ustedes han leído hasta aquí. Solo les quedan unas cuantas páginas que leer. Seguramente querrán saber cómo termina esta historia. Pero ni Rash ni yo estábamos allí cuando la inspectora jefe Prudence Freeborne se enfrentó por fin a Peter Cockerill y lo detuvo. No sabemos a ciencia cierta lo que pasó. Así que ¿cómo se lo puedo contar?

Pues así. Voy a emplear la facultad humana más perseguida y

desacreditada: la imaginación.

Déjenme que me recueste en este sillón, cierre los ojos, ponga las manos detrás de la cabeza y trate de imaginarme la escena.

Podría haber ocurrido...

Tal vez habría ocurrido...

Seguramente ocurriera así:

Prudence se habría acercado hasta la estación de Paddington y distinguido rápidamente a Peter Cockerill en el vestíbulo mientras esperaba su tren a Moreton-in-Marsh. Como siempre, él destacaría entre la multitud por culpa del jersey rojo chillón que llevaba bajo su chaqueta de tweed. Ella se habría subido al mismo tren que él, y encontrado un asiento en el vagón siguiente al suyo. Pero no lo arrestaría inmediatamente. La mayor parte del viaje habría permanecido sentada dando vueltas en su cabeza a los detalles del caso. Desgraciadamente, sus pensamientos se verían interrumpidos, a intervalos regulares, por los interminables avisos de seguridad.

Si ve algo que no le parece bien, hable con el personal o envíe un mensaje de texto a la Policía Británica de Transportes al 61016.

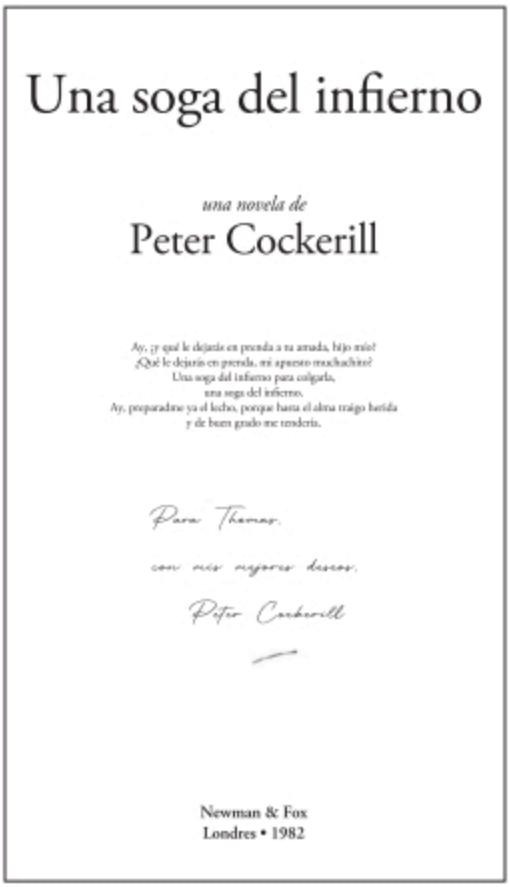
Lo solucionaremos.

Lo ve. Nos lo cuenta. Y asunto solucionado.

Varias cosas le habrían indicado que Peter Cockerill era el asesino. Desde su visita a Wetherby Hall muchos años antes, conocía el trazado de la mansión y sabía de la existencia de un pasadizo: por lo tanto tenía los medios, y también la oportunidad. ¿Tenía un móvil? Según Phyl y Rash, sí. Porque tenía un oscuro secreto, que Christopher Swann había descubierto. Christopher le había grabado cantando en sueños. Entonando la canción «Lord Randall». Ellas le habían llevado esa grabación a su despacho, y la había escuchado. Pero eso aún no había bastado. Solo contaba con su testimonio de que Cockerill había confesado realmente haber matado a Wilkes hacía muchos años y también haberle robado su identidad. Pero la prueba grabada de aquella confesión había sido destruida, si es que había existido. ¿Se podía confiar en su historia, o era simplemente

una especulación febril de dos jovencitas con mucha imaginación y demasiado tiempo libre?

Tenía la corazonada de que estaban en lo cierto. Al fin y al cabo, ella misma había llegado a la conclusión de que Richard Wilkes debía de estar muerto, y de que Peter Cockerill había estado viviendo con su nombre. Ese habría sido su convencimiento desde que había dado comienzo la investigación: desde que había examinado cuidadosamente el texto de la conferencia de Wilkes para el congreso de la TrueCon y había visto que empezaba con un recordatorio escrito a mano en la primera página: *Insertar cita de Edward Thomas, etc*. Poco después, la noche de su cena en Rookthorne, Andrew Maidstone le había enseñado su ejemplar de *Una soga del infierno*, que llevaba una dedicatoria en la página de portada, por una feliz coincidencia, para un viejo amigo de su mujer, llamado Thomas. Hoy sacaría las dos páginas impresas de su cartera, y las pondría sobre la mesa, una junta a la otra. Una vez más constataría el impresionante parecido entre las dos muestras de escritura. De hecho, cuando te fijabas en el nombre de Thomas había más que una similitud. La letra era idéntica.



Una soga del infierno

una novela de

Peter Cockerill

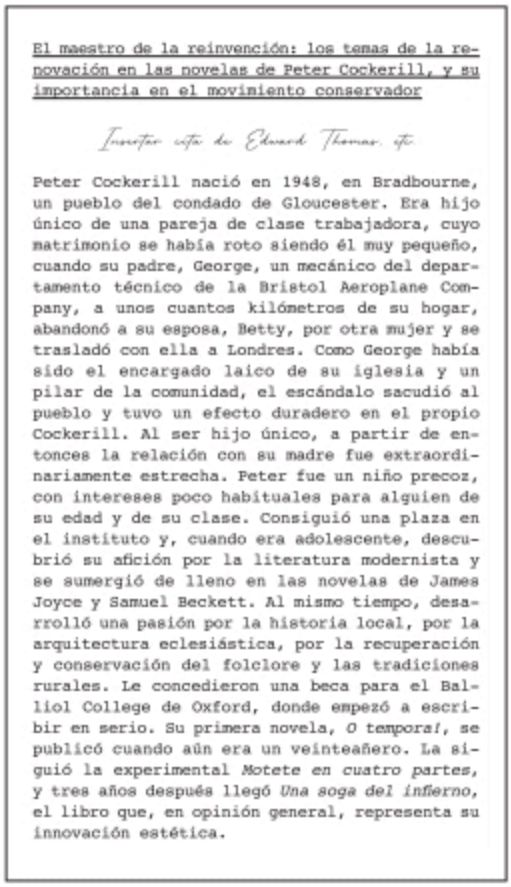
Ay, ¿y qué le dejaste en prenda a tu amada, hijo mío?
¿Qué le dejarás en prenda, mi apuesto muchachito?
Una soga del infierno para colgarla,
una soga del infierno.
Ay, preparadme ya el lecho, porque hasta el alma traigo herida
y de buen grado me tendería.

Para Thomas,

con mis mejores deseos.

Peter Cockerill

Newman & Fox
Londres • 1982



El maestro de la reinvención: los temas de la renovación en las novelas de Peter Cockerill, y su importancia en el movimiento conservador

Inserte cita de Edward Thomas, etc.

Peter Cockerill nació en 1948, en Bradbourne, un pueblo del condado de Gloucester. Era hijo único de una pareja de clase trabajadora, cuyo matrimonio se había roto siendo él muy pequeño, cuando su padre, George, un mecánico del departamento técnico de la Bristol Aeroplane Company, a unos cuantos kilómetros de su hogar, abandonó a su esposa, Betty, por otra mujer y se trasladó con ella a Londres. Como George había sido el encargado laico de su iglesia y un pilar de la comunidad, el escándalo sacudió al pueblo y tuvo un efecto duradero en el propio Cockerill. Al ser hijo único, a partir de entonces la relación con su madre fue extraordinariamente estrecha. Peter fue un niño precoz, con intereses poco habituales para alguien de su edad y de su clase. Consiguió una plaza en el instituto y, cuando era adolescente, descubrió su afición por la literatura modernista y se sumergió de lleno en las novelas de James Joyce y Samuel Beckett. Al mismo tiempo, desarrolló una pasión por la historia local, por la arquitectura eclesiástica, por la recuperación y conservación del folclore y las tradiciones rurales. Le concedieron una beca para el Balliol College de Oxford, donde empezó a escribir en serio. Su primera novela, *O tempora!*, se publicó cuando aún era un veinteañero. La siguió la experimental *Motete en cuatro partes*, y tres años después llegó *Una soga del infierno*, el libro que, en opinión general, representa su innovación estética.

Solamente con eso habría bastado para convencer a la inspectora Freeborne, más allá de toda duda razonable, de que Peter Cockerill y Richard Wilkes eran una sola persona. Pero, aun así, no demostraría necesariamente, ni siquiera ahora, que era culpable del asesinato en Wetherby Hall.

Si ve algo que no le parece bien, hable con el personal o envíe un mensaje de texto a la Policía Británica de Transportes al 61016.

Lo solucionaremos.

Lo ve. Nos lo cuenta. Y asunto solucionado.

Prudence Freeborne era una detective concienzuda. Tenía una mentalidad forense, metódica. Y todavía habría alguna cosa que no

la convencería del todo, una pieza del puzle que no acababa de encajar: la pista.

En el transcurso de la investigación, habría ido desarrollando un respeto considerable por la víctima del asesinato. Christopher Swann había tenido una mente privilegiada, y como la propia Pru, había comprendido la importancia de ser exhaustivo, claro, preciso. Su intento de dejar un mensaje que identificaba al asesino, cuando se estaba muriendo, tenía algo de heroico. A esas alturas, Pru habría llegado a la conclusión de que la única letra que había tratado de escribir en aquel trozo de papel no pretendía ser una R, ya no digamos una B. Había empezado a escribir P de Peter, pero luego se dio cuenta de que, como era la única persona que conocía la verdadera identidad de Peter, la pista no significaría nada para cualquiera que se la encontrara.

Así que, en vez de eso, escribió los números 8/2. Números que, al menos para él, bastaban para apuntar sin ambages hacia una persona. ¿Esa persona era Peter Cockerill? ¿Tenía algo que lo distinguía de los otros tres sospechosos?

Pru se recostaría en el asiento del vagón y miraría por la ventanilla, contemplando cómo se deslizaba el paisaje de Berkshire a la luz del otoño. En el vagón de al lado, Peter Cockerill tal vez hiciera lo mismo. ¿En qué estaría pensando?

¿Y en qué estaría pensando *ella*?

Rememoraría la conversación que había tenido con Phyl y Rash el día anterior. Rememoraría la inesperada pasión con la que la hija adoptiva de Christopher había enumerado las virtudes de su padre. Todos los pequeños detalles característicos que lo hacían admirable y digno de ser amado. Pru ya conocía algunos, otros habían sido una sorpresa.

Le vendría de repente un detalle a la cabeza. ¿Qué expresión había usado Rashida? «Era como una enciclopedia.»

Prudence sacaría el móvil y abriría la aplicación de la Wikipedia. Llegaría hasta una página llamada «Lista de los episodios de *Friends*». Iría pasando pantallas hasta que diese con lo que andaba buscando, temporada 8, capítulo 2.

El del suéter rojo.

La inspectora jefe Prudence Freeborne asentiría con la cabeza y esbozaría una leve sonrisa de satisfacción. Entonces se levantaría y se acercaría hasta el vagón siguiente, mientras su cuerpo se balanceaba con el movimiento del tren.

Pronto se encontraría de pie junto al sospechoso. Al final Peter Cockerill no estaría contemplando el paisaje por la ventanilla. Estaría mirando en cambio la pantalla de su móvil: una retransmisión en directo desde los escalones del número 10 de Downing Street. Al tomar conciencia de su presencia, levantaría los ojos, y ella vería que una lucecita de reconocimiento se encendía poco a poco en ellos. Diría su nombre completo y añadiría: «Queda usted detenido por el asesinato de...». Antes de que una vez más la interrumpieran:

Si ve algo que no le parece bien, hable con el personal o envíe un mensaje de texto a la Policía Británica de Transportes al 61016.

Lo solucionaremos.

Lo ve. Nos lo cuenta. Y asunto solucionado.

Mientras tanto, en la pantalla del móvil, Liz Truss estaría dando su discurso de despedida al pueblo inglés.

Por mi tiempo como primera ministra, estoy más convencida que nunca de que necesitamos ser valientes y encarar los retos a los que nos enfrentamos. Como escribió el filósofo romano Séneca: «No nos atrevemos a muchas cosas porque son difíciles, pero son difíciles porque no nos atrevemos a hacerlas».

Peter Cockerill levantaría la vista de la pantalla y le diría a la inspectora Freeborne:

Qué apropiado. Y luego añadiría con pesar: Bueno, por lo menos yo me atreví.

Sí que se atrevió, respondería ella.

Creo que nunca pensé que pudiera acabar así, diría él.

¿Así cómo?

No me refiero a mi pequeña y triste historia. Esa nunca iba a acabar bien. Me refiero al experimento que empezamos allá por los años ochenta.

Necesitamos aprovechar la libertad que nos proporciona el Brexit para hacer las cosas de otro modo.

Y eso significa darles más libertad a nuestros ciudadanos y devolver el poder a las instituciones democráticas.

Significa bajar los impuestos, para que la gente conserve más cantidad del dinero que gana.

Creíamos de verdad (por lo menos algunos de nosotros) que el país estaba cambiando para bien en esa época. Pero parece que, en algún punto del camino, todo descarriló completamente.

La inspectora Freeborne diría: A lo mejor algunas iniciativas llevan las semillas de su propio fracaso plantadas dentro.

Puede ser, diría Peter Cockerill.

Y se pondría a mirar otra vez la pantalla del móvil, mientras la primera ministra saliente decía sus últimas palabras y se escuchaba por última vez el aviso de seguridad.

No veo la hora de pasar más tiempo en mi circunscripción.

Si ve algo que no le parece bien, hable con el personal o envíe un mensaje de texto a la Policía Británica de Transportes al 61016.

Nuestro país continúa luchando contra la tormenta.

Lo solucionaremos.

Pero yo creo en el Reino Unido.

Lo ve.

Creo en el pueblo inglés.

Nos lo cuenta.

Sé que nos esperan días mejores.

Y asunto solucionado.

Epílogo

27 de febrero de 2024

A Joanna le sorprendió querer asistir al funeral de Emeric. Le sorprendió que le afectara la noticia de su muerte. Suponía que, ahora que Brian ya no estaba, ni Christopher tampoco, él había representado, al fin y al cabo, el último punto vivo de contacto con su época de estudiante. Y, ya hubiera tenido Christopher las reservas que fueran sobre Emeric y su influencia en la vida pública, ella le había seguido teniendo cierto cariño y no podía recordarlo más que tratándola siempre con educación. Ahora él también se había ido. Cuando había leído en el boletín de exalumnos que iba a haber un servicio conmemorativo en su honor a finales de febrero, supo que debería hacer el esfuerzo de asistir.

El complicado viaje de Rookthorne a Cambridge fue bastante bien, y Joanna llegó con media hora de anticipación. Una maraña de sentimientos la envolvió cuando entró en el patio principal de su antiguo *college*. Estaban a mediados del segundo trimestre y había un montón de estudiantes por allí. Mientras pasaban entre aquellos edificios impresionantes y sombríos en grupos y en parejas, pensó que seguramente no tenían un aspecto tan diferente al que ella, Christopher y Brian debían de haber tenido hacía más de cuarenta años. Desenfadados y preocupados, seguros de sí mismos y tímidos, pero, en conjunto, sintiéndose como en casa, igual que les había acabado sucediendo a ella y sus amigos, aunque solo fuese temporalmente. Ese día, sin embargo, Joanna se sentía como una auténtica extraña. Unas cuantas gotas de lluvia helada empezaron a caer mientras cruzaba el patio y pasaba junto a la fuente central que salpicaba agua sobre las losas: agua que al pulverizarse era arrastrada por tristes ráfagas de viento del este. Se ciñó el abrigo y se inclinó hacia delante para combatir el viento, mientras enfilaba el refugio de la entrada a la capilla y el vestíbulo.

El servicio no comenzaría hasta pasados veinte minutos, pero los bancos ya estaban casi llenos. Joanna miró alrededor buscando caras conocidas, aunque parecía que la mayor parte de los congregados eran o mucho mayores o mucho más jóvenes que ella. Le echó un vistazo al programa del servicio y vio que el elogio fúnebre principal lo haría lord Wagstaff de Bishop's Stortford (tal como había esperado) pero, por lo visto, todavía no había llegado. Ya se había resignado a pasar la media hora siguiente a solas cuando un hombre corpulento, medio calvo, que llevaba un anticuado abrigo de tweed se abrió camino hasta ella entre los bancos y dijo:

–¿Le importaría mucho que me sentara aquí?

–En absoluto –contestó Joanna, desplazándose un poco para hacerle sitio.

El hombre se acomodó. A pesar del frío que hacía sudaba ligeramente y se daba toquecitos en la frente con un pañuelo.

–Si no me equivoco –dijo, volviéndose hacia ella– nos conocemos. Eres Joanna Reeves, ¿no?

–¡Cielo santo! Sí, aunque ahora me llamo Joanna Maidstone. Pero no sé si recuerdo...

–Ya sé. He cambiado. He cambiado mucho y a peor. Ha sido todo en estos últimos cinco años. Tengo más barriga y menos pelo. Aunque no se puede hacer nada. Lo mismo le pasó a mi padre. Y a la misma edad exactamente. –Le tendió la mano–. Soy John Poole. Fuimos juntos a muchos exámenes de Coutts, muertos de miedo.

–¡John! ¡Pues claro! –Le sonrió cariñosamente. John había sido una persona bastante insulsa, un estudiante corriente que se había licenciado a duras penas en Filosofía con una nota media de 2,2, y ella no le había dedicado ni un solo pensamiento en los últimos cuarenta años. Pero se alegraba de verlo ahora.

–Ha venido bastante gente –dijo–. ¿Tú vienes desde muy lejos?

–Vivimos en Berkshire –dijo Joanna–. Cerca de Ascot. ¿Y tú?

–Evesham.

–Ah, qué bien.

–Y estás casada, evidentemente. ¿Tienes hijos?

–Una hija. Phyllida.

–¿Y a qué se dedica?

Lo que le dio la oportunidad a Joanna de contestar, rebosante de orgullo materno:

–Pues, ya que me lo preguntas, da la casualidad de que acaba de publicar su primera novela.

–¿En serio? Qué maravilla. ¡Enhorabuena!

–Precisamente acaba de salir una entrevista con ella en el periódico de hoy.

–Genial. Luego la busco y la leo.

La conversación decayó un momento. Normalmente, Joanna se habría puesto a preguntarle algo sin importancia, por mera cortesía, pero le daba la sensación de que él le quería decir algo, aunque le costaba hacerlo. Así que le dio tiempo para que encontrara las palabras adecuadas, y aguardó pacientemente su confesión o su pregunta o lo que quiera que fuese. Cuando él se decidió por fin, se dio cuenta inmediatamente de que ya debía de habérselo imaginado.

–La verdad es que... –dijo– ahora que estoy jubilado, yo también estoy pensando en escribir una novela.

–¿Ah, sí? –dijo Joanna, sobrecogida.

–Dicen que todo el mundo lleva un libro dentro, ¿no?

–Eso dicen... –Y luego, solo por pura obligación–: ¿Y ya tenías algo en mente?

–He pensado que podría probar suerte con una novela criminal –respondió él en un tono autocomplaciente, como si no se le hubiera ocurrido antes a nadie.

Joanna no era capaz de felicitarle por la originalidad de la idea; en cambio, para romper el silencio, se le ocurrió decir:

–Qué gracia, eso fue lo que empezó escribiendo mi hija.

–¿De verdad? ¿Y se la publicaron?

–Pues no... Es una persona bastante tranquila y reservada, así que no me sé la historia entera, pero creo que intentó escribir algo en esa línea, y experimentó con diferentes estilos (hasta tres distintos, creo que me contó), pero no quedó contenta con el resultado. Conque se puso a escribir otra cosa totalmente diferente.

–Entiendo –dijo John Poole, aunque no estaba muy claro que lo hiciera. En cualquier caso, Joanna vio que tenía una oportunidad de

cambiar de tema porque se fijó en que estaba llegando gente nueva por el pasillo de la nave.

–Ahí viene Roger Wagstaff. Es él, ¿no?

–Creo que sí.

Roger iba flanqueado por dos mujeres, las dos más altas que él, y ambas vestidas de negro. A una de ellas la reconoció enseguida: la omnipresente y por siempre fiel Rebecca Wood. A la otra no. Pero John Poole la sacó de dudas.

–Vaya, vaya –dijo–. Y esa debe de ser la hija de Emeric.

–¡Lavinia! ¡Dios santo!

Joanna rememoró a la mujer que, durante su último año en Cambridge, había vivido en los aposentos de Emeric y adornado sus veladas con sus cantos y su transparente belleza élfica. Esbelta, seductora, dotada de un carisma casi de otro mundo: sobrenatural, como la había definido el más poético de sus compañeros. No es que ahora resultase irreconocible exactamente, pero desde luego ya no quedaba ni rastro de aquella cualidad extraterrestre. Parecía una sesentona fogosa de mala vida, que se había rellenado y estirado cada centímetro de piel.

–Todo esto me trae tantos recuerdos, la verdad... –El rostro de John Poole lucía una sonrisa feliz que evocaba tiempos lejanos–. ¡Aquellas veladas! ¿Te acuerdas? Con todas aquellas visitas de famosos, y los estudiantes de música tocando a Bach en el clavecín.

–Siempre pensé que era un clavicordio –dijo Joanna.

Lord Wagstaff, Lavinia y Rebecca habían encontrado sus sitios reservados en los bancos en el otro extremo de la nave, cerca del púlpito desde el que Roger pronto se dirigiría al público. Sentado a su instrumento en la parte oeste de la capilla, un organista había comenzado a tocar una música relajante y meditativa.

–Supongo que habrán llegado ayer desde los Estados Unidos –dijo John Poole.

–¿Los Estados Unidos? ¿Por qué? ¿Qué pasa allí?

–El CAPC –le explicó–. El Congreso de Acción Política Conservadora. El mayor acontecimiento del año, para todos los de sus... convicciones. –Se pensó la elección de aquella palabra, decidió

que estaba bien y prosiguió–: ¿No has seguido la carrera política de lord Wagstaff?

–Pues supongo que sí. Pero un poco de lejos.

–Siempre supe que acabaría en la Cámara de los Lores. Todo el sistema da asco, ¿verdad?

–Sí. Me temo que sí.

–Solía mantenerme al tanto de sus progresos –dijo Johnleyendo el blog de Christopher Swann. Lo echo en falta, la verdad. Era muy interesante. Lo sentí mucho cuando me enteré de que se había muerto. –Le echó una mirada a Joanna, y vio que le afectaba que mencionara aquel nombre–. Tú y él erais muy amigos en aquella época, ¿no?

–Pues sí. De hecho, seguimos siéndolo después. Pobre Christopher. Aún lo echo de menos.

–Lo siento mucho. Espero que no fuera... Quiero decir, espero que no sufriera demasiado ni nada parecido.

–No –dijo Joanna–. Murió de repente. En un accidente de coche. Iba de camino a un congreso. –Se le vino un pensamiento a la cabeza–. En realidad, si vives en Evesham, seguramente conoces el lugar del accidente. ¿Te suena Fish Hill?

–¡Santo Dios, sí! Todo el mundo conoce Fish Hill. Es un tramo muy peligroso de la carretera. Me sorprende que no haya más accidentes.

En un tono más introspectivo, Joanna dijo:

–Fue todo bastante raro. Christopher era buen conductor. Y se produjo a plena luz del día, a media mañana. A lo mejor iba a demasiada velocidad...

El tipo de música del órgano cambió de golpe: de meditativa a marcial. El público se volvió, expectante, mirando hacia el atrio de la capilla. Parecía que habían llegado el capellán del colegio (una mujer) y sus ayudantes, y estaban esperando para dirigirse en procesión hacia el altar. El servicio estaba a punto de empezar.

Una hora más tarde, Joanna se despidió de John Poole bajo la arcada de la gran entrada del *college* mientras se refugiaban de las últimas rachas de lluvia. Él le preguntó cómo iba a pasar la tarde, y se ofreció a invitarla a comer en el Ivy, pero ella se inventó una mentira piadosa y le dijo que tenía trabajo que hacer y necesitaba

llegar a casa lo antes posible. Se dieron la mano antes de besarse torpemente en la mejilla cuando se separaron.

En cuanto quedó fuera de su vista, Joanna echó a andar sin dirección fija por Trinity Street.

Había parado la lluvia y el viento cortante del este también había amainado. Joanna caminaba despacio, asimilando la mezcla de sitios que tanto le resultaban familiares como no, las nuevas tiendas y los nuevos negocios que se habían instalado en sus viejos y queridos edificios. Se puso a pensar en el funeral en memoria de Emeric, en el panegírico de Roger Wagstaff y lo raro que le había parecido por su constante hincapié en el tema político; guardaba una relación muy lejana con la figura torpe e insegura del viejo catedrático que ella albergaba en la memoría... Le habría gustado que Christopher y Brian estuvieran allí para hablar de eso.

¿Por qué no había dejado que John Poole la invitara a comer? ¿Solo la había echado para atrás la idea de mantener una conversación educada durante hora y media, asintiendo con la cabeza mientras él le desgranaba paso a paso el argumento de su novela criminal? No, no se trataba solo de eso. Dada la ausencia de sus amigos íntimos, era soledad lo que quería ahora, no compañía. Necesitaba tiempo para reflexionar.

Al doblar la esquina de St John Street con Bridge Street, tomó lo que para ella era una decisión atrevida y entró en el Mitre, donde encontró una mesa en una esquina y pidió una ensalada con media jarra de cerveza. ¡Alcohol en la comida! ¿En qué estaba pensando? Hacía años, calculó, desde que había entrado sola en un pub. En realidad, ¿lo había hecho *alguna vez* en todos sus años de casada? Qué tímida se había vuelto, qué prudente, desde que se había casado con Andrew. No era culpa de su marido, claro. Eran felices en muchos aspectos, y si el matrimonio ya no tenía tanta gracia, eso era lo que les pasaba a todas las parejas en un determinado momento. Pero su mundo se había empequeñecido mucho estos últimos años: ninguno de los dos salía mucho de la parroquia últimamente, y había tenido que regresar Phyl a casa de la universidad, e impacientarse cada vez más con las limitaciones de Rookthorne y la monotonía de la parroquia, para que Joanna se

diera cuenta de hasta qué punto se habían estrechado sus horizontes.

Si todo iba bien, si no se producía algún desastre médico, les quedarían otros veinte años que pasar juntos. ¿En qué iban a emplearlos?

Sin responder a esa pregunta, Joanna dejó el pub y se puso a pasear otra vez sin rumbo por Trinity Street, mientras se le venían a la cabeza pensamientos contradictorios y ambivalentes, que oscilaban entre el arrepentimiento y el optimismo más incierto. En ese momento le apetecía echarle un último vistazo a su antiguo *college*, ir hasta los Backs y pararse en el puente a ver pasar las aguas grises del Cam por debajo de sus pies, como solía hacer a menudo cuando era una joven estudiante llena de esperanzas. Al volver a atravesar la entrada del *college*, saludó con la cabeza al portero que estaba de guardia (una portera en ese caso, ¡cómo cambiaban las cosas!) y rodeó el gran patio por sus lados norte y oeste. Pasaba justo por delante de la puerta que daba a la sala de conferencias cuando le sonó el móvil. Era Phyl.

–Hola, cariño. ¿Todo bien?

Phyl había comenzado el día de la misma forma que todos sus días de trabajo: picando verduras y cortando pescado.

Las verduras primero: utilizando la técnica *hangetsu-giri*, se pasó media hora troceando en forma de media luna zanahorias, pepinos y berenjenas. Luego cogió el jengibre, el ajo y las cebollas verdes que había comprado frescos en el mercado esa mañana, y los cortó en rodajas muy finas empleando el método *usu-giri*. Para los filetes de salmón que acababan de repartirles, afiló el cuchillo *yanagiba* y se puso a rebanarlos en capas cada vez más finas. El trabajo era relajante, hipnótico. En cierta forma no resultaba muy distinto del que había tenido anteriormente en el aeropuerto de Heathrow, aunque había una diferencia esencial: ahora trabajaba para sí misma

(o por lo menos para ella y para Rashida), y era increíble cuánto más satisfactorios le parecían aquellos preparativos rutinarios.

Esa mañana Rash llegó tarde, sobre las once y media, y estaba loca de contento. Traía un ejemplar del periódico y lo sacó de su maletín haciendo una floritura.

–Ya lo he leído online –dijo–, pero debíamos tener un ejemplar de la edición impresa, ¿no? La foto es tan bonita... ¿Estás contenta?

Sostuvo en alto el periódico y Phyl miró la foto todo el tiempo que pudo soportar, que fue unos tres segundos.

–Parezco una profesora de colegio madurita, sacada de las viejas películas en blanco y negro de mi padre –dijo.

–Y una mierda... ¿Qué te ha parecido el artículo, de todas formas?

–No lo he leído.

–No me jodas, Phyl. Deja el cuchillo y siéntate un minuto, por favor.

Se sentaron la una enfrente de la otra a la mesa de trabajo, y Rash empezó a leerlo entero en voz alta, aunque después de unas cuantas frases, y en vista de los peros que le ponía Phyl, se interrumpió para decir:

–Vale, los primeros párrafos no hacen más que repetir que eres un genio. No hace falta que te los lea. Pero aquí... *Este* es el trozo por el que te quería preguntar. *El libro de Maidstone es el resultado de mucha experimentación y muchos comienzos en falso. Una entrevistada humilde, rayando lo patológico...* ¡Ja! Ahí te ha pillado. Ha dado en el clavo... *Prefiere hablar del fracaso de sus primeros intentos que de su logro final. Empezó a escribir, dice, en respuesta a un trágico suceso, la muerte de un amigo íntimo de la familia en un accidente de coche. «No podía soportar la sensación de que aquello era algo que había sucedido porque sí, sin ninguna lógica. Así que intenté inventarme una historia en base a eso. En parte para darle un sentido a su muerte, pero también para intentar darle yo misma un cierre. Las historias de detectives son famosas porque ofrecen soluciones claras y meticulosas, así que me pareció que era el camino a seguir.»*

Rashida dejó el periódico y se quedó mirando a Phyl fijamente con sus ojos marrones.

–No me había dado cuenta de que habías intentado hacer eso –dijo–. ¿Por qué no me lo contaste?

–Supongo que te lo estoy contando ahora –respondió Phyl–. Indirectamente.

A su amiga le llevó un momento asimilar aquella respuesta antes de continuar leyendo en alto:

–*Enseguida se topó con las limitaciones del género, aunque prosiguió con la misma historia en un tono más confesional. «Mi amiga Rash* (gracias por citarme, por cierto) *me animó a utilizar un estilo más subjetivo y directo.»* –Una vez más, dejó el periódico–. ¿En serio?

–Sí. Fue una de las primeras conversaciones que tuvimos, en el dormitorio de mi casa. Hice una lista de tres tipos diferentes de escritura. Tres maneras posibles por donde tirar. ¿No te acuerdas?

Rashida frunció el ceño.

–Vagamente. Espera un momento. ¿Qué es esto? *«Incluso empecé a escribir algunos fragmentos con su voz.»* Vaya, vaya, cuántas cosas estoy descubriendo hoy... *«Pero parecía que aquello tampoco funcionaba. Al final tuve que intentar algo completamente distinto.»*

–La verdad es que dije bastantes más cosas que esas –insistió Phyl–. Ha cogido un pedazo de la entrevista de unos diez minutos y...

–Bueno, ese es su trabajo, ¿no? La próxima vez tendrás que ensayar antes las respuestas. Hacerlas un poco más breves.

Phyl aceptó el consejo y asintió. Luego dijo:

–Oye, no estarás enfadada conmigo, ¿no?

–¿Enfadada? ¿Por qué?

–Porque empecé inventándome una historia sobre la muerte de Chris. La verdad..., es que fue mi manera de aceptarla.

Su amiga se inclinó sobre la mesa, le cogió las dos manos con las suyas, y se las apretó muy fuerte.

–Estoy muy orgullosa de ti –dijo–. Pero muy muy orgullosa. Mira lo que has conseguido. Hiciste lo que tenías que hacer para llegar hasta ahí. ¿Cómo me voy a enfadar por eso? –Al ver que los ojos de Phyl se llenaban de lágrimas de agradecimiento, volvió a coger el periódico y continuó rápidamente–: Y mira... Hasta nos ha hecho

publicidad del restaurante. *La mencionada Rash es su amiga y su socia Rasheeda Swan* (mierda, han escrito mal el nombre y el apellido, los putos torpes estos), *con quien ha abierto hace poco un restaurante efímero japonés en Dalston. La intención expresa del restaurante es «realzar la dimensión espiritual de la comida japonesa»* (así dicho, suena bastante pretencioso, ¿no?, sabía que no teníamos que ponerlo en el plan empresarial)*, lo que seguramente explica el nombre que Maidstone, con su amor por los juegos lingüísticos y de palabras, ha elegido para él: Mi Sexto Sentido*.

–Espera un momento, escogimos ese nombre juntas. No pueden decir que se me ocurrió solo a mí.

–Relájate un poco. Esto es publicidad de la buena. No tiene precio. De todos modos, ¿has leído lo que acaba diciendo de tu libro?

–Ya te lo he dicho. No he leído nada.

–*Cuesta creer que Maidstone se vaya a pasar picando verduras mucho tiempo*. Bueno, eso lo decidiré yo, gracias. *Tras sus experimentos fallidos con la literatura de género, ha creado una obra* (escucha esto) *impresionante por su auténtica originalidad y totalmente* sui generis*. Los críticos ya empiezan a decir que es un futuro clásico, un libro que leerán y recordarán las generaciones venideras*.

Mientras Phyl reflexionaba sobre aquella frase y se preguntaba por qué le resultaba tan familiar y le hacía sentirse ligeramente incómoda, sonó el teléfono de Rash. Ella no reconoció el número.

–Espera, voy a cogerlo ahí al lado. –Agarró el móvil y se dirigió a la sala del restaurante, parándose un momento en la puerta solo para echarle una última mirada y una última sonrisa a Phyl.

–Phyl Superstar –dijo. Y luego cogió la llamada.

Rashida había dejado el periódico sobre la mesa de trabajo de la cocina, pero Phyl no terminaba de decidirse a echarle un vistazo a la entrevista. En cambio sus ojos se fijaron en la página de al lado, donde le llamó la atención un titular sensacionalista:

Los poderes fácticos del Reino Unido desbarataron mis planes, declara Liz Truss en la cumbre de la extrema derecha en los Estados Unidos.

Por curiosidad, cogió el periódico y se puso a leer.

Liz Truss, la ex primera ministra inglesa, se encontraba entre los ponentes más destacados en el Congreso de Acción Política Conservadora esta semana en el National Harbor de Maryland. El CAPC está considerado el mayor encuentro anual de las fuerzas conservadoras en los Estados Unidos, aunque en estos últimos años ha adoptado el estilo del populismo nacionalista de Donald Trump.

Un moderador de la cumbre presentó a Truss diciendo que, tras su designación en Inglaterra «se produjo un entusiasmo colectivo en el movimiento conservador de los Estados Unidos que venía a decir: "¡Guau, vuelve Margaret Tatcher!"».

Al rememorar sus cincuenta días en activo como primera ministra, Truss afirmó que sus intentos de reforma radical se vieron desbaratados por intereses creados muy arraigados en las instituciones estatales británicas.

«Acepté el cargo de primera ministra porque creía que nuestro país necesitaba un cambio profundo. Y propuse una serie de reformas que contaron con el apoyo de los miembros de nuestro partido, de nuestras bases. Esas reformas consistían en recortar impuestos, reducir el tamaño del Gobierno y controlar la Administración Central.

»Creo que, si se hubieran llevado a cabo todas esas reformas, Gran Bretaña sería más fuerte y ahora nos encontraríamos en mejor posición.

»No estoy diciendo que yo sea perfecta ni que lo hiciera todo a la perfección, pero tuve que enfrentarme a una tremenda reacción de los sospechosos habituales de los medios y el mundo empresarial a esas políticas conservadoras. Hasta intervino el FMI.

»Así que estas son las lecciones que he aprendido: no basta con sostener las políticas adecuadas. Ni siquiera con llegar hasta el puesto necesario para hacer realidad esas políticas, porque los conservadores nos movemos ahora en un entorno hostil.

»Tenemos que comprender cuán arraigados están los intereses creados del sistema, y con cuánta fuerza lucharán, recurriendo incluso a la ilegalidad, con tal de salirse con la suya.

»En última instancia, seremos los conservadores en el poder los

que salvemos a Occidente. No podemos salvar a Occidente sin eso.»

Phyl dejó el periódico, desconcertada por lo que acababa de leer. Sintió cómo la invadía una oleada de tristeza; si Christopher siguiera vivo, por lo menos... Era el único que hubiera podido ayudarla a entender todo aquello. Lo único que recordaba de esa época, de los cincuenta días de mandato de Truss, era que habían empezado con la muerte de Christopher y que luego, durante unas semanas, toda la familia se sintió perdida, desconectada de la realidad. El shock del accidente tan poco tiempo después de su visita, cuando apenas acababa de conocerlo... Eran los días en que había empezado a escribir y su amistad con Rash se había afianzado. Fue un momento extraño y efímero. Incomprensible, en cierta forma. Había empleado esa palabra con su padre, y él le había respondido que no había nada incomprensible en las medidas económicas introducidas durante aquel breve episodio de locura política. Pregúntale a cualquier administrador de fondos de pensiones, le dijo: te contará que miles de millones desaparecieron de sus hojas de balance como resultado de aquellos cincuenta días. A lo que Phyl le contestó que no le estaba hablando de eso, y que, además, las cifras en realidad no te decían nada. Cualquiera podía presentarse con otra serie de cifras que demostraran lo contrario. La gente vivía en realidades opuestas, y no había nada que hacer. Ahí tenía los acontecimientos de septiembre y octubre de 2022 para demostrarlo. Lo único que se le ocurría decir de esa época era que ahora le costaba tanto recordarla como estar segura de que todo aquello había sucedido de verdad. Y si la propia Liz Truss prefería recurrir a teorías conspirativas para encontrarle una lógica, Phyl tampoco estaba en situación de reprochárselo. Todo el mundo tenía que encontrar su propio sentido, su propia clase de cierre.

Se levantó, cogió el cuchillo *usuba*, y se puso otra vez a trabajar.

Unos segundos más tarde, Rash volvió a entrar en la cocina, conmocionada.

–¿Qué pasa? –le preguntó Phyl.

–Esa llamada...

Se sentó a la mesa y se quedó mirando al infinito. Cuando volvió a enfocar la mirada, levantó la vista y le dijo a Phyl:

–Era la policía.

–¿La policía?

–La de Oxfordshire. Preguntaban por mi padre. Parece que la cosa ha dado un vuelco.

Después de hablar con su hija por teléfono, Joanna se quedó inmóvil un rato, atónita, tratando de asimilar las noticias que acababa de recibir. Al final, cuando se sintió capaz de moverse de nuevo, se desentumeció y atajó por el corredor que pasaba por delante del comedor del *college* y conectaba el patio más grande con su equivalente más pequeño y elegante junto al río. Allí, bajo la columnata que quedaba debajo de la vieja biblioteca, había bancos de piedra pegados en fila a la pared, y pudo sentarse con relativa tranquilidad un rato, respirando con dificultad e intentando decidir qué iba a hacer acto seguido.

Llevaba allí diez minutos o más cuando, en medio de un grupo de estudiantes que deambulaban por el lugar, de camino a la biblioteca o al bar del *college*, distinguió precisamente a las dos personas que eran objeto de sus pensamientos alborotados.

Roger Wagstaff y Rebecca Wood se dirigían hacia el patio más moderno del *college*, construido a principios del siglo XIX: el mismo patio donde Emeric había tenido sus aposentos y organizado sus famosas veladas. Lindaba con el río, y también era el único en que se podían aparcar los coches. Joanna les siguió a cierta distancia y se puso a su altura cuando estaban metiendo los abrigos y las carteras en el maletero del Tesla Model S color verde botella, matrícula RW1.

Deteniéndose, más o menos, a un metro de ellos, respiró hondo y dijo:

–¿El señor Wagstaff?

Roger se volvió, mientras abría la puerta del copiloto del coche. Ni confirmó ni negó su identidad. Sin embargo, su acompañante, que estaba abriendo la puerta del conductor, dijo:

–Es *lord* Wagstaff, en realidad.

–Hola, Rebecca –dijo Joanna–. Seguro que no te acuerdas de mí. Soy Joanna Reeves. Estudiamos aquí en la misma época. He venido al acto en memoria de Emeric.

–Ah, Joanna, claro. –Su tono era tan glacial que resultaba imposible saber si se acordaba o no.

–He escuchado su panegírico –le dijo Joanna a Roger.

Él esperó pacientemente un cumplido. Cuando vio que no iba a ser el caso, pareció que quería subirse al coche otra vez.

–Bueno, tenemos que irnos.

–La verdad –dijo Joanna– es que quería hablarles de Christopher Swann.

Él le echó una mirada penetrante en cuanto escuchó aquel nombre, mientras su rostro se ensombrecía un momento.

–¿De quién?

–Creo que sabe perfectamente a quién me refiero –dijo–. Christopher también estudió aquí. Murió hace un par de años.

–Ah, sí, claro. Swann el bloguero. ¿Cómo he podido olvidarme? Bueno, ¿y qué quería decirnos? Vamos bastante apurados de tiempo.

–Supongo que sabe cómo murió. Su coche se salió de la carretera en una curva muy cerrada, a medio camino de una colina muy empinada.

Una vez más Roger ni confirmó ni negó si estaba al tanto de aquello.

–Se dirigía a un congreso. El que usted había organizado, de hecho, en Chipping Campden.

–Un terrible accidente –dijo Roger–. Y ahora, por favor, déjese de rodeos, si es que puede.

–Acabo de recibir una llamada de mi hija. Estaba hablando con Rashida, la hija de Christopher. Rashida ha hablado con la policía.

Joanna se detuvo. Por lo visto, ninguno de los dos tenía intención de responder.

–Ha aparecido un nuevo testigo. El conductor de una furgoneta blanca. Y ahora parece... que puede que no fuera en absoluto un accidente.

Rebecca miró ostentosamente su reloj, y dijo:

–Vamos, Roger. Tenemos que irnos ya.

–Al parecer, su coche se vio forzado a salirse de la carretera. El testigo lo vio todo.

A pesar de la impaciencia de Rebecca, y su claro deseo de acortar aquel encuentro, Roger no pudo evitar preguntar:

–¿Y por qué ha salido esta persona a relucir justo ahora? Creía que había dicho que todo esto sucedió hace un par de años.

–Tenía sus razones –dijo Joanna–. Digamos que no era el propietario legal de la furgoneta.

Rebecca se echó a reír.

–Ha dicho que iban dos personas en un segundo coche. No estaba seguro de si eran dos hombres, o un hombre y una mujer. Dijo que desde atrás era imposible saberlo.

Ahora fue Roger el que se echó a reír (una risa hueca, poco sincera), y luego añadió:

–¿Un hombre en un vehículo robado, que ni siquiera podía ver al conductor que llevaba delante como es debido?

Joanna le miró directamente a los ojos.

–En ciertos aspectos, es un testigo muy fiable. Recordaba la marca del coche y la matrícula. Era un Tesla Model S, con matrícula RW1.

Rebecca abrió por fin la puerta del conductor.

–Bueno, ya he oído bastante.

–¿De quién son las iniciales RW?

Rebecca se acomodó en el asiento del conductor, y arrancó el motor.

–¿Este coche es suyo o de Rebecca? –preguntó Joanna alzando la voz y respirando más rápido.

Roger se deslizó en su asiento y cerró la puerta. Después abrió la ventanilla un momento para decir:

–Señora, no tengo ni la menor idea de a qué viene todo este delirio. –Apretó el botón de la ventanilla de nuevo y añadió con voz entrecortada, justo antes de que se cerrara del todo–: Pero esta conversación se ha terminado.

En ese punto, Rebecca dio marcha atrás rápidamente; tan rápido que Joanna tuvo que apartarse de un salto para que no la

atropellara. Luego, con un derrape de desprecio en la gravilla, Roger y Rebecca salieron por debajo del arco y aceleraron en el pequeño puente de arenisca que cruzaba el río. Y aquel coche suyo desapareció para siempre entre las dos filas de altos tilos que custodiaban impasibles el camino.

Gracias a todos los que han leído este libro antes de que se publicara, cuyos comentarios me ayudaron a mejorarlo o me hicieron confiar en el resultado: Janine McKeown, Matilda Coe, Ralph Pite, Charlotte Stretch, Ian Higgins, Paul Daintry, Philippe Auclair y Tony Peake. Gracias también, por diversas y variadas razones, a Madeline Coe, Michele O'Leary, Adrian Poole, Joanna Cooney y Vittoria Coffrini dell'Orto.

Además, debo expresar mi agradecimiento a mi correctora, Mary Chamberlain, a Richard Bravery y Anna Hoyle por sus maravillosas ilustraciones, a mi agente, Caroline Wood, y sobre todo a mi extraordinaria editora de Viking, Isabel Wall.

J. C.

[*] Juego de palabras intraducible: Prueba/Renacido, en inglés *Proof/ Reborn*, se pronuncia prácticamente igual que el nombre de la inspectora. *(N. del T.)*

Título de la edición original:
The Proof of my Innocence
Viking
Londres, 2024

Ilustración: Candace Hartley / Shutterstock. Concepto: Duró

Primera edición: marzo 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Javier Lacruz, 2026
© Jonathan Coe, 2024
© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U, 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433950277

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es